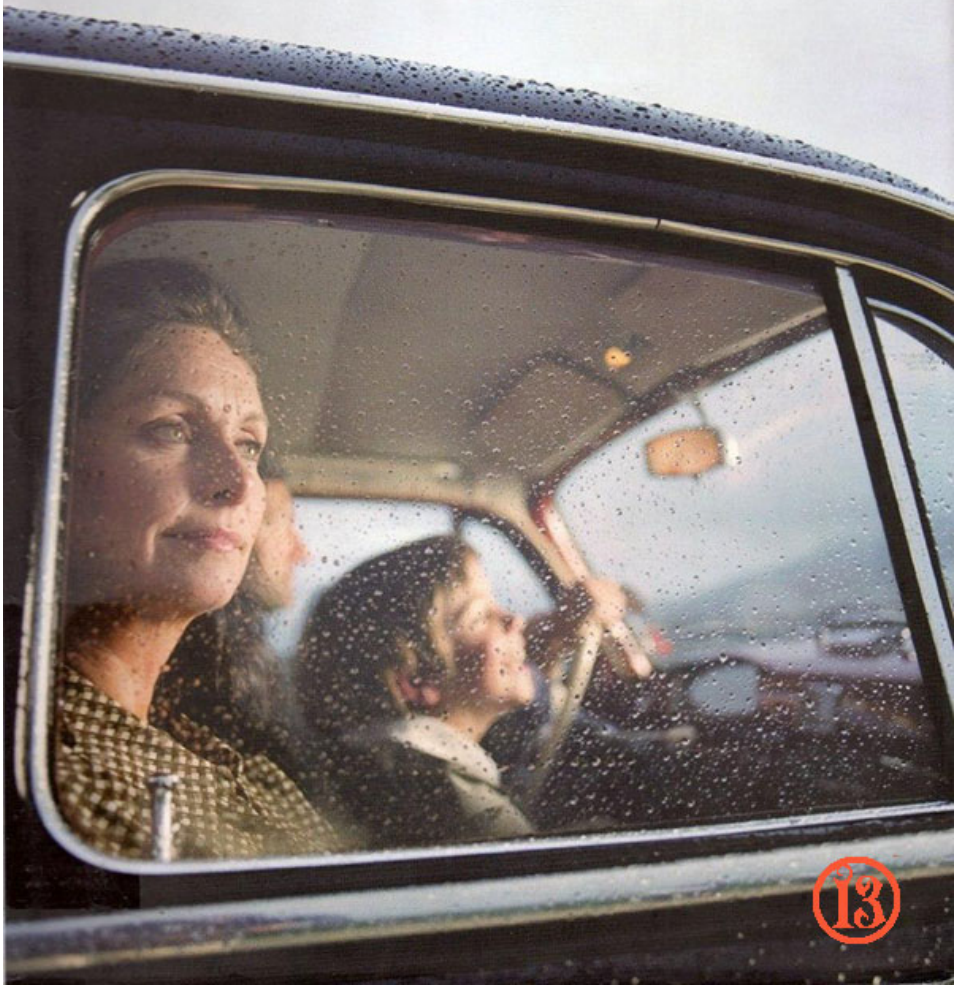
JEAN-PAUL DUBOIS

Una vida francesa



Una vida francesa es la historia de Paul Blick y de su familia. Una lúcida e irónica saga familiar que recorre cincuenta años de la vida de un hombre en el seno de una sociedad francesa que comienza con Charles de Gaulle y acaba en nuestros días, con Jacques Chirac.

El protagonista es un antihéroe, eterno adolescente masculino, con sus crisis de pareja, sus amantes, una difícil relación con sus hijos y una inestable vida profesional. Su historia arranca a los 10 años de edad, el día del fallecimiento de su hermano menor. Nieto de un pastor de los Pirineos, hijo de una correctora de estilo y del propietario de un concesionario de SIMCA en Toulouse, Paul Blick se inicia en el sexo, primero de la mano de un compañero de colegio, onanista compulsivo, y más tarde, ya adolescente, en la cama de una joven inglesa en su primera escapada fuera de Francia. En mayo del 68 es un joven izquierdista radical que acaba trabajando como periodista deportivo y casándose con Anna, la hija de su jefe. Ella es una brillante empresaria, devota de las teorías de Adam Smith y del liberalismo económico que, absorbida por los negocios, deja el ámbito familiar, casa e hijos, en manos de su marido. Este se dedica a las tareas domésticas con la misma aplicación con la que desarrolla una vida sexual paralela tan secreta como intensa. Pero de la noche a la mañana, casi por azar, Paul se convierte en un hombre de éxito y dinero gracias a su afición por la fotografía y los árboles. Paralelamente a este enriquecimiento repentino, ve cómo su vida familiar se estanca y entra en crisis. A partir de ese momento una sucesión de acontecimientos, propios de una serie negra —crac bursátil, quiebra empresarial, un accidente mortal, la locura—, irán aportando a esta sutil comedia un tono digno de una tragedia antigua.

Con esta novela, Jean-Paul Dubois construye una intensa narración en la que entrelaza perfectamente la anécdota de unas vidas con los acontecimientos históricos, moviéndose equilibradamente entre el drama y la comedia, la ternura y la acidez más mordaz

Jean-Paul Dubois

Una vida francesa

Título original: *Une vie française*
Jean-Paul Dubois, 2004
Traducción: Cristina Zelich, 2005

-

Revisión: 1.0
18/09/2020

Para Louis, mi nieto
Para Claire, Didier, mis hijos y Frédéric. E.

—¿Usted es el abuelo, no es cierto? En este hospital,
apreciamos mucho a los abuelos.
Y el cuerpecito del niño se adhirió a su pecho, a sus brazos, con
menos fuerza, sin embargo, que los bebés a los que
presuntuosamente consideró como suyos. Nadie nos pertenece,
salvo en nuestros recuerdos.

—John Updike

El hombre es más pequeño que sí mismo.

—Günther Anders

CHARLES DE GAULLE

(8 enero 1958-28 abril 1969)

Y mi madre cayó de rodillas. Nunca había visto a nadie desplomarse de forma tan repentina. Ni siquiera tuvo tiempo de colgar el teléfono. Yo estaba al otro extremo del pasillo, pero podía percibir todos y cada uno de sus sollozos y los temblores que le recorrían el cuerpo. Sus manos sobre la cara parecían un vendaje irrisorio. Mi padre se acercó a ella, colgó el teléfono y, a su vez, se dejó caer en el sillón de la entrada. Bajó la cabeza y se puso a llorar. En silencio, aterrorizado, permanecí inmóvil al final de aquel largo pasillo. Manteniéndome alejado de mis padres, tenía la sensación de retrasar el momento de la verdad, de librarme todavía durante unos instantes de una terrible noticia, aunque adivinaba su contenido. Así pues, permanecí ahí, de pie, al borde del dolor, con la piel ardiente y al acecho, observando la velocidad de propagación de la desgracia, esperando mi turno para ser barrido por ella.

Mi hermano Vincent murió el domingo 28 de septiembre de 1958, en Toulouse, al caer la noche. La televisión acababa de anunciar que, finalmente, 17.668.790 franceses habían adoptado la nueva Constitución de la V República.

Aquel día ni mi padre ni mi madre se habían molestado en ir a votar. Habían pasado el día a la cabecera de mi hermano cuyo estado había empeorado la noche anterior. A media mañana, después de una operación de apendicitis, complicada con una peritonitis aguda, había perdido el conocimiento.

Recuerdo que el médico de guardia estuvo un buen rato con mis padres para prepararles para un desenlace que, según él, ya no ofrecía demasiadas dudas. Durante aquella conversación, permanecí sentado en una silla, en el pasillo, preguntándome de qué hablaban detrás de aquella puerta que yo no debía escuchar. Pensaba en mi hermano, en todas las cosas que tendría que contarme al salir del hospital y empecé a sentir envidia del estatuto de héroe, de superviviente, del que gozaría durante algunas semanas. En aquella época yo tenía ocho años y Vincent apenas diez. Esta modesta diferencia era, en realidad, considerable. Para su edad, Vincent era un coloso, un niño escultural, que parecía estar hecho para construir los cimientos de un nuevo mundo. Dotado de una sorprendente madurez, me explicaba pacientemente las vicisitudes del mundo de los adultos al tiempo que me protegía de sus avatares. En el colegio gozaba de una popularidad sin par, pero no dudaba, cuando le parecía justo, en enfrentarse a un profesor o a los padres. Todo esto le confería ante mis ojos una talla de gigante. Junto a él, me sentía protegido de las inconstancias de la vida. Y todavía hoy, pasados más de cuarenta años de su muerte, cuando pienso en nuestra infancia, sigue siendo aquel gigante tan querido y admirado.

Cuando mi padre se enderezó fatigosamente del sillón y vino hacia mí, parecía un anciano. Parecía que arrastrara una carga invisible que le dificultaba la marcha. Le veía acercarse y adivinaba confusamente que iba a anunciarme el final del mundo. Puso la mano en mi brazo y dijo: «Tu hermano acaba de morir». Sin consideración por el rostro atormentado de mi padre, sin demostrarle el más mínimo gesto de afecto, me precipité a la habitación de Vincent y me apoderé de su carroza de metal cromado tirada por seis caballos blancos. Aquel juguete o, mejor dicho, aquel recuerdo, se lo había traído de Londres, dos años antes, nuestro tío, un hombre insignificante, equívoco y antipático, pero gran viajero. Sin duda, el objeto provenía de una banal tienda de recuerdos situada cerca de Buckingham, pero su peso, el brillo de su material, la precisión de los detalles del coche, tanto de sus farolillos como de sus ruedas, la potencia que emanaba de la zancada de los caballos

tenían para mí un valor de talismán. Si no fuese porque ya era un niño excepcional, aquel objeto, por sí solo, hubiese bastado para otorgar a mi hermano todas las señas del prestigio. Vincent jamás me prestaba el tiro de caballos, con el pretexto de que era demasiado frágil y yo era demasiado joven para jugar con un conjunto parecido. A veces lo colocaba sobre el parqué del salón y me pedía que pegase mi oreja a las planchas. Decía: «No te muevas. No hagas ningún ruido y cierra los ojos. Vas a oír el sonido de los cascos de los caballos». Y, naturalmente, los oía. Incluso los veía pasar frente a mí, a galope tendido, conducidos por mi hermano, intrépido cochero, inclinado en lo alto de la destellante barquilla que se bamboleaba sobre sus suspensiones. De manera confusa, sentía entonces que me hallaba en el corazón de la infancia, ese mundo naciente al que insuflábamos cada día nuestra fuerza vital. Y deseaba crecer y crecer, más rápido y con más fuerza, siguiendo el modelo de aquel hermano príncipe y maestro de caballería.

En el momento de su muerte, mi primer reflejo fue despojarle de aquel objeto y apoderarme de él. Robarlo. Con gestos febriles de heredero felón. Sin duda, temía que Vincent se llevase aquella carroza a la tumba. Quizá tenía la esperanza de que con aquel objeto prohibido y sagrado me atribuyera una parte de su gloria, de su legitimidad, convirtiéndome en un adulto capaz, al menos, de despojar a los difuntos y hacer trotar sus caballos de plomo. Sí, en el momento de su muerte, robé a mi hermano. Sin remordimientos, sin pesar, sin ni siquiera derramar una lágrima.

Me llamo Paul Blick. Tengo cincuenta y cuatro años, una edad molesta que titubea entre dos perspectivas de la existencia, entre dos mundos contradictorios. Cada día los rasgos de mi cara se cubren con la delgada película de la edad. Tomo con regularidad fosfato de disopiramida, clorhidrato de propanolol y, como todo el mundo, he dejado de fumar. Vivo solo, como solo, envejezco solo, aunque me esfuerzo en mantener el contacto con mis dos hijos y mi nieto. A pesar de su corta edad —va a cumplir cinco años—, a veces encuentro en su cara ciertas expresiones de mi hermano, pero también aquella seguridad, aquella serenidad que Vincent

demostraba para atravesar la vida. Como mi hermano, este niño parece lleno de una apacible energía, y cruzarse con su mirada, luminosa y escudriñadora, es siempre una experiencia turbadora. Para el cuarto cumpleaños de Louis bajé la carroza que estaba en el estante de arriba de la biblioteca y la coloqué delante de él. Miró el objeto detenidamente, las ruedas, los caballos, sin tocarlos. No se sentía en absoluto subyugado, parecía más bien que estuviera haciendo un inventario mental de cada detalle. Al cabo de un rato, le dije que, si pegaba su oreja al parqué, quizá oiría, a su vez, el sonido de los cascos. Escéptico, se agachó de todos modos y, en aquella posición, me ofreció, por espacio de un segundo entreabierto, la felicidad de entrever mi juventud desfilando a galope tendido.

El entierro de Vincent fue un momento espantoso y puedo decir que desde aquel día, a pesar de nuestros esfuerzos, mis padres y yo no hemos podido conseguir jamás volver a formar una verdadera familia. Al acabar la ceremonia, mi padre me entregó la cámara fotográfica Brownie Flash Kodak de mi hermano, sin imaginar que, más tarde, aquel objeto cambiaría mi vida.

La muerte de Vincent nos amputó parte de nuestras vidas y cierta cantidad de sentimientos esenciales. Modificó profundamente el rostro de mi madre hasta el punto de darle en pocos meses los rasgos de una desconocida. Al mismo tiempo, su cuerpo se descarnó, se demacró, como aspirado por un gran vacío interior. La desaparición de Vincent paralizó también todos sus gestos de ternura. Mi madre, que había sido hasta entonces tan cariñosa, se transformó en una especie de madrastra indiferente y distante. Mi padre, antes tan dicharachero, tan jovial, se encerró en la tristeza, en el silencio, y nuestras comidas, antes exuberantes, parecían almuerzos de yacientes. Sí, después de 1958 la felicidad nos abandonó, juntos y por separado, y, en la mesa, dejamos que los locutores de televisión llenaran nuestro duelo.

Precisamente mi padre había comprado el televisor en febrero o marzo de 1958. Un aparato de la marca Grandin, de madera barnizada, equipada con un selector que permitía detener la imagen

en la única cadena que, en aquel momento, emitía con parsimonia en la región. En el colegio, este nuevo equipamiento nos había hecho, a mi hermano y a mí, extremadamente populares. Sobre todo el jueves por la tarde, cuando invitábamos a nuestros compañeros para ver los últimos episodios de Rusty, Rintintín y las aventuras del Zorro. Pero fue durante el verano cuando alcanzamos nuestro apogeo, con ocasión de la fulgurante campaña de la selección de fútbol de Francia en la Copa del Mundo que tuvo lugar en Suecia. Por la tarde, a la hora de la retransmisión de los partidos, el salón del piso adquiría tintes de tribuna popular. Amontonados por todas las esquinas, seguíamos las paradas de Remetter, los regates de Kopa y de Piantoni, las escapadas de Vincent o los remates de Fontaine. Los detalles del partido Brasil-Francia (5-2), en Estocolmo, en semifinales siguen vivos en mi memoria con una inquietante precisión. La acidez de las limonadas de soda con gas, el dulce y empalagoso sabor del bizcocho con cerezas, el grano rústico de la imagen en blanco y negro, a veces los cortes que dejaban en suspenso los latidos de nuestros corazones, las persianas bajadas para protegernos de la violencia de los contraluces del sol al final de la tarde, el tufo de la penumbra que se sumaba a la dramaturgia, la voz dominante de mi hermano lanzando oleadas de ánimos, la avalancha de los goles y, poco a poco, los gritos que disminuyen de intensidad, la felicidad que se encoge y luego el salón que, como con pesar, se vacía de sus ocupantes, permaneciendo sólo mi hermano y yo en un rincón, comparsas extenuados, desilusionados, aniquilados. Unos días después, en la final, Brasil dio una paliza a Suecia (5-2), y Francia ganó a Alemania el tercer puesto (6-3). No conservo ningún recuerdo del desarrollo de estos dos últimos encuentros. Sin duda porque, al contrario que aquella tarde única de gracia, en la que apoyé a mi hermano que, a su vez, apoyaba a Francia, después ya sólo se trató de fútbol. Pasado todo este tiempo, a pesar de la inmensidad del olvido de nuestras vidas, aún hoy subsiste en mí ese islote protegido e intacto, ese pequeño territorio de inocencia fraternal, radiante y compartida.

Fue el último verano que pasé con Vincent. Muy rápidamente,

De Gaulle ocupó su lugar en la mesa, frente a mí. Quiero decir con esto que instalamos el televisor Grandin detrás de la silla en la que mi hermano se había sentado durante diez años. Viví esta modificación como una usurpación, sobre todo porque el general parecía pasarse la vida dentro del Grandin. Muy pronto empecé a aborrecer a aquel hombre. Su silueta suficiente, su quepis, su uniforme de farero, su físico altanero me molestaban, su voz se me hacía insoportable y para mí no había duda de que aquel lejano general era en realidad el verdadero marido de mi abuela. Su complemento, su pareja natural. Una cierta arrogancia, un gusto por el orden y la severidad acercaban a aquellos dos personajes. Mi abuela, mujer de otro tiempo, se presentaba a mis ojos como el arquetipo de la fealdad, de la maldad, de la amargura, de la perfidia. Tras la muerte de mi hermano, y por razones que nunca me fueron reveladas, descuidando su imponente casa vino a pasar todos los inviernos a nuestro piso. Se instalaba en la gran habitación que daba a la plaza Saint-Étienne. Durante el tiempo de su estancia, y con cualquier pretexto, se me prohibía entrar en lo que ella denominaba «sus aposentos». Esta mujer, viuda de Léon Blick, mi abuelo paterno, terrateniente, como se decía en aquella época, siempre había dirigido su familia como un general de brigada. Hacia el final de los años veinte, Léon intentó seriamente, en varias ocasiones, escapar de aquella vida de cuartel: huía durante un mes a Tánger, donde se iba de parranda y a jugar al casino. Parece ser que sus regresos eran siempre tumultuosos, mi abuela le esperaba en la puerta de la casa junto a un cura con el que el buen hombre estaba obligado a confesar, en el acto, sus bajezas norteafricanas. Así era Marie Blick, arisca, severa, malhumorada. Y católica. La veo durante aquellos inviernos tolosanos, inmóvil delante de su chimenea, desgranando interminables rosarios, con la cabeza siempre cubierta con una mantilla. Desde el pasillo, a través de la puerta entreabierta, miraba cómo rezaba hasta despellejarse los labios. Parecía una máquina implacable, al máximo de su potencia, dirigida hacia su único fin: la salvación de las almas grises. En aquellos momentos, a veces adivinaba mi presencia pagana.

Distinguía el hielo de su mirada, mi sangre se helaba, pero permanecía inmóvil, incapaz de huir, petrificado como un conejo atrapado por el haz de las luces de un coche. Marie Blick profesaba un odio desmesurado por Pierre Mendés France y, sobre todo, maldecía la Unión Soviética, patria de sanguinarios y de los sin-Dios. La más mínima alusión a aquel país durante el telediario la ponía, literalmente, en trance. Pero en la galería de sus aborrecimientos existía un hombre que ganaba a todos los demás, un hombre al que ella hubiera estrangulado con sus blancas manos cristianas. Se llamaba Anastase Mikoyan y dirigía el Praesidium de la URSS. Mi abuela disfrutaba malignamente estropeando su nombre y le llamaba «Mikoyashhh», insistiendo en la última sílaba y haciéndola silbar prolongadamente. Cuando veía al *apparatchik*[1] en la pantalla, cogía su bastón, golpeaba con él el parqué varias veces, se erguía como un viejo resorte, tiraba teatralmente su servilleta sobre la mesa y mascullaba siempre la misma frase: «Me retiro a mis aposentos». Revigorizada con aquella transfusión de odio, se adentraba en el largo pasillo. Un poco más tarde se oía el portazo violento de la puerta de su habitación. Entonces, en su refugio, podía empezar el vals de sus rosarios. Recuerdo que durante mucho tiempo intenté saber por qué Mikoyan, aquel hombre bajito con sombrero negro, podía desencadenar tales cambios de humor en Marie Blick. Cuando le pregunté a mi padre, respondió con una sonrisa vaga: «Creo que es porque es comunista». Pero Krushev y Bulganin también eran comunistas. Y, sin embargo, nunca tuvieron que conocer la ira que mi abuela reservaba para Anastase.

Aunque no hubiese sido nunca miembro del Partido, creo que, en el panteón de sus aborrecimientos, Marie Blick me colocaba muy por delante de Stalin o de Bulganin, junto a aquel dichoso «Mikoyashhh». Me trataba y me hablaba con el mismo desprecio. Después del fallecimiento de mi hermano, esta tendencia se acentuó. Para ella, Vincent siempre había sido el exclusivo y único heredero de los Blick. Era el vivo retrato de mi padre y, a pesar de su corta edad, poseía ya los signos del rigor y de la madurez. Por mi parte, yo no era más que un retoño, un resto espermático, un

momento de descuido divino, un error de ovulación. Me parecía a mi madre, o lo que es lo mismo, a una familia distinta, pobre, muy pobre, lejana y, sobre todo, montañesa.

Hasta la guerra del 14, François Lande, mi abuelo materno, ejerció el oficio de pastor. Vivía en lo más alto de los Pirineos, en una ladera soleada del paso de Port. En aquella época podía decirse que el mundo realmente se detenía allá arriba. E incluso, de algún modo, que François vivía en la Luna. Tanta nieve, tanto frío, tanta soledad. Fue en aquellas laderas, en las que las ovejas apenas se sostenían de pie, donde la guerra fue a buscarle. Dos gendarmes escalaron hasta aquella cima envuelta en brumas para entregarle su orden de incorporación a filas. Él, que vivía en el sur y en el techo del mundo, fue a parar a seis pies bajo tierra, al fondo de una trinchera del norte. Hizo lo que tenía que hacer, recibió su ración de horror, de gases tóxicos y regresó a su casa, envejecido, enfermo y trastornado. Al principio intentó volver a subir a sus cumbres, pero el gas mostaza había hecho su trabajo. Con sus pulmones de franela, emigró hacia los suburbios de Toulouse, donde mi abuela, Madeleine, compró una carreta con brazos y se convirtió en verdulera ambulante. François Lande, en cambio, permaneció encerrado cuidando sus bronquios y estremeciéndose cada vez que llamaban a su puerta. Nunca abría a nadie, convencido de que volverían los gendarmes para apoderarse de él y llevarlo de nuevo al frente. Una tarde le vi esconderse debajo de la cama al oír el timbre. Un momento antes de transformarse en un pequeño roedor aterrorizado, me sostenía sobre sus rodillas. El recuerdo que guardo de mi abuelo es el de un hombre de gran estatura, muy delgado, vestido siempre con una capa negra y sujetando con fuerza en la mano su bastón de pastor con punta de hierro. Hablaba poco pero una gran dulzura emanaba de su rostro. Se notaba que estaba siempre alerta, a la vez temeroso y atento a aquel mundo exterior que observaba a veces desde lejos, a través de las cortinas de su habitación.

Poco antes de la muerte de mi abuelo, en 1957, mi madre le llevó un domingo a la cima del paso de Port. Él y yo viajamos

sentados uno junto al otro y no recuerdo que pronunciase ni una palabra durante el trayecto. Pero, en cuanto la carretera empezó a subir, en cuanto las curvas se hicieron más cerradas, François, poco a poco, mostró interés por el paisaje, las casas, por aquel viejo mundo que veía y con el que volvía a encontrarse sin duda por última vez. Sus ojos parecían palpitar con una alegría salvaje, animal. Descubría de nuevo el frío de las cimas, el olor indefinible de la altura, la luz del cielo, los colores y los perfumes de la tierra. Al final del camino bajó del coche y se puso a caminar por el sendero de una cumbre que le era familiar asiéndome de la mano. No tenía ni idea del lugar al que aquel hombre me llevaba, pero notaba su mano cálida que estrechaba la mía. Dijo algo así como: «Cuando hacía buen tiempo, todas las ovejas estaban ahí, sobre aquella ladera. Mi perro, en cambio, siempre me esperaba junto al camino». Creo que hablaba para sí mismo, viendo la vida más allá de las cosas, mirando el horizonte virtual de sus recuerdos. Ya que, en los lugares que me señalaba, sólo se distinguía la inmóvil procesión de los postes de los telesillas de una balbuciente estación de esquí. Recuerdo muy bien que entonces François Lande se sentó con dificultad en el suelo, me estrechó entre sus brazos, barrió con la mano todo el paisaje y dijo: «Ves, pequeño, yo vengo de ahí».

Así pues, yo también venía de ahí, en parte. A pesar de mi corta edad, me daba cuenta de que por parte de los Blick —hablo de mi abuela, la esposa del general— aquellas modestas alianzas montañesas y, sobre todo, las actividades verduleras de mi abuela Lande eran algo que sólo se apreciaba moderadamente. Parece ser que durante mucho tiempo Marie Blick se afanó por disuadir a mi padre de casarse con mi madre. No se podía consentir una unión tan desequilibrada. El primogénito de los Blick se merecía algo mejor que una hija de pastor inválido y medio ido. La ceremonia se celebró sin la presencia de las familias y ningún Lande conoció jamás a un solo Blick, excepto a mi padre. Cuando se dirigía a mi madre, Marie Blick utilizaba siempre esta expresión condescendiente que, en aquella época, se reservaba a las nueras no deseadas: «Hijita, si no educa a estos niños desde pequeños, más tarde será incapaz de

controlarles». «No se olvide cuando salga, hijita, de coger tostadas para Victor, encuentro que ha engordado». Cuando estaba en nuestra casa, Marie Blick alardeaba de dirigirse a mi madre como a sus criadas a las que colmaba con sus «hijita». Creo que mi abuela ha sido la única persona cuya muerte he deseado y esperado realmente. También, durante mucho tiempo, estuve enfadado con mis padres porque no ponían en su lugar a aquel personaje, pero es cierto que en aquella época era corriente soportar estoicamente la tortura de los progenitores, aunque fueran unos verdaderos cabrones.

Desde la muerte de Vincent, nuestra vida ya no se parecía a nada y dos veces al año, cuando llegaba mi abuela, se transformaba en un verdadero infierno. Además de sus arrebatos contra el presidente del Praesidium, Marie Blick tiranizaba a mi padre haciendo comentarios sobre su línea, criticaba la cocina familiar, me prohibía hablar en la mesa y levantarme sin permiso. Si a veces me saltaba una de estas reglas, con un reflejo de cólera, no podía evitar dar un golpe con el pie y espetar a mi padre: «Mi pobre Victor, has educado a este niño como a un pequeño animal. Un día te hará derramar lágrimas de sangre».

Mucho más tarde me contaron una extraña historia. Hacia el final de su vida, mi abuelo paterno, Léon Blick, sufrió una enfermedad parecida al Alzheimer que hizo que perdiera buena parte de sus puntos de referencia. No sólo se olvidaba de todo, sino que además tenía tendencia a ofrecer sumas de dinero importantes a algunos de sus obreros agrícolas con el pretexto de que «la tierra pertenece a los que la trabajan». Ni por asomo mi abuela consideró este argumento como una señal de sentido común, ni vio, en estas repetidas donaciones, señales de la generosidad de un rico terrateniente tocado, tardíamente, por ideas progresistas. Por el contrario, Marie Blick sólo vio en el comportamiento de su marido los ataques postreros de su gran mal y consiguió que le internasen alegando que estaba perdiendo la cabeza y ponía en peligro su porvenir patrimonial y el de los suyos.

Golpeado por el martillo psiquiátrico de la época, rodeado de locos de atar y solo en el mundo —mi abuela prohibió a sus hijos

que visitaran a su padre—, Léon Blick perdió pie rápidamente, se hundió en un año de silencio antes de dejarse deslizar lentamente hacia la muerte.

Durante ese tiempo, mi abuela, que estaba lejos de ser una anciana, veía con regularidad a otro hombre. Era, decía, una especie de encargado de confianza que vigilaba sus asuntos y el trabajo de los aparceros. En realidad, a pesar de sus preceptos cristianos, Marie Blick, como todo el mundo, necesitaba a veces un sexo de hombre.

Tras la muerte de Léon Blick, las cosas siguieron igual durante algunos meses hasta que a aquel nuevo amigo se le metió en la cabeza que quería poseer el fusil de mi abuelo. Marie Blick, que siempre estaba atenta a no confundir las bolsas de su fortuna con las de su truhán, cedió el arma familiar a un precio del que todavía se comenta que fue mucho más indecente que todas las excentricidades libidinosas de mi abuela. Estafado pero contento, el amante volvió a su casa y se puso a limpiar el arma. Nadie sabe ni cómo ni cuándo se disparó. Simplemente encontraron a su amiguito tumbado en el suelo, con el rostro destrozado por una descarga de perdigones. Inmovilizado, sujetaba aún entre sus manos el fusil de mi abuelo Léon.

Echaba de menos a Vincent. Dos años después de su muerte no era capaz de admitir su desaparición, de resignarme a su ausencia. Necesitaba saber que estaba a mi lado. En cuanto a mis padres, trabajaban, naturalmente, seguían compartiendo las comidas, dormían en la misma habitación. Pero parecía que ya no esperasen nada, ni juntos, ni por separado. A veces tenía la sensación de que a nuestro alrededor el mundo avanzaba a marchas forzadas mientras que, aturullados, encarcelados en nuestra pena, permanecíamos inmóviles, ajenos a aquel flujo vital.

Después de la guerra, y con la ayuda económica de su familia, mi padre había comprado un garaje de varios pisos equipado con rampas helicoidales que conducían a los cuatro niveles del aparcamiento. Había bautizado su negocio Día y Noche y, en la planta baja, había abierto una concesión Simca. Vendía y reparaba los modelos Aronde, Ariane, Trianon, Versailles y algunos

Chambord. Hoy me resulta imposible decir qué es lo que Víctor Blick pensaba de todas aquellas berlinas y de los automóviles en general porque creo que nunca le oí hablar de coches durante toda nuestra vida en común. Salvo quizá cuando se trató, en 1968, de escoger mi primer coche, que evidentemente no fue un Simca sino un viejo Volkswagen 1200 de 1961.

Claire, mi madre, hablaba poco de su oficio de correctora. Me explicó brevemente, de una vez por todas, que su trabajo consistía en corregir las faltas de ortografía y de sintaxis cometidas por periodistas y autores poco atentos al uso de los subjuntivos o a las concordancias de los participios pasados. Se podría pensar que se trata de una tarea relativamente tranquila, repetitiva y, en cualquier caso, poco ansiogénica. Es exactamente lo contrario. Un corrector nunca descansa. Sin cesar, reflexiona, duda y, sobre todo, teme que se le escape la falta, el error, el barbarismo. La mente de mi madre nunca descansaba, ya que sentía la imperiosa necesidad, a todas horas, de verificar en un montón de libros que trataban de los particularismos del francés, el buen uso de una regla o el fundamento de una de sus intervenciones. Un corrector, decía, es una especie de red encargada de contener las impurezas de la lengua. Cuanto mayor era su atención y su exigencia, más se estrechaban las mallas. Sin embargo, Claire Blick nunca se sentía satisfecha de sus grandes capturas. Al contrario, le obsesionaban las faltas minúsculas, aquel krill de incorrecciones que, sin cesar, se deslizaba en sus redes. A menudo, mi madre se levantaba de la mesa en mitad de la cena para consultar una de sus enciclopedias o un libro especializado y hacía esto con la única finalidad de eliminar una duda o bien de calmar un acceso de ansiedad. Este comportamiento no era específico del carácter de mi madre. La mayoría de los correctores desarrollan este tipo de obsesión verificadora y adoptan comportamientos compulsivos generados por la propia naturaleza de su trabajo. La búsqueda permanente de la perfección y de la pureza es la enfermedad profesional del revisor.

Vistos desde fuera, Claire y Víctor Blick tenían la apariencia de una pareja resueltamente ajustada al optimismo de aquellos tiempos

de pleno empleo y de renovación en los que se veían surgir por doquier los arbustos ardientes de los nuevos electrodomésticos. Sí, mis padres se parecían a aquellos hombres y mujeres desbordantes de savia y de esperanza cuando, en realidad, no eran más que dos troncos huecos, ausentes, inmóviles en medio del río. A horas determinadas, miraban y escuchaban dar vagidos a aquel nuevo mundo parturiento, pero permanecían de piedra frente a la larga lista de sus atrocidades. El destino del Congo Belga, las maniobras de Joseph Kasavubu, Moise Tshombé, la muerte de Patrice Lumumba les afectaba tan poco como las variaciones de las cotizaciones de la Unión Minera del Alto Katanga. Delante de aquellas violencias descontroladas, frente a aquel televisor al cual se le había confiado, así parecía, la tarea de mi educación, yo no dejaba de suplicar a mi hermano que volviese a ocupar su lugar en la mesa para que, por fin, se apagase aquel Grandin, volviera la vida y todos nosotros retomásemos nuestra conversación en el punto en que una complicación operatoria la había interrumpido el 28 de septiembre de 1958.

La guerra de Argelia, como tantas otras cosas, no fue más que una abstracción lejana, imágenes de otro mundo que no hacía más que deslizarse por la pantalla cóncava del televisor. Sin embargo, durante el año 1961, por la noche, a menudo nos despertó el ruido de las explosiones que sacudieron Toulouse. Aquellos atentados firmados por la OAS[2] afectaron a todos los barrios y dieron mucho de que hablar a toda la población. En mi casa, claro está, también se oía el ruido de las detonaciones, quizá incluso pudimos ver algunas cosas, pero, en cualquier caso, no decíamos nada. Ni siquiera cuando el silencio del almuerzo se veía empañado por el concierto de las bocinas de los coches que, por los paseos François-Verdier, acompasaban el eslogan «Ar-ge-lia fran-cesa». Tres cortos, dos largos, el morse de los repatriados. Y tampoco fuimos mucho más locuaces cuando la oficina de correos, próxima al garaje de mi padre, saltó por los aires con una carga de explosivo plástico.

La comida de Navidad de 1962 fue, por el contrario, mucho más animada. Tuvo lugar en el domicilio de mi abuela, Marie Blick. Se

reunió toda la familia, excepto, claro está, Madeleine Lande, intratable jubilada de los mercados, y François, mi abuelo, que había muerto hacía poco debido a sus problemas pulmonares. El médico y Madeleine le habían encontrado acurrucado debajo de la cama, sin vida pero siempre en guerra, aterrorizado por los fantasmas obstinados de dos gendarmes que venían a detenerle para llevárselo Dios sabe dónde. Aquella vez, François Lande les había dejado plantados definitivamente. Fue enterrado en su tierra, allá arriba, sobre la cima de la que provenía, cerca del cortejo indiferente de los telesillas.

Así pues, la comida de Navidad se quedaría grabada durante mucho tiempo en mi memoria. Tenía doce años y el mundo en el que vivíamos no me parecía mucho más adulto que yo. Aquel año parecía que la familia se hubiese reunido no tanto para cenar o celebrar no sé qué fiesta religiosa, sino para debatir «acontecimientos». Así era como se nombraba púdicamente a la guerra de Argelia. Los Blick reflejaban la diversidad de opiniones vigentes en el país en aquella época. Primero mi abuela, seguidora de Pétain reconvertida tardíamente a la norma gaulliana, cristiana feroz, anticomunista, anti-Mendés, anti-yo, a la que no le gustaba esperar entre un plato y otro y a la que no le importaba en absoluto el destino de Argelia, territorio impío, definitivamente perdido para la cristiandad. Mi tía Suzanne, hermana mayor de mi padre, calco bastante fiel de su propia madre, anti-Mendés, claro está, antisemita si llegaba el caso, anti-yo todo el tiempo y para siempre con la añoranza de una Argelia blanca y francesa. Su marido, Hubert, sosias de Eddie Constantine con el acento del Midi, antiguo miliciano, ex combatiente en Indochina, ex del mundo antiguo, del que se decía que se había reincorporado al servicio activo en las filas de la OAS. Mi segunda tía, Odile, profesora de inglés en el liceo Pierre-de-Fermat, anticolonialista y razonablemente socialista, vivía en concubinato con Bernard Dawson, periodista deportivo divorciado, especialista en *rugby* y que no ocultaba sus simpatías por el Partido Comunista francés. Entre los demás parientes estaba Jean, uno de mis primos, diez años mayor que yo, hijo improbable

de Suzanne y Hubert, personaje híbrido seguidor de Bakunin y de Elvis Presley, chico simpático que desaparecería en un accidente de coche poco después de mayo de 1968, precursor de dicho acontecimiento.

¿Mis padres? Fieles a lo que eran desde la muerte de Vincent: silenciosos, amables, educados, innegablemente presentes, pero, al mismo tiempo, totalmente ausentes.

Antes de la comida, mi abuela quiso recitar una de esas oraciones de las que sólo ella conocía el secreto, una interminable acción de gracias que jorobaba a todo el mundo empezando por el clan de Las Cruces de Fuego, que ardían en deseos de atacar los alimentos terrenales.

Se apresuraron en atacar el marisco, el Burdeos y el *foie* antes de resolver definitivamente el porvenir de Orán, Argelia, Tremecén y Saida. Hubert alzó su copa:

—Feliz Navidad para todos los moros independientes. No deja de ser impresionante que allí ya no estemos en casa.

Dawson intentó explicar que Argelia no siempre había pertenecido a Francia y que, después de la época de las colonias, venía la de la independencia.

—Hablas como el otro hijo de puta.

—Espero, Hubert, que no piense en el General diciendo esto. No delante de los niños.

—Pero querida suegra, todo el mundo, e incluso los niños, sabe que su general es un verdadero hijo de puta, que ha traicionado al pueblo, al país y ha ordenado fusilar a los que lo defendían.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dawson.

—Quiero decir que mandó ejecutar a verdaderos franceses: Roger Degueldre, Claude Piegst, Albert Dovecar, Bastien-Thiry, ¿te suenan?

—Me estás hablando de miembros de la OAS y de tipos que organizaron atentados en su contra.

—No, hombre, te hablo de patriotas.

—Escuchar la palabra patriota en sus labios, Hubert, no carece de ironía.

—¿Sabe qué, Odile? Yo me cago en usted y en todas sus artimañas de social-comunista.

—Hubert, no puede hablarle de este modo a mi hija. Piense en los niños. Contrólese.

—Hará veinte años que me controlo, querida suegra, veinte años que, de una manera u otra, se me pide que me calle. A pesar de lo que Odile pueda pensar, siempre he estado del lado de mi país y de la bandera. Sea en tiempos del mariscal o en Dien Bien Phu, asediado por el Vietminh mientras vosotros pasabais la Navidad bien calentitos, ¿eh? Y en Argelia, ¿quién si no la OAS mantenía a raya a los rebeldes del FLN[3]?

—¿Sabes cuántas fueron las víctimas de tu OAS? Dos mil quinientos franceses y más de veinte mil musulmanes.

—Adelante, Bernard, adelante, saca a colación la propaganda del Partido. Pero déjame que te diga algo. Hubiese sido necesario calmar no a veinte mil sino a cuarenta mil, a sesenta mil moros cuando empezaron a cortárnoslos y ponérnoslos en la boca. Sólo utilizando el terror contra el terror se fundan y se protegen los imperios.

—Sin duda alguna, papá, eres el mayor facha que ha existido en la tierra.

—Tú, pequeño gilipollas, te callas.

—Hubert, ya está bien. Es su hijo. Y estamos en Navidad.

—Tiene razón, querida suegra, le ruego que me perdone.

—Lo que Hubert quiere decir es que con todas estas historias de autodeterminación se ha abierto la caja de Pandora. Veréis que a este ritmo, en Francia, pronto ya no estaremos en casa. Además, ¿acaso ya no es así? ¿Hubieseis podido pensar que algún día el ministro de Finanzas de este país se llamaría Wilfrid Baumgartner? ¿Nada más y nada menos que Baumgartner?

—¿Qué quieres decir con esto, Suzanne?

—Por favor, Odile, no seas imbécil y no hagas el ridículo delante de todos.

—¿Soy yo la que hago el ridículo? ¿No os escucháis tú y tu marido? Hace una hora que nos hacéis vuestro numerito sobre la

escarapela, los moros y los judíos, como decís entre vosotros. ¿Os creéis que esto es todavía Vichy o qué?

—Ah, ya está, Vichy, hacía tiempo.

Fue entonces cuando mi padre se levantó de la silla, dejó con delicadeza su servilleta sobre el mantel y dijo: «Voy a buscar el pavo».

Cuando volvió, sosteniendo la bandeja ayudado por la cocinera, la tensión entre las dos hermanas había desaparecido. Francia siempre se reconciliaba en torno a un ave de corral. Mi primo Jean, fastidiado por el mariscalismo de sus padres, fumaba un cigarrillo de pie frente a la ventana. Estas libertades en relación con la etiqueta tuvieron la facultad de sacar de sus casillas a mi abuela. Empezó discretamente a lanzar miradas fulminantes antes de dejar que estallase su cólera. Golpeando tres veces el suelo con su bastón, soltó con toda la maldad y la autoridad de la que era capaz: «¡A la mesa, enseguida, jovencito, se lo ruego!». Las palabras se deslizaban entre sus dientes como hojas de afeitar que cortan hasta la médula del hueso.

Fue aquella noche de Navidad de 1962 cuando la escuché proferir una de las cosas más horribles que puedan ser dichas. Fue después del postre, de Indochina, Argelia, Vichy, del consumo de los Versailles, el confort de los Fregate aerodinámicos, la fiabilidad de los 403, la superioridad de un buen Pomerol sobre cualquier Saint-Émilion, la lamentable temporada del Stade de Toulouse, la carrera de Schultz en el Toulouse Club de Fútbol, el porvenir de los niños, las vacaciones en Hendaya y las inevitables historias de criadas y mujeres de la limpieza que se dedicaban a robar como nunca. Mi abuela opinó sobre este último tema. Tenía, dijo, un método infalible para asegurarse la fidelidad y la honestidad de su personal: «Doy propinas regias para que las genuflexiones sean más bajas». A Suzanne y Hubert se les escapó una risita nerviosa incontrolada, algo parecido a cuando se escapa un pedo. Todos los demás, creo, se sintieron incómodos, molestos. Sobre todo *una noche como la de Navidad*. La cocinera, que estaba recogiendo, hizo como si no hubiera oído nada y siguió con su trabajo bajo la mirada de la

vieja que, como si nada, debía de estar contando los cubiertos.

La Antepasada murió el verano siguiente, durante nuestras vacaciones en la costa vasca. Tuvimos que abandonar precipitadamente la playa y regresar para ver por última vez la ingratitud de aquel rostro antes de que se descompusiera. En cuanto llegamos a su casa, mi tía Suzanne, que había tomado las riendas del asunto, me pidió que besara a mi abuela por última vez. La idea de posar mis labios sobre una muerta hizo que me diera un vuelco el corazón. Mi tía me condujo hasta el cadáver, tumbado en medio de una habitación, oscura como una tumba, con todos los cortinajes echados. En el aire flotaba un olor dulzón, mezcla de velas, flores blancas y, yo estaba seguro, carne ya rancia. Débilmente iluminado, el rostro de Marie Blick era aún más terrorífico que cuando estaba viva. Parecía expresar permanentemente un concentrado de los sentimientos humanos más indignos. Me fijé en que sus ojos no estaban cerrados del todo y me imaginé que, a través de la ranura de sus párpados cerúleos, aquella mujer infame seguía, más allá de la muerte, vigilando la lenta evolución de los genes que había transmitido a su descendencia. Frente a aquella escena noté que mi cuerpo se agarrotaba, que se me hacía un nudo en el estómago, al tiempo que, por detrás, la mano de mi tía me empujaba con firmeza hacia los restos de la «generala». Una especie de pánico fisiológico y digestivo se apoderó de mí. Me imaginaba que, bajo las sábanas, cientos de gusanos habían empezado ya su tarea, liberando un montón de líquidos excrementosos cuyos efluvios empezaban a emanar bajo la fina película de la piel. Mil serpientes se pusieron a retorcerse en mis propias tripas y luego, de repente, noté que subían a mi estómago, atravesaban la garganta y, por fin, surgían formando un haz inesperado sobre la sábana inmaculada de la difunta. Todo el mundo vio en aquel espasmo la señal de mi pena y de mi emoción, lo que me valió, durante el funeral, un trato de favor. Así pues, para no volver a someter mi sensibilidad a otra dura prueba, decidieron ahorrarme el episodio del cementerio y el descenso del féretro hacia lo que yo esperaba fuese el Infierno.

Durante aquellas exequias y aquellos días de duelo, nadie

derramó ni la más pequeña lágrima. Todos, vestidos de negro, ponían una expresión seria, pero ni el más mínimo rastro de pena en aquellas caras que ya se espiaban ante la perspectiva de la herencia. Como siempre, aquel reparto despertó toda la gama de envidias íntimas, de mezquindades y de bajezas inconfesadas que son el secreto de la burguesía. Al final, tras algunas negociaciones discretas, las dos hermanas, socialista y Cruz de Fuego, pactaron por el bien del tesoro y se aliaron hipócritamente para despojar a mi pobre padre, quien alimentó una profunda y legítima tristeza. Vio cómo la fortuna materna pasaba ante sus ojos y apenas se le concedió la vieja carcasa de la casa familiar. Este nuevo disgusto, sumado a la pena causada por la pérdida de su hijo primogénito, le arrebató la poca fuerza vital que le quedaba. Cierto, seguía vendiendo los Simca, pero ¿por cuánto tiempo?

Así era mi familia en aquella época, desagradable, anticuada, reaccionaria, terriblemente triste. Resumiendo, francesa. Se parecía a este país, un país que se consideraba feliz por seguir con vida, tras haber vencido su vergüenza y su pobreza. Un país lo bastante rico como para menospreciar a sus campesinos, convertirlos en obreros y construirles ciudades absurdas formadas por edificios de una fealdad funcional. Al mismo tiempo, las cajas de cambio de los coches pasaban de tres a cuatro marchas. Sólo esto bastó para que todo el país se convenciera de que iba con la directa puesta.

Crecer en aquella Francia no era cosa fácil. Sobre todo para un adolescente tímido, atrapado entre Charles de Gaulle y Pompidou, su Primer Ministro. Además, resultaba del todo inimaginable, en materia sexual, esperar la más mínima información, la más mínima educación. Privado de la ciencia y de la experiencia de un hermano mayor, junto a unos padres apesadumbrados y mudos, tuve que confiar mi iniciación a una especie de alegre sibarita trastornado, terriblemente eficaz, imaginativo y la mar de perverso, sin la más mínima moral ni inhibición y dotado de una salud envidiable. Se llamaba David Rochas, tenía un año más que yo y, sin duda, unas cuantas vidas de ventaja sobre la mayoría de los seres humanos que habitan este planeta.

Con trece años, y sin duda con cierto retraso en relación con mis congéneres, descubrí yo solo y gracias a Victor Hugo el principio y el mecanismo de la eyaculación. Era un domingo, y me habían enviado a mi habitación para leer varios capítulos de *Los miserables* y hacer un resumen. Como todos los chicos de mi edad, constantemente notaba una corriente profunda, una tensión violenta que rondaba sin cesar por mi bajo vientre. Para calmar, o intentar dominar aquella excitación crónica, tenía por costumbre empuñar mi apéndice triturándolo sin finalidad alguna como un viajero impaciente. Resultaba a la vez agradable y terriblemente frustrante. Y llegó Hugo. Con aquella lectura inacabable. Aquel domingo divino. Aquella vez, al final de la erección —mecánica simplista cuyas leyes entendía perfectamente—, se produjo ese fenómeno brutal, arcangélico y misterioso: la eyaculación. Con su fulgurante emisión de líquido y esa aterradora y radiante sensación de suave electrocución. Como un peregrino transfigurado, tuve la revelación de que a partir de entonces sólo viviría para sentir una y otra vez aquel estremecimiento, de que el mundo corría detrás de él, que hacía girar la Tierra, que engendraba hambre, provocaba guerras, que era el verdadero motor de la supervivencia de la especie, de que los seísmos deliciosos de esas glándulas pendulares podían por sí solos justificar nuestra existencia y animarnos a retrasar sin cesar la hora de nuestra muerte. Así pues, a partir de Hugo, como un verdadero miserable a los ojos de las leyes católicas, me masturbaba como un loco, un huido de aquella pequeña Francia mortuoria. Me masturbaba mirando a las presentadoras de televisión, los catálogos de venta por correspondencia, las revistas de actualidad, los anuncios con chicas sentadas sobre neumáticos, en resumen, cualquier imagen que me revelase una parte de carne femenina. Fue entonces cuando David, y perdonen la expresión, cogió en sus manos mi futuro.

Aquel chico se parecía a la idea que uno podía hacerse de un Vittorio Gassman adolescente. Su rostro expresaba una virilidad nerviosa, algo obtusa pero conquistadora. Iba a mi escuela, ocupaba el puesto de medio en la melé del equipo de *rugby* del colegio mientras que yo jugaba de delantero. Lo que equivale a decir que

durante los encuentros nuestras suertes estaban estrechamente ligadas. En el campo, David se convertía en una bola de energía, una especie de loco que llevaba su *pack* como un cochero gritón. En la vida era peor. Nunca se paraba ni se quedaba inmóvil, siempre privilegiaba la acción, dando la sensación de estar continuamente en «operación», como lo están los militares. El único problema era que todo aquel ímpetu, aquel dinamismo, estaba al servicio de la satisfacción de obsesiones y de necesidades sexuales casi inagotables. A lo largo de mi existencia, nunca he encontrado a un ser humano que demostrase un apetito parecido, ni que estuviese sometido a un tal embrujo. Su cuerpo parecía estar siempre torturado por aquel vapor seminal que hervía en su interior. Era una especie de volcán espermático cuyas fumarolas permanentes evidenciaban un peligro de erupción repentina. Agitado, inquieto, siempre escondía una mano en el bolsillo. Cuando le pregunté el porqué de aquella costumbre, me contestó: «Mantengo el animal atado». A veces se levantaba brutalmente de su asiento y se ponía a caminar arriba y abajo por la habitación, haciendo muecas, suspirando con rabia. Entonces, empuñaba su chisme a través del tejido del pantalón y mascullaba esta increíble frase revestida a la vez de pesar; dolor y furor: «¡Mierda, si mi madre fuese guapa, me la tiraría!».

Hay que reconocer que su madre no era una belleza. Dirigía con su marido una agencia inmobiliaria importante en el bulevar de Strasbourg. Cuanto más frecuentaba a los Rochas, mejor comprendía las predisposiciones particulares de su hijo único. Además de un gusto muy acentuado por los muebles y los coches despampanantes, aquella pareja no ocultaba en absoluto sus apetitos sexuales permanentes. En su piso, el señor y la señora Rochas se rozaban, se buscaban, se mimaban, se acariciaban, se besaban. Aunque neófito en la materia, me parecía evidente que aquellos gestos iban mucho más allá de las simples pruebas de afecto que se permitían, en público, las parejas de mi entorno. Sobre todo cuando, en la cocina, veía a Michel Rochas coger con ambas manos los gruesos senos de su mujer y meterle su pequeña lengua violeta en la boca. A veces era Marthe la que deslizaba ostensiblemente las

manos en los bolsillos de su esposo mientras él se anudaba la corbata. Y todo esto de la manera más natural y normal del mundo. Nunca había visto a mis padres comportarse así y no podía imaginar que algún día hubiesen podido compartir una intimidad parecida, ni siquiera en el más profundo secreto de una alcoba. Por el contrario, empecé a comprender el origen de los tormentos turgentes de mi amigo David.

Un año mayor que yo, me llevaba una ventaja de cien codos desde cualquier punto de vista. Conocedor de los grandes principios de la vida, David leía los grandes textos filosóficos mientras que nosotros empezábamos a descubrir los orígenes del placer y las aventuras en los dibujos de Akim o de Battler Briton, fumaba cigarrillos Air France y nos prestaba viejos ejemplares de *Paris-Hollywood*, muy manoseados, pero que siempre eran portadores del mismo poder sulfuroso. Aquel extraño chaval me fascinaba, simplemente veía en él a un *alien*. A veces se presentaba con *Die Welt* o el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* bajo el brazo, desplegaba el periódico y hacía ver, durante una hora, que leía las noticias en alemán. Ignoro por qué hacía esto, pero lo hacía.

Una noche estábamos en su habitación y mientras, caminando de un lado a otro, se esforzaba por «mantener atado el animal», vi que de repente empujó su mesa de trabajo contra el tabique que separaba su cuarto del de sus padres. Luego apagó la luz, colocó la silla sobre la mesa y, con gestos felinos, subió hasta lo más alto de aquel andamiaje que le permitía llegar hasta una pequeña ventana oval incrustada en la pared. En su posición de *voyeur*, depredador inmóvil, su perfil iluminado débilmente por la lámpara de la habitación contigua, vi cómo le vibraban los músculos en tensión del rostro. Enseguida me indicó que me uniera a él. Así fue como descubrí la razón de su turbación y de su excitación: Marthe y Michel Rochas, encajados, ensamblados uno en el otro; él detrás, meneándose como un loco, con las manos y los dedos clavados profundamente en la grupa de su mujer; ella de rodillas, soltando pequeñas secuencias de gritos, con el rostro vuelto hacia atrás, la mirada brillante y atenta. Entonces su hijo sacó su instrumento y

empezó a masturbarse. Sí, sosteniéndose con una mano en el techo y la otra ocupada en la tarea, haciendo muecas, resoplando, David Rochas se masturbaba mirando cómo su padre se tiraba a su madre. A pesar de haber renunciado a Dios y a la religión desde la muerte de mi hermano, en aquel momento tuve la sensación de estar asistiendo a lo que, para los católicos, podía representar la noción de pecado mortal.

A fuerza de frecuentar a los Rochas, me acostumbré a no ofuscarme por nada. Apenas si me fijaba en que la madre de David me recibía a veces vestida con unos *deshabillés* casi transparentes que parecían sacados directamente de las páginas más sugerentes de *Paris-Hollywood*. De hecho, no había premeditación alguna, ninguna provocación, ni el más mínimo exhibicionismo en el comportamiento de aquella mujer. Sencillamente era así, libre en sus costumbres, a gusto con su cuerpo. Muy adelantada para la época, parecía haber solucionado su relación con las prohibiciones y la sexualidad. No sucedía lo mismo con su hijo, que vivía un verdadero tormento físico y quizá también moral. Ya que si David podía, en muchas cuestiones, pretender desempeñar un papel de precursor, cuando se trataba simplemente de abordar y seducir a una chica tenía tan pocos recursos como todos nosotros. En cuanto las cosas empezaban a tomar cuerpo —en todos los sentidos—, el cardenal del onanismo demostraba ser realmente un pobre parroquiano.

Su desconcierto nunca duraba demasiado. Pongo como prueba la confesión —más bien tendría que utilizar el término revelación, ya que me pareció que nunca, durante aquella conversación, su tono estuvo impregnado del más mínimo velo de contrición— que me ofreció con relación a sus experiencias de «penetración». Sobre esto debo decir que los hallazgos de David Rochas se adelantaron cuatro años a los inventos lúbricos de Alex Portnoy que Philip Roth relató, en 1967, en la página 132 de *El lamento de Portnoy*: «¿Y bien, dónde ha ido a parar la razón en esta tarde en que al regresar de la escuela me encuentro con que mi madre está ausente y que en nuestra nevera hay un soberbio trozo violáceo de hígado crudo? Creo que ya he hablado de este filete de hígado que había comprado en una

carnicería, y que me beneficié detrás de un tablón para fijar carteles, de camino a una lección de *bar-mitsvah*. Pues bien, Santidad, deseo ofrecer una confesión completa sobre este asunto. No era mi primer trozo. Mi primer trozo me lo beneficié en la intimidad de mi propia casa, enrollado alrededor de mi polla, a las tres y media, y, de nuevo, me lo beneficié ensartado en un tenedor a las cinco y media, en compañía de otros miembros de esta pobre e inocente familia que es la mía».

Cuando me abrió la puerta, aquella tarde de la primavera de 1963, David Rochas tenía la expresión de los días malos. Una mirada tensa, que presagiaba tormenta, y los maseteros que latían como corazones de pichones. Parecía molesto, contrariado por mi llegada. Visiblemente, había llegado en un mal momento. Me hizo entrar y antes de que pudiera pronunciar una palabra me dijo:

—Ve a mi habitación, espérame, acabo una cosa, tardaré cinco minutos.

Mientras se alejaba rápidamente hacia la cocina, me fijé en el pequeño delantal que llevaba anudado a la cintura. La habitación de David, contrapunto de su personalidad agitada y desordenada, era un verdadero remanso de paz y serenidad. El tapizado de color almendra pastel, los muebles de madera clara, la biblioteca de estilo escandinavo perfectamente ordenada, todo contribuía a crear un clima apaciguador, lenitivo. Un orden impecable reinaba en la habitación, hasta tal punto que hubiese sido difícil imaginar que aquel rincón zen fuese el refugio de un adolescente desmadrado y con exceso de vitaminas. David se reunió conmigo. Ya no tenía la misma cara.

Parecía tranquilo, relajado, casi sonriente. En cualquier caso, desprovisto de su mímica de electrocutado. Se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par. Apoyado en el alféizar, miraba el cielo sin dejar de deslizar la mano bajo la cintura de su pantalón. Palpaba su sexo y luego, como lo haría un terrier husmeando un rastro, se olía la punta de los dedos.

—Mierda, apesta a ajo.

—¿Qué, tus dedos?

—No, mi polla. Tengo la polla que apesta mortalmente a ajo. Es por culpa del asado, de esa mierda de asado.

—¿Qué asado?

Y entonces, David Rochas, catorce años, alumno de 4.º A en el liceo Pierre-de-Fermat me contó cómo desde hacía casi un año se ensartaba hasta lo más alto todos los asados de buey que la señora Rochas, su madre, encargaba preparar y mechar, dos veces por semana, al señor Pierre Aynar, encargado de la Carnicería Central. David me explicaba todo aquello con voz tranquila y comedida, un poco del mismo modo en que un cocinero ofrece los rudimentos de una de sus preparaciones. «Primero, lo saco de la nevera una o dos horas antes para que esté a temperatura ambiente, entiendes. Luego, cojo un cuchillo bastante ancho y hago un corte, en el centro del asado, justo en el centro. Tampoco demasiado ancho, justo lo necesario. Después me pongo el delantal, me bajo el pantalón y la partida puede empezar. Pero, a menudo, la cabrona de mi madre rellena el asado con ajo. Entonces si voy a dar con un diente de ajo y me refriego con él, tengo la polla que apesta durante dos días. ¿Qué, qué te pasa? ¿Te da asco el ajo? Parece que hayas visto al diablo».

Lo que acababa de ver era mucho más impresionante: mi mejor amigo, centro en la melé y futuro capitán del equipo de *rugby*, de pie en la cocina, con un cuchillo en la mano, con el pito hambriento y ardiente, beneficiándose el asado familiar cortado por una mano experta de los mejores trozos de buey, servido aquella misma noche acompañado con judías verdes y patatas *dauphine*. Conocía perfectamente ese plato. En varias ocasiones lo había compartido con los Rochas.

—¿Te tiras el asado de tu madre?

No dejaba de repetir aquellas palabras, dividido entre las ganas de morirme de risa y las de huir a toda prisa de aquel gozador y de su libido de necrófilo.

—¿Te tiras el asado de tu madre?

No me atreví a hacerle la única pregunta que se le hubiese ocurrido a cualquier persona sensata. No, no tuve el valor de preguntarle si él, el donjuán de la espaldilla, el *lovelace* del filete, se

corría realmente en el rosbif. Sin duda porque ya conocía la respuesta. Oliéndose sus dedos con ajo, sonreía del mismo modo que un seductor napolitano orgulloso de sus conquistas de la noche. Luego, recobrando el dominio de sí mismo, se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Quieres probar?

Dejé de ir a cenar a casa de los Rochas y mis relaciones con David, aunque siguieron siendo fraternales, nunca más fueron íntimas. Había comprendido que mi amigo vivía en un mundo al que yo no tenía acceso, un universo singular, terriblemente solitario, un principado libertino en el que la transgresión y la libertad no tenían ningún sentido ya que nada era imposible ni estaba prohibido.

No hace mucho volví a ver a David Rochas. Se parecía a la idea que nos hacemos de un banquero noruego, aficionado a la cerveza escandinava y a los *sprats* de Riga. Me dijo que estaba divorciado, que se había vuelto a casar con una mujer joven que, en aquella época, esperaba un hijo suyo, y que trabajaba en el servicio de recursos humanos de una sociedad de semiconductores subcontratada por una gran compañía. No hizo alusión alguna a nuestra juventud y parecía haber dominado gran parte de los demonios que habitaban en él. Aparentemente, ya no tenía por costumbre «mantener el animal atado» e imagino que debía de dejar descansar en paz a su anciana madre protegida de sus tentaciones. No pareció estar deseoso de reanudar una relación de amistad, como yo tampoco lo estaba.

Para qué hablar ahora de la escuela, ese purgatorio de la adolescencia. En este aspecto, la época era intratable, estricta, austera. Había que aprender. A cualquier precio. Y sin fantasía. Aprenderlo todo y su contrario. Griego, latín, alemán, inglés, jugar a la goma, subir por la cuerda, los plegamientos hercinianos, el pico de la Maladetta, el monte Gerbier-de-Jonc, Ovidio, *Dicunt Homerum ccecum fuisse*, Carlos el rey, nuestro emperador Magno/ Siete años enteros estuvo en España/, $ax^2 + bx + c$, Cuando dos verbos se siguen el segundo va en infinitivo, Fontenoy, Richelieu,

«*begin, began, begun*», «*hujus, huic, hoc, hac, boc*», *Ich weisse nicht was es bedeuten solí*, la caverna de Platón, el triángulo isósceles, $a^3 + 3a^2 b + 3ab^2 + b^3$, tarso, metatarso, *Ideo precor beatam semper virginem, How old are you?*

A aquel ritmo llegábamos a viejos antes de cumplir la edad. Aprender a marchas forzadas, aprender a comer sin poner los codos en la mesa, a nadar cara abajo, de espalda, de lado, a mantenerse recto, a no meterse los dedos en la nariz, a no contestar, a callarse, a dominarse, en resumen, como se decía entonces, «aprender a ser un hombre». Extrañamente, aquella educación pasaba por Inglaterra, territorio flotante e iniciático en el que todo pequeñoburgués debía perfeccionar su primera o segunda lengua, apéndice que se apresuraba, una vez cruzado el Canal, a meter en la boca de la primera londinense que encontraba. Con quince o dieciséis años, todos teníamos los ojos anclados en los acantilados de Folkestone, ávidos por conocer por fin a aquellas prometedoras anglosajonas de las que se comentaba que no tenían frío en los ojos.

Hay que imaginarse la Francia de entonces, un 403 azul marino o gris, con el tapizado de terciopelo, De Gaulle conduciendo, con las dos manos al volante, Ivonne a su lado, con el bolso de mano en las rodillas y nosotros, todos nosotros, detrás, víctimas de los mareos del paseo dominical, del aburrimiento vertiginoso de un futuro ya pasado de moda. Pablo VI en el balcón y Pompidou tocando el acordeón, incorregible Primer Ministro, eterno subalterno de la V República. Sí, todos nosotros detrás, con las ventanas ligeramente entreabiertas para que estuviésemos tranquilos y, sobre todo, para evitar las corrientes de aire. Francia se asemejaba a esos coches familiares de diseño un poco rígido, esas berlinas de pequeños notarios o de empleados del Estado, mortalmente tristes, conducidas sin excesos ni fantasía por un general católico siempre dispuesto a reducir las marchas siguiendo el orden de la caja de cambios y que, el resto del tiempo, vivía en los televisores Grandin. Les hablo de un país que hoy está mucho más desaparecido que la Atlántida, un país con colchones de lana, Mobylette amarillas, aceite de oliva vendido al por menor, cascos en depósito, un país en el que

no resultaba turbio ni escandaloso pagar un coche al contado, con dinero que no provenía de ganancias ilícitas o de beneficios escondidos a Hacienda, sino de largos años de ahorro. El vendedor rellenaba la hoja de pedido, el comprador metía la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacaba varios fajos cogidos con clips, volvía a contar los billetes que eran tan grandes como servilletas de restaurante y concluía el trato. Sí, así se compraban los coches, o las cocinas de gas e incluso las casas. Con imponentes hojas de papel coloreadas y crujientes como galletas. Algunos fines de semana, mi padre volvía a casa con las ganancias del día. Iba más cargado que una diligencia de la Wells Fargo. Aquellas noches yo esperaba a que todos estuvieran dormidos y, discretamente, como un Fantomas doméstico, tomaba algunos billetes pequeños del revoltijo de aquel dinero escondido.

En la Simca, después del vals de los V8, la locura de las grandezas y de la vida de palacio, habían vuelto a ambiciones y nombres más modestos. Así pues, mi padre ya no vendía Chambord, Versailles y Beaulieu, sino que, de forma más prosaica, vendía Simca 1000, 1100, 1300 y 1500. El letrero de la fachada seguía brillando Día y Noche. Pero en su luz había algo todavía imperceptible que, sin embargo, anunciaba que una época estaba llegando a su término y que otra, aún indefinible, frágil, como un perfume naciente, flotaba en el aire de este país.

Por mi parte, hice mi revolución personal durante el verano de 1965. Por consejo de mi profesor de lengua, mis padres consintieron en enviarme un mes al regazo educativo de una siniestra familia que habitaba en Atwater Street, en East Grinstead, agujero sin fondo, situado a una hora al sur de Londres.

Mis anfitriones se apellidaban Groves. James y Eleonor Groves. Como particularidad tenían la de hablar sin ton ni son —pero como decía Beckett: «Aportar la voz, ¿no es ya el primer grado de la compañía?»—, beber hectolitros de ginebra y oler a sudor permanentemente. Para desplazarse tenían un Borgward de dos puertas del que nunca se sabía qué pensar^ se mirase por donde se mirase. Además de su inclinación por el alcohol, y quizá incluso por

ello, los Groves eran personas muy desenvueltas, sin ningún prejuicio educativo, que comprendían perfectamente que un joven francés de vacaciones dejase de ir a dormir a East Grinstead a menudo y por el tiempo que deseara, siempre y cuando tuviera cuidado de mirar hacia el lado adecuado al cruzar la calle. Todavía hoy les estoy tremendamente agradecido a aquellos alcohólicos apestosos por haberme permitido descubrir, en un mes, lo que algunas personas buscan a veces en vano durante toda su vida: el sexo, el amor, el *rock and roll* y la alegría absoluta de ser uno mismo.

Por primera vez tenía realmente la sensación de existir. Sentía esa borrachera permanente que me producían todas las audacias. Hablar con chicas, caminar cogiéndolas por el hombro, besarlas, acariciar sus increíbles pechos, deslizar una mano debajo de sus intimidantes faldas y, cuando la suerte me sonreía, llegar a la meta, sentir esa demasiado breve electrocución que te hacía ser un hombre y te autorizaba, llegado el momento, a regresar con la cabeza alta a tu hogar. Durante aquellos treinta días excepcionales, sin familia ni patria, chisporroteaba con esa misma vitalidad que debe sentir una mariposa al salir de su crisálida.

Durante el día vagabundeaba por Carnaby Street o bien cerca de una vieja bolera escondida cerca de Piccadilly y, por la noche, intentaba entrar en los locales de *rock* y de *rythm and blues* diseminados por el Soho. Pensando de nuevo en los tres acontecimientos que me marcaron durante aquel verano de 1965, me digo que los dioses de East Anglia estaban realmente de mi lado.

Cuando decidía no volver a East Grinstead, los Groves me habían dicho que me quedase a dormir en casa de una de sus amigas, *miss* Postelthwaith, una mujer encantadora que ponía a mi disposición una de las camas más cómodas en las que jamás he dormido. Lucy Postelthwaith poseía la elegancia patinada de esas mujeres de mediana edad a las que nunca les ha faltado nada. Su educación y sus modales parecían irreprochables hasta tal punto que intentaba no incomodarme con su inglés de Oxford y se dirigía a mí esencialmente con signos y sonrisas, como lo hacen con toda naturalidad los súbditos de los viejos países colonizadores cuando

intentan comunicarse con los «salvajes». Enseguida me sentí muy a gusto en aquel piso acogedor en el que nunca nadie me preguntaba nada. A veces, por la mañana, Lucy me preparaba un desayuno continental y me lo traía a la habitación. Una mañana entró mientras yo, desnudo e hirviendo de estúpida savia adolescente, estaba utilizando el colchón como si fuera un trampolín que con cada impulso me mandaba a paseo hasta el techo. A Lucy no le chocó aquel espectáculo de rebotes. Se limitó a colocar la bandeja sobre la cómoda, a sentarse en el sillón y a animarme con una sonrisa explícita a que siguiese con mis ejercicios.

Cuando me quedé sin aliento, hizo como si me aplaudiese y me dijo algo que yo interpreté como un halago en el que figuraba la palabra «*spring*». Estaba convencido de que me felicitaba por mi «muelle», a menos que estuviese preocupada por los de su colchón. Rápidamente este juego se convirtió para nosotros en costumbre y, cada vez que me quedaba a dormir en su casa, Lucy Postelthwaith entraba por la mañana en mi habitación con su bandeja y, como un soldadito cumpliendo el reglamento, con mi instrumento al aire, la deleitaba durante cinco minutos generosos con el espectáculo gimnástico de mis cojones de muelles. Siempre con la misma sonrisa de buena ley, Lucy observaba cómo bailaban. A veces, por pura amabilidad, me deslizaba diez libras en el bolsillo. Ya me veía, joven brillante y precoz, en la linde de una prometedora carrera de gigoló.

Mi segunda experiencia fue de naturaleza más perturbadora. En la bolera de la que ya hablé antes, conocí una tarde a una francesa algo mayor que yo que también estaba perfeccionando la lengua. Era una chica bastante corriente, de músculos fuertes, que masticaba sin gracia un chicle rosáceo y cuyo busto intimidador era lo que más llamaba la atención. Vestía un pequeño *shetland* ajustado y una falda escocesa. No sé por qué motivo acabamos en la última fila de un cine en el que proyectaban una película americana interpretada por David Niven. No hacía ni siquiera dos horas que nos habíamos conocido y, sin embargo, nos besábamos como locos, como si nuestra vida dependiese de ello. Mi mano manoseaba su imponente pecho mientras que la suya me masturbaba con precisión llena de

entusiasmo. Tenía la sensación de que un puñado de truchas arco iris se debatían en mis pantalones. Subyugado por la vitalidad de aquel vivero y deseoso de retrasar el final que presentía iba a ser inminente, intentaba olvidarme de aquellas delicias concentrándome en las cinematográficas aventuras de David Niven. Pero aquella estratagema me sirvió de poco y exploté mucho antes de que el héroe de la película tuviese tiempo para encender la mecha de la dinamita que llevaba un buen rato manipulando. En eso estábamos cuando ella deslizó su mano por mi espalda y empezó a acariciarme los riñones. Me frotaba del mismo modo que masticaba su chicle: sin interrupción. Me costaba creer que alguna vez una mujer hubiese hecho esto a un hombre en un cine. Así como tampoco podía imaginarme que su dedo corazón, impetuoso y tunante, fuese a escurrirse entre mis nalgas y, en una fracción de segundo, hundirse dentro de mi orificio anal. Nadie antes me había dicho que las mujeres podían hacer tales cosas y, sobre todo, que los hombres pudiesen sacar provecho de ello. Así que, sin respiración, con los ojos muy abiertos, me levanté de mi asiento como un muelle (sin duda mi famoso *spring*). En cuanto superé el *shock* fruto de la sorpresa, tomé la mano de la joven y la estreché con fuerza en la mía, más para defenderme de un nuevo ataque que para demostrarle algún gesto de ternura o de afecto. Y, mientras la película se eternizaba, pensé que un solo muchacho en el mundo podría algún día hacer feliz a una chica como aquélla: mi amigo David Rochas.

Sinika Vatanen no tenía nada que ver con estos dos. Simplemente era la chica más dulce, más guapa y más elegante de la tierra. Finlandesa de largos cabellos negros y ojos verdes, nativa de Tampere, también ella estaba allí para mejorar un inglés que resultaba ya muy convincente. Nos habíamos conocido sobre los guijarros de la playa de Brighton y enseguida habíamos decidido vivir juntos, sin ni siquiera hablarnos, para qué si con quince años estas cosas se ven claras de inmediato.

Nos amamos desde el primer instante y, naturalmente, permaneceríamos inseparables hasta el momento de nuestra muerte. Durante una semana vivimos así, tumbados uno sobre el otro, uno

en el otro, uno junto al otro, en brazos uno del otro. Cuando me acariciaba, tenía la sensación de deslizarme sobre el agua. Caminábamos sobre los muelles que se adentraban en el mar. Había olvidado la cara de mis padres, la muerte de mi hermano, la existencia de los Groves e incluso los despertares saltarines en casa de *miss* Postelthwaith. Sólo era aquel señor Vatanen del que hablaba toda Inglaterra, el amante de la mujer más hermosa del mundo, aquel increíble seductor tolosano que, con quince años, ya lo había probado todo en la vida, desde el *spring* matinal al tocamiento anal, pasando por el asado vaginal. Yo era aquel señor Vatanen que había abandonado a su familia, su país, sus estudios, para ir a instalarse en los septentriones, en el país de la nieve y de los hielos, junto a aquella mujer única a la que amaría y protegería hasta el final de la vida. Mucho después, en un libro cuyo autor no recuerdo, leí esta frase: «La tranquilidad es no estar jamás obligado a darse a fondo». Estas pocas palabras me hicieron pensar de inmediato en Sinika Vatanen. Le rendían homenaje mejor de lo que yo nunca hubiera sabido hacer.

Nuestra historia se acabó de la manera más simple: tomó el *ferry* para Finlandia y yo, el mío para mi país. En cuanto llegué, les comuniqué a mis padres la decisión de irme a vivir a Tampere. Me aconsejaron que me diese una ducha antes de sentarme a la mesa. Escribí a Sinika durante tres o cuatro meses. Ella me envió poemas y fotos. Luego, un día, añadió una foto de su perro que se parecía a una especie de viejo plátano de peluche. No sé cómo la visión de aquel animal transfiguró mis sentimientos pero, en un instante, la más amada, la más dulce y la más hermosa mujer del mundo salió definitivamente de mi corazón y de mi vida.

Sin duda me estaba convirtiendo en un hombrecito, lo que suponía acatar todos los pactos con la dignidad. De todas formas realicé estudios aburridos escuchando a los Rolling Stones, a Percy Sledge, a Otis Redding, mientras Francia se las arreglaba mal que bien con un tercer e incluso con un cuarto gobierno Pompidou. En las manifestaciones campesinas del Midi, se empezaba a oír resonar el fogoso y rústico eslogan «¡Pom-pi-dou, bomba-de-mierda,

bomba-de-perras!». De Gaulle, por su parte, seguía viviendo en los Grandin que ahora se llamaban Téléavia, Ducretet-Thomson o Grundig. Decía cosas tales como: «La mano en la mano»[4], «Viva Quebec libre», «Europa desde el Atlántico hasta los Urales», o bien, «Israel es un pueblo seguro de sí mismo y dominador». Cuanto más escuchaba a este hombre, cuanto más le observaba atravesando la muchedumbre con su quepis de guardia de parque, más me parecía que vivía en otro planeta y que se dirigía a los huéspedes imaginarios de un zoo abandonado. En los guateques de entonces se denominaba a los padres, superados por su época, los «viejos», los «decrépitos». El *líder máximo*, padre de una patria gerontocrática, se había convertido simplemente en una especie de momia caracterizada, vestida con vendas de color caqui. ¿Qué más se puede añadir? Quizá esto: con ocasión de sus desplazamientos, el General había abandonado el antiguo Simca Regencia presidencial de alas imperiales, para viajar a partir de entonces en un OS Citroen con la carrocería diseñada por Chapron. Naturalmente este cambio se realizó con gran pesar para mi padre, republicano, cierto, pero ante todo concesionario.

Soy incapaz de decir dónde estaba y qué hacía cuando, en 1963, J. F. Kennedy fue asesinado. Por el contrario, recuerdo perfectamente aquella comida en familia en la que, el 8 de noviembre de 1967, la televisión anunció la muerte de Ernesto Che Guevara. Creo que fue la primera vez que durante la hora de la comida se mostraba el cadáver de un hombre con tanto desenfado. Veo de nuevo las imágenes de aquel cuerpo acribillado a balazos, tumbado y exhibido frente a las cámaras para que todos se enterasen, sin la más mínima duda posible, de la muerte del guerrillero, pero también para que todos comprendiesen que el camino de la revuelta era una vía sin salida. En este anuncio de defunción había una voluntad patente de aleccionamiento, de advertencia amenazante. Aquellas imágenes se sumaban a muchas otras arrogancias militares, estallidos bárbaros, golpes de Estado y, en todo el mundo occidental, se escuchaba en sordina una corriente de rebelión. Aquel aire de sedición, todavía irregular, caprichoso,

turbulento, emanaba de nuestras vidas minúsculas, se formaba a menudo a partir de cosas insignificantes, pequeñas depresiones individuales, desacuerdos familiares, culturales o educativos. La toma de conciencia política era todavía balbuciente, pero estaba naciendo una generación que ya no quería que le cortasen el pelo a cepillo, ni que le impusieran una vida cuadriculada o que le arrastraran a la iglesia. Una generación ávida de equidad, de libertad, deseosa de distanciarse de sus dioses y de sus viejos maestros. Una generación que estaba realmente a cien mil leguas de la precedente. Sin duda, no hubo jamás en la historia una ruptura tan violenta, brutal y profunda en el continuum de una época. 1968 fue un viaje intergaláctico, una epopeya mucho más radical que la modesta conquista espacial americana que simplemente ambicionaba amaestrar la Luna. Porque durante aquel mes de mayo de lo que se trataba era, ni más ni menos, de embarcar al mismo tiempo, sin un presupuesto determinado, ni un plan concertado, ni entrenamiento, ni führer, ni caudillo, a millones de hombres y mujeres hacia un planeta nuevo, hacia otro mundo, en el que el arte, la educación, el sexo, la música y la política se verían libres de normas obtusas y de códigos forjados en el rigor de la posguerra.

¿Cuáles fueron las causas de estas transformaciones? Los garrotes de Franco, el asesinato de Martin Luther King, la suficiencia de los príncipes, el quepis del General, Tixier-Vignancour, la pestilencia del clero, la educación trasnochada, la moral atenazada, la condición de las mujeres, los mandarines todopoderosos, el *Torrey Cattyon*, el aplomo de Giscard, ya entonces, Pompidou y sus *gauloises* azules, la guerra de Vietnam, el Concilio Vaticano II, el asunto Ben Barka y mi padre con sus nuevos discursos modernistas sobre sus Simca de mierda, mi madre y sus silencios neuróticos, mi tía Suzanne reclamando orden, mano dura, más agua bendita y, sobre todo, respeto, con su marido, Hubert, hundiéndose en el alcoholismo mundano y el odio racial, Odile, la vieja socialista convertida a las palinodias giscardianas e incluso Dawson, el periodista deportivo alcanzado por la amargura, comunista enquistado en las biblias testarudas de los congresos

pactados.

Aquella primavera, con dieciocho años, muy pocos estábamos al tanto de las sutilezas ideológicas del movimiento. Los más politizados se proclamaban seguidores de los situacionistas, pero la gran masa seguía los pasos de Cohn-Bendit, Geismar, Sauvageot, sin saber nada de la «Primera proclama de la sección holandesa de la IS» firmada por Alberts, Armando, Constant y Har Oudejans. Por mi parte, y contrariamente al estratega Debord, que a principios de los años sesenta escribía «La victoria será para aquellos que hayan sabido causar desorden sin amarlo», adoraba el jaleo. El jaleo por el jaleo. Martirizar la calle como se rompen viejos juguetes. Cortar ataduras, saltarse las reglas en una última pataleta de niño. El jaleo por lo que tenía de estimulante e incontrolable, un jaleo casi líquido que se infiltraba por todas las ranuras de la sociedad, viviendo de su propia energía, haciendo saltar los plomos de las fábricas y de las familias, inundando aquel anodino país, un jaleo que crecía a la velocidad de un mar de equinoccio, de un caballo al galope y que ponía en fuga a aquellos ministros trajeados que comprendían, aunque un poco tarde, que no es posible negociar con la marea.

El 22 de marzo, mientras en Nanterre los estudiantes ocupaban los locales administrativos de su facultad, yo, en Toulouse, me ponía al volante de mi primer coche, un Volkswagen de 1961, de color *perlweiss*, equipado con parachoques dobles, una batería de seis voltios y capota de tela. Era un coche usado del garaje, marcaba setenta mil kilómetros, garantía familiar. Mi padre había supervisado la revisión de aquel vehículo antes de entregarme las llaves solemnemente en su despacho. Había dicho más o menos esto: «Espero que este coche te lleve hasta el título de bachillerato». Era sin duda una muestra del humor paterno: conciso, minimalista, siniestro. Luego añadió en un tono que me pareció más profesional: «Creo que es de primera». Adoraba este calificativo y lo utilizaba en todo momento. Una comida era de primera, un coche, naturalmente, pero también una película, una jornada, un partido de *rugby*, un razonamiento o, simplemente, un necio. Así pues, tenía un coche «de primera», un juguete formidable de emancipación, un

misil de libertad que me llenaba de alegría. Con cada aceleración escuchaba el silbido de la turbina que enfriaba los cuatro pequeños cilindros con la sensación de controlar los mandos de algo que me sobrepasaba. Pero también sentía que, gracias a aquel volante de baquelita, por vez primera, era capaz de dirigir mi vida. Así pues, mi movimiento del 22 de marzo se redujo a una vuelta por la ciudad, unos kilómetros por carretera y una vuelta a casa con el mismo orgullo de «aquel que conquistó el vellocino».

Debo dar gracias a los amotinados por aquel bachillerato bufón y con turbantes ofrecido en bandeja por una casta a la que veía temblar por primera vez. Nunca me han gustado los profesores. No formo parte de los arrepentidos de la escolaridad o de la universidad que rinden un homenaje tardío, léase póstumo, a uno u otro de sus antiguos maestros que se supone les han elevado por encima de su condición al revelarles las bellezas de la literatura y los encantos de las ciencias físicas o humanas. Todos los profesores con los que me he cruzado en mi vida —maestros, profesores, ayudantes, titulares de cátedra, sustitutos de pacotilla—, todos eran unos vagos, unos pencos, unos inútiles cobardes y demagógicos, muy creídos de ellos mismos, que apretaban las tuercas a los débiles, adulaban a los fuertes y conservaban hasta el final aquel gusto maníaco por la clasificación, la eliminación y la humillación. La escuela o la facultad nunca me han parecido lugares de aprendizaje o de florecimiento, sino centros de selección encargados de llenar, según la demanda, las fábricas y los despachos. Así pues, cuando aquella primavera se me ofreció la dicha, a mí, ignorante constitucional, cáncer hasta la médula, de exponer mis lagunas delante de aquellos jefazos temblorosos, me juré que, pasase lo que pasase después, nunca renegaría de la gracia de aquellos momentos. Era imposible no obtener el título de bachillerato en 1968. El examen, amputado de las pruebas escritas, se resumía en un desconfiado apretón de manos entre el alumno y el profesor, que felicitaba sistemáticamente al primero por la brillantez y la concisión de una exposición que, a veces, ni siquiera se pronunciaba. Por una vez, los pequeños aduaneros del saber se vieron obligados a relajar su vigilancia, a

abandonar su celo y a dejar pasar a la hez de los contrabandistas a los que, en tiempos pasados, interrogaban, cacheaban y rechazaban con placer y sentido del deber. Me presenté con la cabeza alta frente a mis examinadores, que me cubrieron de elogios y menciones. Como en *rugby*, el *pack* de los amotinados que empujaba detrás de mí acababa de propulsarme más allá de la línea blanca que representaba la meta de la facultad.

Además de los estremecimientos de alegría que sentí con estos inesperados cara a cara, comprendí, gracias a estos exámenes orales y al movimiento que los había impuesto, que en la vida de una sociedad todo se regía según relaciones de fuerza. Si se era un número suficiente para invertirlas, los buitres sanguinarios del pasado se transformaban instantáneamente y como por arte de magia en una nube de insignificantes gorriones.

En casa, aquel mes de mayo fue un mes como todos los demás: triste, apagado, silencioso. A pesar de las huelgas, mi padre se iba al garaje cada mañana para vender su lote de Simca. Mi madre se iba para volver a poner en el buen camino la prosa impropia, el revoltijo literario que cotidianamente le presentaban. En la mesa, ninguna conversación sobre los movimientos callejeros, sobre la legitimidad de la revuelta o sobre la actitud del gobierno. Simplemente quizá este comentario de mi padre frente a las imágenes de los depósitos de gasolina bloqueados: «Esta vez creo que se pasan». Para él, la gasolina era más sagrada que la sangre divina. Sin gasolina, se acabaron los coches. En mi familia no todos hacían comentarios tan sopesados. Recuerdo, sobre todo, una comida explosiva, hacia finales de mayo, en el jardín de la casa de mi abuela donde vivíamos. En el calor de la noche y bajo unas ridículas bombillas multicolores que mi padre había colgado de las ramas de un castaño, se formaron rápidamente dos clanes irreconciliables. El primero agrupaba a los gaullistas fervientes, con mi imposible tía Suzanne, su hermana Odile, ex socialista y que seguía siendo profesora, y una pareja amiga de ellas, los Colbert, espléndidos especímenes de antiguos colaboracionistas reconvertidos a la *realpolitik*. Del lado de los amotinados estaba, naturalmente, Jean, mi primo, cohn-bendista

desde el principio, su padre Hubert, que por antigaullismo feroz jugaba, como decía, «a la peor carta» para derrotar al General, Dawson, que desconfiaba de los izquierdistas, pero se alineaba con la línea de flotación del Partido, y yo, bachiller putativo, último de los mohicanos, bullendo de savia revuelta. Como siempre, mis padres, huéspedes silenciosos, seguían los debates sin prestar atención. Hasta que, exasperada por las consideraciones de mi tía Suzanne sobre el indispensable respeto por el éxito, mi madre la interrumpió para citar a *madame* Montespan con voz llena de ecuanimidad: «La grandeza de un destino está hecha tanto de lo que se rechaza como de lo que se consigue». Todo el mundo se quedó boquiabierto. Creo realmente que fue la primera vez desde la muerte de mi hermano que mi madre tomaba la palabra en público de esta manera.

—Con una doctrina como ésta no se logra hacer avanzar a la sociedad —osó decir un Colbert con el rostro enrojecido—. Está claro hacia dónde nos llevan los que, precisamente, en este momento rechazan el sistema.

—Así es —añadió Suzanne—. En la vida hay que tomarlo todo. Todo. Y si no eres tú el que lo toma, otro lo hará en tu lugar, entonces…

La extrema vulgaridad intelectual de aquella mujer reducía todo a la noción misma de propiedad y de acumulación. No había escuchado lo que había dicho mi madre, sólo había oído la palabra «rechazar», que para ella escondía uno de los conceptos más blasfemos de la lengua francesa. Luego se discutió sobre la recuperación, Jean criticó las leyes alienantes del «sistema» y su padre teorizó con su acostumbrada ligereza sobre el término «mascarada»[5].

—Realmente es una expresión de marica de cuartel…

—Hubert, ¿es que no puedes pronunciar una frase completa sin decir una grosería?

—Mi querida Odile, ex socialista, neogaullista y futura ¿qué?, ¿chabanista?, ¿pompidista?, ¿edgar-faurista?, voy a decirte algo bueno: un partidario de Vichy como yo, ya que tanto te gusta

recordar ese momento histórico, al que tu querido general se la ha colado tan a menudo y tan profundamente, puede, en contrapartida, tratarle, de vez en cuando, de marica de cuartel, ¿no?

—De todos modos, yo estoy de acuerdo con mi hermana —cortó Suzanne—. Creo que De Gaulle ha planteado perfectamente el problema: el tiempo de la reforma quizá haya llegado, digo bien quizá, pero en absoluto el de la mascarada.

Fue entonces cuando lancé esta réplica que, al faltarle toda sustancia política, cubría cierta realidad:

—Sí, pero justamente a nosotros lo que nos gusta es el jaleo.

Todos se volvieron hacia mí como si acabase de tirarme un enorme y sonoro pedo. Con la punta de los dedos, Suzanne se frotó los párpados y, girándose hacia mi padre, dijo con tono afligido: «Como decía mamá, mi pobre Victor, estoy convencida de que algún día este niño te hará llorar lágrimas de sangre».

En cierta forma, mi tía acababa de demostrar un cierto talento premonitorio si tenemos en cuenta los acontecimientos que tendrían lugar cuatro o cinco días más tarde.

Imperceptiblemente, el movimiento se debilitaba. De Gaulle se preparaba para ir a buscar garantías por parte de Massu, a Baden-Badén, la derecha preparaba su gran desfile y la gasolina, el todopoderoso carburante, el elixir de las masas, volvía a las gasolineras. Sin embargo, todas las noches se formaban grupos de manifestantes más o menos espontáneos que levantaban barricadas y se peleaban con los de la CRS[6]. En Toulouse, los enfrentamientos, aunque menos espectaculares que los de París, no por ello eran menos intensos y numerosos. Al no estar todavía en la universidad, al no pertenecer a ningún grupúsculo, vagabundeaba por aquellas arenas sin adoquines y cloradas como un turista solitario. A menudo se producían encontronazos en los bulevares de Strasbourg y Carnot, refriegas violentas. Con el sonido de las granadas, los de la CRS cargaban en tropel, haciendo que los manifestantes más impresionables se dispersaran por las callejuelas adyacentes mientras que los anarquistas convencidos defendían con firmeza sus posiciones y respondían a golpes de adoquines y de cóctel Molotov.

Había que ser de piedra para permanecer alejado de tales lides sin unirse, en un momento dado, al bando de los amotinados.

En lo que a mí concierne, escogí unirme a sus filas en un lugar y en un momento sin duda singular. Aquella noche se habían levantado dos o tres barricadas en el bulevar Carnot y la policía había actuado aún con más violencia. Atontados por los gases y por el ruido de las explosiones, nos habíamos reagrupado cerca de la plaza Jeanne-d'Arc, a dos pasos del garaje de mi padre, y rápidamente habíamos arrancado los adoquines del lugar en previsión de una nueva carga de las compañías republicanas de seguridad. Hacia las diez, después de numerosas y pequeñas escaramuzas, llevaron a cabo un asalto que pretendían que fuera definitivo.

Vayan a saber qué se nos pasó por la cabeza aquella noche. Vayan a saber por qué, en lugar de huir por los pasadizos de las calles contiguas, defendimos con firmeza nuestras posiciones, contestando con tal convicción que fueron las unidades de guardias móviles las que se batieron en retirada. En la confusión y la precipitación, un grupo de militares aturdidos tomó una calle llena de gente en medio de la cual estaba el garaje Simca de Victor Blick. Los que más conocían la topografía local, invirtiendo por una vez los papeles, lanzaron una carga contra aquella tropa sin apoyo y que cometió el error de refugiarse detrás de las columnas que sostenían el edificio que albergaba la concesión familiar. Así fue como, adoquín tras adoquín, bombardeé a la soldadesca pero, sobre todo, las luminosas vitrinas del garaje paterno que, bajo el efecto de los impactos, estallaron una a una con un ruido que recordaba las olas atlánticas al estrellarse contra los bloques de un espigón.

Durante aquel asedio, debo reconocer que una parte de mí gritaba a los amotinados «¡Parar, parar, es el garaje de mi padre, un buen tipo que sólo vende Simca a los trabajadores que se disponen a irse de vacaciones!», mientras que otra, menos indulgente, se hacía más violenta y gritaba citando a Vaneigem: «¡La desesperación de la conciencia origina los asesinos del orden!».

Al día siguiente del asedio no tuve valor para acompañar a mi

padre al garaje y hacer ver que compartía su aflicción. Me conformé con escuchar, por la noche, la explicación que dio del saqueo, con un tono y en términos muy sopesados, como era su costumbre.

Hacia mitad de junio, el gobierno decidió disolver las formaciones de extrema izquierda, la policía hizo desalojar la Sorbona, el Odeón y todas las calles del país, la Renault votó a favor de reemprender el trabajo y una amplia mayoría de la nación dio su plebiscito al General.

Un mes más tarde, las fuerzas del Pacto de Varsovia metían de nuevo en cintura a Checoslovaquia, y Francia hacía explotar su primera bomba H. Todo volvía a ser como antes y, sin embargo, nada lo era. Me matriculé en sociología en la balbuciente Universidad de Le Mirail y empecé a prepararme para una nueva vida.

Un año más tarde, el 28 de abril de 1969, desautorizado por un referéndum que parecía un pecado de orgullo, De Gaulle dimitía de todos sus cargos. Mientras que en familia y delante de la televisión seguíamos sin gran pasión el resultado de aquellas elecciones, mi padre hizo repentinamente un gesto con la mano, como si quisiera asir algo que pasaba frente a él, luego se desmoronó sobre la mesa, víctima de su primer ataque cardíaco.

ALAIN POHER

(Primer ínterin, 28 abril 1969-19 junio 1969)

Con sus grúas, sus artefactos mecánicos, sus innumerables pequeñas unidades arquitectónicas cúbicas, la Universidad de Le Mirail se parecía a la idea que uno puede hacerse de un centro balneario en construcción. Una pequeña ciudad barata, popular, pero sin mar en sus proximidades, construida deprisa y corriendo para amontonar en ella la excepcional generación espontánea de estudiantes eclosionada en 1968. En sociología, primera UER[7] que emergió en aquel nuevo continente, la vida era agradable, la enseñanza opcional y el izquierdismo obligatorio. El profesor más de derechas de toda la unidad era miembro del Partido Comunista francés. Los demás, de obediencia trotskista, anarquista o maoísta, se odiaban y libraban batallas de influencia solapadas para imponer sus prédicas en aquellas nuevas capillas izquierdistas. Demasiado ocupados en guerrear y en enfrentarse en sutiles lides ideológicas, aquellos intelectuales nos distribuían con gran prodigalidad unidades de valor que, naturalmente, no poseían ninguno.

Mi padre se recuperaba lentamente de sus problemas de salud y ya sólo pasaba unas horas al día en el garaje. Durante aquellos meses difíciles nunca me pidió ni la más mínima ayuda, ni me propuso que un día ocupara su lugar para atender los pedidos de Día y Noche. Sin duda había adivinado que mis proyectos me conducían en una dirección totalmente distinta. En realidad no tenía ni idea de en qué emplearía mi porvenir. Era una especie de aprendiz de la vida, disponible y movido por el egoísmo ciego y loco de la juventud.

En casa, la vida se hacía cada vez más difícil. El ambiente

crepuscular, pesado, opresor, contrastaba con el ardor y la petulancia de las lides izquierdistas que, por las tardes, se sucedían en las aulas. Al volver a casa, tenía el estado de ánimo de los detenidos sometidos a un régimen de semilibertad y que, después de vivir una jornada normal, tienen que volver a su celda al anochecer. Conscientes, sin duda, de su incapacidad para vivir relaciones cariñosas o normales, mis padres no hacían nada para retenerme junto a ellos cuando abreviaba, a veces de manera poco cortés, las comidas que realizábamos juntos.

Tras mi éxito, por partida doble, con el carné de conducir y el examen de bachillerato, mi apariencia física había cambiado. Digamos que me había endurecido, virilizado, si es que alguna vez este término ha tenido algún sentido. Me dejé crecer el bigote, una barba incipiente y sobre todo el pelo, que ahora caía descuidadamente sobre mis hombros. Me parecía exactamente a la idea que me había hecho de un estudiante libertario, sin dios, ni amo, ni provecho, pero perfectamente situado en la punta más extrema de la modernidad.

Así pues, sólo tenía una idea en la cabeza: irme de casa de mis padres y llevar por fin la verdadera existencia de vanguardia que me merecía. De vez en cuando me tiraba a alguna chica en la parte de atrás del Volkswagen. La estrechez e incomodidad del asiento sólo conseguían atizar mi deseo de instalarme cuanto antes en una vivienda decente.

Por lo demás, las cosas seguían su camino. Tras la marcha de De Gaulle, Alain Poher aseguró un corto intermedio encabezando el poder. Incluso intentó, durante su breve pasaje, convencer al país de que podía ser algo más que un interino y se presentó a las elecciones presidenciales. Pero un hombre nacido en Montboudif[8], Cantal, en 1911, que había ejercido un cargo en la banca Rothschild y reunido el 58,22% de los votos, le envió de nuevo, y en el acto, a su refugio senatorial.

GEORGES POMPIDOU

(20 junio 1969-2 abril 1974)

El ejército. El servicio militar. Ésa era mi obsesión de la época. Desde hacía tiempo había tomado una decisión irrevocable: nunca, por mucho que me costase, llevaría el uniforme. Ni siquiera durante una hora. Y tampoco estaba dispuesto a que me embarcaran en la objeción de conciencia que, en aquella época, ofrecía una especie de estatuto de *Untermensch* en Aguas y Bosques donde, durante veinticuatro meses —en lugar de los doce reglamentarios—, te hacían sacar brillo a la corteza de los árboles. Mi rechazo al ejército sería total, mi combate, frontal.

Contestando a la convocatoria, me presenté no obstante en el centro de incorporación del cuartel de Auch para padecer los «tres días», periodo en el que te sometían a una visita médica, a una palpación de testículos y a una batería de pruebas que debían servir para evaluar el cociente intelectual. Aquellos «tres días», que por lo general sólo duraban treinta y seis horas, eran un momento esencial para los refractarios al servicio nacional. O bien uno acababa uniéndose al escuálido y envidiado contingente de los «exentos», o te convertían en un segunda clase reglamentario, condenándote a un año de sólidos y constantes aburrimientos. Para no ser reconocido «apto», algunos llegaban incluso a cortarse un dedo, beberse varias decenas de cafés una hora antes de la incorporación o también simular locura. A veces, los médicos orientadores recibían cuadros clínicos alucinantes, desconocidos hasta el momento en la facultad:

tipos que babeaban un jugo verdoso elaborado a base de productos espumosos o regurgitando una mezcla de mercromina y detergente. Otros estaban hasta tal punto impregnados de cafeína o de algún otro excitante más radical que no podían sentarse, ni estarse quietos y contestaban a las preguntas del médico dando saltitos por la consulta. Una minoría jugaba la carta de una supuesta homosexualidad, simulación de alto riesgo que podía llevarte directamente a una de las fortalezas disciplinarias que Francia mantenía todavía en Alemania.

Una espesa niebla de invierno cubría la ciudad y el cuartel. Todavía no había amanecido, pero todos los militares estaban levantados desde hacía rato, ocupados en tareas esenciales, como barrerla grava del patio, saludar a una bandera medio caída, levantar barreras oxidadas, bajarlas, gritar órdenes insanas y aterrorizar a grandes papanatas pacíficos mirándoles fijamente con sus iris turbios de alcohólicos.

Había aparcado mi Volkswagen justo al lado de la entrada al centro. Sabía que estaba ahí, listo para llevarme muy lejos si las cosas se ponían feas. En cuanto atravesé el umbral del puesto de guardia, un larguirucho con cabeza de gorrión, que se expresaba con voz de falsete, cayó sobre mí, gritándome que me apresurase y avanzase.

Crucé un pequeño patio y entré en un edificio que tenía todas las ventanas cubiertas de un espeso vaho. Detrás de la puerta, un coloso africano me esperaba. En cuanto me vio me gritó al oído:

—¡Desvístete, rápido, y a la ducha!

—Pero si acabo de ducharme.

—¡Cierra el pico o te das otra!

«¿Quién se come a la oveja? a) la cabra, b) el lobo, c) el pastor. ¿Qué hace un barco? a) rueda, b) vuela, c) flota». Una mayoría de respuestas correctas a una cincuentena de preguntas tan pertinentes como éstas no bastaban para convertirle a uno en general del cuerpo militar. En cambio, te permitían integrarte en algunas tropas, llamadas de elite, como las de los paracaidistas o los marines de combate. Había que tener mucho cuidado al utilizar el arma de la burla en las respuestas. Ya que pretender que el pastor podía ser tan

glotón como para comerse la oveja o sostener, después de cinco años de universidad, que los acorazados volaban en formación, podía acabar llevándote a las llanuras heladas de Alemania para encontrarte con otros humoristas presuntuosos.

Un poco antes del mediodía, un militar de carrera nos reunió en el patio antes de conducirnos hasta un inmenso comedor que olía a la vez a comida para perro y a detergente industrial. Era un olor fuerte, ligeramente mareante al que se añadían los efluvios del almuerzo: filetes de rosbif acompañados con coles de Bruselas gratinadas y cubiertas con una salsa besamel yesosa. La visión de aquellas verduras y, sobre todo, de aquellos trozos de carne mechados con dientes de ajo me revolvió el estómago. Me imaginé que en la cocina había un batallón de David Rochas que, con el sable desenvainado y el pantalón caído sobre los tobillos, agasajaba con un único impulso aquellos asados reglamentarios.

«¿No te comes tu ración?». En todas las mesas del mundo hay siempre un comensal dotado de un apetito feroz, compulsivo, que devora su plato sin dejar de mirar el de los demás. Basta con que uno de los invitados tarde en comer para que el voraz, movido sin duda por un reflejo ancestral, intente apropiarse de los restos del festín abandonado. «¿No te comes tu ración?». Era un hombre bajito, con gafas, que me recordaba esos pajarillos rosáceos, desplumados, con el pico muy abierto, que reclaman pitanza sin cesar. Despedazó la carne en tres bocados y se tragó las coles pegajosas. Luego eructó como un niño.

Doscientos o trescientos tipos en calzoncillos. Sujetando una ficha en la mano. Y esperando, en una especie de gimnasio, para desvelar su anatomía completa a un médico militar con modales de veterinario. A esto se parecía la visita médica. Control de la dentadura, pruebas auditivas, visuales, palpación de las pelotas y de otros ganglios. Quizá para romper la monotonía o porque, después de todo, aquello les divertía, el matasanos en servicio se permitía algunas bromas miserables al sopesar nuestros órganos reproductores. Así era la vida del acuartelamiento.

El programa nocturno estaba a la altura de las actividades de la

jornada. 17.30, cena. 18.30, cine. 21.30, se apagaban las luces. A las seis, siguiendo con mi ayuno, me fui al dormitorio común y me puse a leer una revista cualquiera, tumbado en mi cama. Otros tres o cuatro reclutas habían preferido también abandonar el comedor y retirarse al dormitorio. Al cabo de unos minutos, un militar cuyo rostro recordaba la brutalidad del carnero irrumpió en la habitación y gritó: «¡Todo el mundo abajo. Cine obligatorio!».

Podía comprender que la ducha fuese obligatoria. Así como la visita médica o también las pruebas. ¿Pero el cine?

—¿Qué película es, jefe? —preguntó un tipo que estaba al fondo del dormitorio.

—*Melodía en el sótano*, novato. ¡Y precisamente la pasan en el sótano!

Algo en mí se bloqueó en aquel momento. Una especie de elemento de seguridad como esas alarmas volumétricas que se activan cuando un intruso penetra en tu esfera privada.

—Ya he visto la película, prefiero quedarme aquí.

—No te pregunto qué prefieres, te ordeno que bajes con los demás.

—He dicho que me quedo aquí.

—Pero qué pretendes hacer, Michéle Mercier, con todos tus bucles, quieres meneártela tranquilamente, ¿se trata de esto? ¿Te la quieres menear?

No contesté, no me moví y casi no respiraba.

—¡Baja de ahí, marica!

Aquel suboficial poseía un registro de injurias totalmente inédito. El tiempo que duró nuestro altercado, me gratificó con insultos traídos sin duda de sus largas campañas en ultramar.

—¿Dónde crees que estás? ¿En la manicura? ¿Crees que van a venir a arreglarte las uñas, bastardo de tu madre? Baja de la puta cama enseguida y ve con los demás abajo.

—No. No bajo.

—¡Sabes que eres un mariquita de concurso! ¡Especie de chupabidé de mierda, te voy a hacer bajar la puta escalera a bombazos en el culo!

Se abalanzó sobre mí, me agarró por el pelo y me arrastró fuera del colchón.

—¡Ah, no quieres ir al cine, saco de mierda!

Intenté incorporarme debatiéndome, pero me asestó una fuerte bofetada con la mano abierta que me hizo rodar hasta el borde de la escalera. Una patada en el vientre me dejó sin respiración. Como si apartase una paca de paja con el talón, el suboficial me empujó hacia los escalones y los bajé como un mal acróbata, protegiéndome como pude la cara y el cuerpo. Al final del primer tramo ya me faltaban dos dientes. Tenía la ceja y el pómulo derechos abiertos y mi cuerpo magullado me daba la sensación de haber sido atropellado por un autobús.

—¿Va mejor, comemierda, o tengo que ayudarte para que vayas rodando hasta abajo?

Intentaba levantarme aunque sólo fuese para abalanzarme contra mi agresor, para enfrentarme a él con un mínimo de dignidad, pero me había quedado sin piernas, sin brazos y sin respiración. Dos costillas rotas me cizallaban los costados y apenas distinguía el pequeño grupo que se había formado a nuestro alrededor.

Oí algo así como «especie de jodedor de cabras», luego se me enturbió la vista, la voz de mi verdugo se hizo lejana, algodonosa, y cerré los ojos sin sopesar el suntuoso favor que acababa de hacerme aquel «marica».

Pasé la noche en la enfermería del cuartel, vigilado cada cuarto de hora por el médico de guardia y un recluta destinado al servicio sanitario. Por la mañana cuando por fin, a base de mil contorsiones, conseguí levantarme, descubrí en el espejo el rostro de un desconocido espantoso y con el que, sin embargo, tendría que convivir durante varias semanas.

Hacia el mediodía conocí al coronel del cuartel en su despacho, habitación amplia y soleada, situada en lo más alto de la parte noble de las numerosas alas del edificio. Era un hombre de unos cuarenta años que parecía tomarse muy en serio su papel y su graduación. Un porte altivo, un rostro lampiño con arrugas netas y perfectamente dibujadas le conferían una autoridad natural desprovista de toda

vulgaridad. Se expresaba con voz tranquila, clara, separando cada palabra como si las recortara.

—Señor Blick, créame, siento mucho lo que ocurrió ayer por la noche en mi unidad. Su falta de disciplina, comprobada, no justifica tal exceso. He visto en su *dossier* que está matriculado en la Universidad de Le Mirad, en Toulouse, ¿es así?

—Exacto.

—¿Puedo preguntarle, señor Blick, la naturaleza de sus sentimientos hacia la institución militar?

No tenía ni idea de hacia dónde me quería llevar. Ni de lo que realmente esperaba de mí. Sin embargo, sentía que mis heridas y los excesos de su subordinado me permitían, de momento, controlar la situación, a falta de dominarla completamente.

—No tengo por qué contestar a esta pregunta.

—Entienda, señor Blick…

El coronel parecía tener por costumbre empezar una frase mirándote fijamente a los ojos, luego se giraba antes de seguir con su discurso dándote la espalda ostensiblemente. Al no prestar atención repentinamente a tu presencia, al negar de algún modo tu existencia, parecía dirigirse a un interlocutor imaginario situado al otro lado de la ventana.

—Usted y yo nos hallamos en una posición que nos permite una cierta holgura de maniobra. Así pues, sea amable, no estropee nuestro encuentro adoptando una actitud agresiva y demasiado intransigente. Se lo vuelvo a preguntar de otro modo: ¿aceptaría el estatuto de exento?

Empecé a adivinar los términos de la negociación que el coronel me dejaba entrever: no presentaría ninguna queja contra su suboficial y, en contrapartida, el ejército me tacharía de sus listas.

—¿A cambio de qué?

—No creo que podamos realmente hablar de intercambio. Digamos simplemente que el mal comportamiento de uno de mis subordinados le coloca a usted, hoy, en la posición de poder volverse en contra, jurídicamente, de la institución. Pero la hipótesis de una condena para ésta, siempre muy aleatoria, no le exoneraría sin

embargo del servicio nacional. Incluso diría que al contrario, ya que, en el momento de su incorporación, evidentemente se daría la orden, durante doce meses, de que se le ofreciera la posibilidad de descubrir la amplitud y la riqueza de ese periodo de reclutamiento. También su rigor. Ciertos destinos resultan particularmente incómodos y austeros… Pero comprendería perfectamente que, teniendo en cuenta sus ideas políticas o filosóficas, usted escogiera esta valiente opción…

—¿Si no?

—Pues bien, digamos que podríamos ponernos de acuerdo y aceptar que usted resbaló y tuvo una mala caída escaleras abajo cuando iba a la sesión de cine anoche. En este caso, naturalmente, nuestro seguro cubriría todos sus gastos médicos y recibiría una indemnización según el baremo global. En cuanto al ejército, que cuando es su deber sabe mostrarse compasivo y generoso, le tacharía definitivamente de las listas del servicio nacional. *Grosso modo* nuestro trato podría parecerse a esto. Aunque de naturaleza menos caballeresca que la primera, esta solución le ofrece, en cambio, la ventaja de una comodidad incomparable.

Fue así como, tres horas después, vapuleado brutalmente pero recién vendado, volvía a mi hogar, exonerado de mis deberes, pero delicadamente humillado por un coronel astuto que parecía conocer las debilidades humanas como su propio bolsillo. Tal como lo exigen las reglas para cualquier firma de armisticio, el coronel y yo nos reunimos en una sala del comedor de oficiales para rubricar juntos nuestros respectivos documentos. Por mi parte, una escasamente brillante declaración de accidente. Él, un certificado de exención válida también «en tiempos de guerra en los que usted estaría destinado a un servicio civil durante el tiempo que durase el conflicto».

Acusado en marzo por el asunto Marcovic, Georges Pompidou fue elegido tres meses más tarde presidente de la República. Después de once años de cuartel, Francia se preparaba para ser gestionada como si fuese un estanco. Y no iba a ser aquel Primer Ministro —además bordelés—, conchabado con el mundo de los

negocios y con tanto *spring*, el que cambiaría las cosas. Como mucho, Chaban-Delmas me parecía una especie de tenista irritante, entrenado para contestar pelotas indecisas suscitando ilusión y así durar el mayor tiempo posible. En modo alguno tenía la talla o la sensibilidad de un hombre político capaz de cuestionarse la pertinencia de las palabras de un obrero negro que dirigiéndose, ya en 1956, a su patrón blanco desde las columnas de *Présence Africaine* decía: «Cuando vimos sus camiones, sus aviones, creimos que eran dioses; años más tarde aprendimos a conducir sus camiones, pronto aprenderemos a pilotar sus aviones, y hemos comprendido que lo que más les interesaba era fabricar camiones y aviones y ganar dinero. A nosotros lo que nos interesa es utilizarlos. Ahora, son ustedes nuestros herreros». Sucedía lo mismo con nuestras propias vidas. Nos pasábamos la juventud forjándolas, luego negociábamos con ellas para obtener un salario ruin, pero nunca las utilizábamos realmente, nunca llevábamos los mandos de nuestros aviones y camiones íntimos. Y los que creían lo contrario eran chabanistas o unos benditos, lo que resultaba ser casi lo mismo.

A finales de la primavera de 1969, mi primo Jean se mató en coche en las curvas del paso de Envalira, en Andorra, donde había ido a pasar el fin de semana con su novia. En el impacto, ella salió despedida del coche mientras la chapa del pequeño Austin partió literalmente por la mitad a Jean. Los informes de la compañía de seguros y de la gendarmería no permitieron establecer con certeza las causas del accidente que, en un primer documento, se atribuyeron a la velocidad y después, en las conclusiones de otro informe realizado por expertos, al fallo del sistema de frenado.

Mis padres sufrieron mucho con este fallecimiento, que al ser tan repentino les recordó la pérdida brutal de su propio hijo. Suzanne, mi tía, se mostró fiel a sí misma, organizando las exequias, el ritual de las esquelas y el de los agradecimientos, con la frialdad y la meticulosa distancia característica de esos seres capaces, en cualquier ocasión, de mantenerse fuera del alcance de la tristeza. Hubert resultó fulminado por la muerte de aquel hijo al que, seguramente, nunca llegó a entender, pero al que amaba

profundamente. Al contrario que su mujer, aquella pérdida le devolvió una parte de humanidad. Se acercó a su padre y dejó atrás sus odios voraces, el culto de sus viejas manías y de sus nostalgias.

A principios del mes de mayo de 1969 conocí a una chica algo mayor que yo, hecha para vivir siglos y hacer que los hombres soñasen eternamente. Marie era muy distinta de las demás mujeres de aquella época. Mientras la moda de entonces prefería la delgadez, las tallas medianas y los pechos pequeños, ella, todo curvas, con senos considerables pero proporcionados a su metro ochenta —lo que, en aquellos años, constituía casi una discapacidad—, despertaba en los varones ese bueno y viejo limo hormonal. Cuando entraba en un café del brazo de Marie, tenía la sensación de hacerlo tocando la bocina de un Ferrari rojo. Era muy embarazoso. Por otra parte, resultaba bastante ventajoso comprobar que, frente a ella, los hombres no replicaban. Su manera de mirar sonaba como el «don't even think», tan apreciado por los americanos.

Marie trabajaba de ayudante de dentista en la consulta de un médico marginal que anestesiaba a sus pacientes utilizando el gas de la risa o bien los sometía a una sesión de sofrología frente a un acuario lleno de peces exóticos que se pasaban el tiempo devorándose entre sí. A veces esperaba a Marie a la salida de su trabajo, íbamos a cenar y después acabábamos la velada juntos en el pequeño apartamento que tenía alquilado delante del canal, en la avenida de Brienne. Envidiaba aquel espacio que le pertenecía, admiraba la autonomía de la que gozaba. Para mí Marie encarnaba, antes que a una mujer muy hermosa, la independencia, la libertad de ser uno mismo. A menudo decía: «Tienes tiempo, eres todavía joven. Y además tienes suerte de tener unos padres que pueden mantenerte y pagarte los estudios». No había sido así para ella. Esterilizar instrumentos quirúrgicos o aspirar jugos sospechosos del fondo de las cavidades dentales no era una vocación. Los padres de Marie, ambos obreros, habían tenido seis hijos. Les habían llevado al colegio hasta la edad legal y después les habían soltado a la vida,

dejando que actuase la selección natural. Los más espabilados habían sobrevivido. Los otros, tres chicos, se habían enrolado en la policía y en el ejército.

Me gustaba la fuerza vital que animaba a Marie. Me transportaba incluso si mi existencia de niño mimado, protegido y privilegiado, comparada con los avatares de su vida, a veces me hacía sentir incómodo. Sobre todo cuando, por ejemplo, ella decidía, con un tono que no admitía réplica, pagar la cuenta del restaurante. O bien cuando le entraban ganas de regalarme un jersey *shetland* carísimo. Era sencilla, generosa, fundamentalmente sana. Para ella, la política representaba una actividad reservada a los jubilados o a los esnobs, un entretenimiento a medio camino entre la filatelia y el golf. Había que tener tiempo, decía, para interesarse por personas que nunca se interesaban por ti. Y Marie disponía de pocos momentos de ocio para malgastarlos discutiendo sobre temas que, de todas formas, no llevaban a ninguna parte. Prefería mucho más hacer el amor, actividad objetivamente roborativa y subversiva, sobradamente preconizada por mis compañeros anarquistas y situacionistas.

¿Cómo explicarlo? Si Marie me impresionaba en el día a día, tengo que reconocer que en la cama me intimidaba e incluso, a veces, me dejaba petrificado. Medíamos lo mismo y, sin embargo, entre sus brazos, entre sus grandes piernas, bajo sus pechos generosos, tenía la sensación de ser un niño, un crío patoso que jugaba ingenuamente con las tetas de su ama de cría. Durante nuestros retozos, me daba la vuelta de un lado a otro a su antojo, como si no pesase nada, como si viviésemos en la Luna. Por el contrario, cuando yo intentaba hacerlo era una verdadera catástrofe, un desastre muscular. Sin embargo, Marie no estaba gorda, ni mucho menos. Estaba muy bien hecha. En aquella época, además de mi déficit atlético, tenía la inexperiencia de creer que era mi deber demostrarle que, como macho, yo también podía levantarla como una pesa.

Cuando le conté esta preocupación a David —de nuevo equivocándome—, éste, como de costumbre, demostró su delicadeza

y su mansedumbre zanjando el problema con un definitivo: «Estas chicas son como los coches americanos. Mientras la carretera vaya recta, funcionan; en cuanto empiezan las curvas, ya no se agarran al asfalto».

Aquella tercera semana de julio la carretera giraba justamente en todas las direcciones mientras Marie y yo bajábamos la ladera del Jaizkibel, ese monte que separa Fuenterrabía de los barrios obreros de San Sebastián. El Volkswagen seguía tranquilamente su camino mientras, al pie de aquellas colinas de un color verde intenso, el océano traía un perfume de vacaciones y de felicidad yodada. Habíamos abierto la capota, Marie había plantado sus pies en el salpicadero y el sol mordisqueaba pacientemente la arista de sus largas tibias. Le dije:

—Me gustan tus tibias.

—¿Mis tibias? ¿Cómo pueden gustarle a alguien las tibias?

—Son huesos tremendamente *sexys*.

—¿*Sexys*, las tibias? ¿Ahora a ti te gustan los huesos?

—En general, no. Pero es cierto que los tuyos son realmente magníficos. Increíblemente largos y derechos. Además tu piel lisa que brilla encima…

Asintió apenas con la cabeza como lo hubiese hecho una psicoanalista condescendiente, puso las manos debajo de sus pantorrillas, se alisó las piernas como si se estuviera dando un ungüento y me preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar a Francia?

Francia estaba justo allí, al otro lado del Bidasoa, ese pequeño río que separa Irún de Hendaya. En la frontera, los aduaneros nos hicieron abrir el maletero delantero del VW, lanzaron una mirada distraída al asiento trasero, luego a las piernas de Marie y nos indicaron que arrancáramos.

La estación de Hendaya-ciudad siempre estaba muy animada. Era ahí donde los pasajeros tenían que cambiar de tren, ya que el ancho de vías en España y en Francia era distinto. Así pues, en verano, era posible ver a franceses con pantalones cortos de Tergal cruzarse con trabajadores españoles, cargados con pesados equipajes,

que huían del franquismo para probar suerte en Toulouse o en las llanuras del suroeste. A la salida de la estación, esperando su enlace, la mayoría de aquellos emigrantes se reunían en los restaurantes próximos que ofrecían todos ellos en sus pizarras «calamares en su tinta»[9], yodados, tiernos, suculentos, servidos en cazuelitas humeantes.

Era lunes 21 de julio de 1969 y todos los periódicos hablaban de lo mismo: aquella noche, dos americanos llamados Armstrong y Aldrin iban a andar sobre la Luna. Más modestamente, Marie y yo caminábamos por la interminable playa de Hendaya y, en aquel atardecer, el frescor de la brisa nos hacía a veces estremecernos deliciosamente. Mar adentro, se podía observar el recorrido de los atuneros que regresaban a puerto. Lejos de las bocas abiertas de par en par, de las caries desagradables, de las gasas manchadas, de los alicates amenazadores, con el pelo desordenado y la piel ligeramente caramelizada, Marie parecía feliz, relajada. Se la notaba dispuesta, abierta a las propuestas de la vida. A veces, frente al relente del mar, cuando inspiraba con fuerza, parecía como si quisiera almacenar todas las fuerzas de aquella naturaleza que bullía.

El motel parecía agarrarse a la colina. Los *bungalows* seguían la curva de la cima aunque parecía que los últimos estaban a punto de descolgarse del conjunto, de soltarse y deslizarse imperceptiblemente hacia el abismo del acantilado. Al llegar la noche, se levantó viento de mar trayendo nubes, algún aguacero y agitando los tamarindos. Marie y yo habíamos pasado la semana en la cama mirando la televisión. ¿Qué esperábamos de aquella aventura lunar que sólo nos atañía de muy lejos? Cuanto más extraño me sentía con aquel suspense espacial, con aquella puesta en órbita de las emociones, más intensamente vivía Marie cada nuevo boletín de noticias, como si, allá arriba, se estuviera jugando su felicidad y gran parte de nuestro porvenir. No dejaba de hablarme del tercer astronauta, Collins, que, por lo que había oído, no iba a salir del LEM. Si todo salía bien, Armstrong y Aldrin saldrían a caminar por la Luna mientras que Collins se quedaría dentro del aparato. Soportar todos aquellos años de entrenamiento y de

preparación, someterse a aquel trabajo intensivo, arriesgarse de aquel modo tan insensato y, en el momento de la recompensa, quedarse sentado en el aparato, vulgar taxi aparcado en el aparcamiento, mientras los otros, descubriendo la extrema ligereza del ser, bailaban sin fin por las aceras de la Luna. Marie no podía aceptar la suerte impuesta a Collins, aquel hombre sacrificado y sometido a una inconcebible tortura cósmica.

Tumbado junto a Marie, me perdía en los reflejos azulados de la televisión que irisaban su piel. A veces una fina película de sueño velaba mi mirada. Un minuto después me hundía en una especie de líquido amniótico en el que los sonidos ya sólo llegaban hasta mí muy débilmente y a trocitos. Por el contrario, Marie, apoyada en un montón de almohadas, vivía intensamente cada instante de aquella expedición que, según las previsiones, tenía que llegar a su destino hacia las tres o las cuatro de la mañana.

—¿Te das cuenta de que en la Luna se es seis veces más ligero que en la Tierra?

Me daba cuenta de que era tarde y de que en mí se multiplicaban aquellas sensaciones enfebrecidas que precedían o acompañaban siempre a mis erecciones. Me daba cuenta de que tres tipos con mono de escafandra, a los que nunca se veía, estaban desbaratando la noche que me disponía a pasar con una chica espléndida. Hacer el amor con Marie en la Luna debía de ser un juego de niños, ya que allá arriba, según las leyes de la gravedad, la felicidad no debía de pesar mucho.

—¿Sabes a qué velocidad ha viajado el *Apollo* hacia la Luna? ¡A treinta y nueve mil kilómetros por hora! ¡Parece ser que equivale a un viaje París-Nueva York en diez minutos! ¿Puedes imaginar algo así?

Asentía emitiendo una especie de gruñido primitivo que podía significar muchas cosas. Mis pensamientos flotaban al borde del sueño, mientras mi rabo, en onda con el mundo, y sabiendo perfectamente dónde quería llegar, llenaba los depósitos de sus cuerpos cavernosos. En aquellos momentos, con la conciencia debilitada, sucedía a menudo que volviese a ver el rostro serio de

Vincent mientras guardaba con cuidado su carroza. O bien su radiante sonrisa cuando conseguía marcar un gol jugando al fútbol. Era un poco como si, aprovechando aquel ligero adormecimiento, mi hermano consiguiera pasar a través de los intersticios del tiempo, emergiera de las profundidades de mi infancia y, como una burbuja de vida, llegara para oxigenar mi memoria. Me preguntaba cómo hubiera actuado mi hermano con Marie. Si hubiese podido sostenerla en brazos, cancelar las leyes de la gravedad. Era el mayor. Tenía que saber cómo solucionar aquel tipo de problemas.

—¿Oyes? El LEM va a posarse hacia las tres y, si todo funciona correctamente, Armstrong saldrá de él de inmediato.

Había que aguantar hasta aquel momento, compartir con ella aquellos momentos extraños, a la vez totalmente irreales y, sin embargo, elaborados a partir de leyes elementales de la física y de las matemáticas. De todos modos, seguro que habría algún imbécil, un día, en algún lugar del mundo, que nos preguntaría dónde estábamos la noche en la que unos hombres anduvieron por primera vez por la Luna. En el confinamiento de nuestras respectivas vidas, podríamos entonces recordar que estábamos uno junto al otro, en aquella cama protectora, en aquel motel vasco en el que las habitaciones próximas al acantilado daban la sensación de que iban a soltarse y deslizarse suavemente hasta el océano.

Marie encendió un cigarrillo y empezó a hacer círculos con el humo. El olor del tabaco rubio mezclado con canela y miel me arrancó de mi sopor.

—Empiezas a hacer círculos.

—¿Te molesta?

—No, pero cuando los haces en público encuentro que te da un toque vulgar que no va contigo.

—Qué estrecho puedes llegar a ser.

Para mí, éste era el peor de los reproches, ya que un libertario no podía ser un estrecho. Más aún, nunca debía serlo.

—No soy un estrecho, pero cuando la gente te ve hacer círculos, así, en el restaurante, no puede dejar de pensar que te aburres conmigo y que haces círculos justamente para pasar el tiempo.

—Qué susceptible y orgulloso eres. Además, hay que ser retorcido para pensar que gente que nunca antes nos había visto imagine cosas de este tipo porque yo hago círculos. ¿Al menos sabes por qué hago círculos? Porque leí en algún lugar que Charlie Chaplin había declarado que legaría una cuarta parte de su fortuna a la primera persona que fuese capaz de conseguir delante de él siete círculos concéntricos.

Soltó tres volutas perfectas que volaron hacia el techo, la cuarta, después de una prometedora salida, se desintegró en unas turbulencias invisibles. Marie aplastó su cigarrillo, bebió un sorbo de agua con gas y se deslizó debajo de las sábanas. El calor de su vientre, la suavidad de sus piernas provocaron una nueva irrigación de las cavidades de mi pene. El contacto con su carne, la frescura de sus dedos me arrimaban a aquella tierra que tanto me importaba, sobre todo aquella noche en particular.

—Ahora me lo tienes que hacer como nunca para que lo recuerde toda la vida.

Rodé sobre ella estrechándola con fuerza. Tal era su deseo de ser feliz que empezó a gemir antes de que yo hiciese nada. Me hallaba en lo más hondo de los bolsillos del placer cuando oí la voz de Marie que decía: «Algo se mueve».

—¿Qué es lo que se mueve?

—Creo que están saliendo, he visto algo que cruzaba la pantalla.

Así era la vida. Mientras yo nos imaginaba flotando juntos en una embriaguez compartida, ella, rígida vigía, no quitaba ojo de la pantalla de control. Escuchó un instante la voz del comentarista, se apartó de mí sin la menor precaución y saltó fuera de la cama para subir el volumen.

«Las imágenes que estamos viendo son extraordinarias. Hace apenas una hora, el LEM se ha posado sobre el Mar de la Tranquilidad, a menos de seis kilómetros del punto de alunizaje previsto. Y, ahora, a las 3.56, hora de París, en este 21 de julio de 1969, por primera vez en la historia de la humanidad, un hombre acaba de poner un pie en la Luna».

Sentada desnuda en el borde de la cama, delante del televisor,

Marie, absorta, parecía fotocopiar mentalmente cada uno de aquellos momentos. Mirando aquellas imágenes grises, escuchando aquellos comentarios líricos, yo sólo pensaba que Marie había preferido el espectáculo de la felicidad de los demás a los placeres de nuestros cuerpos. Tumbado de espaldas, con el pecho aplastado por un peso invisible, notaba como nunca la fuerza de la gravedad que reinaba en nuestra Tierra. Mientras pensaba en la asincronía de nuestros sentimientos y deseos, ella dijo:

—¿Te imaginas a Collins?

Desbordaba compasión por aquel rechazado. Pero yo era Michael Collins, aquel huérfano, aquel tipo que, en el taxi, esperaba que el resto del planeta acabase de jugar con los astros para poder retomar el curso normal de su vida. Sin embargo, una diferencia nos separaba. Detrás de la ventanilla, para pasar el tiempo, Michael debía de estar diciéndose algo así como: «Cuando los cuerpos caen al vacío sólo están sometidos a la gravedad, supuestamente constante, durante toda la trayectoria. La trayectoria es vertical. La relación fundamental de la dinámica se escribe $mz' = mg$, siendo z la altitud».

—¿Crees que esos tipos conseguirán volver a la Tierra sin problemas?

—Marie, estoy cansado y tengo frío. Sinceramente deseo que lo consigan, pero ahora, sé amable, baja el volumen del televisor y déjame dormir.

—¿Vas a dormir mientras esos dos andan por la Luna?

—Sí, creo que lo conseguiré.

—¿Te molesta si sigo mirando?

No había nada que pudiera contrariarme más que aquello, pero le contesté que no e incluso me incorporé para darle un beso en la boca. Luego volví a acostarme, con mi sexo en la mano como si fuera un pájaro.

Quizá esté hecho de forma extraña, pero del mismo modo que el perro de Sinika, unos años antes, había congelado mi libido y mis sentimientos, aquella inacabable noche vasco-lunar me alejó brutalmente de Marie. Intenté poner buena cara hasta el final de

nuestras vacaciones, pero no hacía falta ser muy espabilado para darse cuenta: a regañadientes y sin entusiasmo mis cuerpos cavernosos seguían cumpliendo su función.

A principios del siguiente verano decidí abandonar el domicilio familiar. Un contrato de interinidad de tres meses y la perspectiva de un puesto de inspector para el próximo curso me permitieron instalarme en mi propia casa a partir del otoño.

Cuando le comuniqué a mi padre mi decisión de marcharme en octubre, simplemente me respondió: «Lo entiendo». En su idioma, aquello podía traducirse por: «No te diré que esto me alegra, pero, en tu lugar, yo hubiese hecho exactamente lo mismo. No se puede vivir mucho tiempo en una familia como la nuestra». Dio unos pasos hacia el jardín y luego me preguntó:

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Todavía no.

—No le digas nada. Yo lo haré.

Luego cogió su podadora y, como un peluquero de barrio, empezó a recortar los nuevos brotes de boj. Ahora ya se pasaba la mayor parte del tiempo embelleciendo aquel pequeño jardín con un cuidado más cariñoso que maníaco. En el garaje, las cosas habían cambiado mucho, aunque quizá fuese mi padre el que había cambiado. Decía que la concesión se había convertido en una vieja colonia ingobernable, un territorio al borde de la independencia, que él, claro está, visitaba, pero cuya administración había cedido a un joven procónsul, parece ser que bastante brutal, que, según su parecer, no haría carrera en el imperio, ya en declive, de Simca.

Por mi parte, me puse por primera vez el corsé de asalariado en un establecimiento semipúblico que se encargaba de establecer las fichas de las vacaciones pagadas de los obreros de la construcción. Éramos una treintena de empleados repasando nóminas y «suspensiones de las obras por inclemencias del tiempo» establecidas por los empresarios. Había que trasladar aquellas horas de paro a los documentos específicos, inscribir en ellos el nombre del trabajador, realizar algunas sumas elementales y determinar el total de las cantidades que se tenían que pagar. Era un trabajo parecido a

muchos otros, sin interés, una especie de cadena administrativa, superviviente de otro siglo, un empleo simplemente miserable que mordisqueaba nuestra vida, una especie de pequeño cáncer asalariado que no mataba sino que simplemente, día tras día, iba paralizando los músculos de la felicidad. Lo más chusco era que nuestra actividad consistía en calcular la duración de las vacaciones de los demás. Sabía que sólo tenía que soportar unos meses en aquel compartimento estanco al mundo. La mayoría de los otros empleados ya habían pasado allí gran parte de su existencia.

Después de aquella breve estancia en aquella administración, empecé a ser víctima de un extraño tic que, desde entonces, no me ha abandonado. Se trata de una fijación involuntaria de mi espíritu sobre un nombre propio que soy capaz de repetir mentalmente sin darme cuenta realmente durante varios días, semanas, meses, incluso, en algunos casos, años. A veces, cuando me doy cuenta de este rumiar del espíritu, siento la necesidad incontrolable de pronunciar el patronímico en voz alta. Como para demostrarme que esta repetición en bucle es real y que no estoy loco. Todo esto resulta aún más ridículo, ya que se trata en general de nombres de deportistas poco conocidos que memoricé involuntariamente años atrás y que, de repente, se me imponen. Por ejemplo, recuerdo haber pronunciado miles de veces «Zeitsev», que era, creo, defensa o alero del equipo de *jockey* de la Unión Soviética en los años setenta. También me gustaba mucho decir «Hoegentaler», un futbolista alemán. Desde hace unos años, me veo invadido por patronímicos de marcas como «Jonsered» (cortadoras) o «Gorenje» (electrodomésticos) o «Ingersöll» (compresores). Este tic, discreto desorden compulsivo, se dispara en cualquier momento sin que yo lo quiera, tanto en días tristes como en momentos de alegría. Nada me diferencia en ese momento de los demás hombres, salvo esta especie de mantra insidioso y testarudo que coloniza mi cabeza como un viejo disco rayado: «Jonsered-Jonsered-Jonsered-Jonsered…».

El responsable del departamento de la Caja de las vacaciones pagadas se llamaba Azoulay. Era un hombre de unos cuarenta años, con una voz nasal, autoritaria, revestida con un terrible acento *pied-*

noir[10], al que le gustaba abusar de su poder y de su agua de colonia. Su despacho apestaba a una especie de Crésyl al limón. Cada vez que entraba en aquella habitación me escocían los ojos como si estuviera delante del humo de una fogata. Cuando estaba de mal humor, Azoulay nos gritaba las órdenes en su despacho. El resto del tiempo se dirigía a nosotros como si fuéramos animales en cautividad.

Su única razón de ser era que los otros pagaran el precio de sus decepciones, de sus pérdidas, de sus insuficiencias. Sin duda ya había sido una mala persona en Orán, pero, en Toulouse, Azoulay se convirtió en un cabrón. Un maníaco de la ley, del orden y de las reglas. Precisamente aquellas reglas que Francia no había respetado en Argelia, ahora Azoulay, con su bocaza, ambicionaba enseñárselas a los franceses, inculcárselas, sobre todo, a su blanco preferido, Éric Delmas, un tipo cansado, prematuramente envejecido, con manchas pardas en las manos y con un rostro brillante como los costados de un viejo traje. Delmas llevaba camisas con el cuello demasiado amplio en el que flotaba su delgado cuello de cisne. Este detalle de su vestimenta no hacía más que acentuar la impresión de fragilidad que desprendía. Azoulay, que no había pasado por alto aquella debilidad, disfrutaba atormentando a su subalterno: «Y bien, señor Delmas, ¿ha vuelto a adelgazar esta noche? ¡Tenga cuidado, si sigue así perderá un hueso!». O bien: «¡Señor Delmas, antes de marcharse y con el viento que hace, no se olvide de ponerse unas planchas en los pies!». Azoulay gritaba estas palabras desde el interior de su pequeño despacho acristalado con su detestable voz de corneja, haciendo partícipe a todo el departamento que, como cualquier departamento, reía con complacencia las miserables bromas de su jefe. Por mi parte, intentaba ser amable con Delmas. Pero se había acostumbrado de tal forma a la persecución que casi parecía molesto, incluso incómodo, cuando alguien mostraba cualquier gesto de interés hacia él.

Aquella mañana, al ver a Delmas colgar el teléfono y romper a llorar en su mesa de despacho, pensé en mi madre el día que se enteró de la muerte de Vincent. Su abrupto dolor tenía una raíz

común, una especie de mal universal que impedía colgar los teléfonos e imponía, para siempre, una imagen anamórfica de la existencia. Azoulay, que había presenciado la escena desde lejos, salió de su jaula y se acercó a su presa.

—¿Problemas, señor Delmas?

—Voy a tener que irme… Mi hija acaba de caer en coma… Es del colegio… Dicen…

—Voy a decirle yo lo que dicen en ese colegio. Dicen que el señor Delmas siempre encuentra un buen motivo para marcharse antes que los demás. Palabra de honor, siempre con un pie en el aire, señor Delmas, ¿no es cierto? Bueno, márchese, pero quiero verle aquí a las dos en punto, ¿entendido?

El otro, extraviado en el desorden de sus lágrimas y de su nerviosismo, ordenaba sus cosas con la torpeza de un colegial que se prepara para pasar un consejo de disciplina. Nunca había visto a nadie comportarse tan mal. La pena animalesca de Delmas era insoportable. Azoulay avanzó unos pasos por el pasillo central y, con el andar de un jefe de estudios satisfecho, volvió a su pecera.

Durante toda la mañana, incapaz de trabajar, me arrepentí por no haber intervenido durante el incidente. Era el único que podía hacerlo, el único capaz de enfrentarse con Azoulay, ya que no era más que un tipo que estaba de paso, alguien contra quien él no podía hacer nada. En vez de esto, enmudecido, le había dejado actuar.

A las dos en punto, Delmas estaba sentado a su mesa, contando de nuevo sus fichas de inclemencias del tiempo, con los ojos secos y pluma en mano. Su hija estaba mejor, había recobrado la conciencia. Aquello era lo más importante. Lo demás no importaba. El teléfono no había sonado. Él no había descolgado. Nada había sucedido. Nada.

Aquel epílogo silencioso, ahogado, desató algo en mi interior, quizá el lazo del miedo o el de la cólera. Me levanté y entré en el refugio nauseabundo de Azoulay. Alzó la cabeza, sorprendido.

—Señor Block, ¿creo que no le he oído llamar?

Una miríada de mosquitas bailaban frente a mis ojos, mi corazón

latía con fuerza en mi pecho y las palabras, informes y como estopa, se encenagaban dentro de mi garganta.

—Le he hecho una pregunta, señor Block. ¿Ha llamado a la puerta, sí o no?

Como un oso furioso, levanté los brazos y dejé caer mis puños con todas mis fuerzas sobre su mesa. El ruido me impresionó incluso a mí, la mesa, el suelo temblaron y, con él, las partes más grasientas y fofas del rostro de mi jefe de departamento. Con la distancia, pienso que, en aquel instante, hubiese tenido que lanzar un terrible rugido primitivo, un gruñido de grizzli, y luego tendría que haber salido sin añadir nada más. En cambio, sin duda liberadas por mi demostración de fuerza, brotaron las palabras de mi boca.

—Escúcheme bien: la próxima vez que le haga la más mínima observación al señor Delmas, me levantaré y le aplastaré estos dos puños en su cara.

Mientras le decía esto, le puse delante de sus narices aquellas falanges que, un instante antes, habían hecho temblar la habitación y también, estaba seguro, sus certezas.

—¿Qué le ocurre, señor Block? Me ha asustado.

—Blick.

—¿Qué, Blick?

—Mi apellido es Blick, no Block.

—Sí, señor Blick, ¿qué significan estos modales?

—Se lo repito: mientras siga trabajando en este departamento, usted le hablará con respeto al señor Delmas. Y esta tarde, antes de que se marche, irá a pedirle excusas.

Salí del despacho de Azoulay dando un portazo tan fuerte que todos los cristales seguían vibrando cuando llegué a mi puesto de trabajo. En espera de una terrible respuesta por su parte, todos mis compañeros mantenían la mirada fija en su jefe. Éste se llevó un instante la pluma a la boca, la chupó como un alumno dubitativo y luego, como si de repente hubiera disipado sus dudas, se puso de nuevo a trabajar.

Por la noche, en casa, y por primera vez desde hacía tiempo, mi madre animó la conversación, bromeando con mi padre sobre los

nuevos modelos de Simca 1100 e interesándose por el modo en que vivía mi primer mes de asalariado. Le hablé de alienación, de cansancio visual y de dolores de espalda provocados por la inmovilidad. En cambio, fui incapaz de explicarle la historia de mi enfrentamiento con Azoulay. Me dio su singular parecer sobre el trabajo y luego, con la rapidez de un pájaro que emprende el vuelo, se eclipsó en la cocina. Cuando volvió, Claire Blick me pareció una mujer todavía joven, vivaz, divertida, llena de atractivo. La vida no le había ahorrado nada. Mientras se servía una taza de café, me dijo: «Sabes, esta tarde he leído esta frase del filósofo Alain que, vete a saber por qué, me ha hecho pensar en ti: "El apetito sigue; la colada se hace, la vida huele bien"». En boca de mi madre, aquella relación sonaba como un cumplido.

Acabé mi trimestre en la Caja de las vacaciones pagadas de la construcción sin haber tenido ni el más mínimo problema. Azoulay dejó de molestar a Delmas. Y a mí, parecía que me hubiese tachado, literalmente, de su campo de visión. Para que mi paso por la Caja no fuese completamente vano, disfrutaba maliciosamente trucando un buen número de descuentos y ofreciendo de este modo primas suplementarias a los obreros que se partían el espinazo en las obras. Estaba claro que Azoulay había descubierto mi juego, pero —obligado por la relación de fuerzas— estaba convencido de que mis rudos modales de grizzli le habían enseñado que, a veces, era preferible esconder la verdad.

En cambio, mi explosión no tuvo el mismo efecto en mis compañeros. No me había hecho popular, no me aportó ningún apoyo, ni siquiera la más mínima simpatía. Agotado, roto, Delmas estaba por encima de estos sentimientos. Mientras que los demás quizá no me perdonaban porque, de forma involuntaria, les había mostrado, mucho más que Azoulay, que su verdadero enemigo era su propia cobardía.

El último día de mi servicio todo el mundo se fue sin decirme adiós. Azoulay salió el último de la habitación. Al pasar frente a mí, se detuvo un instante:

—Señor Blick, aquí… vea… se trata de los aumentos en los

horarios, aquí, en los boletines de inclemencias del tiempo. Quería decirle que me he visto obligado a rectificarlo todo, aquí, y luego he tenido que hacer un informe para la dirección. Así que no dude en ir a dar puñetazos a ese despacho si le llaman, ¿eh?

Unos días después de haber acabado mi misión de interinidad, recibí una carta con el membrete de la Educación Nacional que anunciaba que me habían nombrado inspector en un colegio a las afueras de Toulouse. La perspectiva de aquel sueldo, modesto pero estable, me hizo pensar que aquella vez realmente algo estaba cambiando. Podía empezar a buscar un estudio o un piso de tres o cuatro habitaciones para compartir con otros estudiantes. En aquella época no era necesario presentar cinco años de nóminas, seis certificados médicos, siete meses de depósito, ocho garantías bancarias, nueve copias de informes jurídicos y tener además aspecto de heredero para poder encontrar una vivienda. Incluso, a menudo, los propietarios de viejos y grandes pisos en desuso no veían con malos ojos la llegada de unos universitarios manitas y a los que el estado de la casa no les importaba demasiado, ya que primaba en ellos el placer de la independencia sobre la búsqueda de la comodidad.

Para encontrar aquel tipo de vivienda, tenía una ventaja: los Rochas. Su agencia, especializada en la venta y en los productos de gama alta, conservaba, sin embargo, un colchón bastante considerable de ofertas de alquiler para estudiantes. Marthe Rochas insistía en mantener aquel sector de escasos beneficios que ella consideraba una inversión a largo plazo. Para ella, un universitario representaba, ante todo, un poder de compra en incubación. Aquel estudiante de medicina melenudo, que iba hecho un adefesio y vestido con un chaquetón afgano, que tímidamente empujaba la puerta de su negocio podía convertirse el día de mañana en un pope de la rinoplastia. Y si hoy ella aceptaba halagar su melena, era para poder rapársela mejor en el futuro. Marthe Rochas tenía con el dinero la misma relación golosa y glotona que con el sexo. Nada

podía desecharse, ni los billetes grandes ni la calderilla, no existían tiempos muertos, ni beneficios despreciables. Michel Rochas era menos ávido de ganancias. Llevaba su pequeño negocio como esos veraneantes despreocupados que conducen con el codo apoyado en la puerta. Desde que nos conocíamos, sólo había visto en su rostro aquella mirada apacible, aquella sonrisa relajada característica de los mamíferos sexualmente saciados. Marthe tenía un perfil más industrioso, que recordaba incluso en algunos aspectos el nerviosismo desordenado y crónico que caracterizaba a su hijo. Con su eterno traje de chaqueta gris, ceñido en la cintura, recordaba a las abejas de verano, llenas de energía y trabajadoras, yendo de un *dossier* a otro y extrayendo de ellos los jugos que parecía almacenar en sus caderas que con los años habían adquirido algunas curvas.

Durante tres días, la madre de David me tomó, literalmente, bajo sus alas para llevarme a visitar una decena de pisos. Desde un estudio para soltero, alveolo unicelular decorado según los códigos desesperanzadores del más mínimo común denominador, hasta el piso burgués revestido de madera de roble, con parqué de castaño y techos altísimos decorados con rosetones que parecían de merengue.

Decidí centrar mi búsqueda en una vivienda con una superficie adecuada para poder ser compartida entre tres, quizá incluso cuatro. Aquella comunidad, estimulante para el espíritu, ofrecía la gran ventaja de multiplicar los intercambios y de dividir el precio del alquiler.

Conociendo mi decisión, Marthe me citó hacia las cinco de la tarde en el tercer piso de un reconfortante edificio del paseo de Les Soupirs. Qué podía ser más romántico que empezar la vida de soltero viviendo en una dirección con aquel nombre. Uno podía imaginarse a los huéspedes del lugar, nobles almas revestidas de armaduras, lánguidos junto a unas visitantes en busca de aventuras erótico-caballerescas. Aquel paseo —que conducía al canal de Le Midi— realmente no merecía su nombre ya que estaba junto a un cuartel de bomberos cuyas sirenas emitían algo muy distinto a suspiros.

Aquel día Marthe Rochas llevaba un perfume muy fuerte,

excesivamente florido, también intenso, con un toque de ámbar o de canela, un perfume de tarde, incluso de noche, con notas profundas, íntimas, que uno arrastra incluso en el sueño. Marthe Rochas no había esperado a horas tan tardías para exhalar aquellos turbulentos olores. Caminaba detrás de ella chispeante, escuchando el ruido de sus tacones que sonaban en cada peldaño de la escalera, con un no sé qué español, una inspiración flamenca, una familiaridad invitante.

El piso estaba dispuesto en abanico, cuatro habitaciones daban a un amplio salón de tendencias hemisféricas que recordaba a una gran concha de vieira. Las ventanas principales daban todas a un gran patio en sombra, prueba de frescor en verano.

—No encontrarás nada mejor.

Dijo aquello con un tono que no tenía nada de profesional. Incluso en la inflexión de su voz había algo parecido a la nostalgia. Se notaba que sentía envidia de la juventud que iba a vivir allí, de aquellos momentos de exaltación propios de las mudanzas, aquellos preliminares enfebrecidos en las que cada uno tiene prisa por empezar su propia historia con la sensación embriagadora de que a partir de entonces puede suceder cualquier cosa.

—Estoy segura de que ya has elegido tu habitación.

Estaba de pie, con una pierna ligeramente adelantada, con el pie casi en ángulo recto, recordando la posición de descanso de las bailarinas clásicas. Sus brazos cruzados resaltaban su pecho, cuyo nacimiento se adivinaba en el escote de su camisa blanca.

—Aquí vas a ser feliz. Lo presiento.

Yo también lo presentía. La luz menguante daba a la habitación una atmósfera de intimidad protectora y casi no se oían los ruidos lejanos de la calle. A veces bastaba con subir unos peldaños, con cruzar la puerta de un lugar desconocido para sentirse aspirado hasta el centro de otro mundo, en el que todo lo que uno pensaba, quería, creía el instante anterior, de repente, estaba boca abajo.

En aquel universo invertido, en el que lo falso representa siempre un momento de verdad, Marthe Rochas, gerente de una agencia inmobiliaria, esposa y madre, se convertía de nuevo en la mujer a la que yo había espiado a través del lucernario, a la vez

ofrecida, ávida, imperiosa y sometida, moviendo la grupa mientras que su retoño, con el ojo arrimado al cristal, la tomaba de modelo mientras se deshacía de su simiente.

Marthe Rochas dio unos pasos hacia la ventana como para observar el vuelo de una bandada de palomas. Y la palma de su mano, con los dedos ligeramente separados, se posó en el borde del cristal. Sin que me invitase, me acerqué a ella. La vieja madera del parqué crujió, como si a cada paso me advirtiera. Cuando llegué cerca de ella, por detrás, casi tocándola, me quedé quieto como un pasajero en el metro, agarrado a la última asa de su conciencia. Fue ella quien vino a mí, sin cumplidos, sin girarse, sin mirarme. Fue hacia atrás, apretando sus nalgas contra mi vientre, frotándose contra aquella parte de mí sobre la que yo ya no tenía ningún control. Y, con las manos bien abiertas sobre el cristal, se arqueó. Con voz casi ronca murmuró:

—No estás aquí.

Aquella frase enigmática me angustió. Yo estaba allí. Claro está. Podía decir lo que quisiera. La tenía en mi línea de mira de la misma manera que su hijo ensartaba los asados. Con esos mismos gestos bruscos que se pueden ver en las películas baratas, la poseí con vigor. Soltó una risita satisfecha que parecía decir: «Eso es, ahora estás aquí». Aquel modesto asentimiento me transportó y un estremecimiento de corriente de baja tensión me atravesó la espalda.

—No te apresures, tenemos mucho tiempo.

Sin girarse, deslizó sus manos en mis bolsillos para descubrir las formas, los contornos de su nuevo juguete y entonces, de repente, tuve la sensación de emerger a la superficie de un océano después de una larga apnea. Nunca ninguna mujer me había tocado con tanta pericia a través de un tejido de algodón. Nunca hubiese podido imaginar que unos tesoros de imaginación tales pudiesen andar rodando en mis bolsillos. Cuando hubo acabado su inspección, sin que ni siquiera yo me hubiese dado cuenta de aquel sutil desabrochado, me encontré con los pantalones arrugados y caídos sobre los tobillos. Aquella mujer tenía nalgas de diablo y dedos de Houdini. Con un gesto elegante, casi amanerado, se levantó la falda,

se bajo las bragas y me condujo al lugar exacto al que había decidido llevarme. En el momento de aquella penetración, la volví a ver tal como la descubrí aquella velada de adolescentes, enganchada a la polla de Michel Rochas, con el rostro vuelto de manera exagerada hacia atrás como un jefe de obras concentrado en la ejecución de una almena complicada. Sí, eso era. Con aquella forma de mirarte como si fueras el borde de una acera, de considerarte como una especie de obstáculo, Marthe Rochas daba, en aquellos momentos, la impresión de que estaba aparcando.

—Más a la derecha, eso es.

Y ahora me dirigía, me indicaba la maniobra. La lección de conducción seguía. A la vez deliciosa y echada a perder por aquel continuo chorro de explicaciones que yo interpretaba como observaciones críticas. A medida que avanzábamos hacia lo desconocido, las peticiones se transformaban en recriminaciones, en reivindicaciones cada vez más imperiosas, cada vez más explícitas:

—Sigue, sobre todo no pares… acaríciame los pezones… mi clítoris también… así no…

Marthe Rochas tenía sus costumbres, sus exigencias, su estricto *modus operandi*. Aquella lista a la que me sometía me hacía perder mis facultades. Una especie de pánico de incompetencia empezaba a apoderarse de mí. Me hallaba en la situación del piloto neófito confrontado con las señales de alarma de un tablero de a bordo demasiado sofisticado para él. Las lucecitas de aviso empezaban a destellar, los mandos no respondían y, poco a poco, todo indicaba una pérdida de control total de la situación. Ya no era más que un autómata desamparado, descontrolado, que reaccionaba a destiempo a los impulsos que me enviaban.

Llegó un momento en el que ya no supe diferenciar entre el cielo y la tierra, la consecuencia y la causa, el vicio y la virtud, el uso y la norma. Notando mi desconcierto, acompañado por esa rigidez característica del vértigo preorgásmico, Marthe Rochas intentó prevenir la catástrofe con una última exhortación:

—Ahora no, no, aún no.

Hubiese podido decir no tan pronto. O así no. O no tan rápido.

Escogió aún no. Entonces tuve la sensación de que me soltaba desde un pico vertiginoso y de que caía en un aire hostil y helado. Durante el tiempo que duró mi caída, Marthe Rochas, molesta, hizo una mueca que resultaba bastante infantil. Sin duda, dije que lo sentía, que no lo entendía, que ignoraba la causa de lo que había sucedido. Pareció no oír mis excusas y, como si se desenganchase de un remolque o de un peso muerto, se apartó con un movimiento irremediable y falto de gracia.

—Habrá que olvidar todo esto rápidamente. No ha ocurrido nada en este piso. Estamos de acuerdo, ¿verdad, Paul?

Lo estábamos. Marthe Rochas ya había superado su decepción pasajera y, olvidando aquel insatisfactorio desliz, había pasado a otro asunto. Vestida de nuevo, recompuesta, volvía a endosar su hábito profesional.

—¿Qué has decidido hacer con este piso? ¿Te lo quedas?

Mientras me subía mi miserable pantalón, contesté que sí, me lo quedaba, pensando que necesitaría que pasase un tiempo antes de poder cruzar aquel salón con serenidad y apartar de mi memoria el recuerdo de mis torpezas.

Nos separamos al pie del edificio estrechándonos la mano. Volvió hacia la agencia con su andar decidido. Yo permanecí un instante inmóvil, bajo el porche, mirando a la gente ir y venir por las aceras. Inspiré profundamente y pensé que, a partir de aquel momento, vivía ya en el paseo de Les Soupirs.

Fue en esta dirección donde, unos meses más tarde, nació Round up, grupo de *rythm and blues* caprichoso y elástico que fundé con dos huéspedes del piso. Aquella institución musical, en sus varias configuraciones, duró cinco años y llegó a contar con nueve miembros en sus épocas más fastuosas. Yo era el único socio de aquella formación que llevaba una existencia más o menos normal: me levantaba por la mañana, cuando se hacía de noche dormía, me alimentaba con cierta regularidad y establecía con mis semejantes relaciones que podían ser calificadas como sociables. Mis compañeros podían reunir una o varias de dichas características, pero no conseguían nunca combinarlas todas juntas.

Tras un corto periodo de aprendizaje, Round up —cuatro músicos formaban la configuración inicial, el núcleo duro— decidió lanzarse a la conquista de los clubs y de las fiestas privadas. Ofrecíamos un famélico repertorio de piezas ejecutadas generalmente con tres acordes, nuestra ignorancia del solfeo y nuestras insuficiencias técnicas no nos permitían acceder a las sofisticaciones armónicas de las composiciones de un Otis Redding, de un Stevie Wonder y, menos aún, de un Curtís Mayfield. Éramos —y fuimos así hasta el final— unos músicos lamentables de dedos torpes, privados del más mínimo talento, pero provistos de una cara dura monstruosa. No teníamos que rendir cuentas a nadie. Para nosotros, la música era una actividad altamente subversiva, la continuación de la revolución con otros medios. Durante los ensayos, se discutía sobre todo de cuestiones políticas más que de música y disfrutábamos mucho más contestando y torturando el dichoso «sistema» que respetando los tiempos y las cadencias. Esto, sin embargo, no nos impedía tocar a diestro y siniestro en clubs de mala muerte y en casa de particulares benévolos o que desconocían los riesgos —muy reales— que corrían al introducirnos en sus hogares.

Así fue como nos propusieron tocar en la fiesta de una boda en la que teníamos que interpretar varias piezas alternándonos con música grabada. Aunque despreciáramos la institución matrimonial, nos pusimos de acuerdo para comportarnos debidamente y acallar la intransigencia de nuestros puntos de vista. Esto sin contar con Mathias, aterrador saxofonista, que unía el soplo enfisematoso de un Fausto Papetti con los incontrolables delirios de la vanguardia más *free*, maoísta espontáneo de tendencia *Kung Fu* y contestatario radical que consideraba cualquier muestra de ternura como una «capitulación neurótica». En su mundo, los hombres sólo debían acercarse a las mujeres en verano, durante las tareas del campo, para ayudarles durante el periodo de la cosecha. Los sexos diferentes no tenían que ponerse como meta la reproducción sino únicamente la colaboración para edificar la dictadura del proletariado que, evidentemente, era condescendiente con la práctica de las artes

marciales y el uso de saxofones de la marca Selmer. Con su voz estentórea surgiendo de una silueta canija, su extraño peinado a medio camino entre el corte de pelo tipo tazón y el flequillo, su constante obsesión por los *katas*, a veces Mathias daba la impresión de estar fabricado con elementos disparatados, recogidos en varios continentes.

Aquella noche, cuando uno de los invitados, micrófono en mano, nos presentó y anunció la primera canción de Round up, no podía imaginarse el alcance de las fuerzas malévolas que acaba de liberar. Incluso antes de que tocásemos la primera nota, Mathias se acercó al micro y gritó, con el puño en alto: «¡El matrimonio es la forma más hipócrita de las relaciones sexuales; por este motivo goza de la aprobación de las conciencias puras! Nietzsche». Siguió un silencio cremoso que intentamos disipar tocando suavemente un *blues* en *mi-la-si*. La gente es poco rencorosa. Recogimos una brazada de aplausos que no nos merecíamos. Mientras tomaban el relevo unos discos de melodías mucho más razonables, algunos invitados se acercaron incluso a nosotros para charlar o tomar una copa. Era gente encantadora que se había reunido para pasar un rato agradable y desear buena suerte a una pareja que empezaba su vida. Nos hacían preguntas de compromiso: a qué nos dedicábamos, si tocábamos juntos desde hacía tiempo, de dónde venía el nombre de Round up. Cómo explicar que aquel patronímico no era más que una marca de herbicida que, durante meses, se había incrustado —justo antes que Ingersöll— en el secreto de mi cerebro maníaco.

En el momento de empezar nuestra segunda ronda, Mathias, al que nunca habíamos visto tan delgado y tan agresivo, cogió de nuevo el micro: «El matrimonio es la forma legal de la prostitución, el acuerdo notariado de un proxenetismo moral agravado por…». Esta vez Mathias no tuvo tiempo de llegar al final de su cita. El padre de la novia, impetuoso cincuentón con el torso comprimido en una chaqueta demasiado estrecha, subió al escenario para arrancarle el micro. Considerándose víctima de un ataque a su libertad de expresión, Mathias adoptó su ridícula posición de combate e infligió a su supuesto agresor un *mawashigeri*

acompañado, quizá, por un *osotogari*. Lo que significa que nuestro anfitrión salió despedido hacia el fondo del escenario antes de desmoronarse contra el muro de címbalos del percusionista. A continuación se produjo un movimiento de gente y una partición del mundo. Cada uno escogió su campo, colocándose a un lado u otro de una línea imaginaria que delimitaba la frontera entre el bien y el mal, la reacción y las fuerzas populares, la gente feliz y los que se preparaban para vivir malditas historias. En la melé recibimos muchos más golpes de los que dimos antes de ser expulsados como cuerpos extraños, despachados a golpes de silla de una fiesta que hasta entonces había sido muy tranquila.

—Joder, ¿por qué has montado ese numerito de mierda? —dijo el que menos contusionado estaba.

Con la nariz y el labio superior tumefactos, con sangre en los dientes, Mathias contestó:

—Era nefefario.

—¿Qué?

—Dice que era necesario.

—Sí, ya, vale. ¿Y puedes decirnos cómo vamos a recuperar ahora nuestros instrumentos?

Fueron necesarios varios días y la intervención de algún intermediario bienintencionado para conseguir nuestros bienes, sometidos, mientras tanto, a un severo régimen de represalias: las cuerdas de las guitarras habían sido seccionadas, los cables de alimentación de los amplificadores y de los teclados, cortados, y las pieles de los tambores y de las congas, laceradas.

Tres años después de 1968 seguíamos impregnados con la insolente energía del movimiento sin darnos cuenta de que el nativo de Montboudif había metido al país en cintura y puesto a trabajar a la nación.

En aquellos años, ¿qué podían tener en común la Francia de un Georges Pompidou, de un Chaban-Delmas o de un Pierre Messmer y el universo chapucero de un Mathias, rey de la invectiva, del Pequeño Libro Rojo y del *Kung Fu*? Y nosotros, todos nosotros, ¿qué podíamos compartir con aquel presidente salido de la banca,

con un alcalde de Burdeos o un ex administrador jefe de la Francia de ultramar? Quizá el ridículo, como durante aquel breve y humillante concierto que ofrecimos a finales de 1974 o principios de 1975 en el mítico Blue Note y que, de algún modo, marcó el final de Round up.

Hay que imaginarse lo que representaba para nosotros el Blue Note. Una especie de consagración, el resultado de todos nuestros años de aprendizaje. Por fin íbamos a tocar música negra en la quintaesencia de los locales negros únicamente frecuentados por negros. Por fin llegábamos a la meta. Aquel contrato se lo debíamos a Héctor, uno de nuestros tres guitarristas que, por otro lado, era un solista desastroso y un verdadero loco furioso. Cenestópata, arquetipo resplandeciente del hipocondríaco, Héctor sufría cada día una enfermedad terrible y distinta de la que nos enumeraba todos los síntomas, informándonos al mismo tiempo de las escasas posibilidades de supervivencia que no iban más allá de los tres o cinco años. Extrañamente, aquellos males no se acumulaban ya que, según la magia de una regla inamovible, cada mañana el nuevo hacía desaparecer al anterior. Cuando le hacíamos ver la incongruencia de aquel fenómeno, se enardecía y desarrollaba, una vez más, tesis político-confusas según las cuales el paciente liberado tenía que escapar de su condición de *desconocedor* para tomar de nuevo las riendas de su organismo y cuestionar los privilegios insensatos del mandarinato. El cuerpo físico, decía, tenía que estar hecho a imagen y semejanza del cuerpo social: permanentemente sublevado. Al menos una vez en cada concierto y en cada ensayo, Héctor hacía muecas sujetándose los costados, el pecho o el vientre, dejaba la guitarra y se iba con paso vacilante entre bastidores para roer el hueso de sus dolores. A veces ni siquiera se tomaba la molestia de alejarse y, allí mismo frente a nosotros, se dejaba caer de rodillas, ofreciendo el espectáculo repetitivo y aburrido de sus sucesivas agonías. Igual que esos actores malos, acribillados a balazos, que arrastran su esqueleto cientos de metros y no acababa nunca de morirse.

Mucho después me he preguntado si Héctor no había utilizado

sus patologías imaginarias para engatusar a los dueños del Blue Note, arrinconándoles en un imposible chantaje afectivo. Le veía confesándole al gerente su admiración sin límites por Curtís Mayfield, Malcom X, decirle después que tocaba con Round up, pero que, desgraciadamente, todo aquello no iba a durar mucho tiempo; sí, estaba gravemente enfermo; no, prefería no hablar de ello; sólo lamentaba una cosa: no haber podido tocar al menos una vez en el Blue Note antes de abandonar este mundo. ¿Qué? ¿Era posible? ¿Se podía estudiar? ¿De verdad? Sabía que Héctor estaba lo bastante sonado y era lo bastante retorcido como para lanzarse a esas artimañas poniendo toda su convicción de incurable, sentimiento que, además, era real. Habíamos llegado al club al final de la tarde para colocar nuestros instrumentos e intentar ajustarlos más o menos correctamente. Los baterías, eternos gemelos del infierno, daban bocanadas de mil demonios. La hierba tenía un olor fuerte y picante característico de las hojas frescas impregnadas aún de todas las variedades moleculares de la planta. Nos producía un placer maligno fumar nuestra marihuana en público. Aquello añadía un pequeño estremecimiento infame. Había plantado varias cepas en el invernadero familiar y aquellas plantaciones no hacían más que crecer y embellecerse con el paso de las estaciones. Mi madre, conocedora de mis siembras, tenía la amabilidad de regar con regularidad mis plantas, en mi ausencia. Mi padre, que había conocido los relatos de su propio padre cuando éste frecuentaba algún oscuro fumadero de opio en Tánger, consideraba mis trabajos de herborista como un modesto juego de niños, aunque yo sospechaba que había probado una o dos veces la eficacia de mi THC.

Los baterías aporreaban. Cada golpe de palillo retumbaba en aquel lugar que, de momento, estaba desierto. Héctor nos abandonaba cada diez minutos para, decía, ir a vomitar, víctima esta vez de no sé qué tipo de hepatitis. Volvía con el pelo mojado, tragando de forma ostensible algunas píldoras antiespasmódicas. Mathias cambiaba la boquilla de su Selmer, los guitarristas ajustaban la tensión de las cuerdas nuevas, mientras yo intentaba desenredar

los cables que unían en cascada las cajas de efectos de *chorus* y de *phasing*. Para aquella velada excepcional me habían dejado un órgano Hammond de ruedas fónicas y una cabina Leslie. En ángulo recto con aquel instrumento había un piano Fender sobre el que había dejado mi viejo sintetizador Moog. Todavía hoy recuerdo con precisión hasta el más mínimo detalle de aquellos instrumentos y sería capaz de reconocerlos por el olor, cerrando los ojos. Según su sistema de fabricación, los teclados tienen distintos perfumes. En algunos domina el olor a neopreno, otros, al calentarse, desprenden efluvios de soldadura de estaño, otros huelen a una mezcla de barniz y de madera comprimida que recuerda siempre un aroma de regaliz. Pero aquella tarde mis sensores nasales, perturbados, embriagados por la hierba quemada de los dos baterías, hubiesen tenido dificultad para realizar análisis tan sutiles.

Aparentemente recobrado de sus problemas hepáticos, Héctor nos dejó hacia las siete, víctima, esta vez, de una «crisis de epistaxis», un ligero y banal sangrado nasal que él nos presentó como una incontrolable hemorragia que necesitaba la intervención urgente de un hombre del arte médico.

Vendados, curados, enchufados, afinados y fumados, estábamos en el escenario a las diez de la noche, listos para interpretar nuestra primera pieza, *Castles Made of Sand*, de Jimi Hendrix.

Desde los primeros compases noté que sucedía algo, un acontecimiento impensable hasta aquel momento, imprevisible: tocábamos bien. Digamos que respetábamos el tempo sin desnaturalizar demasiado los acordes ni desgarrar la melodía. La magia del lugar actuaba, estábamos tocados por una especie de gracia, incluso si, a lo largo de las piezas, nuestra homogeneidad del inicio tuvo tendencia a debilitarse poco a poco. Éramos los primeros blancos *reconocidos* por negros. ¿Acaso era posible soñar una fusión más hermosa? En mitad de una canción de Wilson Pickett de la que he olvidado el nombre, de repente, el escenario quedó sumido en la oscuridad total. Sin embargo, a nuestro alrededor, en el club, había luz, el bar brillaba con mil destellos y la sonorización del local había sustituido a nuestros amplificadores. El público, siempre numeroso

en el Blue Note, había empezado a bailar en la pista como si no hubiese pasado nada, como si no estuviésemos allí, como si no hubiésemos tocado nunca. Febriles, asustados, con prisa por reanudar el concierto, intentábamos verificar los enchufes a tientas. Al cabo de un rato, el ayudante del dueño del club se acercó a nosotros.

—Podéis desmontarlo todo.

—Desmontar qué… si apenas hemos tocado cinco piezas antes de la avería.

—No hay ninguna avería.

—¿Qué quiere decir que no hay avería?

—No, el jefe ha decidido cortaros la electricidad por lo malos que sois.

—¿Nos ha cortado la electricidad?

—Así es. Y ahora tenéis que llevaros todo esto rápidamente. Lo siento.

Entonces fueron unos fantasmas, unos cuerpos dóciles y silenciosos los que desconectaron los jacks uno a uno y se llevaron los instrumentos al camión que nos esperaba en la calle. Con los brazos cargados de material, nos esforzamos por escurrirnos entre los clientes que nos miraban de arriba abajo.

Justo antes de marcharnos, me pareció ver a Héctor recibiendo un sermón fenomenal, junto al bar, de un tipo alto y negro, vestido con traje, que tenía toda la pinta de ser el propietario del local. Cuando se unió a nosotros en el furgón, estaba lívido y se sujetaba el vientre. Como de costumbre no prestamos especial atención a sus males imaginarios. Intentó decirnos algo, pero sus frases se quedaron en su garganta. Entonces se inclinó y vomitó.

Estos hechos debieron de tener lugar hacia finales de 1974, cuando me disponía a abandonar el piso del paseo de Les Soupirs porque consideraba que ya había recorrido todas las grandezas y servidumbres de la vida en comunidad. En aquella dirección, en menos de cinco años, mis compañeros de alquiler y yo ya habíamos enterrado a dos presidentes de la República: Charles de Gaulle, el 9 de noviembre de 1970, víctima de una rotura de aneurisma, y

Georges Pompidou, el 2 de abril de 1974, golpeado por la enfermedad de Kahler. Héctor, siempre preocupado por alimentar sus neurosis, había escrito, en grande y con rotulador negro, esta sucesión de fallecimientos y sus causas, en la puerta del servicio. Acostumbrados a su suave locura, creo que ninguno de nosotros le había preguntado el porqué de aquellas inscripciones de letrina. Simplemente, cada día, al ocupar el asiento, aceptábamos el hecho de no tener más alternativa que la de leer aquellas anotaciones mórbidas.

Éramos cuatro compartiendo aquel espacio común: Mathias, el saxofonista implacable, Héctor, el guitarrista incurable, yo, el pianista razonable, y Simón, el bajo más que improbable. Todos estábamos estudiando y realizábamos pequeños trabajos que nos permitían vivir en paz y pagar el alquiler. Todos, menos Simón Weitzman. Él pretendía estar siguiendo un curso de medicina, sin haber puesto nunca un pie en un aula. Por muy increíble que pueda parecer, Weitzman afirmaba que era árabe, miembro de la familia real marroquí y sobrino del ministro del Interior de su país. Lo que no le impedía pasarse el día jugando a las cartas, deambular por el hipódromo, montar estafas complicadas y robar mobiliario de las administraciones. Nuestros sillones provenían de las salas de reunión de la Universidad Paul-Sabatier. Las dos grandes mesas de la cocina, así como las sillas, del campus de Le Mirail. En cuanto a la extraña biblioteca metálica fijada a la pared de la entrada, había sido recuperada de los locales del Instituto de Estudios Políticos, contiguo a la Facultad de Ciencias Sociales. La vida iba así: por la noche nos acostábamos en un piso vacío y, al despertarnos, la mañana siguiente, por la gracia de un descendiente del Profeta, nuestro salón parecía la cueva de Alí Baba. Entonces, Simón encendía un cigarrillo observándonos con mirada intensa, chispeante de felicidad y malicia. Físicamente, Weitzman era el sosias de Huari Bumedian, parecido que, teniendo en cuenta el contexto político y racial de la época, no le era muy ventajoso. Pero Simón vivía en un mundo más allá de estas contingencias. Pragmático, inteligente, capaz de adaptarse instantáneamente a todas las situaciones,

improvisaba su vida en la urgencia del instante. Cogía, birlaba todo lo que se le ponía a mano, tanto la felicidad como una bicicleta de mujer, un par de esquís o unos sillones de escay. Simón no era un ladrón, simplemente desconocía la existencia de la propiedad. Para él, el mundo era un bote común del que todo el mundo podía servirse según sus deseos y las necesidades del momento. Claro está, no ignoraba que existían reglas, prohibiciones, costumbres, pero prefería cambiarlas o ignorarlas con ese elegante desdeño mediterráneo, esa vivacidad simpática que emanan los niños traviesos.

Por la noche, Simón recibía. Tipos discretos con los que nos cruzábamos a veces en el pasillo, por la mañana temprano. Todos ellos dejaban a su paso un perfume fuerte de misterio y de tabaco frío. En aquella época, las manifestaciones y los atentados antifranquistas se multiplicaban. Se colocaban bombas artesanales delante del consulado de España, situado a dos pasos de la prefectura y del palacio Niel, cuartel general del ejército. La frecuencia y la intensidad de las explosiones nocturnas iban en aumento mientras que, del otro lado de la frontera, el caudillo seguía ordenando ejecuciones de detenidos políticos condenándoles a muerte por el sistema del garrote.

Simón y Mathias se relacionaban con militantes antifranquistas que pertenecían a varios grupúsculos que luchaban activamente contra la dictadura. Por el piso veíamos desfilar vascos, catalanes, gente de la CNT. A pesar de su oscura ascendencia, de sus lazos familiares reivindicados con la dictadura marroquí, de su reputación de saqueador de despachos y de ladrón de bicicletas, Simón se convirtió rápidamente en el único interlocutor de nuestros visitantes. Nosotros hablábamos español mucho mejor que él, nuestra cultura política era mucho más vasta y, sin embargo, era él quien inspiraba confianza, encarnaba al representante solidario de la lucha internacional. Incluso no era extraño que nuestros visitantes prefiriesen aislarse con él en su habitación para charlar. Nosotros vivíamos aquellos momentos como una afrenta. Nuestros celos alcanzaron el punto máximo la noche en que, en medio de la cena,

Simón nos anunció:

—Esta noche estallará.

—¿Qué es lo que va a estallar?

—El consulado.

—¿Cómo que el consulado?

—Te digo que el consulado va a explotar. Eso es todo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé.

A las dos de la madrugada, una enorme deflagración despertó a todo el barrio. Sin duda, impulsados por los mismos sentimientos, Mathias, Héctor y yo salimos precipitadamente de nuestras habitaciones. Nos encontramos con Simón, sentado en un sillón, fumando un purito, con ese relajamiento típico de los ingleses en vacaciones.

—¿Cómo es que lo sabías?

Me miró con su cara simpática de timador, se llevó la colilla a los labios y soltó algunos círculos de humo que volaron hacia el techo enrollándose sobre sí mismos. Luego, más enigmático que nunca, se puso su abrigo y salió sin girarse, dirigiéndonos un simple: «Buenas noches, chicos».

En aquella época trabajaba como inspector de externos en el colegio de enseñanza general Marie-Curie, a las afueras. El establecimiento, que contaba con más de cuatrocientos alumnos, estaba dirigido por un personaje lamentable desde el punto de vista humano, intelectualmente deficiente y profesionalmente perverso. En la dureza de su rostro había algo que recordaba los rasgos deformes de Benito Mussolini. Edmond Castan-Bouisse dirigía su colegio del mismo modo que se pilota un acorazado. Él, único maestre al timón, algunos subalternos notoriamente cobardes y sumisos, alineados en la primera crujía, y todos los demás, aprendices, contramaestres mezclados, amontonados en la sala de máquinas. Dicho de otro modo, Castan-Bouisse era un imbécil luminiscente, un engreído, revigorizado por la derrota de 1968.

Yo había llegado allí en 1970, año en el que él había decidido volver a controlarlo todo e infligir, a profesores y alumnos, los

excesos de un nuevo reglamento interno, salido directamente de su cerebro cubierto de placas de Fórmica.

El colegio Marie-Curie formaba parte de aquellos establecimientos cuya popularidad había descendido desde que acogían una población esencialmente rural que, hasta aquel momento, había estado repartida por las pequeñas escuelas del departamento. Los niños del Marie-Curie eran en su mayoría hijos e hijas de agricultores y el resto venían de familias modestas reagrupadas en aquellas parcelas baratas dispersas a las afueras de las ciudades. Castan-Bouisse aborrecía lo que él denominaba aquella «clientela imposible». No comprendía que el rectorado le hubiese destinado, a él, el *chantre* de la regla y el guardián de la virtud, a un agujero de ratas como aquél. Con su profesionalidad, su pasado de resistente —muy contestado por sus detractores—, su práctica corriente del griego y del latín —un camelo absoluto según los especialistas—, merecía dirigir un liceo de renombre. Y en cambio, estaba allí —decía— en medio de una población hostil, zafia, casi bárbara, ayudado por una brigada de incapaces, más preocupados por sindicarse y fornicar que por respetar las leyes cardinales de la enseñanza secundaria.

—Imagino que no piensa conservar su pelo así de largo, ¿no es cierto?

Fue la primera cosa que Edmond Castan-Bouisse me dijo cuando fui a presentarme ante él. Desconocía mi nombre, de dónde venía, ni qué estudios había cursado, ni si mi hermano había muerto o si mis padres vivían, pero ya había resuelto la cuestión fundamental de mi apariencia.

Durante todo el tiempo que estuve destinado en el Marie-Curie, tuvo que cohabitar con aquella melena cuya simple visión le resultaba insoportable. Ya sólo mi presencia le incomodaba hasta tal punto que, en el silencio de su despacho y advertido por las violentas contracciones de sus maseteros, yo podía oír el crujido de sus dientes. Había hecho colocar sobre su puerta dos placas esmaltadas en las que se leía: «Dirección» y, debajo: «Señor Director», en caracteres góticos. Era fácil imaginar que la única finalidad de la

elección de aquel tipo de letra era intimidar al rústico, amedrentar al maestrillo y asentar su aura de implacable dictador de suburbio.

—… además le pediré que no tenga un trato familiar con los alumnos, que, en su mayoría, no han recibido una educación que les permita comprender las sutilezas de las relaciones de autoridad. Aténgase a aplicar el reglamento interior al pie de la letra y a prevenirme en cuanto se quebrante lo más mínimo. Y… su pelo… claro está, cuanto antes.

Al decir esto, representó unas tijeras con sus dedos índice y corazón y se las paseó por encima de una calva ya muy avanzada con una expresión perversa y golosa.

La vida en el Marie-Curie era una especie de infierno tridimensional. En el primer nivel tenía que soportar el jaleo de los alumnos que habían comprendido perfectamente que yo no era un perro guardián sino, más bien, un animal de compañía que no deseaba hacerles daño alguno. En la cima, el káiser no se privaba de reprocharme mi Vulgata izquierdista, mi falta de autoridad y mi exhuberancia capilar. En cuanto a los profesores, estancados en el entresuelo de mis problemas, consideraban su deber, y para algunos era además motivo de disfrute, repetirme las observaciones de Castan-Bouisse, incluso algunas veces cargando las tintas de la crítica.

En la cloaca escolar, únicamente dos pequeñas tribus me ofrecían tímidamente apoyo y consuelo. Primero estaban los profesores comunistas, eran tres, sindicados al SIN y contra los cuales Castan-Bouisse mantenía una guerra encarnizada desde hacía años. En privado o en compañía de sus simpatizantes, llamaba a aquel trío de profesores los «bolches» o el «frente ruso». Así que mi llegada había aliviado precisamente aquel frente. Al cristalizar el nuevo odio de la dirección, les permitía a los soviets tomar aliento, reorganizarse y llevar a cabo acciones dirigidas contra el director, que se veía obligado a actuar en dos teatros de operaciones. Antes de cada voto del consejo de administración del colegio, los *stals* —así se les

llamaba en aquella época— intentaban halagarme chapuceramente y enredarme, diciéndome, por ejemplo, que yo era su «aliado objetivo».

El segundo grupo que no tramaba en mi contra estaba compuesto por los enamorados adúlteros. Representaban un porcentaje nada desestimable, una interesante subcategoría profesional. La simpatía que tenían hacia mí era fácilmente explicable: al dedicarse a su comercio extraconyugal, todos tenían la sensación de estar cometiendo algo irreparable, de transgredir el sacrosanto reglamento interior, de flirtear permanentemente con el consejo de disciplina. Adultos infantilizados, a la vez aterrorizados y excitados por sus minúsculas infamias, empezaban a sentirse secretamente cómplices del mundo «contestatario» que yo, a sus ojos, representaba. Intentaban convencerse de que mentir a sus cónyuges, rozarse en la sala de profesores, tocarse entre las clases y joder uno de cada dos miércoles, eran todos ellos signos de emancipación y de liberación. Se consideraban a sí mismos como la vanguardia de un nuevo desorden sexual en una sociedad que servía de guía, normativa y castradora. Uno de cada dos miércoles les dejaba las llaves del piso del paseo de Les Soupirs donde podían gemir a sus anchas durante un par de horas. No disponían de mucho tiempo para dedicarse a sus bajadas de pantalones, ya que sus cónyuges respectivos, también ellos profesores titulares y muy estrictos con la regla, no acostumbraban a bromear con las horas de la cena.

Varias veces por semana también llevaba por la mañana a una u otra de aquellas parejas ilegítimas hasta el colegio. Pasaban a recogerme por mi piso hacia las siete y media, se subían a la parte de atrás del Volkswagen y se besaban durante todo el trayecto. Incluso a veces se ponían en un estado imposible y yo, como un taxista complaciente, tenía que detenerme justo antes del colegio para darles tiempo a recomponerse el peinado y arreglarse las ropas. Por más que hicieran, sus mejillas enrojecidas y el contorno de sus labios exageradamente rojo traicionaban la intensidad de sus recientes efusiones.

Al cabo de unos meses, hasta tal punto formaba parte de su intimidad que frente a mí ya no tenían el más mínimo pudor. Pienso sobre todo en aquella profesora de inglés que, por la tarde, al finalizar las clases, se subía al Volkswagen donde ya le esperaba su amante y le decía, subiéndose un poco la falda: «Ya estoy toda mojada». Decía esto con su voz ingenua de adolescente crecida, sin vergüenza alguna, como si yo fuera una cantidad despreciable, una abstracción vaporosa, un criado de antaño, sordo, ciego y mudo. Pero a la mañana siguiente, incluso a partir de la primera hora de clase, aquella madona chorreante era capaz de expulsar sin contemplaciones a un alumno simplemente porque estaba mascando chicle. La grandiosa hipocresía de estos profesores, su turbadora inconsecuencia, su miserable necesidad de infligir los castigos de rigor, me dejaba estupefacto, fuese cual fuese el grado de su miseria sexual.

Me quedé casi cuatro años en aquel universo debilitante y mezquino en el que lo peor estaba siempre por llegar. Con el paso del tiempo me ha parecido que todos aquellos personajes se fosilizaban en sus papeles respectivos frente a un Castan-Bouisse de bronce, martirizando con su método el pequeño campo de trabajo del que alardeaba ser a la vez el kapo y el protector. Un día, al llegar a su despacho, encontró la inscripción «¡Heil!», escrita con rotulador negro sobre la puerta. El asunto adquirió tanta importancia que derivó en una polémica casi pública sobre su pasado de seudorresistente. Desconozco lo que Castan-Bouisse había hecho durante la guerra, pero no podía ser peor que los combates miserables que llevaba a cabo en tiempos de paz.

Al inicio de las vacaciones de verano de 1974 dejé el colegio Marie-Curie para no regresar nunca más. El día de mi marcha Castan-Bouisse se presentó a la salida de mi última clase:

—¿Nos deja hoy, señor Blick? Ya sabe lo que pienso sobre usted, así que me ahorraré las fórmulas del tipo «Le vamos a echar mucho de menos». Aquí, nadie le va a echar de menos salvo, quizá, todos estos pequeños cochinos chillones que, espero, el año próximo tendrán frente a ellos un vigilante más implicado y menos

permisivo. ¿Se droga usted, señor Blick?

—De vez en cuando.

—Estaba seguro. Convencido. A veces tiene en su mirada esa midriasis característica.

—Ahora tengo que irme, señor Bouisse.

—Castan-Bouisse, por favor, todavía está en mi establecimiento. Y no me hable con ese tono condescendiente, se lo ruego.

El modo de hablar de aquel hombre me recordaba el verbo incisivo y cortante de mi abuela, Marie Blick. Como ella, se notaba que le costaba mucho dominar al cancerbero de odio que, en su caso, siempre estaba tirando de la correa.

—Una última pregunta: ¿fue usted quien escribió aquella palabra alemana en mi puerta el año pasado?

—¿Se refiere a «Heil»?

—Así es.

Miré por última vez a aquel pequeño gauleiter, cuidado, embutido, verano e invierno, en su traje gris, siempre perfectamente afeitado. A pesar de aquella voluntad feroz por expresar permanentemente su virilidad, de él emanaba algo ambiguo, incluso femenino. Era fácil imaginarle frecuentando de forma asidua las saunas y los servicios de caballero.

—No. No escribí nada en su puerta.

—Escúcheme bien, Blick. Sé que fue usted. Lo sé del mismo modo que sabía que usted se drogaba. Así que he enviado un informe sobre todo esto al rectorado. Un informe detallado. Espero que este *dossier* le siga allá donde vaya y que le impida entrar en la administración de la Educación nacional si, por casualidad, algún día usted se lo planteara. Lárguese de aquí.

Aquel año, en el suroeste, el verano fue particularmente cálido y seco. Mi padre, que había cedido su garaje a un joven que le sustituía, se quedaba a menudo en casa y pasaba casi todo el tiempo ocupándose del jardín, que se había vuelto espléndido, un museo, una verdadera galería de plantas. En unos años había conseguido transformar un viejo jardín artrítico en una cascada vegetal en la que se mezclaban las esencias más diversas. Algunos arbustos se

prolongaban siguiendo los paseos como ríos de lava verde, mientras que otros se enrollaban alrededor de los olmos y de los cedros como cuellos de piel tupida. Cortados, podados, por fin librados de sus ramas muertas, las palmeras, los plátanos, los castaños, las acacias, los árboles de Judea y las moreras lucían todo su porte. Y por todas partes, uniendo parterres y arbustos persistentes, una hierba corta, densa, voluptuosa, regularmente peinada por una cortadora de marca inglesa que dejaba, durante varios días, las huellas paralelas de su corte perfectamente recto.

Aquel jardín era mucho más que un pasatiempo para mi padre, era una especie de cura para sus problemas cardíacos, su última razón de vivir. Y siempre en esos momentos, cuando, tras años de esfuerzo, creemos que ya estamos a punto de alcanzar la felicidad y la plenitud, surge el acontecimiento imprevisible que va a dejarnos tumbados en el suelo a nosotros y a nuestros sueños y trabajo.

Fue la sequía la que saqueó el último trocito de vida de mi padre. Una sequía con una intensidad y una duración abrumadoras. Aquel año, las lluvias de primavera fueron escasas. No hubo precipitaciones en junio, casi nada en abril y mayo. Julio fue un horno permanente bajo un cielo desesperantemente azul, hasta tal punto que la prefectura tomó medidas restrictivas a partir de mediados de mes. En el campo, el riego de los cultivos fue reglamentado y nadie podía sacar agua de las aguas estancadas del canal de Midi. En Toulouse se prohibió el lavado de coches, llenar las piscinas y, sobre todo, regar los jardines, tanto privados como públicos.

Mi padre, ciudadano leal y republicano del alma, respetó la orden al pie de la letra y dejó que lentamente se secase su césped escocés. Luego les tocó achicharrarse a los arbustos más expuestos al sol. Después, a los árboles. Los cerezos se secaron y perdieron paulatinamente las hojas como en noviembre. Día tras día, aquella naturaleza se asfixiaba. La tierra se resquebrajaba y las raíces buscaban en vano el más mínimo rastro de humedad en el suelo.

Al atardecer, a veces iba a tomar un café con mi padre. Nos instalábamos en el jardín y escuchábamos caer las hojas. Al tocar el

suelo, emitían una especie de ruidito metálico al que mi padre no conseguía acostumbrarse.

—Todo está seco. Todo el jardín se está muriendo.

A principios del mes de agosto decidió saltarse la ley y empezó a regar al pie de los árboles todas las noches. Había conectado varios tubos que desplazaba cada cuarto de hora. Actuaba con rapidez, como un ladrón de bicicletas, por miedo a ser sorprendido robando un bien público. Intentaba combatir sus remordimientos diciendo que, al regar de noche, evitaba la evaporación y así devolvía a la capa freática buena parte del agua que cogía. Consiguió mentirse a sí mismo durante más de una semana y luego sus problemas de conciencia se resolvieron definitivamente: las bombas ya no sacaban nada, la capa freática se había secado.

Los días que siguieron mi padre se pasaba el tiempo escuchando los boletines metereológicos, esperando el anuncio de una depresión. Por la noche, salía a la terraza para observar el cielo y veía los relámpagos de calor encenderse en la lejanía.

Grandes tormentas estallaron hacia el final del mes de agosto. Estaba con mi padre cuando cayó el primer aguacero. Salimos para respirar ese olor tan especial de la tierra mojada. El aire se arremolinaba y transportaba todo tipo de perfumes vegetales, liberados repentinamente por los impactos de la lluvia. En el jardín, las enormes gotas batían sobre la alfombra de hojas secas como canicas de acero.

—No podía imaginar que algún día todo acabaría así. Dentro de una semana la hierba reverdecerá. Pero para lo demás es demasiado tarde. Ni siquiera toda el agua del cielo conseguirá reanimar nunca los árboles muertos.

Francia tenía un nuevo presidente de la República, Richard Nixon acababa de dimitir, el mundo entero era víctima de todo tipo de guerras y de conflictos y, sin embargo, aquella noche nada me parecía más triste que ver a mi padre, dulce monarca ilustrado, errar al borde de su reino despoblado y sin vida.

ALAIN POHER

(Segundo ínterin, 2 abril 1974-27 mayo 1974)

Antes de que, aquel verano, mi padre tuviera que sufrir los caprichos del cielo, yo, por mi parte, conocí en primavera las prácticas de un dentista desequilibrado. Su nombre me tenía que haber puesto sobre aviso. Se llamaba Edgar Hoover, como el director de la CÍA. Hoover era el jefe de Marie, con la que seguía manteniendo unas relaciones espaciadas. Tras el episodio de la Luna, nos llamábamos de vez en cuando para informarnos el uno al otro de los pequeños acontecimientos de nuestras vidas. Así que, cuando un violento dolor dental empezó a taladrar una de mis muelas, naturalmente recurrí a ella. Me arregló una cita aquel mismo día con Hoover, verdadero coloso de rostro ensombrecido por un sistema piloso sobreabundante. Cada uno de sus pelos parecía tan tieso y duro como un poste. Era imposible imaginar que una navaja de afeitar pudiera acabar con aquel campo de estacas. Además, una especie de pelambrera negra ribeteaba el cuello de su bata y se adivinaba que ésta escondía un espeso pelaje que cubría uniformemente el torso y la espalda. Aquel hombre de edad indefinida padecía del mal común a todos los miembros de su profesión: hablaba solo. Te hacía sentar en un sillón, te preguntaba dónde te dolía y, en cuanto empezaba la cura, se lanzaba a un fastidioso monólogo que trataba de un acontecimiento deportivo, de aventuras de alguna celebridad, del Watergate, de las próximas elecciones presidenciales o de sus sentimientos hacia Alain Poher.

Yo sabía que Hoover era el amante ocasional, y sin embargo celoso, de Marie desde hacía más de dos años. Conocía la naturaleza de sus relaciones, pero me resultaba imposible imaginar, ni siquiera por un segundo, que aquellos dos pudieran estar juntos en una cama. Para mí era impensable que aquella masa abrasiva y velluda pudiera patalear entre las sedosas piernas de Marie, ni que aquel mentón al cadmio pudiera rallar su busto de porcelana. Y, sin embargo, a eso se dedicaba Edgar Hoover.

Marie también me había confesado que el dentista sufría una especie de depresión crónica —desde que su mujer se había ido con su socio— que trataba a la manera americana, aspirando cada tarde, antes de cerrar la consulta, varias bocanadas de gas hilarante, el mismo que utilizaba a veces como anestésico ligero. Ése era su modo de afrontar el resto de la velada y a la vez, según él, el fracaso permanente de su vida. A menudo Marie le había sorprendido tumbado en el sillón de las curas con la mascarilla sobre la cara y la mirada perdida, respirando a pleno pulmón aquel óxido nitroso euforizante, su sake profesional, su cannabis gaseoso.

—Aquí es donde le duele cuando aprieto, ¿es ahí, eh?

Hoover parecía mantener relaciones golosas con el dolor. Sobre todo cuando lo provocaba. Había que estar ciego para no ver una especie de velo de felicidad cubrirle los ojos cuando, con una sencilla presión con el índice, desencadenaba un violento cataclismo en tu mandíbula. Sin duda aquellos estremecimientos sádicos le permitían aguantar hasta el momento crítico de sus delicias gaseosas.

—Voy a darle unos antibióticos y dentro de cinco o seis días desvitalizaré la raíz. Aquí es donde duele, ¿eh?

Y el rayo volvió a atravesarme la boca.

Marie había cometido el error de contarle nuestra relación pasada. En cuanto crucé la puerta de su consulta, sentí enseguida que yo no le gustaba, que representaba para él un concentrado de todo lo que aborrecía.

Marie no vivía con Edgar Hoover. Seguía teniendo su apartamento en el que se quedaba a dormir varios días por semana. Aquella noche, sin duda estimulados por las circunstancias

singulares de nuestro reencuentro, acabamos en su casa, donde, siguiendo su costumbre, me hizo entrever la felicidad y dar vueltas en su cama en todas las direcciones. Mi muela seguía pulsando sus descargas multiplicadas por los latidos de mi corazón y la fuerza de mi deseo.

Por la mañana empecé el tratamiento a base de antibióticos. Una hora después de tomar las primeras cápsulas noté unos violentos picores en toda la verga. Aquel prurito fue sustituido después por una inquietante sensación de quemazón. Hacia el mediodía, mi rabo enrojeció y adquirió un aspecto espantoso. Tenía la piel cubierta de vesículas, una especie de enormes ampollas nauseabundas y dolorosas que daban la sensación de estar llenas de gérmenes infecciosos. Desconocía la naturaleza del mal pútrido que me estaba royendo y me resultaba imposible creer que Marie me hubiera transmitido un *alien* con propiedades tan venenosas, virulentas y fulminantes. Envolví mi instrumento con un montón de gasas y fui corriendo al dermatólogo, que no necesitó ningún examen adicional para diagnosticar un eritema pigmentado fijo provocado por una reacción a los antibióticos y para pronosticar que serían necesarios entre cuarenta y cincuenta días para una cicatrización completa.

Durante casi dos meses viví de esta manera, con el sexo despellejado, en carne viva, atado como una momia con aquellos vendajes malolientes de tul pringoso. Mi muela, liberada de todo tratamiento, había retomado su baile de San Vito. Por mucho que multiplicase mis visitas a Hoover, no conseguía nada. Los analgésicos que me recetaba me permitían pasar las noches de puntillas. Esquivaba las descargas igual que se salta un charco. Cada vez que nos veíamos, no dejaba de presionar con la punta del dedo la parte más inflamada de mi encía.

—Es aquí, ¿eh? Se irradia hasta la mandíbula superior cuando aprieto así, ¿eh?

Después de concederse aquel puro momento de sadismo, iba a buscar su botella de óxido nitroso, me colocaba la mascarilla en la cara y abría del todo las válvulas. Entonces mis pulmones se llenaban de una nube de felicidad tan artificial y volátil como la

verdadera. Recuerdo que cada vez, antes de guardar la bombona, Hoover inspiraba discretamente, como uno que apura la copa de su invitado. Al incorporarme, siempre tenía la sensación de vivir en un mundo patituerto, nada caminaba derecho, y hasta tenía que inclinarme de lado para cruzar todas las puertas colocadas de través en aquel piso. Cuando a veces me encontraba con Marie en el pasillo, le hacía un pequeño gesto amistoso, pero sentía que mi cerebro iba tan lento que, cuando mi mano empezaba a agitarse, ella ya había desaparecido con otro cliente en la sala de cuidados.

Casi a diario iba a recoger la opinión del experto.

—El flemón ha aumentado. Y como no puede tomar antibióticos, voy a tener que operar. ¿No será usted alérgico a los anestésicos?

Una vez más, Hoover me había hecho la pregunta con el tono característico de los grandes perversos. A medida que se sucedían las sesiones, más convencido estaba de que aquel hombre con sus celos neuróticos me hacía pagar mi relación con Marie.

—Abra bien la boca. Le va a doler cuando le clave la aguja de la jeringuilla, después el dolor debería desaparecer.

Me encontraba entre las patas del gorila. Me traspasaba como a una cámara de aire, me inyectaba su veneno letal. A su lado, Marie, con la mascarilla en la cara, le ayudaba en sus fechorías. Podía mirar el interior de mi boca, descubrir todas sus imperfecciones, tener acceso a las cavidades de mis amígdalas. Sabía que a partir de entonces tendría una percepción clínica, quirúrgica de mi orificio. Aborrecía aquella idea.

—Querida, dale un poco de gas.

Delante de todos los demás pacientes, Hoover hablaba de usted a Marie y la llamaba *señorita*. Cuando yo estaba allí, sin duda para afianzar sus prerrogativas de macho dominante, prefería utilizar aquel término cariñoso. Y *querida* me largó una buena dosis de óxido nitroso. A continuación, *querida* me colocó un separador en la mandíbula, unos tampones en las cavidades de las mejillas, me aspiró la saliva, enjugó algún hilillo de sangre y, mientras Hoover martirizaba mis encías anestesiadas, pensé en lo que, unos días

antes, *querida* hizo con mi sexo, órgano que en aquel momento estaba desfigurado, condenado al retiro y envuelto en pañales como un vulgar rollito de primavera. Hoover me metía en la boca todo lo que tenía a mano. Introducía sus instrumentos sin miramientos, del mismo modo que se carga una berlina familiar una mañana antes de salir de pesca. Y hablaba, piaba sin cesar.

—… Evidentemente estas elecciones serán diferentes de las demás. Recuerda a Barbu que lloraba, ya no me acuerdo en qué año fue, y a Ducatel que empezó su primer discurso diciendo: «Me presento: Louis Ducatel, inventor de la tubería del mismo nombre»… querida, aquí… aspira… no esta vez, con Dumont, el ecologista, y esta mujer, no recuerdo su nombre, vamos hacia… querida, prepárame otra inyección y adminístrale un poco más de gas…

Con sus cócteles demoníacos, su uso depravado del analgésico, Hoover realizaba la cura como un loco desatado. En realidad yo estaba bajo su férula, me controlaba, durante sus misteriosas intervenciones me infligía un dolor y unas heridas dentales fuera de lo normal, siendo él el único que después podía calmarlos mediante inyecciones, cápsulas guardadas en frascos y gas embotellado. En dos semanas, Hoover había conseguido destruir mi sexo y convertirme en un paciente sumiso, drogodependiente, incapaz de ver la más mínima diferencia entre los programas de Renouvin, Krivine, Royer o Laguiller y, sobre todo, incapaz de satisfacer e incluso de acercarme a *querida*.

VALÉRY GISCARD D'ESTAING

(27 mayo 1974-21 mayo 1981)

Nunca he votado. Es un principio que espero no tener que derogar algún día. Hasta ahora, he resistido a cualquier tentación, a todas las campañas de culpabilización, de desestabilización, a las presiones, a los chantajes, a la avalancha de argumentos con fundamento o de argucias engañosas, asiéndome al único cántico de mi modesto breviario, dando por supuesto que todo el mundo, desde el 68, sabe a qué congregación, nada envidiable, pretenden atrapar las elecciones. Modestamente he intentado no formar parte de ella. Puede que a ciertos espíritus astutos esto les parezca un poco sucinto; sin embargo, la armonía cristalina de esta concisión siempre me ha convenido. No resultaría apropiado ahora desarrollar los motivos. Digamos simplemente que, además de la intangibilidad de esta cuestión, nunca ha habido, a lo largo de mi vida bajo esta V República, un solo candidato en busca de votos al que hubiera ofrecido gustoso las llaves de mi coche o de mi chalé, en resumen, un individuo con el que me hubiera gustado pasar una semana de vacaciones o, simplemente, compartir un día de pesca. Sin embargo, la noche del 19 de mayo de 1974, cuando vi que Giscard d'Estaing era declarado electo con el 1,62% de ventaja, es decir, apenas 424.599 sufragios más que su adversario, innegablemente un social-traidor, pero preferible en todos los aspectos, sentí, durante una hora, esa pesadumbre que acompaña la digestión de las malas acciones.

Si no he hablado demasiado del desarrollo de mis estudios de sociología, es porque se parecieron a una prolongada y bienintencionada sesión de fisioterapia. Tras cuatro años de asistencia, no había escrito ni una sola línea, ni entregado un solo ejercicio, ni pasado el más mínimo examen. La enseñanza estaba más próxima a una asamblea general que a una clase magistral. Y si algunos profesores hubiesen tenido la tentación de profesar como tales, incluso discretamente, sin duda hubiesen acabado en un campo de reeducación, en el campo o en la fábrica, para aprender las reglas básicas del *Tratado de mundología al uso en las jóvenes generaciones*. Al final de cada año, la administración nos otorgaba nuestros créditos sin pedir nada a cambio. No pasábamos ningún control, ningún examen. Era inútil reclamar los puntos que nos permitían acceder a la licenciatura y después al diploma de *maitrise*, resultaba inútil rellenar cualquier tipo de documento; todo aquello se nos otorgaba automáticamente. Ni siquiera nuestra asistencia al curso era indispensable. Bastaba con sacarse la tarjeta del club a principios del ciclo y luego dejarse llevar, ir por allí de vez en cuando y demostrar, a veces, que *la dialéctica podía romper ladrillos*. Las clases se limitaban a inacabables enfrentamientos ideológicos y estratégicos entre situacionistas, maoístas, trotskistas, libertarios, miembros del Partido Comunista Marxista Leninista Francés (PCMLF) e incluso algunos autónomos radicales, defensores de la lucha armada. El profesor asignado en tutoría, silencioso, discreto, atento, tomaba notas, completaba su formación en contacto con aquel movimiento perpetuo de ideas que, hay que reconocerlo, tenía tendencia a sobreestimar su potencial revolucionario e innovador.

Me resultaría imposible decir por qué la elección de Giscard d'Estaing modificó el ordenamiento de aquel mundo perfecto, pero, en pocas semanas, cambió el ambiente totalmente. La administración —¿acaso había recibido órdenes?, ¿acaso temía un control?— empezó a volverse rígida. Los titulares de cátedra remontaron la pendiente y los ayudantes se arriesgaron a juguetear con las manecillas de sus minúsculos poderes. Así fue como, llegados los exámenes de 1974, nuestros maestros exigieron que les

entregáramos un ejercicio por cada crédito. No se trataba aún de controlar nuestros conocimientos, pero, sin embargo, teníamos que entregar una contrapartida en papel, una especie de falsa moneda, a cambio de los diplomas que la administración nos daba. Esto nos pareció como un pronunciamiento[11], un golpe de fuerza inaceptable y se discutió aquel regreso al mandarinato en numerosas asambleas generales. Los más radicales proponían un tratamiento «físico» de la cuestión: humillar a algunos profesores y saquear la administración. Otros, de espíritu más reformista, predicaban la huelga inmediata y la movilización de todas las universidades.

Lo que hasta aquel momento no había sido más que una jovial algarada estudiantil, se convirtió en revuelta e insurrección por culpa de un ayudante suicida, un tal Breitman, que, nadie nunca supo por qué, decidió él solo provocarnos de manera frontal. Enseñaba la materia más despreciable que existe: estadística, y para nosotros era un militante de extrema derecha, ya que era miembro del Partido Comunista Francés. No sólo nos pidió que le entregáramos un ejercicio nominativo al final del año, sino también que nos presentáramos a un verdadero examen para comprobar realmente cuáles eran nuestros conocimientos en materia de elaboración de datos y otras fantasías estadísticas.

Breitman no era ni un ideólogo perverso, ni un astuto estratega. Más bien pertenecía a esa categoría de profesores poco sofisticados, pasablemente amargados, psicorrígidos, dispuestos a bloquearse ante el más mínimo conflicto. Sus opciones políticas y su fidelidad al Partido alentaban además su actitud inflexible. En cada una de sus clases se le exigían explicaciones sobre sus elecciones y su actitud. Entonces, Breitman recogía sus cosas y abandonaba la sala sin decir ni una palabra. Al cabo de un mes siguiendo este mismo régimen, decidimos realizar una acción de intimidación pensando que bastaría para hacer entrar en razón a aquel potro salvaje. Tres de nosotros fuimos a su domicilio a la hora de la comida. Al abrir la puerta, su expresión se cerró enseguida y con una voz protegida detrás de una persiana de hierro nos dijo:

—¿Qué quieren?

—Hablar.

—¿Hablar de qué?

—Bueno, ¿podemos entrar?

—No.

Jesús Ortega, el menos paciente de los tres, dio una patada con fuerza a la puerta que, al abrirse, golpeó violentamente la pared e hizo que se cayera un cuadro.

—¡Mierda, no nos vas a joder! ¡Te hemos dicho que hemos venido a hablar!

—No hay nada de qué hablar. Esto no es la universidad, ¡estáis en mi casa! ¡Así que fuera!

Apenas Breitman terminó su frase, recibió de Ortega, de forma armónica y totalmente sincronizada, una bofetada amplia y voluptuosa, que sonó secamente. A continuación, estábamos todos en su salón, sentados en el sofá, reunidos como viejos amigos de regimiento.

—Bueno, Breitman, ahora nos vas a escuchar: tus historias de *cowboy* se acabaron, fin, ¿entiendes? Ni siquiera nos interesa saber qué se te ha pasado por la cabeza en estos últimos tiempos. Mañana vas a decirles a todos que has cambiado de opinión y que, como de costumbre, nos das tu crédito. Si no…

—Si no, ¿qué?

—Si no te jodemos de verdad y te quemamos el coche.

Breitman pareció concentrarse en su asiento, reagrupando las últimas moléculas de valor como alguien que se prepara para hacer frente al choque de una gran ola. Sin mirarnos, con la cabeza hundida entre los hombros, nos dijo:

—Mañana repetiré lo que he dicho hasta ahora: vais a hacer todos el examen. Todos sin excepción.

Jesús Ortega dio un fuerte golpe con la palma de su mano en la mesa baja, resquebrajando el cristal que hizo un ruido de cremallera al cerrarse. «¡Comunista de mierda!». Por mi parte, me sentía bastante desamparado y, a pesar de la desproporción de fuerzas presentes, sentía de forma confusa que Breitman estaba ganando la mano. «Comunista de mierda», repetía Ortega yendo de un lado a

otro por aquel salón cuyas paredes parecían acercarse y cerrarse sobre nuestro asedio. Breitman era sólo algo mayor que nosotros, pero, mientras que nosotros parecíamos luciérnagas irresponsables, él era la encarnación misma del principio de realidad. Un terrícola anclado en lo más profundo de la materialidad del mundo.

—Tienes hasta mañana, Breitman. Luego te jodemos.

Ortega dio una patada rabiosa al sofá y salió de la habitación. Se oyeron ruidos de cristales rotos en el pasillo y después nada más. Dije algo así como:

—Haría bien reflexionando sobre todo esto.

Breitman alzó hacia mí su rostro lívido en el que destellaban unos ojos brillantes de rabia.

—Largaos. Largaos de aquí.

A partir del día siguiente, y durante dos semanas, el campus ardió como en los mejores momentos de mayo de 1968. Manifestaciones, huelgas, enfrentamientos físicos con miembros de la UNEF[12], saqueo de locales, coches volcados, la fisión de los núcleos Breitman alcanzaba proporciones nucleares hasta tal punto que la universidad se vio obligada a cerrar durante diez días para poder volver a poner algo de orden en los edificios y razón en los espíritus.

En la reapertura volvimos a encontrarnos con Breitman siempre fiel a sí mismo, comunista, testarudo, rígido como una estaca y más resuelto que nunca a comprobar con celo la legitimidad de nuestros sentimientos estadísticos. Se llegó a un acuerdo con la administración: Breitman nos controlaba tal como quería, pero, fuese cual fuese nuestro nivel, la universidad se comprometía a darnos aquel crédito según la costumbre del antiguo régimen. Así fue como recibí lo que me correspondía y me fui de aquella casa de locos de la que había sido huésped durante casi cinco años. Tenía veinticuatro años, un diploma grotesco en el bolsillo y una visión anamórfica de aquel mundo carbonizado. Los americanos iban a marcharse de Vietnam, Pinochet se había instalado en Santiago, Picasso había muerto y mi joven vida, confusa y desordenada, se parecía al más cubista de sus cuadros.

Desde la muerte de mi hermano, a veces paso por épocas difíciles en las que soy presa de sentimientos de desamparo, de abandono, de soledad. Aquel otoño de 1974 conocí tal sensación de gran vacío, una noche, acompañando a Marie a su casa, mientras ella me anunciaba con voz velada que estaba encinta de Edgar Hoover. Un fallo en su sistema de protección, un olvido, un momento de aturdimiento o de descuido, había bastado para que uno de los millones de espermatozoides del odontoestomatólogo peludo se burlara de la chalaza, de la núcela, del funículo y del tegumento del óvulo de Marie. Por nada del mundo deseaba que el dentista se enterase de su estado. Antes que nada era su jefe, decía, y no le quería ni como marido, ni como padre, ni siquiera como consejero o apoyo moral en aquellos momentos de angustia. Así que me había llamado. Sólo para que la acompañara, para no tener que entrar sola en la consulta verdosa del médico que le había pedido que trajera toallas y, sobre todo, el pago en metálico.

El doctor Ducellier pertenecía a esa categoría de médicos de los que era fácil pensar que si se arriesgaban a practicar abortos no era por ayudar a mujeres desesperadas. Como la mayoría de sus colegas, Ducellier pedía unas tarifas prohibitivas a cambio de su práctica. Era un hombre de edad mediana que parecía exasperado por su corta estatura y que caminaba de puntillas. Una ancha franja de cejas cortaba en dos su rostro grueso en el que dos pequeñas canicas juntas, de un azul intenso, barrían el espacio sin cruzarse nunca con tu mirada. Ducellier llevaba una bata de manga corta que dejaba al descubierto dos antebrazos musculosos, miembros de levantador de pesas embutidos de nandrolona y acostumbrados a trabajar con fórceps. Sin embargo, la especialidad de aquel médico no era la ginecología, ni la obstetricia, ni la cirugía. De manera más prosaica ejercía en el campo de la medicina legal y del peritaje médico. Sobre todo le contrataban bancos y compañías de seguros para sondar el hígado o los riñones de algún socio o de algún empresario en busca de créditos o garantías.

Mientras subíamos la escalera que conducía a la consulta, había notado que Marie, con su rostro impasible y su pequeña bolsa de

deportes en la mano, ya había emprendido su viaje íntimo y doloroso, aquella especie de expedición peligrosa en la que una mujer pierde siempre una parte de sí misma y un fragmento de inocencia.

—¿Quién es usted?

—¿Quiere saber mi nombre?

—Le pregunto quién es con relación a ella.

—Su amigo.

—Aquí, caballero, sólo me encuentro con amigos. Todos los que se sientan en su lugar son amigos. Lo que quiero saber es si es usted un allegado o bien el *amigo de cama*, como yo digo, el autor en otros términos.

Exasperado por mis aproximaciones, Ducellier se divertía con sus propias palabras, con sus fórmulas fáciles y vulgares. Como todos los médicos deshonestos, despreciaba de manera ostensible a los hombres y, sobre todo, a las mujeres que desfilaban por su consulta. Se notaba que se sentía confusamente investido del papel de padre, de juez, de censor. Aquel implacable benefactor iba a mondar el vicio hasta el hueso y a hacértelas pasar moradas. El dinero dirigía su vida, pero era otra cosa lo que guiaba su mano, algo más turbio, más inquietante.

—No, soy simplemente su amigo.

Sentada a mi lado, Marie seguía impasible, con la bolsa a sus pies. Sus manos, colocadas una sobre la otra, parecían hacerse compañía, esperar algo. Tardé un tiempo en descubrir qué había cambiado en su rostro: no se había maquillado. Había venido sin artificio, desembarazada del deseo de gustar o de aparentar. Por primera vez, la descubrí realmente desnuda.

—No ha tenido suerte. Dentro de un mes más o menos hubiera podido beneficiarse de la nueva ley. Pero ahora no sería juicioso esperar y, de todos modos, por lo que sé, estaría fuera de plazo. ¿De cuánto está encinta, hemos dicho?

Marie respondía con voz ahogada, con un soplo escuálido y estirado, que tenía dificultad para hacer de su garganta. Él, impasible, seguía el hilo de su procedimiento:

—¿Tiene el dinero?

Contó tranquilamente, hojeando hábilmente con los dedos el fajo, como un comerciante de carne o un vendedor de coches. Todo trabajo se merecía un salario y en un momento o en otro el dinero cambiaba de manos. Simplemente.

—Bien. La señora y yo vamos a pasar a mi sala de exploración y a usted, caballero, le pediré que se quede en la sala de espera. Si sale para hacer algún recado, llame al timbre tres veces cuando regrese, así sabré que es usted.

Ducellier se levantó y le indicó el camino a Marie. Antes de que diera tres pasos, la detuvo haciendo un gesto con el brazo y, señalando la bolsa, le dijo:

—Olvida sus toallas.

Lentamente, la vida me iba enseñando sus reglas, me daba a conocer sus prioridades, delimitaba las invisibles fronteras que separan el mundo de los hombres del de las mujeres. Por la hora que era, sabía que Hoover estaría con su mascarilla, respirando su elixir embotellado, relajado en su sillón, con las piernas ligeramente en alto para favorecer la irrigación del cerebro. Marie estaba tumbada sobre una mesa articulada, con las piernas separadas, los pies aprisionados en unos estribos, con aquel hombre de ojos pequeños que deslizaba todas aquellas cosas frías en ella. Con su mente hecha a las relaciones mercantiles, ¿creía estar dándole lo justo por su dinero? No tenía nada que ver con aquella historia, no tenía nada que hacer en aquella sala de espera y, sin embargo, cosas confusas y relacionadas con la paternidad me rondaban por la cabeza. Una angustia que no era capaz de expresar corría por mi pecho. Recordé la noche del alunizaje en la que Marie y yo habíamos desviado de forma imperceptible nuestra trayectoria amorosa. Recordaba nuestra conversación acerca de Collins, el tercer astronauta que había hecho todo aquel viaje para nada, que nunca llegó a cruzar la puerta del compartimento estanco. Me decía a mí mismo que le sucedía lo mismo ahora al feto del que Ducellier se estaba ocupando. Él también había realizado un largo periplo a través del universo palpitante de lo infinitamente pequeño. Pero al final de aquella

travesía, sólo había encontrado una puerta infranqueable y una ventanilla a través de la cual, como Collins, sólo había podido entrever un mundo cuyo ruido oía, cuyas vibraciones percibía, pero en el que nunca podría caminar.

Cuando Marie salió de la consulta de Ducellier, su rostro estaba lívido, sus rasgos tensos y sus cabellos pegados a sus sienes por el sudor. Le pedí a Ducellier que llamara un taxi.

—No es necesario, tienen una parada aquí abajo —dijo.

El trabajo ya estaba hecho y, ahora, tenía prisa por vernos partir. Quizá tenía prevista otra cita y no deseaba que sus pacientes se encontrasen.

—En principio, todo tendría que ir bien. Si surgen problemas llame al médico al número que le he dado.

—¿No la visitará dentro de unos días?

—No. Y no deben volver aquí nunca más. Ya está. Les saludo.

Hasta llegar al último escalón, notamos su mirada escrutadora clavada en nuestras espaldas, luego la puerta se cerró suavemente.

Me quedé en el piso de Marie, que temblaba de dolor y soledad. Tomó una buena dosis de analgésico y no consiguió dormirse hasta muy tarde, cogida de mi mano.

Durante varios días, aquella visita a Ducellier siguió provocándome una extraña agitación, como si algo removiese esos sedimentos acumulados que descansan en el fondo de los afluentes de nuestras vidas. Un limo en suspensión emborronaba mi vista, envolviendo mi espíritu con un velo de recuerdos en el que se mezclaban los muertos y los vivos, el silencio de las piedras y los gritos de la infancia.

Una mañana cogí el coche y conduje durante media hora en dirección a los Pirineos. Por encima de la nacional, los plátanos construían una bóveda vegetal que nada tenía que envidiar a las pretensiones de las catedrales. Antes, todas las carreteras del sur estaban así, cubiertas por amplios follajes. Entonces viajar era un placer, una especie de preludio de la siesta.

Era la primera vez que volvía al pequeño cementerio rural en el que estaba enterrado Vincent. Sin saber por qué, el aborto de Marie

y los caminos tortuosos que había hecho tomar a mi espíritu me habían conducido hasta allí, junto a aquella losa bajo la cual se hallaban los huesos de mi hermano. Intenté imaginarme su esqueleto, la forma de su cráneo, el estado de sus dientes. ¿Qué había sucedido con su pelo y sus uñas? ¿Qué quedaba de su ropa? Y su reloj de buceo, estanco hasta los diez metros, con sus agujas y su esfera fluorescentes, ¿había resistido a aquella profundidad del tiempo? Antes que aceptar que me había inundado una ola de tristeza, mi espíritu levantaba diques fantasmas multiplicando preguntas estúpidas sobre todos aquellos residuos humanos. Poco a poco, aquellas murallas de pudor se desmoronaron, arrastradas por una corriente de lágrimas llegada de las profundas aguas de la infancia.

Nunca he rezado. Nunca he comprendido todos esos remilgos que consisten en hincar una rodilla en el suelo y suplicar cuando no hay nadie escuchando. Nunca he rezado y nunca he creído de buena fe en nada. Veo la vida como un ejercicio solitario, una travesía sin destino, un viaje sobre un lago a la vez tranquilo y nauseabundo. La mayor parte del tiempo flotamos. A veces, bajo el efecto de nuestro propio peso, nos deslizamos hacia el fondo. Cuando lo tocamos, cuando notamos bajo nuestros pies la sustancia vagamente blanda y repugnante de nuestros orígenes, entonces sentimos el miedo ancestral que reside en todas las víctimas destinadas al matadero. Una vida sólo es eso. Un ejercicio de paciencia, siempre con algo de lodo en el fondo del jarrón.

Estaba sentado sobre la tumba, muy cerca de mi hermano. Por fin nos volvíamos a encontrar, uno junto al otro, como en el pasado. Podía hablarle, decirle que su marcha nos había precipitado a todos al vacío. Si hubiese permanecido con nosotros, seguramente papá seguiría con el garaje y con un corazón más sólido. Mamá seguiría hablando y riendo en la mesa, vistiendo con colores claros. Y yo, por la noche, tendría menos miedo de deslizarme lentamente hacia el fondo del lago. Le dije a mi hermano que siempre le había querido y admirado. Le hablé de nuestra infancia común, de todo lo que representaba para mí. Un hermano mayor tranquilizador, un fuera

borda rugiente que me arrastraba hacia la vida y el mundo de los adultos. Le pedí perdón por los caballos y la carroza. Le confesé que a menudo había soñado con llevar su reloj en mi muñeca. Antes de irme, le expliqué que, al menos una vez, me hubiera gustado que me diese su parecer sobre lo que había hecho con mi vida.

Leí su apellido en la tumba. Nuestro apellido. El que nos convertía en hermanos inseparables. Aun sabiendo lo vano de este deseo piadoso, me gusta acariciar la idea de que mi hermano, desde algún lugar, vela por mí.

Al volver del cementerio, pasé por el piso de Marie. Parecía estar en forma y hacía varios días que se había reincorporado al trabajo en la consulta. Con aquella ligereza con la que a veces maquillaba sus verdaderos sentimientos, habló de cosas sin interés, evitando cuidadosamente abordar los motivos de nuestra visita a Ducellier. Comprendí su deseo esquivo de mantener apartados aquellos momentos dolorosos. Simplemente, cuando durante la conversación cometí el error de referirme a su futuro sentimental con Hoover, se tomó un tiempo para reflexionar antes de decir:

—¿Sabes lo que decía Louise Brooks? Que no es posible enamorarse de alguien bueno y amable. Las cosas están hechas de tal modo que sólo se quiere realmente a los cabrones.

Distraídamente palpé con la punta de la lengua el cráter, aún sensible, dejado por el diente que finalmente me había arrancado Hoover. Me sentí totalmente conmocionado por lo que acababa de decir Marie. Aquella frase cayó sobre mí como una especie de fatalidad castradora. Y a veces, todavía hoy, pesa sobre mí como una losa.

La fulgurante belleza de Anna Villandreux y, sobre todo, las circunstancias de nuestro encuentro sólo sirvieron para dar más brillo al destello de aquel turbador teorema.

Delante de la que se convertiría en mi mujer, he sentido a menudo ese extraño fenómeno magnético que hace enloquecer las brújulas en proximidad del polo. Y durante mucho tiempo ha bastado con que posase su mirada en mí para que mis defensas, mis principios e, incluso, mis más íntimas convicciones vacilaran. Anna

no tenía ninguno de los rasgos de la imponente y majestuosa estructura de Marie. Sin embargo, su rostro, a la vez impregnado de discreción pero también de un incomprensible toque libertino cuyo veteado se adivinaba bajo el enchapado liso de sus ojos de color avellana, te subyugaba.

Nos conocimos durante una fiesta privada amenizada por Cruise Control, un grupo compuesto por hijos de ricos más bien simpáticos que se deslomaban realizando unos interminables estudios para retrasar al máximo su entrada en la edad adulta y en la vida activa. La mayoría de los músicos de Cruise Control parecían estar vacunados desde pequeños contra las enfermedades existenciales y las afecciones materiales. Todos tenían el pelo largo, suave y brillante, y daban la impresión de vivir de la atmósfera del momento, de atiborrarse de alimentos terrestres, aprovechando las libres galopadas sexuales de la época. Anna era la amiguita del guitarra solista, músico circunstancial extraviado demasiado joven en los enrevesados estudios de farmacia. Era un muchacho apuesto, con algo femenino en la forma de sus mandíbulas y cuyos interminables dedos parecían patas de araña de mar. Cuando se deslomaba sobre las cuerdas del mástil, recordaba a un tenista artificioso, alto, flaco y patoso, que parecía siempre estar flirteando con el punto de ruptura, pero que conseguía, a pesar de todo, secuencias de gran eficacia. Además de sus talentos como solista, Grégoire Elias también gozaba de la reputación de ser un seductor insaciable. Con un gusto discutible, sus amigos le habían apodado Zipper, que en inglés significa «bragueta».

Creo que desconfié de Bragueta desde el primer instante en que le vi. Para mí, encarnaba esa variedad de cabrón resplandeciente, de pudiente desenvuelto que carece de conciencia política y para el que las mujeres son un pasatiempo igual que el golf, los *rallys* y el slalom especial. En cuanto vi a Zipper, pensé en Louise Brooks y en Marie. Era la personificación perfecta del cabrón mítico, con exigencias de ogro, que tanto gusta complacer a las mujeres.

No conservo recuerdos de aquella fiesta, ni de la gente que estaba allí, ni de la calidad de la música que se tocó. Lo único que

subsiste en mi memoria es el rostro de Anna, óvalo perfecto con labios rojos, ojos de cervatillo, planetas de reflejos ensombrecidos dentro de los que parecía que se estuviera jugando sin cesar el destino del mundo. Tenía el cuello tan grácil como el resto de los músculos de aquel cuerpo que daba la sensación de escapar a las reglas comunes y a las leyes principales de la gravedad. Anna llevaba un vestido cuyo corte seré capaz de dibujar el resto de mi vida, un envoltorio de punto negro perfectamente ajustado a unas nalgas aristocráticas y unos pechos hinchados de vida con suntuosos pezones que ni por un instante permitían pensar que estuvieran destinados a funciones nutricionales.

Considerando el asunto desde un punto de vista puramente estético, Anna Villandreux y Grégoire Elias formaban una pareja perfectamente conjuntada. Y si se pensaba más a largo término, la combinación juiciosa de sus haberes familiares y de sus esperanzas profesionales tenía que garantizarles una existencia de la que la carencia se vería desterrada. La familia Elias constituía un vasto archipiélago médico. Cada islote, que detentaba su propia especialidad, enviaba sistemáticamente a sus pacientes a hacerse análisis complementarios a la consulta más importante de radiología de la ciudad, que era propiedad y estaba dirigida por el patriarca de la familia, Simon-Pierre Elias. Así pues, la tribu vivía en un circuito cerrado, obteniendo su diezmo de una clientela cautiva, cansada y sometida al flujo tenso de las enfermedades de los tiempos modernos. Grégoire era a la vez el fracasado del clan —no había tenido éxito en medicina— y también el eslabón que le faltaba, hasta entonces, a la filial sanitaria. Cuando consiguiera establecerse, se convertiría en el último miembro extorsionador de aquel sistema. Con él se cerraría el círculo.

Los Villandreux no formaban parte de ninguna tribu. Pequeños burgueses de primera generación, no disfrutaban de los beneficios de ningún entramado, y sólo podían resolver esto dedicándose encarnizadamente al trabajo. Jean Villandreux era un hombre pragmático, sin complejos, lleno de vida, poseedor de muchas certezas, que aborrecía la abstracción, a los aprovechados, a los

perezosos y las ideas de izquierda en general. Gestionaba con la misma destreza una empresa de piscinas prefabricadas y una revista deportiva de tirada nacional dedicada, sobre todo, al *rugby* y al fútbol. Muy alejada de este universo que consideraba demasiado masculino, Martine Villandreux, médico generalista reconvertida a la cirugía plástica, trabajaba desde hacía más de quince años en una clínica especializada en el limado de nariz, el remodelado de busto y el *lifting*. Poseía una belleza luminosa que había transmitido a su hija, y la pátina deseable que aportan las arrugas del desencanto.

Villandreux y Elias gravitaban en el mismo universo, a pesar de que sus planetas, de distinta naturaleza y estructura, no poseían el mismo poder de atracción. Pero, durante aquella fiesta de principios de primavera, muy lejos de todas aquellas sutilezas, sin saber nada de aquellas familias perfectas, yo sólo tenía ojos para sus retoños apareados: Anna, deslumbrante, y Zipper, al que deseaba la muerte allí mismo, instantánea, mientras ejecutaba un solo de Santana. A partir de aquel día, mi vida, en su totalidad, se organizó en torno a los momentos que iban a ponerme en presencia de aquella pareja. Tuve que acercarme a ellos, infiltrarme en su círculo, ganarme su simpatía, convertirme en una figura familiar. Cuando pienso en aquel periodo, me veo como una araña, paciente y decidida, ciego ante el mundo, concentrado en mi tarea, tejiendo los innumerables hilos de mi tela amorosa.

Una aplicación constante, una cierta astucia aprendida en las lidias izquierdistas y en la gran relajación de la época me permitieron hacerme adoptar a finales de la primavera. Con Grégoire, naturalmente, hablábamos de música. Sus gustos eran tremendamente convencionales, de una mediocridad que confundía, se entusiasmaba con una sinceridad asombrosa por grupos patéticos como America, Ash Ra Tempel, Pink Floyd, Kraftwerk y el imperdonable Jethro Tull. En sus elecciones no había sofisticación alguna, ni la más mínima coherencia. En realidad, poseía el mismo discernimiento que un *juke-box*. Aparte de esto, adoraba el esquí en invierno, la vela en verano, los coches deportivos y, en cualquier época del año, las chicas que iban dentro. Largas semanas de

observación me habían hecho sospechar que Grégoire no quería a Anna. Quiero decir que no la quería realmente, no como para quitarle el sueño o cortarse un brazo por ella. Anna recibía el mismo trato que el cabriolet MGB, los esquís Kástle, la guitarra Fender y el grupo Yes. Ella formaba parte de los accesorios que hacen la vida más fácil, más agradable. En la cabeza de Grégoire no era propiamente dicho un objeto, sino simplemente lo mejor que había encontrado en el mercado para afianzar su ego. Sólo algunas veces le dispensaba gestos de afecto y, más bien, la trataba como a una buena amiga cuyos senos le gustaba mirar tomándose un martini. Formaban una de esas parejas de ficción que salen fotografiadas delante de un chalé piloto o de un descapotable inglés. Parecían existir solamente en la ilusión de la luz y de la representación.

Anna, concentrada en su porvenir profesional, daba la impresión de conformarse con aquel modo de vida minimalista y con la compañía de aquel muchacho sin misterio. El hecho de que Grégoire fuera hasta tal punto transparente y previsible le garantizaba una relación que ella era capaz de controlar totalmente. Había heredado de su padre aquel carácter luchador que nunca dudaba en coger el toro por los cuernos. Anna tenía dos años más que yo, pero ya se había licenciado en ciencias económicas. Sólo le quedaba un año más de universidad para acabar la carrera de Derecho. Trabajaba haciendo prácticas en un bufete de abogado.

A medida que pasaba el tiempo, se reforzaba mi impresión de que Anna no tenía ninguna afinidad real con Grégoire Elias y que no existía nada que justificase que siguiera saliendo con él. Si hubiese tenido una pizca de lucidez, me hubiese dado cuenta enseguida de que tampoco existía ningún motivo para que se interesase por mí.

Durante el verano, Elias se fue varios fines de semana al mar con su grupo de amigos y músicos. Al igual que los peces, Grégoire y los suyos se desplazaban en banco según las estaciones. Anna odiaba aquel tipo de migración en masa y prefería quedarse en Toulouse. Vivía con sus padres aunque varias veces por semana compartía el piso de Grégoire del que tenía llaves. Aquella vivienda daba a los

grandes árboles del Jardín Real, un punto de vista apacible y principesco en el centro de una ciudad convulsa que siempre daba la sensación de llegar tarde. Me habían recibido muchas veces en aquel salón desmesurado, amueblado con sillones y canapés Knoll en el que a Grégoire le gustaba organizar pequeñas fiestas especiales para sus amigos de Cruise Control. Reuniones aderezadas con el necesario sexo, drogas y, desgraciadamente, música insípida. El ritual de aquellas fiestas era inamovible: una treintena de personas, bebidas alcohólicas, un tajín o un cuscús y discos para alegrar el ambiente, charlas con la boca llena, bromas de chicos de piscina, un poco de polvo o de hierba para animar a todos, ropas cada vez menos imprescindibles, parejas cada vez más ilegítimas, momentos de reparto, zonas de libre cambio, y luego esa fase de relajamiento en la que las pieles se separan todavía impregnadas de una humedad más cercana al aturdimiento que a la felicidad. En aquellas fiestas había visto todo tipo de cosas: tipos drogados golpeándose el sexo con las puertas, chicas ebrias orinando en el oído de una guitarra de *jazz*, Grégoire, en persona, chupando las pollas postizas, muy realistas, que llevaban unas chicas. E incluso un músico de Cruise Control haciéndole una paja a su perro al que primero había atiborrado con la golosina preferida de la casa, el pastel con aceite de hachís.

Salvo una vez que pasó como una ráfaga, Anna no participaba nunca en aquellas fiestas que, visiblemente, consideraba como entretenimientos de cuerpo de guardia para músicos retrasados. El hecho de que Grégoire fuese el instigador de todo aquello y uno de los principales animadores no le molestaba en absoluto. Y él no le escondía que disfrutaba con aquellos placeres de legionario. Siempre se reía. Era normal. Había que divertirse. ¿Acaso no le habían educado de aquella manera?

Cuando estaba allí, siempre sentía un temor difuso por ver aparecer a Anna de repente y que me sorprendiera a cuatro patas en el salón, amamantando, como una loba y con mi única y turgente mama, a una profesora de latín y griego colocada con aceites orientales y delirios filisteos de Jethro Tull. No poseía ninguna

legitimidad para preocuparme ni para cargar con aquella culpabilidad de seminarista y, sin embargo, tenía la sensación de engañarla.

Curiosa época. La mayoría de nosotros atravesábamos aquel periodo en ese estado de embotamiento característico de los precursores que descubren un mundo nuevo. Aquel continente era el de todas las libertades, el de tierras tan desconocidas como inmensas, en el que el ambiente reinante nos animaba a vivir sin tiempos muertos, a disfrutar sin trabas. Lo que se nos proponía, lo que se nos ofrecía, era una aventura sin precedentes, una profunda conmoción de las relaciones entre hombres y mujeres, libres del estorbo religioso y de los contratos sociales. Implicaba el cuestionamiento de la exclusividad amorosa, el final de la propiedad de los cuerpos, la cultura del placer, la erradicación de los celos y también, por qué no, «el final del empobrecimiento, por la tarde, después de las cinco».

Hacia la mitad de la noche, cuando ya se había desfogado y ya nada tenía importancia, Grégoire Elias se dejaba caer a mi lado para charlar relajadamente, ya que lo esencial del tiempo ya se había conseguido matar. Yo le intrigaba. Era el único izquierdista, como decía él, que conocía. Varias veces habíamos intentado hablar de política, pero para él suponía un esfuerzo sobrehumano, como si se tratase de empujar un enorme bloque de granito con la frente. Tropezaba con los conceptos elementales, se ahogaba en diez centímetros de abstracción y siempre acababa por romper la discusión con su mágico «dices-esto-hoy-pero-mañana-acabarás-siendo-de-derechas-como-todo-el-mundo».

Tampoco resultaba agradable hablar de música.

—¿Oyes esto? Con mi nuevo amplificador resulta realmente fantástico. Un Harman Kardon, dos veces cien vatios con bailes Lansing. Lo he cambiado todo, incluso los cables. ¿Notas la diferencia?

—El sonido es bueno, pero lo que oigo… Daría lo mismo si lo pusieras en un viejo Teppaz.

—No entiendo qué es lo que te molesta de la música que nos

gusta. Tienes realmente unos gustos extraños. Por ejemplo, eres el único a quien conozco que no aprecia a los Beatles.

—Es así.

—Bueno, pero, mierda, los Beatles…

—Qué «bueno-pero-mierda-los-Beatles». Es una música demasiado engañosa, demasiado inglesa, no estoy a gusto escuchando eso.

—No, espera, no puedes decir esto… Repíteme los nombres de los tipos que te gustan, así, sólo por ver…

—Curtis Mayfield, John Mayall, Isley Brothers, Brian Eno, Marvin Gaye, Soft Machine, Bob Seger.

—¿Pero qué es esto? Joder, no conozco siquiera a uno solo. Estoy seguro de que si le preguntas a cualquiera de los que están aquí sucederá lo mismo, nadie les conoce. Voy a decirte algo: la música es una cosa sencilla. Pones dos monedas en la máquina y si al cabo de treinta segundos nadie baila es que es una mierda. ¿Te la han chupado esta noche?

¿Qué más podía añadir? Estaba en su piso, en su sofá de marca de piel, impregnado de su aceite, atiborrado de cuernos de gacela[13] y enamorado de su novia. Sentía como nunca la dificultad de compartir un buen rato con gente que ni piensa, ni ve el mundo como uno mismo. Cada vez estaba más convencido de que entre un hombre y una mujer podía haber divergencias políticas mucho más profundas e irreconciliables que cualquier incompatibilidad de carácter. Y allí estaba, perdidamente enamorado de una chica de derechas, perteneciente a una familia de derechas, que se acostaba varias veces por semana con un heredero de derechas.

Durante el verano, Anna se hizo aún más hermosa. El sol acentuaba sus características meridionales y su piel adquiría los colores y los reflejos de la madera de castaño barnizada. Nos veíamos cada vez más a menudo y no era extraño que la acompañase cuando iba de compras, mientras que Grégoire se dedicaba a alguna actividad deportiva. Me gustaban aquellas sesiones de *trekking*

consumista. Me gustaba caminar con ella y observarla mientras compraba cualquier cosa. Su forma de probarse zapatos me gustaba y también su manera de pagar, de rechazar siempre el *ticket* de caja. Además las cosas tenían que hacerse rápidamente, sin perder tiempo, incluso si no teníamos nada más que hacer. A veces nos tomábamos algo en la terraza de algún café y yo miraba los músculos de sus brazos redondearse al sol, o su pecho salpicarse de gotitas de sudor. Todavía no me había atrevido a contarle mi teoría sobre las tibias, pero las suyas, deslumbrantes, pronunciadas como un estrave de velero, me obnubilaban cada vez que dejaba que mi mirada se deslizara hacia sus piernas.

En aquellos momentos Grégoire Elias nunca había existido ni tampoco la revolución sexual. Anna era mía, sólo mía y tenía la intención de conservarla así, a mi lado, el resto de mi vida.

Me había ido del paseo de Les Soupirs y había vuelto a casa de mis padres mientras esperaba encontrar un empleo tras mi marcha del colegio. A mi padre, físicamente disminuido por sus problemas de salud, le había cambiado la cara y su cuerpo daba la impresión de haberse condensado. Cuando subía la escalera para ir a su despacho, situado arriba, daba la imagen de un hombre viejo subiendo los últimos peldaños de su vida. Su espíritu conservaba su vivacidad y consideraba con fatalismo las molestias crecientes engendradas por su carcasa cansada. Cuando alguna vez comíamos juntos, mi padre nunca se quejaba de su estado físico. En cambio, no dejaba de castigarme con lo que, desde hacía cuatro años, se había convertido en un *leitmotiv* y en un tormento para su espíritu:

—¿Te das cuenta de que voy a morirme habiendo visto el apartamento de Torremolinos sólo en foto?

El apartamento de Torremolinos. Una historia que se remontaba a 1971. Aquel año, siguiendo el consejo de su joven gerente, el de su garaje, mi padre había adquirido un pequeño apartamento en España, en Torremolinos, localidad playera situada al extremo sur de la Península, a 120 brazas del estrecho de Gibraltar. Un gasto juicioso, una inversión de padre de familia, repetía él, los meses anteriores a la firma. Lo había comprado sobre

el plano, con una garantía de reembolso en un plazo de diez años. El principio de aquella renta era bastante sencillo: se invertía la suma global, el promotor construía el edificio reservándose el derecho de alquilar para él la propiedad durante once meses sobre doce, por un periodo de diez años, comprometiéndose, a cambio, a liquidar al propietario, cada año, el diez por ciento de la inversión inicial. Al finalizar el contrato, el inversor poseía un apartamento que no le había costado nada. Mi padre parecía deleitarse con la ingeniosidad de aquel montaje financiero, un fabuloso truco de magia, quintaesencia del comercio igualitario. Por muchas vueltas que le diese a la transacción, no encontraba ningún fallo, ninguna aspereza, los intereses de ambas partes estaban protegidos de forma innegable. Yo no compartía su entusiasmo y había estado a punto de malograr la transacción.

Por motivos de sucesión, había decidido poner aquel apartamento a mi nombre, lo que me situaba en una posición casi insostenible. ¿Cómo podía alentar las voladuras del consulado, manifestarme contra las ejecuciones con garrote, codearme con el movimiento antifranquista más radical y, al mismo tiempo, «invertir» en el sector inmobiliario ibérico, verdadera gallina de los huevos de oro del régimen, «un millón veintiuna mil quinientas cincuenta pesetas»[14] que representaban el total de los ochenta y cuatro metros cuadrados del apartamento 196, del edificio Tamarindos 1, construido en primera línea de playa en aquella imposible Costa del Sol? Por mucho que mi padre me explicara que se trataba de un simple artificio contable y que, en el fondo, compartía mis reticencias, no conseguía aceptar su punto de vista. No comprendía que fuese capaz de deshacerse tan fácilmente de grandes principios en pro de sus minúsculos intereses particulares. Al final de una larga campaña familiar, durante la cual mi madre supo aprovecharse hábilmente de la salud de mi padre para forzarme a aceptar, decidí prestar mi nombre para aquella operación que consideraba, más que nunca, una mala acción.

El día de la firma de los documentos tenía la sensación de que mi alma no valía ni una peseta más que la de Fausto. El

representante de la compañía inmobiliaria Ibérico me trataba como si fuese un benefactor del régimen. Todas las páginas del acta empezaban por la «Sociedad Financiera Internacional de Construcciones y Don Paul Blick, de nacionalidad francesa, mayor de edad, estudiante, natural y vecino de Toulouse, con domicilio en el Paseo de Les Soupirs…». El señor Peña Fernández-Peña, representante de la sociedad, era una caricatura del promotor ibérico y tartufo. Con el pelo peinado hacia atrás con brillantina y gafas con montura de concha rectangulares, tanto podía ser el *maitre* de un parador como dirigir un despacho de vigilancia e información de la Guardia Civil. Mientras rubricaba las últimas páginas del documento original, me hablaba de copias que me enviaría más tarde un cierto don Alfonso del Moral y de Luna, primer oficial de la notaría. Fue entonces, en la última página del contrato, cuando descubrí el nombre y la dirección del notario escogido por la sociedad Ibérico para avalar todas sus transacciones: Carlos Arias Navarro, calle del General Sanjurjo, Madrid. Arias Navarro. No podía creer lo que veían mis ojos. Tenía asuntos y estaba a punto de tratar con uno de los ministros más influyentes del caudillo.

Nunca me he atrevido a explicar esta historia a nadie y hasta que terminó, en 1981, de la manera más rocambolesca posible, ha pesado sobre mí como si fuera un pasado de colaboracionista. En aquellas condiciones, mi padre ya podía lamentarse cíclicamente de aquella inversión lejana que no vería jamás, o de su inaccesible playa de arena blanca, que no harían mella en mí sus lloriqueos. Además, a finales de aquel verano de 1975, lo que me preocupaba esencialmente era la búsqueda de un empleo, un trabajo tranquilo, que no supusiese una gran implicación, una función transitoria que me permitiera ganarme la vida durante uno o dos años. Anna fue mi bienhechora al hablar de mí a su padre. Justamente estaba buscando a alguien capaz de sustituir a uno de los que realizaban las crónicas deportivas que estaba a punto de jubilarse. Jean Villandreux me recibió sin dilación en su despacho del paseo Jules-Guesde, una madriguera luminosa recubierta de madera clara y con un pequeño salón adyacente decorado de manera extremadamente viril. *Sports*

illustrés era un semanario nacional que salía los lunes, dedicado esencialmente al fútbol y al *rugby*. Con el pago de una pequeña fortuna, Jean Villandreux había comprado el periódico a su fundador, Émile de Wallon, propietario de la cabecera desde 1937. Papel amarillo maíz, formato berlinés, *Sports illustrés* era una de esas publicaciones inmutables a las que nada afecta, ni guerras, ni prosperidad, ni el progreso, y que las nuevas generaciones hallan en el mismo estado en el que las precedentes la han dejado. Podías dejarlo sobre la mesilla de noche, marcharte de viaje durante diez años y, al regreso, reanudar la lectura. En *Sports illustrés*, aparte de los resultados, nunca cambiaba nada.

—¿Conoce el deporte?

—El fútbol, pero, sobre todo, el *rugby*.

—¿Ha jugado usted?

—A ambos.

—De hecho, no necesito realmente un especialista, más bien alguien que entienda de todo un poco. Alguien capaz de escribir el domingo, desde el estadio, un informe a toda velocidad y volver luego al despacho para anotar los resultados que nos envían los corresponsales regionales y revisar también sus escritos. Y cuando digo revisar… ¿Ha escrito alguna vez para un periódico o una revista?

—Nunca.

—¿Se siente capaz de hacer esto?

—Sinceramente, no lo sé.

—Sociólogo, ¿no es así?

—Así es.

—Ninguna relación con el deporte.

—Ninguna.

—Mi hija me ha dicho que es usted una persona lista, así que vamos a hacer una prueba juntos. Venga aquí el domingo por la mañana, el jefe de servicio le explicará su trabajo y le asignará un partido para cubrir por la tarde. Nosotros nos volveremos a ver aquí el lunes a mediodía. ¿Su apellido es Block?

—Blick.

Jean Villandreux pasaba todos los días al menos dos horas en la revista. Le encantaba el ambiente de aquel periódico que parecía subido a un cojín de aire y ser capaz de absorber sin inmutarse cualquier conmoción, cualquier agresión del mundo exterior. Cuando compró la cabecera, no sabía nada de prensa, ni de sus reglas, sus leyes o sus ritmos. En cambio, le gustaba el deporte y, sobre todo, los chismes relacionados con el deporte. Los piques entre jugadores, los rumores de transferencias, las amenazas que pesaban sobre los entrenadores, los salarios secretos, los asuntos de dopaje, las chicas que revoloteaban en torno a las figuras pero también a los presidentes de club que, bajo su aspecto de benedictinos, llevaban unas vidas de juerga continua entre club náutico y Ferrari. Villandreux no formaba parte de aquel pequeño mundo musculoso y pudiente, pero le gustaba, cuando le apetecía, poder observarlo desde la ventanilla de su despacho. En cualquier caso, esto le distraía de las contingencias rigurosas de su empresa de construcción de piscinas.

—¿Usted conoce bien a mi hija?

—Bastante bien.

—Parece ser que la acompaña a todas partes cuando Grégoire no está.

—Más o menos es así.

—¿Qué piensa usted de Elias?

—Es una persona que en invierno esquía y en verano hace vela.

—¡Ah, ah! Me gusta. Es exactamente esto. Un verdadero gilipollas.

Al irme de *Sports illustrés* tenía la sensación de haber marcado unos cuantos puntos. Aún no había hablado de mi eventual sueldo con Jean Villandreux, pero, aunque sólo fuera para oír a mi patrón enunciar tales juicios sobre mi rival, estaba dispuesto a trabajar gratis.

El domingo estaba en el periódico a primera hora con el ánimo de un hombre que, aunque desconocía todos los rudimentos del salto en paracaídas, iba a tener que realizar aquel ejercicio en solitario en menos de diez horas. Cinco años de universidad no me

habían preparado para esta prueba, como tampoco el conocimiento de fórmulas del tipo «El régimen político al que están sometidas las sociedades humanas es siempre la expresión del régimen económico que existe en el seno de la sociedad» (Kropotkin) podría ayudarme a descifrar el fuera de juego o en la descripción de una entrada en plancha.

El responsable del servicio, Louis Lagache, era un hombre educado que trataba de usted respetuosamente a sus subordinados, les llamaba a todos «amigo» y utilizaba con mucha naturalidad gran cantidad de palabras preciosas que desentonaban con la idea que normalmente se tiene del lenguaje al uso en la profesión.

—Así pues, es usted la persona recomendada por nuestro director. Bienvenido al club, amigo. Espero que sea usted la meleagrina que todos esperamos.

—¿Qué es una meleagrina?

—Una ostra perlífera, amigo, una especie de madreperla.

No me atreví a preguntarle la definición de madreperla. Tenía demasiadas cosas que debía aprender urgentemente antes de mi primer servicio. Sin embargo, la proximidad de aquella cita parecía estar a mil leguas de la mente de Louis Lagache, que no cesaba de burbujear con ideas generales y consideraciones secundarias.

—No se preocupe, amigo. Retomaremos la lengua más tarde para poder solucionar los pequeños problemas prácticos. Y además, pardiez, no olvide que trabajamos para *Sports illustrés* y que en *Sports illustrés* está la palabra…

—*¿… sports…?*

—No, amigo, no. Ilustrado. En *Sports illustrés* el sustantivo esencial es «ilustrados». No olvide nunca que lo que les gusta a los lectores de revistas como la nuestra son, ante todo, las imágenes del éxito, las fotos del esfuerzo, los cromos de la hazaña. Todos los pequeños textos que trotan en torno a estos clichés no son más que modestos gusanos encargados de tejer su pie de foto. ¿Me explico?

Lagache tenía el don de utilizar siempre imágenes alambicadas para hablar de cosas simples y daba continuamente la impresión de flotar por encima de las contingencias del periodismo deportivo.

Luego, comprendería que detrás de aquella apariencia desenfadada actuaba un profesional de altos vuelos capaz de recuperar situaciones desesperadas y de describir con todo detalle encuentros a los que consideraba un deber no asistir jamás. Cuando un día le pregunté de dónde sacaba todos aquellos conocimientos, su respuesta se elevó como una melodía de flauta:

—Todo este pequeño mundo es tan previsible, amigo. Las situaciones son tan repetitivas como los códigos del teatro de género chico. Personas que van, vienen, entran, salen, puertas que se cierran, amantes que salen del armario. Y, comprenda usted, yo no creo que esta rutina sea privativa de la esfera deportiva. Esta propensión al misoneísmo se encuentra en todos los ámbitos socioprofesionales. Lo que yo creo, amigo, es que el hombre, por muy musculoso que sea, sigue siendo un señorito.

Lagache era el único espécimen de la redacción que observaba el mundo con tanto distanciamiento. La mayoría de los demás periodistas de la revista vivían intensamente las fluctuaciones de aquel mercado del esfuerzo cuyo curso intentaban prever y analizar. Los especialistas de fútbol, de lejos los más pusilánimes, llevaban a cabo religiosamente las más increíbles estadísticas, puntuaban a los jugadores después de cada partido según sus prestaciones y se pasaban horas enteras discutiendo para ponerse de acuerdo sobre la composición del «equipo de la semana» reagrupando a los once profesionales más meritorios.

La profesión de periodista deportivo, y de periodista en general, nunca ha gozado de buena prensa en mi familia. Recordaré siempre la expresión consternada de mi padre cuando le anuncié que, después de cinco años de universidad, había decidido ejercer la tarea de cronista durante algún tiempo. Frotándose los párpados, auténticamente decepcionado, murmuró: «Hubiera preferido que entrases en la policía».

Al cabo de dos semanas de aprendizaje, Jean Villandreux me firmó un contrato de trabajo que me aseguraba un salario decente a cambio de fines de semana pasados en las tribunas de estadios húmedos y medio vacíos. A veces seguía a los equipos en sus

desplazamientos. Compartir la vida o, simplemente, viajar junto a futbolistas profesionales es una experiencia deprimente, incluso dañina. Cuando no ejercen su profesión, cuando dejan de entrenar, esta gente sólo tiene dos ideas en la cabeza: hacer siestas y jugar a las cartas. En general al tarot. Estos atletas de cuerpos poderosísimos tienen unos entretenimientos y unas vidas privadas de niño de pecho. Por otra parte, se las arreglan para casarse cuanto antes con una niñera rubia, oxigenada a toda prisa, de la que maman razonablemente antes de dormir y dormir, mientras ella cuida de su carrera de lanzadores de balón.

Veía cómo esto se repetía cada día, en todos los equipos, sin importar el nivel, el estilo, la clasificación o el entrenador. Era inútil esperar una conversación seria con aquellos deportistas educados en el culto del lenguaje estereotipado. Vencidos o vencedores, hábiles o desafortunados, siempre se las apañaban con las veinticuatro o veinticinco palabras que ponían a su disposición en los centros de formación de la Federación. Y los entrenadores no eran mucho mejores. Se las arreglaban siempre para adoptar un perfil de anguila y escabullirse las tardes de derrota. Cuando ganaban, desplegaban su abanico de plumas de pavo real y se pavoneaban por los pasillos como gallitos vestidos de *Lycra* por los patrocinadores comerciales del club. De tan deprimente, el ambiente se hacía irrespirable cuando las cosas iban mal, después de varias derrotas consecutivas, por ejemplo, o durante la época de los traspasos, cuando las divergencias oponían a un jugador con su club.

Odiaba visitar a esta gente en los vestuarios, después de los partidos, para recoger sus impresiones. «Siempre-se-saca-una-lección-positiva-de-una-derrota». O: «Por fin-hemos-conseguido-nuestro-partido-de-referencia». En aquellos momentos, con la sensación de estar envuelto en una larga capa de vergüenza, comprendía exactamente lo que había querido decir mi padre.

En *Sports illustrés* había periodistas especializados en las crisis, investigadores astutos, ladinos, hipócritas, capaces, a base de insinuaciones y de entredichos malintencionados, de prender fuego al mar y de hacer combatir a las montañas. Iban a ver a un clan y

después a otro, soplaban aquí, atizaban allá, y diariamente publicaban los frutos ácidos de su cosecha. Montaban asuntos increíbles a partir de nada y desacuerdos que hubieran podido resolverse en privado en torno a una simple copa de Gigondas, aparecían impresos en titulares o registrados en el turno de causas y pleitos de la Magistratura de Trabajo.

—¿Creía usted, amigo, que el periodismo era una actividad noble practicada por caballeros llevados por sentimientos buenos y virtuosos? Sabe lo que le gustaba decir a Valery: «Soy un hombre honesto, con ello quiero decir que apruebo la mayoría de mis actos». Todos mis investigadores se incluyen en esto. Están convencidos, al igual que la mayoría de los reporteros, de la legitimidad de sus insidias.

Si bien es cierto que ahora me resulta difícil describir con precisión los rasgos de Louis Lagache, en cambio el sonido de su voz, tranquila, razonablemente grave, su expresión, tan modulada, siguen resonando en mí como el estruendo de una interminable y lejana tormenta. En aquella época, al escucharle, tenía la sensación de hallarme frente al único y también hastiado superviviente de un tiempo pasado cuyo ingenio, tan francés, ambicionaba sólo borrar las arrugas que afeaban la cotidianeidad.

En dos meses habían cambiado tantas cosas en mi vida que, a veces, al mirar aquella nueva existencia, tenía la sensación de estar espiando a un vecino. Primero, mi empleo en la revista, tan inesperado y tan ajeno a mis estudios universitarios, el nuevo piso al que me había trasladado, casi demasiado sofisticado y, sobre todo, la inverosímil decisión tomada, de un día para otro, por Anna de venir a vivir conmigo.

En el espacio de una velada había dejado a Grégoire Elias, había recogido lo imprescindible de sus pertenencias en casa de sus padres y las había transportado a mi domicilio en su minúsculo Morris. Yo, que tan a menudo me veía atrapado por el peso de la indecisión, evaluando sin cesar las repercusiones del desplazamiento del más mínimo peón, siempre me he quedado fascinado ante estos caracteres capaces de desencadenar deliberadamente un seísmo

doméstico, de repudiar, con sólo unas palabras, una existencia consumada, de vaciar un armario, de pasar de una casa a otra, de cambiar de cama, de pareja, de costumbres, incluso a veces de opiniones, y todo esto, como dicen los arameos, en menos tiempo del que necesita una cabra para parir.

Elias había sido eliminado de la vida de Anna. Una expulsión inmediata, repentina, sin preaviso. Su caso se había resuelto en un instante. Estaba allí y, un segundo más tarde, había desaparecido. Él, su mg, su barco, sus Dock Side, su Harman Kardon, sus Lansing, su Wox, su Fender, sus Lacoste, sus Jethro Tull y sus esperanzas de boticario. ¿Qué cosa tan desagradable había hecho para ser merecedor de tal infamia? Hasta donde yo sabía, nada en particular. Por lo que me contaron después, durante aquella velada había sido fiel a sí mismo, es decir, rico, alegre, sonriente, pero también rudo, grosero, zafio y patán. Aquel cóctel que, hasta entonces había mantenido su popularidad, le había resultado fatal. Más tarde me enteraría de que Anna poseía un carácter que podía definirse como «desbordante», haciendo referencia a las piscinas del mismo nombre construidas por su augusto padre. Al igual que aquellas sólidas construcciones, podía soportar sin inmutarse la presión de una pesada masa de resentimientos, pero cuando alcanzaban el límite crítico, entonces era todo el estanque el que, por todas partes, se desbordaba debido al exceso de presión. Y aquella noche, sin advertir el nivel de alerta, Grégoire Elias simplemente se había dado su habitual baño nocturno.

Durante los cinco días que precedieron a esta ruptura, aprovechando una ausencia de Elias, Anna y yo prácticamente no nos habíamos separado. Inmersos en una especie de ebriedad sensual, habíamos hecho el inventario completo de nuestras aptitudes y de nuestros gustos sexuales. Aquella experiencia frenética había tenido lugar en el piso de Grégoire, que estaba vacío. Estar en compañía de Anna en aquel espacio libre de su propietario aborrecido, de sus amigos iniciados y de sus espantosos discos, resultaba un ejercicio ligeramente perverso y definitivamente excitante. Una sucesión de soles y lunas bajo los que fui amasado,

manipulado, tragado, lamido, acariciado, ciento veinte horas de viaje deslumbrante en el que tuve la impresión de que un chamán me metía en el pecho mariposas de alas incandescentes.

Todo aquello parecía tener lugar fuera de nuestra voluntad. No había nada premeditado, nada calculado. Simplemente el azar había contribuido a un arreglo de las circunstancias para que, por fin, las fuerzas orogénicas, que presionan en «la oscuridad del interior», llevaran a la luz el acercamiento de nuestros continentes enamorados. Cuando Grégoire Elias, de vuelta de su viaje, metió la llave en la cerradura, no podía saber que detrás de la puerta le esperaba un proceso trucado, ensayado previamente, una de esas audiencias de presentación inmediata que iba a mandarle, rápidamente, al reino de los inmodestos.

Vivir con Anna resultaba tan sencillo, tan agradable, como bajar una larga pendiente en bicicleta en una tarde de verano. El viento de la vida te silbaba suavemente en los oídos y una brisa con olor a heno cortado te acariciaba el rostro. Las horas y los días discurrían sin el más mínimo sobresalto y, por la noche, al abrir los ojos, sentías ese precioso sentimiento de haber encontrado tu lugar en esta tierra.

Poco a poco fui descubriendo el carácter de Anna, aquel territorio íntimo de compleja y atormentada geografía en la que los caminos de las cimas bordeaban precipicios que te dejaban sin aliento. Había mucha más fragilidad, tristeza y generosidad en los ojos de aquella mujer que en las miradas hastiadas de la cortesana que navegaba siguiendo la estela ruidosa de Grégoire Elias. A partir del momento en que empezamos a vivir juntos, creo que no volvimos a hablar nunca más de aquel chico, ni siquiera pronunciamos su nombre. Era como si no hubiera existido jamás.

Sin embargo, esa etapa encantada sufrió, se resquebrajó el 20 de noviembre de 1975, cuando, volviendo de *Sports illustrés*, oí en la radio del coche la noticia de la muerte de Franco. Me sentí transportado de alegría. Recuerdo que me crucé con una fila de exiliados conduciendo despacio por el bulevar Cannot, enarbolando banderas rojas y negras y expresando su alegría a bocinazos. Me

desvié y pasé por el consulado de España frente al cual una muchedumbre alborozada daba palmadas y entonaba canciones catalanas. Hacía más de treinta años que, en esta ciudad, decenas de miles de republicanos y de refugiados esperaban aquel momento.

Cuando Anna entró en casa, yo estaba loco de alegría por verla, impaciente por comunicarle la noticia:

—¿Sabes qué? Franco ha muerto.

—¿Y bien?

Tuve la sensación de estar colgado en el vacío, balanceándome en el extremo de una cuerda que podía romperse en cualquier momento enviándome junto a todas las almas negras del caudillo. Sólo había dicho «¿Y bien?», y esto había bastado para que todo un mundo se desmoronase. Elias hubiera podido contestar lo mismo. Elias y todos aquellos que se movían en grupo o individualmente en su piso. «¿Y bien?». Acababa de comprender bruscamente que la relación afectiva y carnal que me unía a Anna escondía, en realidad, una unión profundamente desacertada. Pertenecíamos cada uno a universos paralelos. No habíamos respirado el mismo aire, ni compartido el mismo ambiente. Yo me drogaba con teología izquierdista mientras que ella consideraba la política como un arte próximo al macramé. Mis miserables 80 metros cuadrados, en el extremo de España, me roían cada noche la conciencia mientras que su empresa familiar inundaba con sus piscinas, y sin vergüenza alguna, las más hermosas viviendas de la Costa Brava. Yo leía a los teóricos de la revolución, ella estaba suscrita a las crónicas de *L'Expansion*.

Sólo una cama de 2,80 metros cuadrados podía allanar aquellas divergencias, atenuar aquellas diferencias. Sobre aquella modesta superficie dejábamos a nuestros cuerpos la tarea de tomar las riendas de la situación. Cumplían con su deber a la perfección, aliándose el tiempo que duraba el torneo, dejando después que cada uno, en el silencio de su retiro, se encargara de apreciar los méritos comparados de una felación burguesa y de un cunnilingus progresista. ¿Pero acaso 2,80 metros cuadrados de látex de alta densidad constituían un zócalo, una extensión suficiente que

permitiera albergar esperanzas en la construcción de una relación amorosa? A pesar de mis posturas desenvueltas, en aquella época sentía un profundo deseo de estabilidad, el placer de amar a una única mujer, cuanto más tiempo mejor. Incluso tenía una idea bastante precisa de cómo debía ser aquella compañera ideal: una chica que se pareciera a Sinika y que pensara como mi hermano Vincent, que fuera capaz de amarme, también de espabilarme si me equivocaba, con quien pudiera jugar, retozar, fumar hierba, dormir al aire libre, a la que pudiera explicarle la historia de la dichosa carroza, hablar del maldito piso y junto a la que, jamás, sintiese el peso de estar vivo. Ni el miedo a morir solo.

Pero habían bastado dos palabras para que descendiera a toda prisa de mis sueños y para comprender que, en realidad, amaba a una giscardiana, una liberal avanzada, una economista egoísta de belleza, sin duda, turbadora, pero para la cual Guernica nunca sería más que una ciudad de la provincia de Vizcaya, famosa por sus fundiciones construidas en el valle de Mundaka.

No creo que Anna se diera cuenta de mi desconcierto. Tampoco hubiera podido. «¿Y bien?» era, después de todo y según su punto de vista, una réplica apropiada.

—Sabes, tengo un problema con el coche —siguió diciendo—. Si acelero demasiado fuerte, el motor falla, como si no tuviera gasolina.

—Bajo para ver de qué se trata.

—¿Ahora?

Me había abalanzado sobre la posibilidad de salir de aquella habitación, de concentrarme en otra cosa, de olvidar lo que acababa de suceder envuelto en los vapores mareantes de los hidrocarburos. Me quedé durante una hora larga a oscuras y al frío dándole a las tuercas de color platino, a las bujías e incluso a la bomba de la gasolina del Morris cuyos alerones y la parte inferior de la caja empezaban a ser corroídos por verrugas de óxido. Cuando volví a subir, me encontré a Anna tumbada en el sofá leyendo una biografía de Adam Smith.

Con la excusa de que aquel economista había empezado a

escribir en Toulouse, en 1765, sus famosas *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, había hecho de aquel padre del liberalismo una especie de gurú detrás del cual se refugiaba para justificar todos los excesos del capitalismo moderno. Y así alababa las posiciones optimistas de aquel escocés para quien la regulación del mercado se efectuaba automáticamente gracias a los equilibrios naturales de la oferta y la demanda.

—Si quieres comprender a Smith —me decía—, tienes que admitir su teoría por la cual no hay mal alguno en privilegiar los intereses particulares ya que, tarde o temprano, acaban siempre por converger hacia el interés general.

En virtud de aquellos axiomas establecidos hacía ya más de dos siglos por el antiguo escocés, Anna Villandreux, siguiendo los pasos de su padre, se preparaba para llenarse los bolsillos y, en consecuencia —lo creía sinceramente—, para llenar las arcas de la nación.

Al día siguiente, en el periódico, nadie comentó la desaparición de Franco. Salvo Louis Lagache que, en cuanto me vio, se alegró de poder hablarme sobre aquel tema:

—¿Ha visto, amigo, con qué rapidez ese pequeño rey de España se ha calzado las botas del poder? Estos aristócratas son gente increíble. Incluso inalterable. Me recuerdan las bacterias congeladas por un repentino enfriamiento de la historia, espiroquetas adormecidas, capaces de recuperar su energía al más mínimo calentamiento de la atmósfera.

—¿Qué son las espiroquetas?

—Si le digo que son braquiópodos no le aclarará nada. Pues digamos que son unos fósiles del primario cuyos soportes braquiales tienen forma de espiral. Volviendo a nuestro tema, ¿ha leído ese artículo inolvidable en el que se explica que ese señor Franco tenía la manía de conservar todos sus trocitos de uña en cajitas de plata? Se conocía el talento para la tiranía de ese figurón y ahora, al día siguiente de su muerte, se descubre que ese cernícalo era también onicófago… Sonríe pero no dice nada. A veces usted me intriga, sobre todo cuando enarbola esa expresión de que todo lo que le

puedan contar le importa un pito. Ahora, en este momento, quien fuera capaz de decir en qué está pensando sería muy listo. De todos modos, no creo, amigo, que lo que acabo de decir le haya chocado. Es usted demasiado joven y lleva el pelo muy largo para amar a los dictadores y respetar a los reyes.

—¿Sabe que es usted el único en el periódico que no me tutea?

—Siempre he detestado el tuteo profesional, esa especie de familiaridad pringosa que pretende que los miembros de un mismo gremio, en nombre de no sé qué confraternidad, se desentiendan del respeto elemental.

—Ahora que pienso en ello, ¿ha decidido el partido que tengo que cubrir el domingo?

—Cuando consulte el tablón de servicio verá que el domingo se queda aquí. Se ocupará de centralizar y de releer las páginas de *rugby*. Así cambia un poco y deja a esos pequeños pederastas del fútbol. Además, podrá pasar el día a cubierto.

Desde que vivía con su hija, Villandreux me evitaba. Ya no me llamaba a su despacho para bromear sobre Elias, contarme los últimos chismes de vestuario, preguntarme mi opinión sobre Lagache y saber si yo entendía todo lo que éste me decía. Los dos hombres tenían una relación extraña en la que se mezclaban la fascinación, el desprecio, la envidia y una forma muy masculina de afecto. Villandreux poseía una fortuna pero se sentía muy pobre frente a la erudición y al vocabulario florido de su empleado. Y si bien éste jugaba magistralmente con la palabra, en cambio, estaba sin blanca hasta tal punto que a menudo se veía obligado a participar en la humillante ceremonia de la «caja pequeña». Haciendo alarde con orgullo de su dignidad, había ignorado aquel ritual durante muchos años. Pero llegó un momento en que, empujado por la necesidad y por su gusto inmoderado por las carreras de caballos, acabó como todo el mundo tendiendo la mano y diciendo: «Gracias, señor Villandreux».

La «caja pequeña» era un modesto estuche de vino, una caja de madera blanca llena de billetes de cinco francos, que estaba guardada bajo llave en la caja fuerte del periódico, empotrada en la

pared del despacho de la secretaria de dirección.

Cada semana, Villandreux reunía, en su elegante salón, a los siete jefes de servicio de *Sports illustrés*. Luego le pedía a Marianne, su secretaria, que le trajera el pequeño tesoro. Según sus méritos respectivos, entregaba a sus «siete mercenarios», así les llamaba, una prima semanal. De esta manera, el dinero pasaba de mano en mano a la vista de todos. Era un momento incómodo para todos aquellos hombres. ¿Qué habían hecho para merecer aquella recompensa? ¿Cuáles eran los criterios de excelencia? ¿En qué habían fallado los que recibían una recompensa menor? Hacía ya tiempo que los que participaban en aquel ritual no se planteaban este tipo de preguntas. Se conformaban con disimular su incomodidad, con coger el dinero y dar las gracias a aquel patrón atípico, extraño y generoso que siempre se las arreglaba para que a final de mes todos los beneficiarios hubieran cobrado unas primas más o menos equivalentes. ¿Por qué motivo, en tales condiciones, no se les aumentaba a aquellos jefes de servicio el sueldo de forma uniforme y oficial? Esta aclaración, sin duda, hubiera facilitado el trabajo contable, pero también hubiera penalizado en gran medida el ego del director, siempre presente, eréctil como nunca.

Cuando me veía por el despacho, Villandreux me saludaba con un gesto desenvuelto. Anna había cometido el error de venir a buscarme dos o tres veces al periódico. Esto había bastado para que toda la redacción me mirase como a «aquel-que-se-acuesta-con-la-hija-del-jefe». Entendía que Villandreux —que por otra parte era monstruosamente falto de delicadeza— quisiera atenerse a su idea de lo que debía ser un protocolo ordenado. Sin duda, había decretado que su imagen de condescendiente propietario no ganaba nada con la relación con un subalterno supuestamente libidinoso y del que todo el mundo sospechaba que había encontrado empleo en la redacción gracias a un braguetazo mágico. En estas condiciones, Villandreux, sensible a las habladurías, no tenía ningún motivo para pegarse a mi lado.

Una curiosa cena iba a restablecer entre nosotros una relación menos torturada. Los padres de Anna habían insistido en invitarnos

el primero de enero, después de una cena de Nochevieja que había dejado huella en el semblante de nuestros anfitriones. Con la tez alterada, las miradas fluctuantes, características de noches nubladas de sexo, de alcohol o de otras sustancias, Martine y Jean Villandreux daban la sensación de estar todavía ligeramente impregnados de su embriaguez, como sucede con los medicamentos de efecto retardado. Apenas si probaron el *foie* mi-cuit, algunas ostras de la ensenada de Arcachon y un filete de pez espada a la plancha. Hacia el final de la cena, quizá revigorizado por los efectos del yodo, Jean Villandreux se mostró cariñoso e incluso puso su mano en mi hombro buscando mi complicidad mientras criticaba alegremente a mi predecesor:

—Dígame, Paul, ¿Anna le habla mucho de Adam Smith?

—Muy poco.

—Es buena señal. Cuando mi hija se aburre con un chico le habla sin parar de Adam Smith. Me he dado cuenta, ¿no es cierto, Martine? En los últimos tiempos con Elias, había Smith de la mañana a la noche.

—Papá…

—¿Qué, no es cierto? Cuando veníais aquí sólo oía esto, Smith por aquí, Smith por allá… Por otra parte, hay que reconocer que con Grégoire los temas de conversación eran escasos. Aquel individuo era una verdadera calamidad.

—Papá, basta, quieres.

—¿Sabes qué le dije a tu madre cuando me contó que salías con él? ¡Elias! ¡Tres veces Elias! Jacques Goude, que conoce bien a su familia, me había dicho que todavía era más idiota que su padre, que ya tenía fama de serlo y mucho.

—Papá…

—De todos modos el que mejor ha definido a ese borrico ha sido Paul. Cuando nos encontramos por primera vez, le pregunté qué pensaba de Elias. ¿Y sabes qué me contestó? ¿Lo recuerda, Paul? «Un tipo que esquía en invierno y hace vela en verano». Hija mía, algún día tendrás que explicarme qué veías en ese imbécil.

—Jean, te estás poniendo francamente desagradable.

Era Martine Villandreux. Con voz satinada por el cansancio. Con un cigarrillo en el extremo de sus uñas pintadas. El flequillo indeciso que caía como lluvia sobre su frente. El tirante de su vestido deslizándose por su hombro redondo. Estaba increíblemente turbadora. Sin duda la mujer más sensual que haya conocido nunca. Impregnada de lasitud, agradablemente arañada por las arrugas y con alguna curva de más, Martine Villandreux eclipsaba la inocente perfección de su hija, veinticinco años más joven. Aquella mujer emanaba una fuerza erótica tan perceptible, tan fuerte como el olor a hierba recién cortada. Durante aquella velada inestable de primero de año, sólo deseaba una cosa: que el padre se llevara a la hija, que se fueran juntos y me dejaran a solas con la madre. Entonces la observaría acabar su cigarrillo. En su boca, saborearía el gusto del tabaco húmedo. Y no habría gran cosa que decir. Se alejaría de mí, iría hasta el cuarto de baño y dejaría la puerta abierta de par en par. Se quitaría las bragas, se sentaría en la taza y caería un hilillo de orina. Al oír aquel ruidito de cascada, yo cerraría los ojos. Con la humildad del peregrino, me arrodillaría. Deslizaría mi brazo doblado entre sus piernas. Ensartada de este modo, con el puño cerrado sobre sus riñones de hembra, las cosas se volverían más fluidas. Las lenguas entrarían en los agujeros de la tierra, lamiendo todo aquello que puede ser lamido. Ya no habría ni delante, ni detrás, ni cara, ni perfil. Las bocas estarían llenas y también los vientres, y las manos y también las gargantas. Bajo la presión de los cuerpos, las pieles se tensarían, se estirarían, harían muecas, como gárgolas paganas, y todo tipo de líquidos rezumarían por las paredes internas. Las palabras acudirían en nuestra ayuda, deslizándose en los oídos como reptiles. Ella murmuraría «Chupo los cojones preferidos de mi hija». Y entonces se produciría en el ambiente esa irradiación sacrílega, ese sentimiento gratificante de no traicionar porque sí. Luego resultaría imposible diferenciar las posturas de los hombres de las de los perros. De ese estrépito de carne emanarían los olores marinos de la vida. El relente de esperma lubrificaría los últimos orificios. Los dientes morderían las pieles. Él se hundiría hasta la empuñadura, cavando el agujero de su propia tumba y ella le

conduciría hasta las puertas de su perdición. Y, ya que habría recorrido todo aquel camino, se dejaría caer en aquel abismo untuoso en el que tantos otros, antes que él, habían perecido.

Al final, bastaría con limpiar algunas huellas de memoria.

Y nada de todo aquello habría existido.

—¿Se encuentra a gusto en el periódico?

Era evidente que a Martine Villandreux le importaba un pepino mi respuesta y mi grado de implicación en *Sports illustrés*. Simplemente hacía ver que se interesaba por el nuevo amiguito de su hija, después de una noche de excesos, mientras su estómago intentaba asentarse con un chapoteo nauseabundo. Sin ni siquiera darme tiempo a responder, se giró hacia su marido y dijo:

—Todavía no les has dado los regalos a los chicos.

—¿Qué regalos?

—Jean, eres imposible. Los que están en la cómoda de la entrada.

—¿Son para ellos?

Nada demasiado original. Una pluma cara para mí, un par de botas costosísimas, acompañadas de un cheque en consecuencia para Anna.

—Feliz año.

Martine Villandreux nos besó sin efusión y concluyó el asunto con tres movimientos. Después, tan repentinamente como salta un tapón de champán y sin que nada en la conversación lo dejase prever, Jean Villandreux soltó una ocurrencia inesperada acerca de las insuficiencias generales del giscardismo, esa «rama que se ha vuelto bastarda de los De La Tour-Fondue».

—Siempre hay que desconfiar de esos tipos que descienden de los cruzados descolgándose por las ventanas… ¿Se da cuenta de que en pleno siglo XX nos gobierna un presidente de la República, e insisto en la palabra República, casado con una mujer que se llama Anne-Aymone Sauvage de Brantes y que ha llamado a sus dos hijas Valérie-Anne y Jacinthe? No habrá motivo para sorprenderse si, un día, este país vota a la izquierda.

Nadie se sintió autorizado a comentar aquella repentina

indignación cívica. Jean Villandreux se sirvió una copa de Pomerol y se la bebió dando tragos pequeños y cerrando los ojos. Todavía intercambiamos algunas banalidades más y luego, rápidamente, todo el mundo decidió irse a dormir. La madre con el padre y la hija conmigo.

Durante mucho tiempo estuve turbado y molesto debido a la atracción física que sentía por la madre de Anna. Cada vez que me encontraba con ella, captaba sus frecuencias sexuales que tenían la particularidad de estar en resonancia con las mías. Pero un acontecimiento importante, que surgió en pleno verano de 1976, iba a interferir el curso de mis obsesiones.

Cuando Anna me anunció que esperaba un bebé, tuve la sensación de que me rozaba un tren a toda velocidad. Superado ese momento de espanto, una agradable calidez me atravesó el cuerpo, todos los músculos de mi nuca se relajaron y una alegría de textura nueva, chispeante, impetuosa, con mezcla de inquietud, me hizo descubrir los sentimientos de la paternidad. Yo, padre lloroso, abracé a la madre, pero la noté fría, lejana, casi ausente. Me dijo que era una catástrofe y no entendí por qué. Repitió que no estaba preparada, que no podía tener aquel niño. Yo no respondí, aun sabiendo lo que todo aquello significaba. Ya había llevado una vez la bolsa de deporte con las toallas limpias. Por la noche, sostuve la mano de Marie. Y al día siguiente comprobé que hubiese analgésicos. Pero esta vez sabía que sería mucho peor, ya que el padre no era Edgar Hoover.

Durante una semana Anna alternó las fases de duda y los momentos de certeza. En todo momento tenía buenas razones para justificar aquel desconcierto pasajero. Yo podía comprender todo aquello. En cambio, me resultaba mucho más difícil admitir el hecho de que nunca me consultara realmente cuando pensaba en nuestro porvenir y, llegado el caso, en el de aquel niño. Le importaba muy poco que le expresara mis argumentos o mi punto de vista, sobre todo reflexionaba como hija única, preocupada por preservar su esfera de cualquier intrusión. Ahora bien, el bebé y yo, en cierta forma, éramos invitados molestos, incluso inoportunos.

Aunque aquello llegara demasiado pronto a una historia ordinaria todavía balbuciente, yo, por mi parte, no veía nada que temer, nada terrible, en aquella situación. Amaba a aquella chica, ella esperaba un bebé, yo era el padre y, cada mes, un sueldo decente nos permitiría criarlo.

Hacia finales de julio, Anna cambió de opinión bruscamente, manteniendo en secreto el motivo, decidió tener el niño y se transformó instantáneamente en una progenitora que hablaba con entusiasmo, rozando la extravagancia, sobre las ventajas de la familia y los beneficios de la maternidad. Recuerdo perfectamente que decidió no recurrir al aborto el día de la ejecución de Christian Ranucci, el último condenado a muerte ejecutado en Francia. Unos días antes de aquel 28 de julio de 1976, Giscard había recibido a los abogados que habían ido a pedir que no se llevara a cabo la sentencia. Después de escucharles, les despidió sin pronunciarse en un sentido u otro. Y el día de la ejecución el presidente se conformó con dejar pasar las horas.

No se inmutó. No descolgó el teléfono. Y le cortaron la cabeza. Históricamente, aquel hidalgo de gotera que se había deslomado para «levantar» el apellido de los D'Estaing, se convirtió en el último presidente de la V República que permitió que se guillotinase a un reo. Aquella noche de julio, mientras la televisión relataba los pormenores y la hora exacta de la muerte de Ranucci, sentí que el jefe del Estado, aquel que había sido elegido por mayoría, era un ser minúsculo, un ser humano despreciable. Desde aquel día no he podido volver a ver su cara sin que, de forma espontánea, los recuerdos de aquella ejecución, como eructos ácidos de memoria, vuelvan a mi mente.

Anna llevaba encinta dos meses cuando se lo comunicamos a nuestras respectivas familias. Mis padres recibieron la noticia con toda la alegría de la que eran capaces. Mi padre me observaba, asombrado, con una nueva mirada, a la vez enternecido y escéptico. No hacía mucho no era más que un niño solitario que jugaba con mis Dinky Toys en la alfombra de mi cuarto y hoy, de repente, llevando del brazo a una mujer, volvía adornado con el increíble

título de padre de familia. Yo sabía que un montón de cosas bullían en la cabeza de Víctor Blick, que, bajo el efecto del ciclón que acababa de provocar, ideas y sentimientos contradictorios daban vueltas a toda velocidad. En aquella pulpa centrifugada se mezclaban sin duda imágenes de Vincent conquistador, del garaje Día y Noche, de mi madre con un vestido de verano, de mí volviendo del colegio, de la aguja que dibuja el gráfico del electrocardiógrafo y de todo un pasado ya confuso, amalgamado en desorden. En cuanto pasara la ráfaga de viento, habría que clasificar todas aquellas partículas, ordenarlas según su importancia para dejar hueco al que iba a llegar, al que se convertiría en un nuevo Blick y del que yo afirmaba ser el padre. Sí, creo que aquel día Víctor Blick me miró del mismo modo que se observan esas sorpresas de las que no se sabe muy bien qué pensar.

Aunque mutilada afectivamente desde la muerte de Vincent, mi madre se estremeció, agitada por la réplica de una felicidad antigua, de una emoción que llegaba de muy lejos, un estremecimiento ovárico que pertenecía, quizá, a la época en la que estuvo encinta de su primer hijo.

Durante nuestra visita, Anna fue su única preocupación. Era evidente que para mi madre sólo Anna llevaba el tesoro y las claves de la vida. Hizo gala de mucha ternura, se mostró llena de atenciones y me dio la sensación de que se concedía un momento de tregua, que se eximía de sus habituales límites coercitivos. Por una vez, no había nada que corregir, nada que criticar, nada por lo que lamentarse o llorar. Aquel futuro niño era la primera cosa nueva que la alejaba de su pasado y le permitía entrever el alba de un porvenir en el que la vida era lo más importante.

En casa de los Villandreux, la noticia se dio en un ambiente mucho menos sereno, y a la madre de Anna, al principio abofeteada por el estupor, le fue muy difícil esconder su hostilidad. Resultaba evidente que había previsto algo muy distinto para su hija, otro punto de salida para su existencia, mejores esperanzas y, sin duda, un partido más adecuado. Alguien de su círculo que, por ejemplo, hiciera vela en verano y esquiara en invierno, un Elias pero menos

desastroso. Parecía que hubiera dos Martine Villandreux. Una que daba la imagen de mujer sobradamente emancipada, satisfecha, de carácter liberal, capaz de seducir, de amar y que no disimulaba que disfrutaba de todos los placeres de la vida. Y otra, envarada en un catolicismo de conveniencia, encorsetada en los pequeños principios ahorrativos de la burguesía, cargada con todos los tópicos de la mezquindad conservadora, severa, austera, inclemente, siempre dispuesta a soltar comentarios hirientes y observaciones pérfidas. Sometido a las exigencias de la segunda, resultaba asombroso que un rostro tan perfecto, un cuerpo tan seductor pudiera albergar un alma tan negra. Existía una especie de antinomia sorprendente, una incompatibilidad evidente entre la lujuria de aquellas carnes y la aridez, la rigidez de un espíritu como aquél.

Cuando Martine Villandreux comprendió que habíamos decidido tener el niño, lanzó una segunda ofensiva en cuyas consecuencias yo no había pensado:

—¿Y cuándo pensáis casaros?

En 1976, el mundo era todavía antiguo, convencional, regido bajo mano por la moral de las sotanas. Un niño tenía que tener un padre y una madre unidos oficialmente, un estado civil conforme a los cánones amenazadores de las buenas costumbres.

—No tenemos intención de casarnos.

Contesté con toda la naturalidad del mundo, sin la más mínima intención de provocar o agredir. Aquellas palabras tuvieron el don de hacer reaccionar a la madre de Anna con violencia:

—Si queréis tener este niño es asunto vuestro, pero os pediré que os comportéis como padres responsables. Un matrimonio es indispensable. Y cuanto antes, mejor.

Martine Villandreux se alzó como un muelle y salió de la habitación sin mirar a su hija. En un acto de cobarde solidaridad, su marido la siguió dirigiéndome una sonrisita llena de complicidad masculina que, en su cultura, podía muy bien querer decir «las mujeres son un manojo de hormonas».

La única finalidad de la actitud brutal y las declaraciones intransigentes de Martine Villandreux era deslizar una cuña entre su

hija y mis prejuicios matrimoniales. Sabía perfectamente que Anna se hallaba en la incapacidad psicológica de asumir un conflicto familiar por muy pequeño que éste fuese. Estaba hecha así. La simple idea de una diferencia entre ella y sus padres podía sumirla en la angustia. Del mismo modo que podía llegar a ser muy combativa en sus relaciones con el mundo exterior, al primer tropiezo con uno u otro de sus progenitores entregaba las armas.

De camino a casa, Anna empezó a decir que la idea de una boda, «después de todo, no era el fin del mundo, que no tenía ninguna importancia y que podíamos complacer a los padres».

—No tengo intención alguna de complacer a tu madre prestándome a esos remilgos ridículos.

—¿Supongo que lo que haces es respetar tus sacrosantos principios políticos? ¿Quieres que te diga algo? Eres tan rígido como ella, igualmente injusto.

—¡Pero bueno, es increíble! ¿En qué actúo injustamente en esta historia? Tengo derecho al menos a estar en contra del matrimonio sin que por ello se me tenga que considerar un salvaje.

—De todas formas, siempre estás en contra de todo. Miras el mundo y a los demás a través de tus gafas de izquierdista. Tienes reacciones extrañas.

—¿De qué estás hablando?

—De nada.

—Me acusas de tener reacciones extrañas. Me gustaría saber de qué se trata.

—La noche de la muerte de Franco, por ejemplo. Viniste hacia mí y me anunciaste la muerte de aquel individuo como si acabases de ganar el primer premio de la Lotería Nacional. A esto le llamo yo una reacción extraña.

Martine Villandreux había conseguido lo que se proponía. Había conseguido instilar su veneno entre la corteza y el árbol, entre la madre y el padre. Y para su lastimosa historia de matrimonio, incluso había conseguido sacar al viejo caudillo de su tumba.

Cuanto más se redondeaba el vientre de Anna, más se debilitaba mi determinación. Me agarraba a mis principios como un alpinista

agotado se aferra a su cuerda. Sin embargo, de manera inapreciable, iba soltando presa. No podía entristecer a Anna ni complicarle el embarazo y mucho menos darle a mi hijo una mala imagen de su padre. Sólo pedía una cosa: que me dieran tiempo para capitular con dignidad, para someterme con honor. Incluso esto se me negó. Se tuvo que organizar todo el asunto con prisas y de forma precipitada.

—Parece sorprendido de que le pida que se hagan las cosas rápidamente, Paul. ¿Acaso no es consciente de la urgencia de este matrimonio? ¿Se imagina nuestra incomodidad y sobre todo la de Anna si tuviera que llegar a la ceremonia con un enorme vientre de seis o siete meses? Creo que es una cuestión de respeto. A veces tiene usted reacciones extrañas…

Aquel día, en lugar de dejar, por consentimiento tácito, que aquella cirujana plástica remodelase los tabiques de mi vida, tendría que haberla tumbado sobre el sofá, tendría que haberle quitado toda su parafernalia y haberla poseído con la impudicia y la falta de tacto de las que se supone hacen gala los moteros de Michigan. Ajustarme a los mandamientos revisitados de David Rochas: «Si mi madre fuese guapa, me la tiraría». Creo que esto nos hubiera colocado a todos las ideas en su sitio.

Dos semanas después, una cena familiar reunía a mis padres con los de Anna. He olvidado decir que, en la euforia de su victoria, Martine Villandreux había intentado imponer a su hija, y sin que yo lo supiera, la realización de una rápida ceremonia religiosa antes de pasar por el Ayuntamiento. Pero había chocado con el rechazo, a la vez firme y conjuntado, de su marido y de Anna. La cena, solemne y pretenciosa, fue organizada en casa de los Villandreux. El despliegue de artes de la mesa recordaba los desfiles del primero de mayo en la antigua Unión Soviética cuando el régimen se creía obligado a desempolvar toda su chatarra y sus misiles para disuadir a los curiosos y, sobre todo, para dejar boquiabierta a la galería. Conocía a Martine Villandreux. La sabía capaz de cálculos tan despreciables. La plata reluciente se reflejaba en el color rojo de la vajilla mientras el cristal de las copas irisaba los tapones de las garrafas. Incluso los soportes de los cuchillos, cortados en guijarros de espato,

aumentaban el refinamiento de la puesta en escena. Mis padres, que jamás han tenido malicia alguna, no prestaban demasiada atención a aquel despliegue de abalorios. Su vida les había ido alejando lentamente del círculo de las recepciones y hacía tiempo que habían olvidado sus códigos y las reglas orgullosas de aquellos pequeños juegos de mesa.

Jean Villandreux encontró en mi padre un interlocutor de primer orden con quien poder hablar de coches. Al contrario de otros temas de conversación, la mecánica tiene el poder federalista de acercar a los hombres, haciéndoles compañeros o cómplices de dicha o de infortunio. Todos, en un momento u otro, han tenido problemas de satélite o de planetario, de junta de culata o de camisa, de rótula o de cilindro maestro. Estas desgracias tejen invisibles lazos masculinos entre esos automovilistas a los que el azar no ha dejado indemnes. Mi padre exponía su teoría personal sobre la decrepitud de la marca Simca y Villandreux, subyugado, bebía todas sus palabras como si estuviera frente al padre fundador de la marca. Mi madre no tuvo la suerte de que se le prestase aquella misma atención. La austeridad y la marginalidad de su trabajo le brindaban pocas esperanzas de brillar en sociedad. Tras preguntar por pura educación cuál era la naturaleza de su especialidad, Martine Villandreux se había lanzado en un largo alegato *pro domo* alabando los beneficios de la cirugía estética que ella consideraba como una segunda liberación de las mujeres, un acto de emancipación que permitía a toda mujer tomar posesión realmente de su cuerpo. La estupidez y la indigencia de su razonamiento llevaban ya los estigmas del consumismo salvaje. Mi madre la escuchaba con aquella sonrisa neblinosa y aquella mirada velada que yo conocía tan bien. Claire Blick ya no estaba allí. Hacía un buen rato que había abandonado aquella mesa de las vanidades, aquellas futilidades ostentosas, aquellas expresiones festivas obligatorias. En su silla sólo quedaba su doble, un envoltorio sin vida, vacío y oscuro como una tumba. Imagino que en aquellos momentos mi madre soñaba con otra vida, una vida que hubiera compartido con otra familia en otro mundo. Martine Villandreux, por el contrario, no cesaba nunca de

ocupar este mundo. Su físico deslumbrante, su ropa elegante, su envidiable tez realzada con algunas joyas, todo en ella concurría haciéndola inevitable, señalándola como la administradora general de aquel consejo de familia. Por muy seductora que fuera, Martine Villandreux me parecía un personaje cada vez más vulgar en su imposición a los demás, sin reparo, de toda su fortuna, su éxito, su elegancia y su belleza. A su lado, con sus ropas átonas, su sonrisa enigmática y modesta, sus silencios intensivos, mi madre recordaba a una doncella bondadosa. En los postres, una torpeza de Martine Villandreux me llenó los ojos de lágrimas. El incidente ocurrió de manera imprevisible, durante una conversación anodina. La madre de Anna narraba algunos episodios de la infancia solitaria de su hija explicando lo mucho que le hubiera gustado tener un segundo hijo. Volviéndose hacia mi madre y jugando con su pelo, dijo:

—Por lo que me han contado, ¿Paul tuvo un hermano, no?

Soltó aquella frase del mismo modo que lanzaba todas las demás, en el flujo de la corriente, sin pensar, sin imaginar siquiera por un instante que aquellas palabras podían precipitar el enorme bloque de tristeza que, desde hacía dieciocho años, descansaba en equilibrio inestable encima de nuestras cabezas.

Formular aquella pregunta en pasado era contestarla ya. ¿Qué pretendía exactamente? ¿Que después de dos decenios de silencio y de mutilación mi madre se lanzara a evocar recuerdos conmovedores o que explicara las circunstancias de la muerte de Vincent? ¿Acaso esperaba que Claire Blick describiera a su hijo tal como era, cariñoso, generoso, leal, valiente, robusto, trabajador, cachas, conmovedor, poseedor de una carroza plateada y de una Brownie Flash de la marca Kodak? Aquella falsificadora tenía que estar hasta tal punto obnubilada por sus trabajos de sutura como para ignorar la dolorosa supuración de las cicatrices de la memoria. Un silencio embarazoso respondió a la pregunta de la animadora de revista. Nos servimos un poco más de postre y el ruido tranquilizador de las cucharillas al rozar la porcelana roja de los platos reconfortó a la dueña de la casa con la idea de que, en circunstancias lamentables, lo importante, ante todo, era asegurar la continuidad de la liturgia

alimentaria.

De vuelta a casa, dejé que Anna se acostara sola y me quedé un buen rato cara a cara con la carroza y la Brownie Flash de mi hermano. Recuerdo que me quedé mirando la calle a través del visor de su cámara. Y que el simple hecho de colocar mi ojo en el centro de aquel recuadro, en cuyo interior él había colocado el suyo tantas veces, me inundó el corazón de lágrimas. De camino al Ayuntamiento, sentí realmente que estaba cometiendo una mala acción y rogué, sobre todo, para que ninguno de mis antiguos amigos me viese con aquel traje de camarero. En los peores momentos me imaginaba que Anna, queriéndome brindar ese tipo de sorpresa ridícula, tan en boga entre los anglosajones, había invitado a los antiguos miembros de Round up para amenizar la velada. Y que allí estaba, en el escenario, la formación completa, incapaces de arrancar ni la más mínima nota de sus instrumentos, mirándome fijamente como si vieran pasar la muerte.

Por suerte, a aquella triste jornada sólo habían sido invitados algunos de mis parientes próximos. Por otra parte, estaba totalmente sumergido en aquella masa de invitados de los Villandreux. Su nivel social, pero también su afición por aparentar, les había incitado a organizar una increíble fiesta cuya munificencia sólo tenía como fin el informar a todos del estado de la fortuna del poder invitante.

Todos los conocidos, las relaciones, los amigos de los Villandreux estaban allí. Jean incluso había convocado —la palabra no es exagerada— a toda la redacción de *Sports illustrés*. Imagino que para todos aquellos periodistas complacientes yo era ahora «el-que-ha-conseguido-dejar-preñada-a-la-hija-del-jefe-y-casarse-con-ella». Vaso en mano, con aspecto tambaleante, Lagache se acercó para felicitarme:

—Amigo, tiene usted una mujer absolutamente encantadora y le deseo de todo corazón todo lo que un honorable huésped de este planeta pueda esperar. ¿Sabe usted que yo también estuve casado? Con una especie de pitonisa devastadora que, cada día, predecía el final del mundo y de nuestra felicidad.

—¿Tuvo razón al final?

—Se podría decir que sí. Una mañana, en el desayuno, al no ser ya capaz de seguir escuchando cómo anulaba el futuro, me levanté de la mesa y, sin decir nada, con mucha calma, le propiné un enorme puñetazo en la boca. Evidentemente, enseguida me enmendé. Perdóneme, amigo, por contarle unas hazañas tan lamentables en un día como hoy, pero creo que este excelente Glenfiddish empieza a achisparme.

Lagache dio media vuelta con gran elegancia y tambaleándose entre la gente fue a reunirse con algunas damas que ya se deleitaban con su vocabulario contoneante. En aquel ambiente con aires principescos, Lagache, sin saberlo, hacía perfectamente el papel del impertinente pequeño criado de ceremonia. Abandonando a sus innumerables amigos, Anna vino a sentarse a mi lado.

—¿En qué piensas?

—En nada. O mejor dicho, en todo esto, en toda esta gente que se mueve, que baila, que habla.

—¿Crees que vamos a ser felices?

—No lo sé.

—Pareces triste.

—No es un día muy alegre.

Comprendía perfectamente lo que yo quería decir. Y yo sabía que se sentía incómoda por haberme impuesto aquel simulacro, aquella comedia que yo no aprobaba. Me veía sentado en medio de una gente que no era la mía, inclinándome en silencio bajo el excesivo peso de las conveniencias. ¿Seríamos felices? Había que preguntárselo a la ex mujer de Lagache.

Anna pasó su mano sobre mi cara. Como para agradecerme el haber aceptado todo aquello por ella, por haberle dado la prueba de que me casaba con ella *verdaderamente* por amor. ¿Hubiera sido ella capaz de un sacrificio como aquél? Esta vez sólo ella poseía la clave del enigma.

En algunos aspectos, aquella velada reflejaba el malestar que sentía viviendo en este país. Tal como había escrito Emmanuel Bove hablando de otro tema, era evidente que la «época de despreocupación, de libertad y de felicidad que había acompañado el

mes de mayo de 1968 había quedado atrás definitivamente». Todo el mundo había vuelto a enfundar sus ilusiones, a subirse los pantalones, había apagado su colilla de tetrahidrocanabinol, se había peinado el pelo hacia atrás y había vuelto al trabajo. El país había confiado sus intereses a un pequeño rey calculador, falsamente apasionado del acordeón, y se había comprado trajes con un corte ridículo y unos maletines que también lo eran. En aquellas carteras termoformadas, que supuestamente encerraban el poder del siglo, todo el mundo, en realidad, sin confesárselo, disimulaba la miseria y la vergüenza de haberse convertido de nuevo en un pequeño yo.

Raymond Barre teorizaba ya sobre los méritos de la «austeridad» y se peleaba con los sindicatos cuando mi hijo, aprovechando la confusión, decidió venir al mundo.

En nuestro primer encuentro, me pareció más bien feo y poco amistoso. Ojos cerrados, párpados hinchados, una cara poco agraciada, una cabeza en forma de pilón y unos puños rabiosos, hostiles, resueltamente cerrados. Cuando la enfermera me lo señaló en su cuna, dijo simplemente: «Tres kilos cuatrocientos cincuenta», como cuando se anuncia la categoría según el peso de un púgil en el momento del pesaje. Hasta tal punto esta cifra se ha enquistado en mi cabeza que todavía hoy, al ver a mi hijo cuando viene a visitarme, pienso: «Mira, aquí está tres kilos cuatrocientos cincuenta». En el registro civil le pusimos el nombre de Vincent. Para ser sincero, ni por un instante pensé en llamarle de otro modo. Tampoco Anna. Al enterarse del nacimiento y del patronímico que había escogido, mi madre rompió a llorar y me estrechó entre sus brazos como si fuera su hijo único. Mi padre recobró la expresión que yo conocí en mi más tierna infancia y dijo simplemente: «Vincent Blick. Es hermoso, muy hermoso». Tanto en casa de los Villandreux como en la de los Blick, el encanto de «Tres kilos cuatrocientos cincuenta» funcionó tan bien que todas las tensiones acumuladas durante la fase crítica del matrimonio cayeron en el olvido a partir de la aparición del bebé. Al observar a todos aquellos adultos quedarse embobados, juntos o por separado, ante aquel pequeño ser, pensé que los nacimientos, así como las muertes, poseen el extraño poder de

lubricar los corazones y de borrar las pizarras sobrecargadas del pasado.

Año y medio más tarde, cuando nació mi hija Marie, pude comprobar por segunda vez la legitimidad de aquella observación. Así como su hermano parecía haber venido al mundo contra su voluntad, con su humor sombrío y el puño amenazante, Marie, desde el primer instante, dio la impresión de deleitarse con la atmósfera sutilmente oxigenada de este planeta. Con su pelo rubio, sus ojos de un azul atlántico, su forma de sonreír a todos, recordaba a esas inglesas de vacaciones en el sur de Francia que se quedan encantadas con todo. Tenía una hija. Estaba desbordante de orgullo. Una hija. El regalo más hermoso que la vida puede ofrecer a un hombre.

Fue Anna la que decidió tener otro hijo tan rápido. Creo que para cumplir cuanto antes con una promesa íntima: no tener nunca un hijo único. Sin duda, como yo, había padecido demasiado la soledad familiar, la inacabable y decepcionante infancia pasada frente a sí misma.

Antes de que los papeles se invirtieran, observé que, de momento, Vincent y Marie estaban educando a su madre, le enseñaban a separar lo esencial de lo secundario, a dar más importancia al ser que a la apariencia y al biberón frente a los consejos de Adam Smith. La luna de miel duró poco. Anna no sentía una atracción intensa por las cosas de la maternidad. Adoraba a sus hijos, pero las tentaciones del mundo exterior, la necesidad de emprender algo nuevo, se hacían cada vez más apremiantes. Sobre todo desde que Jean Villandreux, deseoso de dedicarse por completo a *Sports illustrés*, le había propuesto dirigir Atoll, su empresa de piscinas, que ya no le divertía lo más mínimo desde que había comprado la revista y había experimentado los caprichos de la prensa. Para Anna representaba la ocasión de poner a prueba sus diplomas, de desplegar todas sus artes. Incluso antes de que aceptase la propuesta paterna, yo me sabía de memoria la lista de sus objetivos: hacer crecer un diez por ciento anual una compañía ya floreciente; hacer frente a cincuenta personas, entre ejecutivos y

trabajadores, pendientes de su primer error; renovar el catálogo para ofrecer nuevos modelos y lanzar una gama completa de *spas* y *jacuzzis*, muy en boga en América. Anna me daba la impresión de haber previsto aquella situación desde hacía años. Parecía que en su mente todos los informes estuvieran ya preparados, negociados, presupuestados y clasificados en un registro de vencimientos. Todavía no había puesto los pies en los despachos de Atoll y ya me hablaba de su nuevo papel, informándome de los puntos fuertes y débiles de aquella compañía como si ella fuera la fundadora.

Anna sufría una enfermedad bastante extendida en aquélla era giscardo-barrista: la fiebre *emprendedora*, caracterizada por una irreprimible necesidad de crear un alveolo suplementario dentro del meloso panal liberal. Un pequeño agujero para ella en el Gran Todo. Aquel deseo de actuar, de erigir, de construir, de edificar, de avanzar, de imaginar, de producir, iba acompañado generalmente de un notable edema del ego y de una violenta crisis de confianza en uno mismo. Anna acumulaba todos aquellos síntomas, así que no me sorprendió lo más mínimo ver cómo se distanciaba de nosotros tres para sumergirse en la bañera de hidromasaje de los negocios paternos.

Esta brusca inmersión cambió por completo nuestro modo de vida. En unos días, la mujer a la que amaba y con la que compartía la calidez de estar vivo desapareció y en su lugar apareció una gestora echando pestes contra las cargas de los pyme, la influencia de los sindicatos, la desorganización patronal, el impuesto sobre los beneficios y la falta de implicación del personal. Aquellos cambios me incitaron a tomar una decisión en la que pensaba desde hacía tiempo: dejar mi estúpido trabajo para dedicarme a mis hijos. Criarlos tranquilamente. Como una madre de antaño.

Tuve la sensación de que mi decisión le iría bien a todo el mundo. Anna, de inmediato, dejó de sentirse culpabilizada por no ocuparse de sus bebés. Jean Villandreux pareció quitarse un peso de encima al no verme más por los pasillos de *Sports illustrés*, su nuevo dominio. Ya que los emolumentos de la directora de Atoll eran más que suficientes, no existía ningún impedimento para que me

dedicase a mi nuevo empleo de padre en el hogar.

Me gustaron aquellos años pasados junto a Marie y Vincent, aquellas estaciones vividas fuera del mundo del trabajo y de las preocupaciones de los adultos. Vivíamos de paseos, siestas y meriendas en las que el bizcocho sabía a inocencia y felicidad. Al haberles puesto talco y pomada, conocía cada centímetro cuadrado de la piel de mis hijos. Distinguía las dominantes de sus olores, animal en el niño, vegetal en la niña. En el agua caliente del baño les sujetaba la nuca y flotaban, tranquilos, en el intersticio del mundo, en la superficie de un líquido con reminiscencias serosas. Después me gustaba vestirles con ropa limpia y perfumada y, en invierno, acostarles con pijamas cálidos. Marie se quedaba dormida enseguida estrechando mi índice en su manita. Su hermano se acurrucaba contra mi antebrazo y dejaba flotar sus grandes ojos negros. Parecía soñar incluso antes de quedarse dormido.

Mis jornadas se resumían en la realización de tareas repetitivas, sencillas, casi siempre domésticas, en las que yo, sin embargo, encontraba una cierta nobleza. Por la noche, cuando Anna regresaba, la cena estaba lista y los niños acostados. Mi existencia se parecía a la de esas esposas modélicas que salían en las telenovelas americanas de los años sesenta, siempre impecables y previsoras, que parecían haber nacido sólo para hacer olvidar al macho dominante y trabajador el cansancio de su jornada laboral. Sólo me faltaba la falda con volantes y los tacones de aguja. Por lo demás, igual que mis hermanas del otro lado del Atlántico, le servía un *scotch* a la empresaria haciendo ver que me interesaba por sus jeremiadas patronales. A veces me preguntaba qué tal había pasado el día, le contestaba «Normal» y aquel adjetivo, aun siendo elusivo y minimalista, parecía colmar su escasa curiosidad. Después de beberse su vaso, ordenaba algunos informes y, como cualquier buen padre de familia, les daba un beso a los niños y les arrebujaba. Mientras ponía la mesa, rondaba cerca del televisor picoteando algunas noticias antes de preguntarme qué había de cena. Cuando el menú era de su gusto, me gratificaba con un «estupendo» lleno de avidez impaciente. Por el contrario, cuando la preparación no caía

en gracia, me tenía que conformar con un «no-te-compliques-esta-noche-no-tengo-mucha-hambre». Así era mi vida doméstica, en todos los sentidos del término. Por muy alejado que estuviera de los asuntos del mundo y también por muy paradójico que pueda parecer, me daba cuenta de que vivía en esta tierra mucho más intensamente que Anna. A pesar de que ella siempre pretendiera estar actuando en su centro neurálgico, nunca dejaba realmente el baño de aguas color esmeralda de sus piscinas. Desde el balcón de nuestro gran piso (nos habíamos cambiado) vi pasar así las horas y la carrera del mundo. Adiviné la muerte de un papa y descubrí, una mañana, la de Mao Zedong (El oriente está rojo, el sol se pone). El *Amoco Cádiz* vertió el jugo de sus entrañas en el océano y los autónomos desvalijaron Fauchon. Estalló la revolución en Irán y, aquí y allá, se hablaba del deslumbrante brillo de los diamantes de Bokassa. Y luego ejecutaron a Mesrine como ya no se mata siquiera a los perros. Casi a quemarropa y con una cantidad incalculable de balas en el cuerpo.

Todos aquellos acontecimientos, fuese cual fuese su importancia, quedaban relegados a un segundo plano en cuanto Anna volvía a casa. No podía evitar castigarme cada día con los titulares de la gaceta de Atoll, que siempre trataban de los intentos de *putsch* del comité de empresa, de pronunciamientos de pasillo, de revoluciones sindicales y de los abusos de autoridad de la URSSAF[15].

Incluso siendo cada día más consciente de que Anna y yo íbamos poco a poco en direcciones opuestas, era feliz viviendo aquella existencia junto a mis hijos y a una mujer a quien, a su pesar, seguía amando. Había aprovechado todo el tiempo libre de aquellas jornadas para reanudar mi pasión de la niñez: la fotografía. Siempre me ha gustado esta actividad silenciosa, discreta y solitaria. En mi adolescencia, me iba con la Contarex de mi padre a fotografiar, preferentemente, lo mineral y lo vegetal, de hecho todo aquello que no se moviera. Fijar lo inmóvil me fascinaba.

Poseía una imponente colección de imágenes de frutas, verduras, árboles y piedras que, sin embargo, no eran en absoluto preciosas. Para mí, aquellas naturalezas muertas rebosaban vida. Sólo trabajaba

fuera, en medio de la naturaleza, tomando mis clichés del desorden del mundo, del azar y de las estaciones. Al regresar, revelaba las películas y hacía copias en un pequeño laboratorio que había montado en un vestidor, junto al cuarto de baño.

Fue mi padre quien me inició en aquellos trabajos a oscuras en los que, en un falso día de luz inactínica —en casa teníamos una lámpara de sodio—, trataba las películas antes de proceder al copiado en papel. La primera vez que vi a mi padre hacer aparecer una imagen a las sales de plata en el revelador y después fijarla en un baño de hiposulfito, le tomé realmente por un mago dotado de poderes sobrenaturales. Creo sinceramente que fue aquel truco de prestidigitador el que, más adelante, me transmitió el gusto por hacer aparecer imágenes de la nada. Recrear trocitos de mundo a mi medida. Instantáneas paganas, fragmentos de vida a la vez inmóviles y muy próximos a la idea que me hago de la humanidad.

Cuanto más pienso en ello, más evidente me resulta que fue ese momento de misterio y de gracia entre un padre y su hijo lo que hizo de mí lo que soy ahora.

A finales de aquel 1979, cada noche, mientras Anna y los niños dormían, me encerraba en mi reducto y, aislado de todo, ampliaba las imágenes que había tomado durante mis paseos con los niños. Todavía no lo sabía, pero llevando aquella vida que no se parecía a nada estaba forzando la mano del destino.

Había perdido el contacto con mis antiguos amigos de la universidad y del piso del paseo de Les Soupirs. Cuando pensaba en ellos, en todo aquel tiempo que habíamos pasado juntos, en la forma en que habíamos vivido, tenía ese indefinible sentimiento nauseabundo que acompaña las traiciones secretas. Sin embargo, aparte de un matrimonio poco glorioso, no tenía que avergonzarme de nada. Viviendo a expensas de la pequeña patronal, inmovilizado por la familia, aislado, alejado de movimientos y grupúsculos, ya no era, sin duda alguna, un modelo de activista revolucionario. Ya no pertenecía a aquella franja jubilosa. Había alcanzado otra categoría

de seres humanos de más o menos buena voluntad, esos individuos que quizá no valgan gran cosa, que no creen en nada, pero que, sin embargo, se levantan cada mañana.

Dos o tres veces al mes, Anna organizaba en casa unas cenas a las que invitaba a sus dos amigas de infancia acompañadas de sus maridos. Laure Milo, joven mamá *sexy* de nalgas ecuatoriales, desempeñaba el mismo trabajo que yo. Criaba, sin flaquear, a sus hijos con una especie de buen humor vivificante. François, su pareja, ingeniero en la Agencia Aeroespacial, trabajaba en los planos de los programas Airbus. Michel Campion, tras acabar su residencia, se había incorporado a una clínica conocida por sus servicios de natalidad y de cirugía cardiaca. Brigitte, su mujer, dividía su tiempo en toda clase de actividades deportivas y en gran variedad de cuidados estéticos, que iban desde la manicura al *rollfing* pasando por los reflejos de los peluqueros biocosméticos. Sin embargo, la contribución de todos aquellos gremios no aportaba ningún cambio al problema de Brigitte Campion: no poseía elegancia alguna, ningún encanto y, por donde la miraran, parecía un hombrecito mal vestido. Los Campion tenían un hijo al que nunca veíamos, del que casi no hablaban y que pasaba la mayor parte del tiempo bajo los buenos cuidados de la madre de Michel.

Aquellas veladas con cena empezaban siempre de la misma manera: las mujeres venían a la cocina para hablar de recetas, familia y niños, mientras que los hombres se tomaban una copa en el salón discutiendo de trabajo con Anna. A menudo me he preguntado qué pensaban de mí Brigitte y Laure. ¿Seguía siendo para ellas un hombre completo o más bien un ser híbrido, un mutante que conservaba la apariencia de la masculinidad pero estaba dotado de una placa madre decididamente femenina? Si me lo hubiesen preguntado, hubiera respondido que me veía como una especie de nadador de agua dulce, a menudo triste, a veces cansado, y que, a medida que iba haciendo largos, se parecía cada vez más a un ahogado.

Durante aquellas cenas, Anna se transfiguraba. Rodeada de sus amigos, dejaba a un lado las hipocresías profesionales, las

preocupaciones obligatorias, los balances contrastados y volvía a estar deslumbrante. A pesar de que yo no tenía nada que ver con aquella transformación, me sentía feliz al encontrar de nuevo, durante unas horas, a la chica que le había arrebatado a Elias en reñida lucha.

Aquella noche estábamos todos aún sentados a la mesa cuando sonó el teléfono. Era mi madre. Su voz parecía venir de otro planeta: «Tu padre ha vuelto a tener un ataque… el SAMU se lo lleva al hospital… tengo que dejarte… me voy con él…». A partir de aquel instante, cada detalle de aquella velada ha quedado grabado en mi memoria. El disco de Murray Head, *Between Us*, que sonaba como música de fondo. El olor de los perfumes y del tabaco mezclados. La luz tranquilizadora de las lámparas repartidas armoniosamente por la habitación. El extraño rostro de todos los invitados, vueltos hacia mí, mirándome fijamente. El sonido de un bocinazo prolongado e impaciente, en la calle. Anna diciendo: «¿Qué sucede?». Y la profunda convicción, plantada en mí como una estaca, de que no volvería a ver a mi padre con vida.

Al llegar al servicio de reanimación del hospital Rangueuil, mi madre parecía ya una mujer anciana. Estaba de pie junto a una mampara, con los brazos anudados sobre el pecho, temblando en medio de un invierno invisible. Al verme, me hizo un gesto con la cabeza lleno de ternura que quizá significaba: «No corras, ya no vale la pena».

Mi padre estaba al otro lado del tabique acristalado, tumbado en una cama metálica. Tenía aquella misma expresión relajada que le había observado cuando hacía la siesta en verano, con la boca entreabierta y la mandíbula ligeramente caída. Estaba perfusionado y varios cables eléctricos le unían a un monitor. Anna intentaba reconfortar a mi madre, el cardiólogo de guardia leía unos gráficos, los aparatos emitían breves señales eletroacústicas, todo parecía bajo control y, sin embargo, imperceptiblemente, mi padre se nos iba.

Hacia medianoche, el médico vino a vernos para explicarnos la extensión de las lesiones que sufría el «señor Block». Mi madre le escuchó sin valor para corregir el error patronímico. Y cuando el

doctor le dijo: «Vuelva a su casa y descanse, señora Block, la veré mañana y espero poder darle mejores noticias», asintió sin decir siquiera una palabra. Aquella propuesta le convenía. Sobre todo, significaba que aquel hombre le había asegurado implícitamente que habría un mañana y que Victor Blick no se iría así, solo, sin volver a ver a nadie, en mitad de la noche. Con una promesa como aquélla, ella aceptaba, sin inmutarse, apellidarse Block, ahora, mañana y, si era necesario, el resto de sus días.

Mientras acompañaba a mi madre a su casa, tuve la certeza de que llegábamos al final de una historia en común y de que mi padre iba a morir. Lo que me desconcertaba era tener la sensación de ser el único en saberlo.

Me quedé con mi madre. Se tomó un té, habló conmigo un rato de Anna y de los niños, luego subió a su habitación, agotada, y se quedó dormida como una piedra. Abajo, electrizado por la ansiedad, me esforzaba en pasar las horas caminando por el salón o por los senderos del jardín, con la cabeza llena de ideas incoherentes y de pensamientos heteróclitos. Mi hermano y yo en coche con mi padre. Mi abuela eructando sus «Mikoyashhh». La foto del perro de Sinika. Mi abuelo Lande en la cima de la montaña. Collins al borde de la Luna. Los ojos huidizos del doctor Ducellier. El cielo estrellado de las noches de sequía. Yo, tirando adoquines a los escaparates de la concesión familiar.

Durante aquella larga noche rememoré también imágenes de mi padre en su época de esplendor, cuando maniobraba aquel enorme paquebote galáctico que parecía velar por la ciudad «Día y Noche». A él se le ocurrió aquel inolvidable nombre. (Hoy, claro está, el garaje ha desaparecido, pero la gente sigue orientándose a partir de este invisible punto cardinal que permanece anclado en la cabeza de varias generaciones de habitantes de la ciudad). Tras las mamparas acristaladas de su despacho, con su traje de chaqueta cruzado y su sombrero de fieltro de Espéraza, recordaba a un personaje de Tati, rico en certezas, fiel defensor de sus prerrogativas, pero chispeante de alegría infantil cada vez que le dejaban toquetear los mandos del mundo moderno. Los coches entraban y salían en un *ballet* de

neumáticos chirriante sobre las baldosas color frambuesa del suelo. Maníaco de la limpieza, mi padre pretendía que su establecimiento se pareciera más a una maternidad que a un taller de cambio de aceite. Su máximo orgullo era que el aire que se respiraba en Día y Noche no estuviera contaminado por ningún olor a hidrocarburo. Sus jefes de taller seguían sus consignas y cada gota, cada fuga, cada vertido se recogía y limpiaba inmediatamente con un trapo. Mi padre compraba enormes fardos de telas viejas que destinaba exclusivamente para este uso. No sé por qué llamaba a los P60 los «Pedro», pero recuerdo perfectamente que él, que casi nunca hablaba de coches, en una época se puso a explicar, a defender y repetir que el Simca 1100 era, desde un punto de vista estético y técnico, la matriz de la tracción delantera de los tiempos modernos. En un tono casi bíblico, con una voz pastoral, concluía siempre su homilía diciendo: «Ya veréis, cien veces será copiado, o por lo menos imitado, pero nunca será igualado». Aquellos alejandrinos no eran fruto del azar o de una facilidad cualquiera para la improvisación. Estoy convencido de que aquella oda a la Simca, como un Hugo de las Ferodo[16], la escribió un día en algún lugar.

Las noches que preceden a la muerte de un padre son siempre extrañas, irreales, febriles y confusas, habitadas por fantasmas inesperados, por reminiscencias incoherentes. Las llamas de la memoria bailan en todas direcciones, dispensan su luz, ahuyentando hora tras hora el implacable dominio de la oscuridad. Se mezclan tantas cosas que al final ya no se sabe qué es lo que se desea realmente, la muerte porque calma la angustia o, simplemente, un poco más de vida porque nunca se sabe.

Aquella vez lo supimos hacia las cinco de la mañana. Por teléfono, la voz dijo cosas sencillas. El corazón había dejado de latir. La inútil reanimación. El silencio de los cardiogramas. No se apresuren. Está aquí. Les espera.

Y mi madre, arrancada de su noche, se viste con la prisa del viajero, baja corriendo los peldaños de la escalera y da un portazo con la puerta del coche como queriendo seccionar toda atadura con el mundo. Pide que vayamos más rápido, dice que quizá aún

podamos llegar a tiempo, llora suplicando a no sé quién que haga Dios sabe qué, pregunta por Anna con la que había estado unas horas antes, se preocupa por los niños, maldice el teléfono, habla por primera vez de mi padre en pasado, sale trabajosamente del coche, cruza el largo pasillo agarrándose a mí, entra en una habitación débilmente iluminada, se acerca a la camilla, mira, como puede, la muerte de cara, y al extremo de un invisible pontón, abandonando toda forma de resistencia, se desploma estrechando la mano de mi padre en la suya.

Me quedé de pie un momento, inmóvil, como si estuviera esperando algo o a alguien. Luego me acerqué y besé a mi padre. Le besé desde lejos, como si apenas le conociese. Su piel estaba tan fría.

Al salir del hospital, volví a casa directamente. Empezaba a hacerse de día. Anna dormía aún profundamente. Me senté en la cocina y rompí a llorar frente a un vaso de soda.

Mi padre no conocería nunca los Talbot. Desde 1979 la Simca ya no existía. Había sobrevivido un año a la desaparición de su marca.

FRANÇOIS MITTERRAND (I)

(21 mayo 1981-7 mayo 1988)

Nunca tuve tantas cosas que contarle a mi padre como durante los meses que siguieron a su muerte. Hubiese querido darle una explicación sobre mis ausencias de su lado, mis indiferencias pasajeras, mis silencios, el poco caso que había prestado a sus asuntos familiares y a su garaje. Me hubiera gustado pedirle consejo, hablarle de mis preocupaciones por Anna y los niños, y escuchar lo que pensaba realmente de lo que había hecho con mi vida.

No podía imaginar hasta qué punto la muerte de mi padre iba a cambiar el curso de mi existencia y a modificar mi percepción de las cosas. Con su marcha, dejé de ser un hijo y tomé conciencia físicamente de mi parte de unicidad. Ya no era el hermano pequeño del incomparable Vincent Blick, sino algo que era igualmente intimidatorio, un «hombre hecho de todos los hombres, que vale por todos y que cualquiera vale por él»[17]. Mi madre se hundió en una espiral de ansiedades mal definidas que se alimentaban las unas a las otras. Por ejemplo, el temor a quedarse sin dinero para seguir manteniendo su casa, demasiado grande y vieja, era a menudo una de sus principales preocupaciones. Para calmar aquel tormento se me ocurrió proponerle vender el apartamento de Torremolinos.

Con aquello conseguí matar dos pájaros de un tiro: le quité una preocupación a mi madre y me deshice de un patrimonio que me estorbaba moralmente.

Poco antes de la muerte de Franco, la sociedad Ibérico hundió a

personas y bienes en una clamorosa quiebra internacional. En efecto, una enloquecida práctica colusoria había llevado a sus administradores a vender a varios clientes el mismo apartamento. Habían llevado a cabo aquel miserable subterfugio cientos de veces. Un viaje al despacho del administrador madrileño me sirvió para saber que era el único propietario del apartamento 196 del edificio Tamarindos 1. Ya sólo tenía que poner en venta aquella vivienda y cobrar su valor en pesetas. Al adquirir aquel modesto bien, mi padre, de alguna manera, había apoyado el régimen franquista antes de convertirse, de forma totalmente involuntaria, en una de aquellas pequeñas fichas de dominó que, en su caída, contribuirían al desmoronamiento de todo un sistema.

Hacia mediados del mes de mayo de 1981 recibí una llamada de la agencia inmobiliaria de Torremolinos comunicándome que un cliente madrileño quería comprar el apartamento. Estaba de acuerdo con el precio, sólo había que firmar el acta de venta en una notaría local. Antes de realizar este viaje, es conveniente recordar la apariencia poco atractiva que tenía Francia en aquella época: la de un país alcanzado por sus viejos demonios conservadores. La elección de Mitterrand había provocado la bajada del franco, una caída del veinte por ciento de los valores bursátiles y fugas de capital que huían, noche y día, hacia todas las fronteras de la nación. Y yo, en aquel momento, con el ánimo ligero y el pie raudo, conducía mi coche hacia Barcelona. Tenía un viejo Triumph V6, un pequeño y extravagante cabriolé inglés, de aspecto ictíneo, con faros inclinados y una rejilla de ventilador arrugada que le daba la apariencia de estar de mal humor y de circular a regañadientes. Había decidido ir en coche hasta Cataluña y luego coger un avión hasta Málaga.

Recuerdo el ambiente liviano de aquel vuelo primaveral hacia el sur, la cabina luminosa del Boeing de Iberia, la sensación de que me murmuraba que las cosas estaban cambiando y que la suerte cambiaba. El avión siempre ha tenido en mí efectos analgésicos y euforizantes. Quizá debido a la rarefacción del oxígeno, aunque puede que sea el hecho de volar a treinta y seis mil pies lo que me provoca la embriagadora ilusión de estar fuera del alcance de los

problemas y las preocupaciones terrenales.

Relajado en mi asiento, con la cabeza apoyada contra la ventanilla, pensaba en lo que acababa de suceder en Francia, en aquella extraña elección que había concluido con la salida teatral de Giscard d'Estaing, levantándose de su sillón, abandonando la escena, para dejar a los franceses cara a cara con el miedo al vacío. Son momentos como éste, imágenes como ésta, que poseen una mediocridad tal en sus propósitos, los que siempre me han quitado las ganas de votar. En mi carlinga, a medio camino entre la tierra y los cielos, pensaba en aquella persona que, de manera ostensible, había abandonado el mundo de los vivos y que había sido sustituida por esta otra, ávida desde siempre, que había decidido inaugurar su mandato visitando a los muertos, con cartas en la manga. No me gustaba esa gente y, aún menos, la representación que daban, en público, de sus pobres intenciones o de sus ruines emociones.

Desde el balcón del apartamento, casi podía ver la costa marroquí y el final de los sueños de mi padre. Aquella noche quería ser sus ojos, enseñarle lo que ya nunca podría ver. Con la quiebra de la sociedad, el edificio había perdido su soberbia. El gran vestíbulo de mármol ya no estaba lleno del ruido de la actividad de los porteros y de los chóferes. Los relojes de aluminio que indicaban las horas de las grandes capitales mundiales estaban parados. Los exuberantes jardines interiores que serpenteaban hacia los pisos estaban mustios. Aquellos orgullosos espacios, dedicados en otros tiempos a los encuentros y al paseo, estaban hoy prácticamente desiertos. El aire era increíblemente suave y el viento del sur, perfumado. Tenía cita en el despacho Consuelo y Talgo al día siguiente, hacia las doce. Todo parecía perfecto. Contemplando el cielo, pensé en la vida que había llevado mi padre y luego, sin darme cuenta, me quedé dormido escuchando el ruido sosegador del mar.

Consuelo se parecía a Talgo, aunque quizá fuese al revés. De todos modos, ambos se parecían más a unos malandrines mexicanos rebosantes de mezcal que a unos notarios andaluces. El despacho se parecía a ellos: sucio, desordenado, improbable. Situado en el segundo piso de un edificio achacoso, constaba de dos habitaciones

contiguas repletas de objetos heterogéneos escasamente apreciados por hombres de leyes: el cuadro de una Mobylette, una vieja nevera, una placa de radiador abandonada en equilibrio sobre unos altavoces, una flamante bicicleta de carrera, filas de latas vacías de cerveza y de soda. Sobre unas estanterías torcidas, unas carpetas parecían puestas a secar como si fueran ropa vieja.

Consuelo observaba a Talgo con el rabillo del ojo, y éste me miraba con recelo. Además de un olor a galleta de maíz quemada, en aquella habitación reinaba un perfume de sospecha generalizada. El ambiente estaba cargado de aromas de estafa.

—Señor don Blick, si desea sentarse…

—¿No ha llegado todavía el comprador?

—De hecho, señor, el comprador no vendrá. Nos telefoneó ayer, ha tenido que quedarse en Madrid.

—¿Quiere decir que me han hecho venir para nada?

—En absoluto. Mi socio, el señor Talgo, hará en cierto modo de fiador en la transacción. Nuestro cliente le ha otorgado poderes.

—¿Tiene ese documento?

—De hecho se hizo ayer y no nos llegará hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Pero esto no supone un impedimento para que firmemos el acta de venta hoy mismo.

—¿Y el pago?

—El señor Talgo le hará un cheque.

—¿Un cheque del despacho?

—No, un cheque personal.

Con su rostro asimétrico, sus mandíbulas caninas cruzadas por una sonrisa torva, aquel notario —si era cierto que algún día frecuentó los bancos de la facultad— rezumaba falsedad en escritura pública, abuso del bien social, malversación de fondos, captación de herencias, tráfico de influencias y otro centenar de miasmas severamente castigados por la ley. En aquel momento, algo me dijo que si aceptaba aquella propuesta nunca más volvería a ver a Talgo, ni a Consuelo, ni las llaves del apartamento, ni mi excepcional título de propiedad, quizá no volvería a ver ni siquiera a mi familia. Desaparecería como por acto de magia, mis hijos se convertirían en

huérfanos y mi madre se arruinaría.

—Lo siento, pero nada sucede como estaba previsto: el comprador no está presente, faltan documentos y proponen pagarme con dinero de una cuenta privada…

—Es cierto, el contratiempo provocado por nuestro cliente cambia algunas cosas, pero lo que le proponemos es absolutamente legal.

—Quizá, pero en estas condiciones les pediré que me paguen el precio total del apartamento al contado.

—¿Al contado? Pero, señor, no tenemos esa cantidad en el despacho…

—Bien, pues reúnanla para esta tarde o para mañana por la mañana.

—¿Ha pensado usted en el control de divisas? No se puede sacar tanto dinero de España sin declararlo.

—Eso es asunto mío.

—Concédanos un instante, señor.

Francisco Talgo y Juan Consuelo salieron de la habitación con semblante de conspiradores. Me había dado cuenta enseguida de que el cliente madrileño nunca había existido y de que Talgo quería comprar el apartamento para sí mismo. ¿Por qué motivo aquellos dos hombres habían montado toda aquella historia cuando hubiese sido mucho más simple hacer las cosas con normalidad y decirme la verdad?

Al ver a los dos socios volver hacia mí, pensé que muy pocos letrados en el mundo podían, llegados a aquel punto, adoptar una postura tan testaruda, exudar la traición y emitir tal cantidad de ondas malintencionadas.

—La cantidad estará lista mañana por la mañana, señor.

Uno junto al otro, como gemelos intrigantes y malsanos, se esforzaban por sonreír como individuos que siempre tienen algo por lo que pedir excusas. A la mañana siguiente, Consuelo pasaba obsequiosamente las páginas de los documentos oficiales mientras que Francisco Talgo y yo poníamos nuestras firmas. Para demostrar aplomo, Consuelo hablaba a tontas y a locas del clima, del cultivo de

la naranja, de los alemanes que invadían la costa. No prestaba demasiada atención a sus comentarios baladíes hasta que me hizo una pregunta más personal:

—¿Regresa usted a Francia por la costa atlántica o por Barcelona, señor?

El día anterior, sin saber muy bien por qué, había mentido a los dos notarios diciéndoles que había llegado a Málaga en coche. De repente, presa de un ataque de paranoia, tuve la convicción de que aquellos dos hijos de puta iban a denunciarme a aduanas en cuanto les dijera por dónde pensaba cruzar la frontera. No sólo se vengarían del daño que les podía haber hecho sino que, además, recibirían la recompensa reservada a los informantes.

—Volveré por Madrid, Burgos y el País Vasco.

—Hermosa región, señor, hermosa región.

Cuando Talgo abrió su maletín y amontonó frente a mí una verdadera fortaleza de pesetas, comprendí que me había metido en un buen lío. ¿Dónde iba a meter todos aquellos fajos? No llevaba maleta y tampoco me quedaba tiempo para comprar una. El avión me esperaba. Consuelo y Talgo me miraron al marcharme como se mira alejarse un paquete bomba.

El Boeing despegó puntualmente y poco faltó para que lo perdiese. Emparedado entre billetes, inflado de papel moneda, estaba envarado en dinero. Había por todas partes. En los bolsillos del pantalón, de la camisa, de la cazadora, del impermeable, en los dobladillos, alrededor de la cintura e incluso en los calcetines, enrollado en torno a mis tobillos. Durante unos breves destellos de euforia, me alegró la idea de haberme impuesto a los dos polizontes y de haber salido vivo de aquella emboscada. Un instante después, era presa de una crisis de ansiedad al pensar que me habían pagado con moneda falsa o que me había dejado engañar en el juego de las divisiones y multiplicaciones de los tipos de cambio. Bañado en sudor, con las manos húmedas y temblorosas, fui a refugiarme en el servicio para volver a contar por encima los billetes de mi tesoro escondido. O, mejor dicho, aquel dinero que ayudaría a mi madre a quitarse de encima sus principales preocupaciones.

Cuando me senté al volante de mi coche, en el aparcamiento del aeropuerto de Barcelona, debía de parecerme a esos supervivientes transfigurados y embelesados que sonríen a la vida y al mundo, llenos de agradecimiento hacia sus salvadores y dispuestos a amar a toda la tierra hasta el final de los tiempos. Di al contacto y los seis cilindros del viejo Triumph se lanzaron a cuerpo descubierto a las galopadas de la combustión. Sólo quedaban unos cientos de kilómetros para finalizar mi misión. En la autopista que conducía hacia el puesto fronterizo de Le Perthus, pensé que, aquel mes de mayo en que los capitales huían hacia todas partes y hacia todos los países, yo debía de ser el único ciudadano francés que estaba a punto de hacer *entrar* dinero en territorio nacional.

El aspecto cómico de aquella situación iba a volverse grotesco. A unos veinte kilómetros de la frontera, el motor empezó a hacer un ruido extraño, una especie de gargarismo con consonancias metálicas, seguido por un ruido seco y un momento infinito de silencio. Por un instante el Triumph dio la impresión de planear por encima de sus problemas, pero luego, atrapado de nuevo por la realidad, aminoró inexorablemente la marcha hasta pararse en el arcén. La correa de transmisión acababa de romperse. Aquello representaba un día entero de trabajo siempre y cuando se tuvieran las piezas y rogando para que los cigüeñales y las válvulas hubieran resistido a aquella rotura devastadora. Antes incluso de ponerme en contacto con una grúa llamando por el teléfono del poste de socorro, mi primer reflejo fue recuperar los fajos que había escondido en los compartimentos de las puertas y en la guantera y disimularlos de nuevo en los bolsillos de mi ropa, Estaba acabando aquella operación cuando, por el retrovisor, vi un Seat de la Guardia Civil que se disponía a aparcar detrás de mí.

Los frutos de aquel apartamento estaban malditos. España y Cataluña me hacían pagar muy caro el colaboracionismo familiar. No cabía duda alguna de que a aquellos dos policías les iba a resultar extraño oírme crujir a cada paso como un viejo periódico. Acabarían por cachearme y me encerrarían en el peor calabozo de la Península. Los policías no se mostraron curiosos ni suspicaces y me pidieron

incluso que permaneciera dentro de mi vehículo hasta que llegara la grúa. Encendieron sus luces de emergencia para prevenir a los demás conductores y se quedaron fumando tranquilamente en su coche que, a medida que pasaba el tiempo, se iba llenando de una espesa nube azulada. A aquella distancia de la frontera, el encargado de remolcar los vehículos averiados era un garajista francés de Perpiñán. El hombre, que ni siquiera levantó el capó, subió el Triumph a la plataforma. Me preguntó si quería sentarme a su lado en la cabina. Le contesté que prefería quedarme en mi coche. Pasamos el puesto fronterizo sin siquiera pararnos, tomando el carril reservado a los vehículos de servicio. El chófer me dejó en la estación y me pidió que le telefoneara al cabo de dos días para saber cómo andaba mi motor.

Cogí el tren para Toulouse hacia las diez de la noche. Guardo un recuerdo de pesadilla con vagones llenos de militares ruidosos, de ojos enrojecidos y dientes amarillentos, chapoteando en un olor a cerveza mezclada con orina y abalanzándose en los compartimentos gritando barbaridades. La maldición continuaba. Avaro con mis movimientos, aterrado con la idea de llamar la atención de aquella horda salvaje, me esforcé en sudar en silencio, arropado en mi abrigo de divisas, protegido detrás de mi blindaje de papel moneda.

Al día siguiente, a primera hora, estaba en el banco, aquella vez con mi peculio bien guardado en un maletín de cuero. Cuando lo abrí, el responsable de la agencia no pudo reprimir un movimiento nervioso de su labio superior. Yo estaba lejos de imaginarme que aquel imperceptible estremecimiento traicionaba la intensa alegría interior del depredador al comprender que su presa ya no se le podía escapar.

—En estos momentos, no es frecuente que nuestros clientes nos traigan dinero del extranjero…

—Ya lo sé.

—Incluso si su gesto es… digamos… patriótico, no por ello esta entrada de divisas deja de ser una operación que infringe el control de cambios. Tendría que haber hecho una transferencia de banco a banco…

—Ya lo sé, pero era imposible, no tenía elección.

—Naturalmente, podemos ingresar estas pesetas en la cuenta de su madre, sin embargo debe saber que, técnicamente, esta operación va a engendrar gastos y que, por lo tanto, no podremos, claro está, aplicar la tasa de cambio real.

—¿Qué significa esto exactamente?

—Exactamente lo que le acabo de decir: perderá en el cambio.

—¿Cuánto?

—Le podré contestar a primera hora de esta tarde cuando haya consultado con nuestro servicio de divisas. Para una cantidad como ésta, necesito el aval de París.

A las tres, el responsable de la agencia me hizo entrar en un pequeño salón situado junto a su despacho. Inmigrante ridículo, viajero grotesco, seguía con el precioso maletín a mi lado.

—Las noticias no son muy buenas, señor Blick.

—¿Es decir?

—Teniendo en cuenta las circunstancias políticas y económicas actuales, que, como usted sabe, son bastante excepcionales, la dirección le propone transferir este dinero a la tasa de cambio del día menos diez puntos.

—¿Qué significa diez puntos?

—Diez por ciento.

—¿¡Diez por ciento!?

—Exactamente. Diez por ciento menos que el cambio de hoy.

—¡Es una barbaridad, es ilegal!

—Ya lo sé. Pero lo que usted me pide también lo es. Ningún banco le hará una propuesta mejor si es que encuentra alguno que acepte cambiarle este dinero.

—¿Qué alternativa me queda?

—Volver a pasar de forma fraudulenta estas pesetas a España, depositarlas en un banco ibérico y luego hacer una transferencia legal a la cuenta de su madre.

—Espere, ¿se da usted cuenta de lo qué me está diciendo? Arriesgarme a que me pillen en Le Perthus, como si fuera un especulador, por sacar ilegalmente de Francia dinero *español* que he

traído fraudulentamente de Málaga hace dos días…

—Así es exactamente.

—No le faltan narices… Hablaré con mi madre de su propuesta y mañana le daré mi respuesta… No me gusta su forma de aprovecharse de la situación.

—Admito su punto de vista. En cambio, lo que me cuesta entender son las razones que le han llevado a meter de forma ilegal en Francia una cantidad como ésta, en lugar de realizar una transferencia bancaria que no le hubiera costado nada…

Las razones se llamaban Juan Consuelo y Francisco Talgo. Dos simples notarios. Dos pequeños traficantes mal afeitados. Pero aquel banquero, tan tranquilo y cuidado, que chapoteaba en sus cifras y en la elegancia discreta de aquel despacho, ¿acaso no era, en realidad, un malhechor más aterrador que aquel rocambolesco par de rateros andaluces?

Mi madre, que no amaba ni las cifras ni las negociaciones, aceptó entusiasmada la propuesta de su banco, contenta de recuperar gran parte de aquel dinero extraviado y exiliado durante demasiado tiempo.

Dos años más tarde supe que el director de la agencia, que tan hábilmente me había impuesto sus condiciones, había sido despedido debido a varias indelicadezas. Nunca supe si la que cometió con mi madre figuraba entre las malversaciones que se le reprocharon.

Si, por un lado, 1981 selló mi fracaso como traficante, fue también el de mi entrada en la fotografía. Los niños habían crecido y ya iban al colegio. Seguía ocupándome de ellos, al tiempo que intentaba trabajar durante mis momentos de libertad. Las relaciones del padre de Anna me ayudaron a conseguir varios encargos, varias series de imágenes abstractas y llenas de color destinadas a alegrar embalajes.

Durante el día fotografiaba y, al llegar la noche, desaparecía en mi agujero para dedicarme a revelar y a hacer copias. Con aquel nuevo horario ya casi no veía a Anna y tuvimos que coger a alguien para suplir mi ausencia con los niños. Vincent y Marie estaban muy

intrigados porque ya no tenían a su padre permanentemente junto a ellos. Se habían acostumbrado a vivir con aquella presencia masculina, aquel padre siempre disponible que lavaba sábanas, planchaba pijamas, preparaba meriendas y enjugaba lágrimas con la naturalidad de una madre.

Tras animarme, durante años, a que llevase una vida de niñera, ahora Anna deseaba que dejase aquellas tareas domésticas y me incitaba a perseverar en mi empresa fotográfica. Incluso tenía una opinión muy tajante sobre la calidad de mi trabajo. Técnicamente era irreprochable, pero estaba especialmente desprovisto de vida, no tenía relación con el mundo real. Aunque las certezas y la suficiencia de mi mujer siempre me habían exasperado, no podía, en aquel caso, decir que se equivocara por completo. Quien hubiera encontrado la más mínima huella de actividad humana en mis cajas de Ilford o Agfa hubiese sido realmente espabilado. Sólo fotografiaba cosas, cosas inmóviles, fragmentos minerales, partículas vegetales. Incluso, a veces, me conformaba con puras abstracciones, feliz de poder captar una irisación de luz o la profundidad de una sombra. A través de sus críticas, comprendía qué orientación le hubiera gustado a Anna dar a mi trabajo. Le hubiera gustado que fuera un reportero de actualidad provisto de cilios vibrátiles, un testigo sin fronteras palpando con audacia las entrañas del mundo, ametrallando cada uno de sus temblores, captando todo lo que se mueve, cambia, se menea, se agita, salta, corre, desfila, chulea, se bambolea, cae, nace, llora, se aburre y muere. En realidad, Anna Villandreux deseaba que entrara a trabajar en *París Match* mientras que a mí, a veces, hasta me costaba salir de casa.

El que mirara mis fotos podía pensar que vivía en un universo en el que la vida, tal como se entiende normalmente, había desaparecido de forma rotunda. Sin embargo, aunque todas aquellas imágenes mostraran cosas y no seres, a mí me parecía que, cada una de ellas, con su modesta candidez, su rechazo a *aparentar*, inspiraba una forma de paz, de dulzura e incluso de amabilidad. Aún no lo sabía, pero todo lo que Anna me reprochaba pronto iba a convertirse en la base de mi éxito.

Cuando pienso en aquella época, me digo que Anna y yo teníamos una especie de relación de vecindad. Vivíamos de una forma estúpida, pero nos llevábamos bien. Totalmente dedicada a la práctica de los negocios, dirigía su empresa como una amazona de concurso que esconde la fuerza de sus puños y unas corvas de acero bajo su elegancia. Muy pronto, Anna llegó a conocer su empresa y a calar la verdadera naturaleza de sus empleados. Sin preocuparse por el estado de ánimo de cada uno de ellos, había aumentado imperceptiblemente lo$ ritmos de producción y realizado prospecciones de nuevos mercados para la exportación. Como una exhalación, había transformado una tranquila casa familiar en una especie de *ballroom* frenético en el que todo el mundo bailaba al son del canon. Naturalmente, la cifra de negocio lo repercutió: seis por ciento más el primer año, nueve por ciento el segundo, doce por ciento el tercero y, desde entonces, se mantenía la cadencia. Sus nuevos *spas* y *jacuzzis* estaban moldeados en plásticos tornasolados que recordaban por su textura y su color a las fichas de casino. Todo aquello era de un mal gusto aterrador y se vendía como churros. Era como para pensar que Francia y el sur de Europa ahorraban con todas sus fuerzas para regalarse el privilegio de chapotear días enteros en las abominables marmitas de burbujas de Anna. Del mismo modo que mi mujer no se privaba nunca de dar sus opiniones sin miramientos, no soportaba que nadie pudiera expresar la más mínima reserva sobre la calidad o la estética de sus productos. Una vez más tuve ganas de comprobar la sensibilidad de su epidermis cuando, una noche de primavera, me mostró la maqueta de su nuevo catálogo para 1983:

—No está mal, ¿verdad?

—¿Sinceramente?

—¿Qué, sinceramente…?

—¿Quieres que te diga sinceramente lo que pienso de todo esto?

—Claro.

—No es nada del otro mundo. En fin, para mi gusto. Los materiales, sobre todo los colores…

—¿Qué les pasa a los colores?

—Este verde metalizado, este azul con reflejos, este amarillo irisado de naranja, estos pigmentos brillantes, son verdaderamente… especiales.

—¡Ah, bueno! ¿Y tú, desde cuándo tienes una opinión sobre los *spas*?

—Desde que me la pides.

—Tienes razón. No sé cómo se me ha ocurrido enseñarte estas cosas a ti, que eres un puro esteta…

—No te piques… es ridículo.

—¿Quieres que te diga lo que es ridículo? ¡Tu actitud es ridícula! ¡Tus reflejos de pequeño izquierdista de mierda son ridículos! Te burlas de lo que hago, de la dificultad que representa para una mujer sola hacer que una empresa como la mía funcione. La competencia, la exportación, las tasas de cambio, las leyes del mercado, ¡estás muy por encima de todo esto!

—Anna…

—Lo único que te importa es no crecer, es hacerte el niño junto a tus hijos, huir de las responsabilidades. Yo cada día tengo que luchar para conseguir que vivan sesenta y tres personas. Perdón, sesenta y cuatro, me olvidaba de ti…

—Resulta elegante.

—¡De cualquier forma, es así! ¡Por no hablar de tus amigos de la Unión de Izquierdas que devalúan dos veces el franco en un año, gravan más y más las sociedades y crean el impuesto sobre la fortuna! Así que, en estas circunstancias, me perdonarás si fabrico *spas* de mal gusto que, de todas formas, poseen el gran mérito de venderse y de permitirnos vivir.

—Desde hace algún tiempo también mis fotos contribuyen un poco a ello, ¿no?

—Tus fotos… Bueno, con tus fotos… ¿Quieres que te diga qué pienso de tus imágenes congeladas?

—No hace falta, acabas de hacerlo.

No había que mencionar nunca nada que hiciera referencia a Atoll, de cerca o de lejos. Las piscinas en forma de riñón, comercializadas con el nombre de Riviera Line, los filtros con

diatomeas Epurator, las bombas Excellence o las ridículas marmitas de burbujas Balloon, todo aquello pertenecía al ámbito de lo sagrado, de lo intocable. Expresar una duda, aunque fuese estética, sobre el más mínimo producto equivalía a atacar a Anna personalmente, a cuestionar su vida, su obra, sus competencias, a Adam Smith, e incluso nuestra pareja delicuescente que se marchitaba, al igual que nuestra sexualidad.

Anna ahogaba su libido en los bajos fondos de su Atoll, mientras yo deslizaba la mía en el cálido trasero de Laure Milo.

Las salidas del colegio, las meriendas de cumpleaños, los miércoles por la tarde, las vacaciones escolares, todas aquellas actividades compartidas nos habían, lógicamente, acercado. En aquella época, Laure se sentía tan sola como yo porque François, su marido, tenía con la aeronáutica la misma relación exclusiva que Anna con los baños de recreo. Vivía sólo para sus planos y alimentaba la obsesión, común a todos los *salarymen* de aquella corporación, de arrebatar, algún día, el liderazgo del cielo a Boeing. *Toulouse antes que Seattle*. El corolario de esta manía patriótica implicaba que pasara todo su tiempo libre dibujando las curvas de sus alas en lugar de acariciar las de su mujer. Durante las cenas semanales que organizábamos juntos, se empeñaba en demostrarnos que el corazón y el alma de Airbus Industrie, ese consorcio europeo, se hallaban en Toulouse y en ningún otro lugar: «Aquí es donde se imaginan se dibujan, se ensamblan todos estos aviones. Desde aquí despegan desde el Concorde hasta el 300. Todos los demás países que participan en el programa no son más que contratistas subsidiarios. Si realmente quieres comprender el funcionamiento de Airbus, nunca tienes que olvidarte de esto». Si en aquel momento, François Milo, jefe de proyecto de no sé qué estabilizador o borde de ataque, hubiera bajado sus ojos, fijos en los cielos, para deslizados más modestamente bajo la mesa, hubiera visto la punta de los dedos de la madre de sus hijos rozar y acariciar mis órganos reproductores. Algunos días de la semana, mientras nuestros hijos estaban en el colegio, Laure tomó por costumbre venir a verme al laboratorio. Entraba, nos encerraba en aquel calabozo protector y hacíamos el

amor con todas nuestras fuerzas, ahogándonos de calor en aquel espacio cerrado, con nuestros cuerpos enredados y forzados que despedían olores íntimos que se mezclaban con el aroma acre del hiposulfito. Bajo la luz amarillenta de la bombilla de sodio, imbricados de aquel modo, palpándonos intensamente, debíamos de parecer un pulpo humano, un enorme calamar de Humboldt autodevorándose.

Desde pequeño no llevo ropa interior. Esos tejidos y algodones redundantes siempre me han molestado. Su contacto me resulta muy desagradable. Nunca olvidaré la descarga erótica que sintió Laure al descubrir esta modesta particularidad. Para ella simbolizaba una especie de disponibilidad sexual, algo distinto a sus costumbres matrimoniales, «Conoces a François, mojigato como un fraile. Si pudiera se pondría tres *slips*». Vivir todos los días sin calzoncillos representaba el colmo del libertinaje, el no va más del estupro, de la lujuria y el desenfreno. Era el primer hombre de este tipo que conocía y aquello la excitaba.

Sobrepasado un cierto grado de excitación, Laure se volvía voluble y se expresaba sin ningún tipo de censura. Era como si, bajo la presión del deseo, una válvula se abriera en ella y dejara escapar un chorro de vapores libidinosos reprimidos durante mucho tiempo. Decía cosas que me erizaban los pelos de placer y algunas de sus descripciones me ponían carne de gallina. Sus nalgas, como ya dije, habían sido dibujadas por un jefe de proyecto tan obsesionado por la perfección del detalle como podía serlo su marido. Nada, ni una peca, ni la más mínima arruguita, estropeaba la perfección de aquellos globos extraterrestres. Bastaba con que Laure apoyara los codos en el borde de la ampliadora y levantara su falda para que la continuación y el mundo entero fueran evidentes.

Ni ella ni yo estábamos sujetos a jesuíticas contriciones poscoitales. Entre nosotros no había pesares, remordimientos o culpabilidad alguna. Únicamente placer, francamente eficaz y sin la menor alusión a los cónyuges. Fuera de nuestro reducto nos esperaban nuestras respectivas vidas de las que cada uno sabía qué pensar. Pero allí, en aquel laboratorio, aquel principado de la

jodienda y el placer, rodeados de sales de plata y de imágenes muertas, disfrutábamos sin trabas, dejándonos ir como viajeros solitarios que se acoplan frenéticamente con desconocidos.

A menudo me ha llamado la atención el encarnizamiento con el que gente educada, razonable e inteligente se las ingenia para estropear su vida sexual apareándose durante decenios con un compañero también cariñoso, con talento y brillante, pero dotado de un reloj biológico y social que nunca va al compás del de su cónyuge. Y, a pesar de esta incompatibilidad, la pareja asincrona se agarra, se debate en la cola de lo imposible, el cieno de las frustraciones, negando la evidencia. Cuando François Milo empleaba toda su energía para vender medios de transporte a Aer Lingus, Laure soñaba con cunnilingus. Y, sin embargo, seguían viviendo juntos en aquel *no man's land* mudo y asexuado en el que criaban a sus hijos, miraban la televisión, se iban de vacaciones y compraban coches familiares a crédito.

Hacer el amor con Laure era una actividad tan vivificante y natural como correr a pleno pulmón por un campo. Aún no lo sabía, pero aquellas agradables galopadas me conducirían hacia el recinto mullido que el destino me preparaba. Una vez más, ese azar complaciente se presentó bajo los rasgos de Jean Villandreux.

Tras ceder la sociedad a su hija, mi suegro se había instalado firmemente al mando de *Sports illustrés*, lanzándose enseguida al frenético proyecto de renovación de una revista que parecía fijada en mármol desde su creación. Aquellos cambios sorprendieron profundamente a una redacción incapaz de comprender que un fabricante de piscinas, hasta entonces propietario discreto, se permitiera bruscamente desfigurar un patrimonio y una institución. Oficialmente, nada justificaba aquellos cambios salvo una vaga voluntad de modernización expuesta sin demasiada convicción por la dirección. La verdad era mucho más sencilla: Villandreux se aburría. Los chismes sobre deportistas que antes le divertían ya no bastaban para llenar el vacío de sus tardes. Lo que ahora deseaba, lo que necesitaba, era acción, movimiento.

Empezó por meterse con el color amarillo del papel de la revista,

que se empeñó en blanquear en un fin de semana. Luego cambió todas las fuentes, la composición y el conjunto de la maqueta. Con motivo de cada operación me llamaba y me pedía que fuera a su despacho. Ponía varios proyectos sobre la mesa y me instaba a que escogiera uno:

—Deme su parecer, Paul.

—¿Por qué me pide esto? Ya sabe que no sé nada de prensa.

—Quizá, pero tiene buen ojo, todos los fotógrafos tienen buen ojo y usted más que ninguno.

Desde hacía un tiempo, en la mente de Jean Villandreux me había convertido realmente en «el tipo-que-tiene-buen-ojo», una especie de gurú de lo visual capaz, por instinto, de separar el grano de la paja. Las fotos, que tanto irritaban a la hija, subyugaban por completo al padre hasta el punto de dejarle boquiabierto ante la imagen de un par de árboles o de tres guijarros mojados.

—Al final de esta semana cambiamos las fuentes. ¿Cuál prefiere? ¿Garamond, Times o Bodoni?

—Quizá la Times.

—Estaba seguro. Sabía que escogería la Times.

Descolgó inmediatamente el teléfono, llamó al director técnico y le anunció que a partir de ahora el periódico se imprimiría con la Times.

—Por cierto, ¿qué tal está Anna?

—Bien.

—¿No le da demasiado la lata con sus historias de tasas de aprendizaje o de informes para ayudas a las exportaciones? Hay que reconocer que se las arregla bien. Ha hecho subir los beneficios de forma increíble. ¿Y usted?

—Yo, ¿qué?

—¿Qué tal está? Encuentro que no tiene muy buen aspecto. Parece cansado. Ya sabe, como todos esos individuos que hacen sus cosas a la chita callando. ¡Ah! ¡Ah!

—Estoy bien.

—En serio, Paul, quizá tenga algo para usted. Un trabajo importante, algo interesante.

—¿Aquí en el periódico?

—No, en París. Un amigo editor tiene la intención de publicar un libro de regalo sobre árboles, creo que será algo muy particular, una especie por página, lujoso y todo eso, ya ve de qué tipo. Le he hablado de su trabajo y realmente parecía interesado. Le gustaría que le llamara.

—Es muy amable. Será gracias a usted si empiezo a sacar provecho de mis fotos.

—¿Qué piensa Anna de su trabajo?

—Usted ya lo sabe…

—Encuentro que cada vez se parece más a su madre…

Yo, al que atribuían buen ojo, también tenía buen oído. Y aquella observación, puedo afirmar, no sonaba en absoluto como un cumplido. Ya, en otras ocasiones, había notado la acidez de ciertas reflexiones de Jean Villandreux sobre su mujer. Parecía la reacción de un hombre decepcionado, abandonado, y traducían un rencor indefinido o una frustración difusa. Por su parte Martine Villandreux seguía siendo muy seductora. El tiempo y la edad parecían no hacer mella en aquel cuerpo y aquella piel que seguían atrayendo la mirada de los varones. Yo mismo, a veces, sentía arrebatos de deseo hacia mi suegra y tortuosos fantasmas de yerno sodomita me asaltaban en la penumbra de mi laboratorio.

—Venga a cenar con Anna esta noche, será un placer para mí.

No tenía duda alguna de que Martine Villandreux tenía un amante, un interno cualquiera o un joven cirujano plástico con quien, de vez en cuando, pasaba la crisis. Desgraciadamente, ya me la había encontrado una vez en su despacho de la clínica en una situación muy poco profesional, aunque tampoco fuera claramente explícita. Una determinada humedad en el ambiente, unas mejillas demasiado sonrosadas, una incomodidad tangible, una intimidad abreviada, todo hacía pensar que algo acababa de suceder o que algo iba a suceder. Mientras Martine Villandreux había retomado de inmediato las riendas de la situación, su compañero —al que me sería realmente difícil poner una cara—, presa de un pánico infantil, se había escurrido entre nosotros como una trucha arco iris. Antes

de que cruzara el umbral de la puerta pude, sin embargo, observar su exuberante erección de marinero. Entonces mi suegra me miró fijamente y en sus magníficos ojos pude descubrir todos los matices del desprecio y el resentimiento. Sin duda, su marido había descubierto aquellos tintes hirientes antes que yo. ¿Quizá incluso los soportaba cada noche?

Aquella mujer estaba dotada de una fuerza y una energía vitales fuera de lo común. Un egoísmo enloquecido, un deseo inalterable de imponerse le permitían atravesar las situaciones más delicadas con una flema que a veces podía confundirse con indiferencia o insensibilidad. Una noche que habíamos ido a cenar a su casa llegó tarde, echando chispas de cólera:

—Lo siento mucho pero he tenido un problema en la clínica. He perdido a una paciente.

—¿Qué quiere decir *perdido*?

—Jean, lo haces a propósito, ¿o qué? ¡Perdido, ya está! ¡Perdido, perdido!

—¿Quieres decir que ha muerto?

—Eso es. ¡Ha muerto!

—¿Qué ha sucedido?

—Esa estúpida había venido para hacerse una reducción mamaria. La opero, todo va bien hasta que tiene una fibrilación. El anestesista se pone nervioso, llama a cardiología y, en lo que tarda en llegar alguien, sufre un paro cardíaco. Imposible reanimarla, no hubo nada que hacer.

—¿Y luego?

—Luego he recibido a la familia para decírselo. Todos los demás se habían desentendido, por supuesto. El marido no entendía lo que había pasado, claro está, y empezó a hacerme preguntas sospechosas. Me lo llevé aparte y, cara a cara, le dije: ¡cuando se tiene una mujer cardíaca, señor, hay que intentar convencerla para que no se remodele los senos! Eso es todo.

—¿Qué dijo el marido?

—Qué quieres que dijese. Se puso a llorar. En cualquier caso espero que todo esto no acabe en los tribunales. Porque si no puedo

asegurarte que la compañía de seguros aprovechará la ocasión para aumentarnos la prima un montón.

Me dije a mí mismo que algún día alguien debió arrancarle el corazón a aquella mujer. Pero lo que más me preocupaba era la frase de Jean Villandreux que no cesaba de darme vueltas en la cabeza: «Encuentro que cada vez se parece más a su madre».

Anna, ante todo, se parecía a su época: insolente, ávida, deseosa de poseer, de tener, de mostrar y, sobre todo, de demostrar que la historia estaba acabada de una vez por todas. Mucho antes que Fukuyama, mi mujer desarrolló esta tesis que reduce el mundo a una especie de masa acrítica, apta sólo para regular el curso de las monedas y para cobrar las ganancias colaterales. En los años ochenta había que estar muerto para no tener ambición. El dinero tenía el olor agresivo y antiapestoso de los ambientadores para baños. Se rogaba a todos aquellos que se sintieran incomodados por aquel aroma que no les quitaran las ganas a los demás. Que se pusieran a un lado. Los socialistas y sus amigos, que rápidamente se habían convertido a la mullida realidad del mundo de los negocios, contribuyentes celosos, alumnos con prisa por igualar a sus maestros, entraban en los entresijos de la industria, se infiltraban en el forro de la banca, se deslizaban en la piel del poder. Una señal que no llevaba a engaño era que mi mujer empezaba a reconocerles alguna cualidad. ¿Acaso no habían elegido a Fabius como Primer Ministro y así habían conseguido alejar a los comunistas del gobierno? «Francia recobra poco a poco un rostro humano», exageraba mi suegra. Así eran el país y la familia con las cuales compartía la vida.

Mi madre se convertía lentamente en una anciana señora. Seguía corrigiendo y poniendo en su lugar a los escritores de todo tipo que se tomaban, por ignorancia o distracción, libertades con los usos lingüísticos. Ella, cuyas preferencias siempre se habían inclinado por la izquierda, no comprendía mis reticencias hacia los socialistas. Aún no lo sabía, pero mi madre alimentaba por François Mitterrand una pasión que se volvería devoradora.

Se llamaba Louis Spiridon —como el primer ganador de la maratón de la era moderna de los Juegos Olímpicos— y dirigía el departamento de «libros de regalo» de una gran editorial parisina. Viéndole deslizarse por aquellos minúsculos pasillos, me daba la impresión de moverse sobre un cojín de aire. Se dirigía a los autores, pero también a los fabricantes, a los libreros o a los distribuidores, con gran ecuanimidad y mucho tacto. Con Spiridon sólo era posible mantener relaciones civilizadas. Pertenecía a esa raza de hombres concebidos para absorber las desigualdades de carácter, reducir las desviaciones de conducta y amortiguar los conflictos. Su amistad con mi suegro era real y pude gozar de una cálida acogida en sus oficinas. Sólo una cosa me intrigó: la insistencia con la que Spiridon preguntó por los encantos de mi suegra.

—¿Sigue siendo tan seductora? Una mujer de belleza impresionante, ¿verdad? Imagínese, la conocí en la época en que estaba acabando sus estudios de medicina. Éramos muy jóvenes.

Al final de cada frase, Spiridon hacía una pequeña pausa silenciosa que se podía interpretar de muchas maneras distintas. Pero su mirada flotante, su sonrisa lejana, su vocabulario extremadamente pudoroso, me hicieron pensar que, en el pasado, había compartido la intimidad de mi suegra. Con un extraño gesto, como cuando se espanta una mosca en verano, Spiridon se deshizo de aquel pasado para hablarme de su preocupación presente: su libro vegetal.

—Tengo en proyecto dos libros: el primero, que podría titularse *Árboles de Francia*, sería un lujoso inventario de las principales especies de nuestro país. El segundo, *Árboles del mundo*, seguiría el mismo principio, pero, esta vez, a escala planetaria. Todo el encanto de estos libros reside, claro está, en el tratamiento, en la excelencia de las fotografías. Quisiera que cada árbol fuese retratado con el mismo cuidado con que se retrataba, en otros tiempos, a los actores en el estudio Harcourt, ¿entiende lo que quiero decir? Esa importancia de la luz, del ángulo de la toma, de la perspectiva. Jean me ha enseñado su trabajo y, créame, es exactamente lo que busco. La mayoría de los fotógrafos saben tomar imágenes de acción en

una milésima de segundo. Por el contrario, muy pocos tienen el gusto o la capacidad de desvelar la belleza de la inmovilidad.

—¿Quién escoge los árboles?

—Usted. Representa un enorme trabajo de investigación. Localizaciones. Viajes. Además tendrá que jugar con las estaciones, las variedades de hoja perenne, las de hoja caduca. Cuando trabaje con una especie, durante días, tendrá que descubrir el espécimen que destaque de los demás, el que, de repente, se le imponga como una evidencia. Cada vez tendrá que buscar el árbol que, por sí solo, englobe y eclipse el bosque. Y cuando, por fin, haya dado con esa perla rara, el entorno tendrá que estar lo bastante despejado para que nuestra maravilla resalte del conjunto. Se trata de un trabajo muy largo que requiere paciencia y exigencia. ¿Qué me dice?

No había nada que pudiera seducirme más. Aquella idea me parecía totalmente irreal, cortada a la medida exacta de mis ambiciones. Ser pagado para observar el mundo y admirarlo. No hablar con nadie. Vivir retirado en los bosques. Aprender de los árboles y de la tierra. Olvidar las coronas del tiempo y simplemente vagabundear sobre sus huellas. Y siempre llenar cada imagen con todas aquellas pequeñas cosas invisibles que, sin embargo, están ahí y trascienden la belleza de lo que nos rodea. Me hablaba y yo ya estaba al pie de un cedro que conocía, buscando el encuadre, la luz.

—… Para estos dos libros, el criterio editorial debe ser claro y tangible: un árbol por página, sin cortar el encuadre, en su entorno natural. Nada de trucos, ni de iluminación. Comprenda, señor Blick, que en este proyecto hay mucho más que una simple empresa comercial. Quisiera que al abrir este o estos libros, cada lector se sintiera embargado por una emoción indefinible, algo que viene desde muy lejos y reaviva ese lazo que nos ha unido a ese mundo vegetal que, en la actualidad, hemos olvidado. ¿Entiende lo que quiero decir?

La vida me ofrecía un magnífico regalo: un año de sueldo para vivir en paz entre los árboles. Como si nada, conseguía mis propósitos: llevar a cabo una actividad profesional sin obligaciones horarias, sin recibir órdenes y, aún más, sin tener que darlas. En

cuanto regresé, impaciente por ponerme a trabajar, decidí completar mi equipo fotográfico comprando una Hasselblad de 6 x 6 que sumaría al buen material que mi padre me había legado: una Rolleiflex de gran formato, dos cuerpos de Nikon F con objetivos de 20, 35, 50 y 105 mm y una ampliadora Leitz Focomat Ilc.

Anna se mostró entusiasmada aunque me confesó que no podía entender los motivos que, de forma razonable, podía esgrimir un editor para lanzarse a una aventura como aquélla, que, según ella, estaba destinada al fracaso comercial, incluso antes de hacer la primera foto.

—Me alegro mucho por ti. Pero estarás de acuerdo conmigo en que esta historia no se tiene en pie en modo alguno. Un proyecto tan poco elaborado que descansa, según lo que me has dicho, en un vago sentimiento y en algunas intuiciones, no resistiría ni dos segundos en las manos de un banquero. En el mundo real no conseguirías tu primera paga.

Lo que Anna denominaba el *mundo real* era el universo de los negocios, un globo suficiente y maduro regido por gente ávida, responsable, que contrataba con cuentagotas y despedía a chorros, que transformaba hábilmente el trabajo en una mercancía tan escasa como el cobalto y que amaestraba a generaciones enteras para el humillante ejercicio de la genuflexión.

Empecé mi trabajo pocos días antes de que estallara el asunto Greenpeace. Yendo de un árbol a otro, seguía por la radio del coche las peripecias asesinas y submarinas de un puñado de buzos de la República con el mandato de desempeñar exacciones en la otra punta del mundo con el fin de satisfacer el ego de algún socialista lleno de celo.

Por suerte, estaban mis árboles. Parecía como si me hubieran estado esperando desde siempre. Que hubieran crecido separados de los demás para que yo pudiera aprovecharme de una bella perspectiva y aislarlos fácilmente en el encuadre. La naturaleza rebosaba de especímenes comicastros y deseosos de posar. Bastaba pasear por el borde del bosque o por el interior de una hondonada para localizarlos. Después sólo quedaba volver por la tarde, cuando

la luz empezaba a declinar y a volverse dorada o, por el contrario, a primera hora, cuando la naturaleza parecía flotar todavía en el anonimato de la noche. Especie tras especie, semana tras semana, iba llenando mi enorme herbario. Viajaba por todo el país en busca de sauces llorones, de cedros, de plátanos, de olmos, de magnolios, de robles, de castaños, de avellanos, de hayas, de abedules, de cipreses, de arces, de nogales, de almeces, de moreras, de tejos, de pinos parasol, de abetos, de álamos, de palmeras, de perales, de tilos, de olivos, de melocotoneros, de cerezos, de acacias.

Tal como Spiridon me había dicho de manera premonitoria, siempre había un árbol que por sí solo englobaba toda la majestuosidad y las características de su especie, «se imponía como una evidencia y eclipsaba el bosque». Me bastaba con colocar el trípode, montar la Hasselblad y esperar el momento oportuno. A menudo procedía de este modo. Localizaba el árbol hacia el mediodía y me instalaba cerca de él hasta que llegase la hermosa luz de la tarde. En cierta manera, teníamos tiempo de acostumbrarnos el uno al otro. Sin duda, envidiaba mi movilidad mientras que yo admiraba la paciencia y la perseverancia que le habían permitido echar raíces en aquel lugar desde hacía siglos. Los más duros —olivos, robles, hayas, castaños, tejos— sobrepasaban alegremente los mil años.

Durante aquellas largas esperas, me decía a mí mismo que aquellos árboles tenían que poseer, en algún lugar, una memoria, sin duda distinta a la nuestra, pero capaz de registrar la historia de sus prados, las frecuencias de ondas charlatanas de las ciudades lejanas. También estaba convencido de que poseían una comprensión del mundo tan sutil como la que decíamos tener nosotros. Al igual que nosotros, tenían la misión de construir su destino partiendo de la nada, de un azar y de una necesidad combinadas, de una simple semilla transportada por el viento o por un pájaro y luego arreglárselas con la sal de la tierra y las aguas de la lluvia.

Como hormigas frenéticas bregábamos para hallar un lugar en este mundo. Los árboles no debían de comprender nada relacionado con nuestra especie. Pequeños mamíferos agresivos, con una pobre

esperanza de vida, luchando sin cesar y cayendo inexorablemente a sus pies sin echar raíces jamás en ningún sitio. Parecía que nunca sacáramos una enseñanza duradera de nuestros errores. A pesar de ser capaces de inventar bebidas con gas y teléfonos sin hilos.

Reflexionar al pie de los árboles no me aportaba nada bueno. Al frecuentarlos asiduamente, al hablar casi su idioma, pensaba que a partir de entonces me sería muy difícil fotografiar seres humanos. Cuando el viento se metía en el bosque, era como si, de repente, una marea de equinoccio latiese en el corazón de los bosques, como si las forjas del mar zumbasen a dos pasos de allí. Podía quedarme horas y horas en el umbral de aquella coral marina escuchando el ruido de las olas fantasmales.

La Hasselblad hacía imágenes suntuosas, con una definición excepcional. El 6 x 6 era realmente un formato magnífico y aquella cámara sueca se merecía el haber sido escogida por la NASA para fotografiar a los astronautas dando sus primeros pasos por la Luna. Las imágenes se amontonaban a cientos en sus cajas y mi ojo experto no tenía problema alguno para adivinar la personalidad de cada árbol. Estaban los que se tomaban las cosas a la ligera, dispuestos a irse a paseo con el primer viento. Los austeros, acostumbrados a suelos pobres y al ahorro de los haberes. Los inamovibles, verdaderas fortificaciones vegetales clavadas al suelo hasta el reino de los muertos. Los acaudalados, hijos de tierras ricas, rebosantes de verdor, que extendían su rico manto. Los soñadores, de cuerpo delgado, tan ajenos a este mundo y con la cabeza siempre en los cielos. Los ansiosos, los torturados, los nudosos, enrollados sobre sus dudas seculares. Los aristócratas, tiesos como íes, ligeramente desdeñosos, sutilmente altaneros. Los generosos que ofrecían sus ramas y su sombra sin reparos. Los atareados, alineados, ocupados, que trabajaban sin descanso para estibar los suelos. Podía pasarme horas enteras en el laboratorio cayendo en estos juegos etnocentristas, atribuyendo mil y un carácter a aquellos vegetales. En el conjunto de mis fotografías había dos imágenes que me resultaba imposible definir, dos imágenes sobrecogedoras que sin excepción emocionaban a todos los que las habían visto. No sabría

decir por qué, pero en cuanto cogías aquellas fotos tenías la impresión de que eran los árboles los que te estaban mirando y no a la inversa, de tan vivos que parecían.

La primera imagen la hice al pie de la Montaña Negra, entre Mazamet y Carcassonne. Era una noche de invierno. Un ligero velo de niebla flotaba encima de la tierra cubierta por una película de nieve. Por el contrario, a un metro del suelo, el aire era límpido, cristalino, tenía una luminosidad irreal. Y, en la cima de la colina, muy separada del bosque, dominando la llanura que aquel día estaba enterrada bajo las nubes, la araucaria, conifera de origen chileno, especie de abeto con escamas, con sus ramas hacia arriba, parecidas a un enorme candelabro. Parecía un drakkar de verdor flotando en la niebla, un vigía en los puestos avanzados del mundo. Simbolizaba a la vez la soledad y el exilio. Permanecimos un momento cara a cara. Y, el tiempo que duró aquel encuentro, noté de forma confusa que mi presencia le molestaba, que yo era un intruso. Además no evitó expresarme sus sentimientos mirándome fijamente a través del objetivo. Aquel malestar había quedado perfectamente reflejado en la foto. Cualquiera que examinara la imagen podía leer, con mucha claridad, los pensamientos de la araucaria: «Este no es tu lugar».

La segunda fotografía era muy distinta. La había hecho en el claro de un bosque de Las Landas, un día de tormenta. Los vientos llegados del mar soplaban a ráfagas de más de cien kilómetros por hora. Debido al tiempo, no tenía intención de fotografiar, sólo quería realizar alguna localización para el día siguiente. Pero después lo vi. Era un inmenso pino aislado en medio de un amplio pasillo por el que se metían las ráfagas de viento con la fuerza de una avalancha. Era un coloso que sobresalía varias cabezas por encima de todos sus congéneres. Bajo las ráfagas, se movía en todas las direcciones como queriendo escapar de unas llamas invisibles. Se oía cómo crujía y gemía como una lengüeta vibrando con el soplo del viento. Allí, en primera línea del bosque, parecía que librase una batalla solitaria contra la tormenta, intentando mitigarla en solitario, debilitarla para impedir que arrasara el bosque. A sabiendas de que no se me presentaría la ocasión de volver a hacer unas imágenes de

lucha como aquéllas, coloqué mi equipo y tomé la foto. La imagen tiene algo realmente asombroso y, al mismo tiempo, aterrador. De la cima a las raíces, el árbol combate se arquea, se agarra al vientre de la tierra. Encarna, en la acepción más exigente, la idea, a veces abstracta, que podemos hacernos de la rabia de vivir. Al día siguiente volví al bosque para hacer otras fotos. El enorme pino estaba caído en el suelo. Arrancado de cuajo, vencido.

Árboles de Francia, empezado en el verano de 1985, bajo el gobierno de un Laurent Fabius tímidamente social-demócrata, se terminó dos meses después de la nominación de Jacques Chirac para el puesto de Primer Ministro. Con la cohabitación, el país y toda su tropa de sabios cobardes habían encontrado una nueva manía que les iba a permitir rascar con rabia aquella pequeña placa eccematosa. En aquel vals de la alternancia, antiguos conservadores se reapropiaban de los pasillos del poder que hasta entonces habían tomado los reformadores. En cuanto al presidente de la República, impasible faraón de Morvan, vigilaba la construcción de su orgullosa pirámide en el Louvre.

Decir que *Árboles de Francia* tuvo éxito es como hacer una litotes. El libro representó una de las mejores ventas del año y esto se reflejó tanto en las librerías como en la prensa. Televisiones, radios, periódicos, todo el mundo estaba de acuerdo en alabar la publicación. Cada medio, según su propia sensibilidad y su audiencia, encontraba motivos para entusiasmarse. Los más populares se detenían en «la belleza y la majestuosidad de las fotos»; otros, más políticos, señalaban «la conciencia exigente y la ambición de una verdadera empresa ecológica», mientras que los semanarios artístico-mundanos analizaban «la deslumbrante simplicidad de un concepto llevado hasta el extremo de su lógica, sin concesiones a la imagen espectáculo o a la facilidad estetizante». Desde su publicación, Louis Spiridon daba la impresión de flotar a más de un metro de su silla, elevado por los vapores de la alegría y por las burbujas que se escapaban de su adorable pecado de orgullo.

Cuando todavía faltaba mucho para que acabase la gira de promoción, Spiridon explicaba a todo aquel que quisiera escucharle

que pronto publicaría *Árboles del mundo*. Introducía ya, en la cabeza de los periodistas y de los libreros, la idea de una continuación suntuosa a escala planetaria, que describiría especies que ni siquiera él había sospechado que existieran. Naturalmente, ¡yo sería el maestro de obra e íbamos a ver lo que íbamos a ver! El maremoto de las ventas me había transformado de repente en un hombre rico. Un individuo con una fortuna fuera de lo normal.

Mientras que la prensa veía en mí a «un Doisneau o a un Weegee de lo vegetal», en casa mi estatuto también había cambiado. El éxito parecía que me hacía más *sexy* y Anna me veía con una nueva mirada. Desde que empecé a dedicarme a las tareas domésticas, hacía el amor conmigo de forma esporádica y con la rapidez y la distancia que normalmente se reservan a miembros del servicio que buscan alguna gratificación. Ahora, que había superado los trescientos mil ejemplares, me trataba igual que a un poderoso comprador japonés, portador de grandes esperanzas. Si hubiese querido, teniendo en cuenta mi nueva situación, habría podido pasarle un pedido de un centenar de sus horribles *jacuzzis*. Estaba convencido que esta conjetura por sí sola la excitaba. Para ella, era otro hombre, uno de esos individuos que están de moda y que aparecen en televisión y que al final, un día u otro, acaban por comprarse una bañera de hidromasaje.

Por su parte, los niños se sorprendían siempre al verme hablar en televisión en un programa grabado, mientras yo, a dos pasos del sofá, cambiaba el enchufe medio roto del aspirador. Del mismo modo que integraban perfectamente aquella distorsión del espacio y del tiempo cuando se aplicaba a un desconocido, les costaba percibir el carácter ilusorio del don de ubicuidad del que parecía hacer prueba aquel padre que estaba en todas partes y, a la vez, en ninguna. Porque entre Marie, Vincent y yo, la ruptura se había consumado. Habían olvidado toda la vida que habíamos compartido durante sus primeros años y sólo recordaban mis ausencias, injustificables ante sus ojos, de los últimos meses. No demostraban ninguna hostilidad hacia mí, pero me trataban con indiferencia. Me hacían pagar muy caro el abandono de mi puesto. Su madre volvía a

llevar las riendas a través de la niñera que había contratado.

La más impresionada por mi corta exposición mediática fue, indiscutiblemente, Martine Villandreux. Con sólo algunos programas, sus espléndidos ojos ya me veían como a una especie de Magallanes dispuesto a reconquistar el mundo. Cada vez que cenábamos en familia, era toda oídos, recogiendo cada una de mis palabras como si fueran muestras de gran valor. No se lo acaba de creer. Para ella, la unción televisiva era la consagración de los tiempos modernos. Cualquiera que la consiguiese se merecía ser honrado con oro, incienso y, por qué no, mirra. Era extraño ver a aquella mujer que hasta entonces había sido inaccesible, desdeñosa y cruel derretirse hasta tal punto ante un yerno cuyo único mérito reciente había sido fotografiar árboles inmóviles. Cuando solía dedicarme a aquella misma actividad sin que se me reconociera, ni se me pagara, casi no tenía derecho a sentarme a la mesa común y bajar modestamente los ojos soñando con las nalgas de la dueña de la casa. Y ahora, aquel trasero que siempre me había intimidado se agitaba de felicidad con sólo cruzar yo el umbral de su puerta.

La consecuencia de todo esto fue que mis fantasías incestuosas sufrieran un cortocircuito y que los encantos de Martine Villandreux me resultaran tan poco atractivos como el famoso asado de David Rochas. Así pues, nunca sabré si, en otras circunstancias y aureolado con mi nueva corona, ella me hubiera dejado que deslizase mis dedos bajo su cachemir de color violeta para amasar con empeño su deseable busto.

Las dos únicas personas a las que no les importó lo más mínimo todo aquel tumulto publicitario fueron Jean Villandreux, para quien yo había sido y seguía siendo un «tipo que tenía buen ojo», y mi madre, que, hasta el momento de su muerte, me consideraría como el «hermano pequeño de Vincent». Cada vez que cogía entre las manos su vieja Brownie Flash Kodak, millonario o no, sólo era aquel hermano pequeño.

Antes de irme de viaje para realizar el segundo libro, Anna exigió que compráramos una casa con el pretexto de que los niños ahora tenían que beneficiarse de las bondades de un jardín. En

realidad, noté que tenía prisa por proclamar nuestro éxito, por construir un pequeño principado capaz de rivalizar con el ducado materno. Siempre había subestimado el tipo de rivalidad bastante zafia que enfrentaba a Anna con su madre. Aquel antagonismo se manifestaba de modos a menudo inesperados y apenas legibles. Aquel deseo repentino de poseer una casa traducía su voluntad de imponerse a su madre y de dejarle claro definitivamente que había retomado las riendas de todos los pedidos. Se tratara de piscinas, *jacuzzis*, niños, casa nueva o incluso de aquel individuo más bien reservado del que todo el mundo hablaba en la televisión.

Cuando pienso en aquella época, veo la imagen de un hombre perdido, grogui debido a la indolencia de su vida, mamando de una marchita teta de la que brotaba una felicidad insípida. Realmente la gente que me rodeaba ya no me gustaba, pero tampoco los aborrecía lo suficiente como para tener el valor de dejarlos. Trabajaba para ganar un dinero que ya no necesitaba. Conducía un viejo Volkswagen cabriolé de 1969 para regalarme la distracción y el lujo de temer las averías. Seguía haciendo el amor con Laure Milo de vez en cuando y comiendo con su marido, François, dos veces al mes. Seguía hablando de sus aviones, Anna de sus baños de burbujas, mientras que, entre plato y plato, Laure seguía acariciándome discretamente. Las historias quirúrgicas de Michel Campion no interesaban a nadie a menos que fueran salaces. En cuanto a Brigitte, su mujer, seguía visitando a todo tipo de gurús de la estética sin por ello conseguir atenuar lo enojoso de sus rasgos y la pesadez de sus formas.

La nueva casa era una vieja mansión tolosana, sin duda bicentenaria. Con sus muros de ladrillos de color rosa y guijarros de Garonne, sus discretos aleros, su escalinata y sus alféizares de piedra, el edificio recordaba a un enorme gato dormido al sol. El tono de las fachadas embellecía la luz del día, la doraba, y daba permanentemente a las terrazas colores de atardecer. Era espléndida. Para mirarla. Sin embargo, había que estar completamente loco para comprar algo así y pensar poder vivir allí, es decir, sentirse a gusto y, en su interior, criar a los niños, hacer el amor, aceptar ponerse

enfermo, envejecer y, claro está, morir. Se necesitaba al menos media docena de seres humanos bien conformados para poder llenar todas aquellas habitaciones de risas y gritos que confirmaran que allí había vida, para poder imponer un poquito de vida a aquella vivienda por la que habían pasado muchas otras. Y sólo éramos cuatro desgraciados náufragos perdidos, errando por aquellos pasillos infinitos. Vivir en una casa demasiado grande, realmente demasiado grande, produce enseguida un sentimiento de angustia crónica. El espacio desocupado se convierte en una zona hostil, llena de reprobación silenciosa. Al principio, cuando volvía a casa, tenía la sensación de ser tragado por un gigantesco estómago que iba a digerirme lentamente durante la tarde y el resto de la noche, antes de expulsarme por la mañana. Tardé mucho tiempo en deshacerme de la idea de que la casa era una espaciosa panza en cuyo interior me veía sometido a un banal ciclo excrementicio.

Cuando le hablé de mis problemas a Anna, respondió:

—Esto, amigo, no es del ámbito de lo inmobiliario sino que atañe al psicoanálisis.

—No, te hablo en serio, esta casa me angustia realmente, me siento muy mal.

—Ya te acostumbrarás, verás. Es tu mala conciencia de izquierdas que te corroe.

—Pero qué dices…

—La verdad. De forma inconsciente no aceptas lo que te ocurre. Ni el dinero de tu libro, ni esta casa agradable. En tu lógica, debes rechazar estas cosas porque te convierten en un pequeñoburgués, un individuo como los demás, que participa en el funcionamiento de este sistema que siempre has rechazado.

—Tonterías.

—En absoluto. Te ha alcanzado la felicidad. Y esto te da pánico.

Anna tenía un concepto de la felicidad que, en esencia, se resumía a la combinación de dos elementos: una cuenta bancaria de siete cifras y una casa muy grande. Sin hacer caso de mis reticencias, había comprado aquella mansión, no para habitarla, sino para exponerla. Cualquiera que pasara frente a aquellas fachadas pensaría

enseguida en los tesoros que debían guardar. No le importaba que dentro cuatro miserables habitantes anduviesen como almas en pena en cuanto caía la noche.

De vez en cuando, iba a comer a casa de mi madre que, desde la elección de François Mitterrand, juraba únicamente por los socialistas. Su admiración incondicional hacia el presidente era bastante fuerte como para borrar todos los reniegos y las insuficiencias de sus amigos. Vivía la cohabitación como si fuera una lenta crucifixión, y para ella Chirac era como un par de botas de paseo demasiado pequeñas que limitaban la zancada conquistadora del Gran Excursionista. La casa no había sufrido demasiado con la desaparición de mi padre. El jardín, aunque se había vuelto más salvaje, seguía conservando un encanto indefinible. Estar entre aquellas paredes me relajaba y me tranquilizaba. Allí me sentía en casa. A veces le hablaba a mi madre del malestar que sentía en la casa de Anna, de esa sensación de vivir una existencia de pasajero clandestino acurrucado en los inmensos depósitos de un petrolero. Me escuchaba pacientemente, con amabilidad, y luego, haciendo un gesto con la cabeza, ponía fin a la conversación: «Estás demasiado mimado».

Nunca he sabido lo que mi madre pensaba realmente de Anna. Si sentía hacia ella un afecto verdadero. Si reconocía su innegable capacidad de trabajo o, si por el contrario, la menospreciaba por su gusto por el lucro. Cuando estaban juntas, Anna y mi madre se volvían ilegibles. Mantenían unas relaciones de una asombrosa neutralidad, manifestando la una por la otra sentimientos solubles en la espuma de sus charlas. Mi madre nunca me preguntó si era feliz con Anna. Sin duda, la frecuencia de mis visitas y mis pocas ganas de volver a subir a bordo del petrolero le decían mucho más sobre el tema que mis respuestas incómodas.

Volviendo de aquellas visitas, cuando entraba en casa cruzando el jardín por el largo paseo me sentía, en aquella oscuridad, como una luciérnaga dirigiéndose instintivamente hacia la luz. Tal como hacen todos los insectos, me quedaba un instante, antes de entrar, delante de una ventana para ver lo que me esperaba dentro.

¿Acaso estaba demasiado mimado, como decía mi madre? Sin duda. Pero, al mismo tiempo, tenía buenos motivos para dudar de la evolución de mi propia vida y de mis capacidades para dirigirla realmente. Yo, que siempre me había considerado capaz de resistir a las tentaciones y a las presiones de un sistema que podía resultar violentamente seductor, incluso a veces sutilmente autoritario, me daba cuenta de que, como los demás, la energía cinética del cuerpo social me había arrastrado. En un determinado momento había recorrido, sin darme cuenta, todas las etapas de la vida de un pequeñoburgués. Estudiante para obtener diplomas, libertario durante el recreo, libertino por un instante, de nuevo por el buen camino gracias a un buen matrimonio, cargado con dos sólidos hijos y, por fin, enriquecido de forma notable. Al final había sido un buen alumno. El sistema, en lugar de dominarme o de fustigarme, había preferido digerirme, igual que la casa de Anna.

Creo que fue en aquella época —el sida lo requería— cuando el amor puro y duro volvió a estar de moda como tema de preocupación. Siguiendo la lógica de la evolución y las leyes del condicionamiento, parecía que estuviera condenado a experimentar de nuevo ese sentimiento. Sin embargo, ya no alimentaba ninguna ilusión en aquella materia. Consideraba que el amor era una especie de creencia, una forma de religión con rostro humano. En lugar de creer en Dios, se tenía fe en el otro, pero el otro, precisamente, existía tanto como Dios. El otro no era más que el reflejo engañoso de uno mismo, el espejo encargado de calmar el terror de una soledad sin fondo. Todos sufrimos la debilidad de creer que cada historia de amor es única, excepcional. Nada más falso. Todas las efusiones de nuestro corazón son idénticas, reproducibles, previsibles. Una vez superado el flechazo inicial, vienen los largos días de la costumbre que preceden al pasillo sin fin del aburrimiento. Todo esto está anclado en lo más profundo de nuestros corazones. El ritmo y la intensidad de estas secuencias dependen únicamente de nuestro nivel hormonal, del humor de nuestras moléculas y de la velocidad de nuestras sinapsis. Nuestra educación —nuestro amaestramiento, debería decir— se encarga de lo demás, es decir, de

hacernos creer que una mente obnubilada, un ventrículo palpitante y un rabo muy tieso son las señales bienaventuradas de no se sabe bien qué gracia divina o sobrenatural otorgada en cada caso a nosotros, mortales. El amor es uno de esos sentimientos sofisticados que hemos aprendido a desarrollar. Forma parte de los entretenimientos opiáceos que nos ayudan a tener paciencia mientras esperamos la muerte.

Nunca hablaba de estas cosas con Anna, ni con sus amigos. Ninguno de ellos hubiera compartido, ni siquiera admitido, un punto de vista tan restrictivo. La única persona con la que tenía suficiente confianza como para abordar este tema era Marie. Algunas veces habíamos mencionado esta tendencia a embellecer e incluso, en algunos casos, a disfrazar nuestras historias de amor. Como si fuera absolutamente necesario que encajaran con un modelo, con una clave de lectura. Cuanto más pienso en ello, más claro veo que Marie ha sido, sin duda, la única mujer que he conocido capaz de mirar realmente la vida de cara, sin vacilar, y de tratarla tal como era. Recuerdo que a veces, cuando dormíamos juntos, distinguía, en la oscuridad, el destello de sus pupilas. Y, cuando le preguntaba si algo iba mal, me contestaba simplemente: «Estoy pensando». Con aquellos mismos ojos, abiertos de par en par, miraba con desprecio el amor.

Aquel día no tenía la cabeza para sentimientos, estaba demasiado ocupado preparando mis viajes de largo recorrido, aquellas vueltas al mundo que me conducirían de un continente a otro en busca de modelos vegetales. Durante las semanas que precedieron a mi primera partida, Spiridon se puso muy nervioso. Llamaba casi todos los días para repetirme lo mucho que la perspectiva de aquel libro le alegraba y añadía, cada vez, que estaba ya convencido de que aquella publicación se vendería en todo el mundo. Nos esforzamos por establecer una hoja de ruta coherente para evitar inútiles y costosos viajes de ida y vuelta intercontinentales.

El día de mi partida los niños se fueron al colegio sin decirme siquiera adiós y abrazarme, y Anna hizo sólo un gesto con la mano como si fuera a volver una hora más tarde. A pesar de mis teorías sobre la glacial mecánica de los sentimientos, aquel tipo de comportamiento me rompía el corazón.

Entonces empezó el periodo más misterioso y mágico de mi vida. Todavía hoy me cuesta hablar de él, me cuesta describir aquella sucesión casi constante de momentos asombrosos que, de escala en escala, de árbol en árbol, cambiaron mi visión y mi percepción del mundo. Viajero casi sin equipaje, nómada con la mente desnuda, libre de toda responsabilidad, de la más mínima implicación, botánico de opereta, de humor ligero y aéreo, medía la infinita belleza de la naturaleza vegetal.

Pasé tremendos calores, caminé contra intensos vientos, atravesé enloquecidas tormentas, avancé bajo lluvias torrenciales, sólo para ir a ver un árbol, uno solo, y fotografiarlo. Recuerdo pinos Douglas y secuoyas sempervirens de más de cien metros de altura oscilando mecidos por las brisas del norte de California y de la Colombia Británica, saguaros gigantes surgidos del desierto de Arizona, cocoteros indolentes en las Bahamas, palmeras fulgurantes en Marruecos, baobabs graníticos en Kenia, la abundante savia de los arces de Quebec y de los árboles del caucho de Malasia, arces palmeados con sus hojas de siete puntas, larix leptolipis atormentados y criptómeras, todos ellos en Japón, generosos cafeteros en Colombia, indestructibles eucalyptus sideroxylon en África del Sur, el agar cuya preciada madera se vende a precio de oro en Tailandia, los llameantes cipreses hinoki de Taiwan, los severos ahuehuetes de Oaxaca en México, los inmortales castaños de Sicilia de tres mil años, los corpulentos robles del bosque de Sherwood donde vivió Robín Hood, los eucaliptos gigantes de Tasmania en Australia y las increíbles higueras de Calcuta con sus innumerables troncos, trescientos cincuenta gruesos, tres mil delgados, y cuya circunferencia sobrepasaba los cuatrocientos metros. Me hallaba arrastrado por una felicidad vertiginosa. Las ramas sucedían a las ramas, las especies a las especies, siempre había más y más, más

espectaculares, más elegantes unas que otras. No podría nunca con todas ellas. Todas mis tomas iban acompañadas por una sesión de macrofotografía para documentar hasta el más ínfimo detalle de las cortezas. El tiempo ya no tenía ningún significado. Mis listas se hacían caducas, así como la agenda de mis previsiones. No tenía ni la más mínima idea de lo que perseguía, salvo aquella búsqueda absurda y enloquecida de totalidad, perfección y también pureza. Siempre solo, caminaba. Horas y horas. Hasta verlo. Hasta comprender que había hecho todo aquel camino por él. Después bastaba con encontrar un ángulo para fotografiar y esperar la luz. Al haber aprendido a aceptar el mal tiempo, a integrarlo en el contexto, ya no tenía el más mínimo escrúpulo en trabajar bajo la lluvia o las nubes, con viento o con tormenta. En algunas regiones tropicales asistí, a veces, a tormentas dantescas, que retumbaban como mil bombardeos, haciendo vibrar la corteza terrestre hasta tal punto que evocaban los primeros instantes de la creación del mundo. Todas aquellas imágenes, todas aquellas emociones se acumulaban en mí. Durante aquellas excursiones solitarias, a menudo pensaba en el jardín de mi padre, en la Brownie de mi hermano, en el olor de mis hijos, en los abominables *jacuzzis* de Anna, en nuestra casa desmesurada, en el trabajo silencioso de mi madre. También pensaba en mi abuelo materno, de pie, en la cima de su puerto, deslumbrado por la belleza de sus montañas. Aprovechaba aquellos periodos de espera y descanso para estudiar las hojas de los especímenes que fotografiaba. Examinaba sus limbos, sus nervios, sus pecíolos y, según su forma, las clasificaba en la familia de las palmatisectas, de las digitadas, de las pinnadas, de las pinnatífidas, de las sinuadas, de las espinosas, de las dentadas, de las pinnatisectas, de las envainadoras, de las peltadas, de las palmatilobadas o de las palmatífidas. Sin darme cuenta realmente, me iba hundiendo en un universo cada vez más etéreo, cada vez más fantasmal. Y aquel viaje, que ya no tenía sentido y hubiera podido durar toda una vida, cesó bruscamente cerca de Colombo, una noche en la que mi cuerpo y mi mente se aliaron para dejarme tumbado en el suelo mientras regresaba de fotografiar unos tés en las

montañas de Sri Lanka.

Me hospedaba en un hotelito construido en madera a orillas del mar. Se hacía de noche pronto y, casi siempre, cenaba fuera, en la terraza, a la luz de las lámparas de aceite. Aquella noche todo empezó con unos temblores. Después llegó la fiebre, las náuseas y los cólicos que hicieron que me precipitara diecisiete veces al baño. Tenía la sensación de expulsar litros de agua, de vomitar puñados de anzuelos. Feroces batallas se libraban en mis entrañas. Mi piel ardía y mi cuerpo temblaba de frío bajo el efecto de la temperatura. Para que mis dientes no castañeteasen, me metía en la boca las puntas de las sábanas. Luego volvía a levantarme y empezaba de nuevo el infierno. Pensaba sin cesar en una frase que había leído una vez sobre Sri Lanka: «Si algún día vienes a Ceilán, haz el viaje por algún buen motivo, si no, por muy fuerte que seas, morirás». ¿Había hecho el viaje por algún buen motivo?

Durante el día, la fiebre y los síntomas digestivos desaparecían como por arte de magia, pero mi agotamiento era tal que me quedaba inmóvil en la cama. En cuanto caía la noche, la fiebre, como una marea inexorable, me invadía de nuevo y todo volvía a empezar.

Durante aquellos episodios nocturnos ya no sabía si sufría pesadillas o era presa de delirios conscientes. A veces veía todos los árboles que había fotografiado inclinarse sobre mi cabecera y cubrirme poco a poco con sus hojas muertas, y otras veces, mi hermano Vincent entraba en silencio en la habitación y, con su Brownie Flash, me fotografiaba insistentemente entre las sábanas aureoladas de sudor. Por mucho que le implorara, que le suplicara que me sacara de allí, seguía metódicamente con su trabajo.

Al cabo de una semana, ya no me quedaba fuerza alguna. El propietario del hotel me traía arroz, verduras y un poco de pescado que casi ni probaba. Recordaba también vagamente la visita de un médico local que me había recetado —lo supe más tarde— una decocción a base de hierbas y plantas. Dormía todo el día y, al anochecer, se reanudaba un ataque de mil diablos. Cada noche vomitaba agachado delante de un viejo retrato de la reina de

Inglaterra realizado, sin duda, en la época en que Ceilán era todavía una posesión británica. Ni siquiera pensé en que me llevaran a un hospital y el propietario del hotel, tampoco. Estaba acostumbrado a ver a sus clientes occidentales retorcerse en sus sábanas y manchar sus palanganas. Dejaba que el tiempo actuase, confiaba en él. Sabía que aquí la gente más pobre, cuando se quedaba sin fuerzas, se tumbaba en el suelo y moría en las calles. Por la mañana, unos hombres cuya tarea era inspeccionar las aceras, recogían los cuerpos y los amontonaban en una carreta. Pero, ¿qué haría Vincent con todas aquellas fotos?

Por la noche, cuando las cosas iban mal, justo antes de perder pie, me enrollaba la correa de mi bolsa fotográfica a la muñeca y estrechaba entre mis brazos cámaras y películas. Nunca he sabido si al hacerlo esperaba protegerlas de algún peligro o, si por el contrario, con aquel gesto mendigaba un poco de consuelo. A veces tenía una violenta hemorragia nasal y mis encías empezaban a sangrar. Una forma de angustia desconocida me oprimía el pecho y tenía la sensación de que una escarcha glacial se escurría lentamente sobre mi cuerpo.

Durante aquella enfermedad, a menudo perdí pie, me desmoroné pero nunca recé. Incluso cuando más miedo y dolor tuve, incluso cuando veía cómo todas mis fuerzas salían de mi vientre. Hasta mi cama llegaba el olor del incienso que quemaban en un templo vecino y aquel tufo dulzón de súplicas aumentaba mis náuseas.

Siempre he sido ateo y la religión, sea cual sea, para mí no es un concepto negociable. En todas partes había visto la miseria de la creencia y de la fe corroer a los seres humanos, volverles locos, humillarles, rebajarles, arrastrarles al estatuto de animales de circo. La idea de Dios era la peor cosa que el hombre haya inventado jamás. La consideraba inútil, desplazada, vana e indigna de una especie que se había puesto de pie sobre sus patas traseras gracias al instinto y a la evolución, pero que, frente al horror del vacío, no había resistido mucho tiempo a la tentación de arrodillarse de nuevo. A inventarse un amo, un domador, un gurú, un contable.

Para confiarle los intereses de su vida y la gestión de su muerte, su alma y su más allá. En los momentos en que la fiebre era muy alta, incómodo por el incienso, cuando incluso mi conciencia se tambaleaba, jamás imploré a nadie. Simplemente me agarré a la realidad que me rodeaba, consolándome con la compañía de mis cámaras, de mis fotos y, sobre todo, de mis árboles.

Una mañana, tras sufrir de nuevo otros vaciados nocturnos, tuve la fuerza suficiente para romper aquel infernal ciclo nictémero, vestirme y conseguir que un taxi me llevara hasta el aeropuerto.

El trayecto se me hizo interminable, como si atravesáramos todas las afueras de las ciudades del mundo. El vértigo, que desde hacía más de una semana no me abandonaba, daba tintes marítimos y tempestuosos a aquel trayecto por el litoral. El suelo del coche, un viejo Hillman, creo, estaba agujereado por la herrumbre y podía ver correr la carretera bajo mis pies. Una vez más, iba atado a mi bien más preciado, aquella bolsa, y, sobre todo, a mis árboles, temiendo que resbalaran y desaparecieran por aquel agujero. A la mitad del recorrido, empezó a llover y salpicaduras de agua empezaron a entrar en el coche a través de los agujeros del chasis. El taxista conducía sin ningún cuidado, sin intentar sortear los baches, ni los animales que cruzaban la carretera, conformándose con tocar la bocina. Cuando atropelló a un perro casi no se notó el impacto, pero un instante después vi pasar por debajo de mis pies el cuerpo del animal que se quedó enganchado por la mandíbula al larguero del Hillman. ¿Estaba todavía en el hotel, envuelto en mis sábanas infectadas y en los limbos malsanos de mis pesadillas, o bien íbamos en coche tranquilamente bajo la lluvia del monzón hacia el aeropuerto internacional de Colombo acompañados por un perro muerto?

En cuanto la azafata metió mi bolsa en el compartimento de equipajes y se ofreció para ayudarme a instalarme en mi asiento, tuve la sensación física de que todos los diablos que colonizaban mi vientre desde hacía tres semanas renunciaban a emprender aquel viaje en mi compañía. Sentí realmente que desertaban, abandonaban mi cuerpo. Fue como si me quitaran un peso invisible de encima. A

medida que el Boeing 747 cogía altura, fui sintiendo una paz tranquilizadora. Cerré los ojos y entré sin miedo en una noche que sabía iba a ser reparadora.

Anna vino a buscarme al aeropuerto de Blagnac. Cuando me vio, retrocedió imperceptiblemente.

—¿Qué te ha ocurrido?

—He estado enfermo.

—¿Qué tipo de enfermedad?

—No lo sé, diarreas, fiebre, vértigo.

—¿Te visitó algún médico?

—Creo que sí, no sé.

—Estás tan pálido y delgado que das miedo. ¿Sigues algún tratamiento?

—No.

—No puedes volver a casa en este estado.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate si tienes algo grave y contagioso. ¿De dónde vienes?

—De Sri Lanka.

—Encima. No, te lo aseguro, voy a llevarte a la clínica para que te hagan unos análisis. Tienes que pensar en los niños. Mírate, apenas puedes caminar. Dame tu bolsa.

—No, la llevo yo.

Pasé cuatro días en un servicio especializado en el tratamiento de enfermedades tropicales contagiosas. No recuerdo, en ningún otro momento de mi vida, haber dormido tan profunda y tranquilamente como en aquella corta hospitalización. Perfusionado, rehidratado, transfigurado por la gracia de no sé muy bien qué cóctel terapéutico, salí de aquel servicio con el cuerpo y la mente serenos, descansados.

Por primera vez, volví a casa con placer. Después de lo que acababa de pasar, le costaría hacerme creer de nuevo que podía digerirme a su antojo. Ya no me daba miedo. A pesar de sus aires altaneros, yo sabía perfectamente que no hubiera aguantado más de

dos días en la habitación del hotel de Sri Lanka.

Me había ausentado durante seis meses y el azar quiso que regresara unos días antes del undécimo cumpleaños de mi hijo Vincent, cumpleaños que coincidió con el crac bursátil de Wall Street de 1987. Las acciones perdieron el treinta por ciento de su valor tras el anuncio del déficit abisal del comercio exterior americano. Por motivos que todavía no entendía, Anna seguía aquellos acontecimientos con una intensidad dramática. Después me enteré que poseía una cartera de acciones vapuleada por la crisis de mala manera. Indiferente ante aquel seísmo bursátil, noté, sin embargo, los efectos de un gran cambio de carácter mucho más íntimo: Vincent era casi un adolescente y, salvo los primeros años, casi no le había visto crecer. Ni todos los remordimientos de la tierra podían cambiar aquello.

Vincent tenía todavía la suavidad de los rasgos de la infancia, pero ya poseía la seguridad y la determinación que caracterizaban a su madre. Sin duda debía de tener a algún David Rochas entre sus amigos, un chaval lo bastante espabilado como para enseñarle, mucho mejor de lo que yo podría hacer, los arcanos, en resumen bastante zafios, de la masculinidad.

Desde mi vuelta, había notado que mi hija Marie se mostraba bastante distante. Me hablaba poco. Y cuando yo estaba leyendo, a veces se reunía conmigo, se sentaba en un sillón cercano al mío y me observaba sin decir nada. Aquella mirada insistente, escrutadora, en la que adivinaba una sorda reprobación, me ponía tan incómodo que, a veces, me iba de la habitación.

En mi laboratorio había empezado a revelar las películas y a hacer copias de los primeros negativos en blanco y negro. Tenían una definición tan precisa que la textura de los troncos parecía en relieve. Al pasar los días encerrado junto a mis árboles, no hablaba con nadie ni veía a nadie. Tenía la sensación de que permanentemente había un cristal que me separaba de los demás. Cuando intenté establecer una relación de más confianza con Anna, enseñándole algunas de mis fotos, ella las miró distraídamente y me dijo: «Tienes suerte de poder ganarte la vida tan fácilmente». En su

voz había un hilillo de amargura que daba a entender que, para ella, el éxito exigía un cuestionamiento permanente y la supervivencia, una lucha en cada momento. Me dejaba entrever que la selva de los mercados era mucho más peligrosa que los safaris fotográficos vegetales. Los depredadores acechaban el más mínimo descuido para abalanzarse sobre ella y apoderarse de su producción. Asentí con una sonrisa cariñosa preguntándome qué industrial de mal gusto podía desear hasta tal punto unos *jacuzzis* informes de colores impronunciables.

—Sabes, estoy agotada. Cansada de todo esto.

Era la primera vez en diez años de vida en común que oía a Anna confesar algo así. En «todo esto» incluía el negocio familiar al que había dedicado su tiempo, lo esencial de su juventud y de su energía, que había modernizado, que ahora daba de comer a un centenar de empleados y cuya única y decepcionante misión consistía en vender barreños para chapotear a gente que ya tenía agua corriente.

—Todo va mal. Voy a tener que despedir.

El agotamiento y la sombra de la rendición velaban la mirada de Anna. Su voz, que hasta ahora cubría todas las gamas de la autoridad, parecía aflautada, insegura, como si buscara su registro.

—Ha llegado realmente la crisis. Y somos los primeros afectados.

—¿Cómo es posible?

—Las Bolsas se han hundido y un montón de gente ha perdido cantidades colosales. Esos individuos eran nuestros clientes potenciales, los que hacían funcionar las industrias de lujo y ocio. Nosotros nos hallamos a caballo entre ambas categorías. Resultado: desde el crac los pedidos han descendido un sesenta y cinco por ciento.

—¿A cuántas personas vas a despedir?

—Para empezar, a un tercio de los empleados. Un poco en todos los sectores.

—Si te puede ayudar, coge el dinero que necesites de mis derechos de autor.

—Eres muy amable, pero no serviría de nada. Quizá sólo para retrasar el plazo, pero el problema volvería a plantearse dentro de dos o tres meses. No se trata de sobrepasar un punto difícil. Estamos de lleno en esta crisis y habrá que convivir con ella durante bastante tiempo.

—¿Has hablado de todo esto con tu padre? Quizá podría ayudarte.

—Mi padre, ¿ayudarme? Desde que se fue de Atoll, créeme, no ha vuelto a poner un pie. Se pasa el tiempo fastidiando a la gente en el periódico y espiando a mi madre.

—¿Espiando a tu madre?

—Está convencido de que tiene un amigo, de que se ve con alguien. Se está volviendo insoportable.

—De todos modos, tendrías que hablar con él antes de los despidos. Quizá tenga una solución.

—Pero bueno, no hay ninguna solución, ¿no lo entiendes? No se trata de un problema de competencia, de modernización o de productividad. Ya no hay pedidos, no hay compradores, y ya está. En tiempos de crisis, la gente tiene otras preocupaciones que no son los *jacuzzis*. Estoy cansada de pelear sola. Además de las preocupaciones de los banqueros, ahora habrá que calmar las de los sindicatos y tendré que recibir a toda esta gente para decirles que ya no puedo pagarles. Es la primera vez en mi vida que voy a hacer esto.

Anna se acurrucó en el sofá y apoyó su mejilla contra mi muslo. Tenía los ojos cerrados como una niña pequeña dormida. Apenas se notaba el soplo de su respiración. Pensé en el desconcierto y en la decepción de todos los Adam Smith de la tierra, en lo absurdo y en las inconsecuencias de la economía. Mientras acariciaba suavemente el pelo de Anna, vi una lágrima deslizarse por su mejilla y rodar hasta el pliegue de sus labios.

Las tribulaciones de la modernidad se detenían a las puertas de mi laboratorio. Allí, yo trabajaba a la antigua, con materiales eternos, sales de plata, hiposulfito, papel sensible y, sobre todo, paciencia, atención, meticulosidad, limpieza y un silencio que, al

final, acolchaba cada centímetro de la habitación. Spiridon me perseguía para que le enviase las fotos en blanco y negro lo antes posible. Los distribuidores y los libreros esperaban la publicación de la obra. Aparentemente, todos apostaban por *Árboles del mundo*. A pesar de ello, me lo tomaba con calma y trataba cada foto con un cuidado obsesivo. Al haber optado por tonos muy contrastados, continuamente medía la luz con el analizador Exaphot. Utilizaba también mis manos a modo de máscara para dar más tiempo de exposición a un hermoso cielo cubierto de nubes o a partes de un tronco mal iluminado.

Mientras con la lentitud de un taxidermista extraía, uno a uno, mis árboles de la noche, Laure Milo vino a visitarme dos veces. La primera, diez días después de mi regreso. La visita fue un fracaso cuando Laure descubrió mi delgadez, mi rostro devastado, mis ojeras oscuras y ese color de piel tan poco atractivo que dan, en general, los hígados enfermos. Recuerdo que en aquel momento toda forma de deseo desapareció de su mirada y fue sustituida por una piedad expansiva apropiada para velar a un enfermo. Nuestro segundo encuentro tuvo lugar dos o tres semanas más tarde. Había recuperado todas mis fuerzas y mi rostro volvía a tener rasgos humanos. Laure se metió en el laboratorio como si la persiguiera una nube de espías. Bajo la luz de sodio, su piel parecía estar muy morena. Me resultaba difícil distinguir el color exacto de su camisa, pero, por el contrario, reconocí la ligera falda de verano que, alguna vez, había levantado. Laura estaba nerviosa. Se balanceaba sobre sus piernas, miraba algunas fotos, tosía nerviosamente, se apartaba el pelo hacia atrás, cruzaba los brazos, los descruzaba, volvía a carraspear, me observaba mientras positivaba una copia y luego se iba a un rincón para manosear una pinza o cualquier otro instrumento.

—¿Puedes escucharme?

—Es lo que hago.

—Para. Me gustaría que tuviéramos una conversación seria. Tengo un problema muy gordo.

—Te escucho.

—He conocido a alguien. Hace algo más de un año. Todo empezó seis u ocho meses antes de que te fueras. Es sólo un poco más mayor que yo, es fantástico. ¿Te sorprende?

—En absoluto. Sólo intento comprender cuál es el problema.

—El problema es que nos queremos, que está casado y que yo estoy embarazada.

—¿De él?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Segura. En aquella época, François estaba en Alemania. De todos modos, con él sucede una vez cada tres meses. Te puedo asegurar que no tengo ninguna duda sobre quién es el padre.

—¿Qué vas a hacer?

—Precisamente no tengo ni idea. Me hubiera gustado irme con Simón y tener el niño, pero es imposible, demasiados problemas. Simón, mi amante, es… como decirlo… rabino.

Estallé en una formidable carcajada pagana, tan incontenible como poco respetuosa hacia la situación de Laure.

—Sabía que reaccionarías así. Eres la última persona a quien debía haber contado este asunto.

—Perdóname, resulta tan inesperado, tú con un rabino y toda esta historia…

—Estoy totalmente perdida, Paul. Algunas noches estoy a punto de explicárselo todo a François, aunque sólo fuera para que volviera a poner los pies en el suelo, ¡para que olvidara durante dos minutos sus putos aviones de mierda!

—¿Qué te impide vivir con tu amante?

—¿Con Simón? Estás loco. Primero, no soy judía. Y luego, ¿te lo imaginas a él, el garante moral de su comunidad, que celebra matrimonios, abandonando mujer e hijos de un día para otro para ir a vivir con una gentil a la que ha dejado embarazada? Júrame que no hablarás de esto con nadie.

—Naturalmente. ¿Y François?

—Vive en otro planeta. Si esta noche le digo que estoy embarazada, sonreirá como un imbécil, me dirá que es fantástico y

se pondrá de nuevo a trabajar con su ordenador. Me importa un pito François.

—¿Y tu amigo el rabino?

—¿Él? Se enfurece cuando le digo que quiero tener el niño. Sólo teme una cosa, que esta historia se sepa.

—Si no me equivoco, es más rabino que enamorado.

—No me importa. No puedo vivir sin él, ¿lo entiendes? Me enloquece, nunca había vivido algo así.

—¿Vivido qué?

—No voy a hacerte un dibujo.

A continuación, Laure me hizo el tipo de confidencias que un hombre rara vez escucha en su vida.

—Ves, Paul, creo que dos hombres me han marcado en la vida. Tú, porque de algún modo has sido el más amable, y Simón, porque ha sido el único que me ha hecho gozar.

Acababa de cumplir treinta y ocho años. Vivía rodeado de árboles. Mis hijos me desafiaban. Mi suegra tenía un amante. Mi madre votaba a un traidor-social. Mi mujer preparaba «planes sociales». Y Laure descubría el orgasmo entre los brazos de un rabino libertino pero prudente.

La ridiculez de la situación en la que se había metido me impedía compartir sinceramente sus problemas sentimentales, pero le estaba agradecido por todo el empeño que había puesto en simular extáticos goces en aquella habitación durante años.

¿Realmente François Milo era un rematado gilipollas?

¿Se merecía, incluso así, criar al bebé de un rabino?

¿Cuál era el milagro que hacía posible que un imbécil como él consiguiera que los aviones se sostuvieran en el aire?

Me hice todas estas preguntas y muchas más en el silencio de mi retiro aureolado con luz de sodio. Mientras tanto, François Mitterrand recorría las zonas rurales en busca de un segundo mandato. Durante su primer septenato había hablado 1.700 veces en público. Además, su gabinete acababa de desvelar que había viajado 154 veces al extranjero. Sus cruceros políticos se dividían en: 60 visitas oficiales a 55 países; 70 viajes de un solo día; 18 consejos

europeos y 6 cumbres.

Al leer esto, pensé que si se juzgaba la actividad y la seriedad de un candidato a la presidencia de la República a la luz de sus peregrinaciones internacionales, la publicación de mi itinerario a través del globo me convertiría en un pretendiente altamente recomendable.

FRANÇOIS MITTERRAND (II)

(8 mayo 1988-17 mayo 1995)

El éxito de *Árboles del mundo* sobrepasó con mucho las esperanzas más optimistas de Louis Spiridon. A partir de mediados de diciembre, los libreros y las grandes superficies se habían quedado sin ejemplares. Fue el libro más vendido para las fiestas de fin de año y, a principios del verano siguiente, seguía encabezando las listas de ventas. El fenómeno era de tal envergadura que varios semanarios hablaron de aquel acontecimiento, movilizando a sociólogos y analistas del comportamiento para comprender el entusiasmo de los consumidores por un simple catálogo de árboles exóticos. Según los especialistas, aquel arrebato era la manifestación visible de un profundo interés por la ecología planetaria, experimentado por toda la sociedad.

En el pasado, aquella manía de las ciencias humanas por filtrar la insignificante espuma de los días y extraer una crema empobrecida me hubiera irritado. Pero hacía tiempo que en mí el sociólogo había sido sustituido por el «hombre tronco», tal como me había bautizado un periodista del suplemento literario de *Libération*.

Hay que decir que tanto la impresión como la compaginación eran magníficos. Spiridon había publicado un anexo con todas las macrofotografías de las cortezas de los árboles presentados. Estas imágenes —cuatro por página— se parecían al trabajo meticuloso de un calígrafo japonés o a las pinturas abstractas de una escuela salvaje.

Spiridon no paraba de llegar a acuerdos con distribuidores y

editores extranjeros. El libro corría por el mundo entero. Sydney, Bombay, Montreal, Lima, Moscú. Y Spiridon, detrás de su mesita de despacho, como un jefe complaciente, dirigía con maestría a los músicos encargados de interpretar aquel *concertó* comercial. Hasta tal punto le llenaba la partitura que no se había enfadado conmigo cuando le dije que no participaría en la promoción del libro. Desbordado ya por los pedidos, me contestó con una sonrisa cómplice y encogiéndose de hombros, gestos que podían traducirse por algo así como: «No importa, creo que no será necesario».

Al empezar la primavera, en el colegio de mis hijos me preguntaron si, a pesar de mi rechazo, que les había sido comunicado por mi editor, aceptaría excepcionalmente ir a dar allí una conferencia en la fecha que yo juzgara más conveniente. Después de preguntarles a Vincent y Marie, que apoyaron aquel proyecto con entusiasmo, acepté. Se fijó para la tarde del 9 de mayo de 1988.

54,01%. Éste fue el resultado con el que, el día anterior, Mitterrand había ganado a Chirac en el segundo turno de las elecciones presidenciales. Había seguido una parte de la velada electoral con mi madre. Acogió los resultados con una exhuberancia juvenil. La veo con los puños cerrados golpear de alegría, los brazos del sillón. François había sido elegido. Porque ahora le llamaba François.

No comprendía mis reticencias hacia aquel hombre que había vuelto a dar un peso, una existencia e incluso un proyecto a toda la izquierda. A mi lado, ella sentía crecer en su interior un alma de misionera y no dudaba en utilizar todas las escalas de la propaganda. Además del brío político de Mitterrand, mi madre, como experta, admiraba la forma en que utilizaba el lenguaje. «Siempre se expresa con la palabra apropiada, con el giro exacto. Conjuga espléndidamente y respeta la concordancia de tiempos. De hecho, es el único que utiliza correctamente el francés, lo opuesto a Le Pen, que se embriaga con una mezcla de imperfectos de subjuntivo, latín de andar por casa y palabras ampulosas, como "palinodias" o "estipendiar", que sólo le asombran a él, pobre infeliz».

Al día siguiente de la elección, a la hora fijada, fui al colegio con la misma inquietud que siempre había sentido durante mi escolarización. El miedo de no estar a la altura, el temor a ser examinado, comparado, juzgado. El director me recibió como si fuera un huésped distinguido, el miembro eminente de un ministerio o de alguna academia. Se empeñó en presentarme al equipo de profesores de la institución y luego me llevó hasta el auditorio, sala de reuniones de proporciones generosas en la que se amontonaban varios cientos de personas. Los niños delante, los padres agrupados al fondo.

El director me presentó como un híbrido de Jean Rouch y Paul-Émile Víctor, «un explorador respetuoso en busca de las huellas eternas de un inmutable reino vegetal».

Mientras hablaba de todas estas cosas, que sólo me atañían desde muy lejos, yo intentaba encontrar en aquella muchedumbre el rostro de mis hijos. Aunque nuestras relaciones eran, desde hacía tiempo, bastante confusas, sabía que en aquel momento su corazón debía latir un poco más fuerte que el de sus compañeros.

Les localicé con la mirada. No estaban solos. Anna y mi suegra estaban junto a ellos, como para una foto de familia. La visión de aquellas dos mujeres me desestabilizó hasta tal punto que pensé en abandonar el estrado. Sin duda era ridículo, pero su presencia inesperada en aquella sala me pareció de repente una señal de hostilidad, un signo de desafío. Me parecía que habían venido para llevarme la contraria, para humillarme en público, para arponearme sin piedad con sus miradas. Aquel acceso de paranoia no se calmó hasta que el director me dio la palabra y empecé, con voz débil, a meterme en la espesura de la narración de mi safari vegetal transcontinental. Hablé de la música de los vientos asiáticos en los pliegues de las cortezas de pino, del crepitar de las lluvias americanas sobre las hojas grasas de las catalpas, de los miles de aromas que despedía la tierra hindú, de las caminatas sin rymbo que siempre acababan por llevar a algún lugar, de aquel vagabundeo interior que, por el contrario, no llevaba a nada. Hablé de la frágil belleza de este planeta en el que los árboles constituyen a la vez el corazón extraño

y el pulmón de acero. Hablé de las tardes pasadas a la espera de la luz adecuada, escuchando el sonido permanente de la vida ocupada en su tarea, de los misterios de aquellos largos viajes que terminan por apoderarse del itinerario y por dirigir tus pasos. Hablé del azar, de la suerte, de la desgracia que pasa rozándote, del destino que no te alcanza, de la felicidad de las alturas y de los perros atropellados. Hablé de todas esas cosas pequeñas y sin importancia, incoherentes o corrientes. Hablé también de la Brownie Flash de Vincent, de la ampliadora Leitz y de los baños mágicos de mi padre, de ese instante milagroso en el que nace una imagen a partir de nada. Por el contrario, no dije nada de las resplandecientes nalgas de Laure Milo.

Al final, cuando ya no quedó ni una palabra en mi boca por pronunciar, niños y padres se levantaron y me aplaudieron como si acabara de ganar las elecciones. Al ver en la sala a los miembros de mi familia que me saludaban con la mano, tuve la extraña sensación de estar a punto de irme de viaje, como si me hallase en una especie de muelle para embarcar.

Al salir del colegio al mismo tiempo que los niños, me pregunté si entre todos aquellos adolescentes bien educados se escondía algún David Rochas que, al llegar a casa, iba a irse corriendo a la nevera para rendir honores ardientes al asado familiar.

En casa, Marie y Vincent me acogieron con un entusiasmo desacostumbrado, diciéndome con orgullo que a sus amigos les había parecido «muy simpático», lo que parecía colocarme en lo más alto de una escala de valores, entre, pongamos por caso, The Clash y Pólice. Anna había vuelto a casa con los niños sin pasar por Atoll. Cuando le pregunté el motivo de su inesperada presencia en el colegio, aspiró profundamente como si suspirase.

—He enviado más de treinta cartas de despido esta mañana, así que, francamente, no tenía valor para quedarme en el despacho. He llamado a mamá y, como estaba libre, hemos decidido ir. Lo has hecho muy bien.

—¿Treinta despidos?

—Treinta y seis, exactamente.

—Pero bueno, ¿por qué no me has dicho nada? No gasto nada, no estoy acostumbrado a tanto dinero. Y además los libros se siguen vendiendo.

—Es muy amable de tu parte, pero ya hemos tenido esta conversación. Con la crisis, si quiero salvar la empresa, tengo que disminuir de forma considerable mi masa salarial.

—¿Avisaste a toda esa gente de que les ibas a despedir?

—Naturalmente. Les recibí uno a uno.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—Paul, por favor.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas. Inmóvil frente a ella, estupefacto por la noticia que acababa de darme, me pregunté si mi mujer se lamentaba de su suerte o si demostraba una verdadera compasión hacia los treinta y seis asalariados a los que abandonaba por el camino. Si tomaba como referencia su filosofía empresarial y los fundamentos de su moral patronal, nos encontrábamos, verosímilmente, frente al primer caso.

—Creo que mamá va a dejar a mi padre. Me ha dicho que ya no le soporta más… —murmuró Anna, conteniendo un gemido—. No he tenido valor para preguntarle si tenía a alguien… ¿Por qué tiene que suceder todo al mismo tiempo?

Al día siguiente fui a *Sports illustrés*. En su despacho, de cara al ventanal, con las manos detrás de la espalda, Jean Villandreux observaba pasar la vida, abajo, en la calle. Se le notaba decepcionado con el periódico. Cuando dejó sus piscinas para instalarse allí, tenía la esperanza de vivir cada día aquel tipo de estremecimiento que sentía cuando iba por la redacción una o dos veces por semana, para firmar documentos o asistir a reuniones. El periódico le parecía que era un lugar estimulante, una colmena en perpetua efervescencia. Desde entonces había descubierto hasta qué punto el día a día de un semanario deportivo podía resultar pesado. La redacción sólo se animaba realmente durante los fines de semana. Así que Villandreux, psicológicamente formateado para los ritmos de la industria, tenía dificultad para adaptarse a los ciclos propios de la prensa y nunca iba al despacho el sábado y el domingo, ni siquiera

aquellos fines de semana de primavera en los que se concentraban las fases finales de la mayoría de las competiciones y sus epílogos siempre dramáticos.

—Paul, ¿qué tal está?

—Vengo a verle para hablarle de Anna. ¿Le ha comentado algo de sus problemas?

—¿Se refiere a los despidos en Atoll? Sí, claro, estoy al corriente.

—Me preguntaba si usted podría intentar arreglar todo esto, de estudiar, con su experiencia, si hay otra solución.

—Convénzase de que si Anna despide es porque no puede hacer otra cosa. Vive todo esto muy mal, ya lo sabe. Llamé al contable y me dio las cifras. Son catastróficas. Desde hace meses la caída de los pedidos es vertiginosa.

—¿No desea estudiar la situación desde más cerca?

—¿Sinceramente? No. Voy a decirle la verdad, Paul. Los problemas de Atoll me importan un pito. Esa empresa se ha vuelto para mí totalmente extraña. Me gustaría poder decirle que me siento culpable de cara a esas treinta y pico personas que se van al paro, pero no es así. Unos individuos hacen el idiota en la Bolsa de Nueva York y nosotros, al día siguiente, aquí en Toulouse, nos quedamos sin poder vender *jacuzzis*. Ya no entiendo nada en este mundo de mierda. ¿Anna le ha hablado de su madre?

—¿De su madre?

—Sí, de su madre, de mi mujer.

—No, ¿por qué motivo?

—Martine desatina. Desatina a marchas forzadas. Ya entiende a qué me refiero. Ahora que recuerdo, Lagache me ha dicho que le gustaría tener uno de sus libros dedicado, ¿puede hacerlo?

Jean Villandreux no dijo nada más sobre sus problemas domésticos. Pero resultaba evidente que cada parcela de su despacho reflejaba la inquietud de un hombre, en el umbral de la vejez, enfrentado a la soledad.

Mientras tanto, Mitterrand, que en su juventud había sido educado por los padres maristas, había otorgado las llaves del país a Michel Rocard, su mejor enemigo, amamantado por *boy scouts*

protestantes con los que había servido bajo el nombre de Hámster erudito. De este modo, Francia, llena de curas hasta la médula, estaba en buenas manos.

Según su deseo, Laure Milo no se deshizo del niño que esperaba, atribuyó todos los méritos a su marido y siguió manteniendo con el rabino fálico relaciones episódicas. Reflexionando sobre las contorsiones afectivas y sexuales a las que nos sometíamos, envidiaba la impasibilidad de las secuoyas gigantes que ignoraban los penosos tormentos de la tentación meciéndose suavemente con la brisa y las nieblas del Pacífico.

Desde que volví de mi viaje, tenía la sensación de que el tiempo pasaba al ralentí. Los días eran interminables, todos se parecían. Mientras que Anna luchaba en su empresa, trayendo informes a casa cada noche y trabajando durante los fines de semana, yo, por mi parte, llevaba una existencia de guardabarreras trabajando en una vía desactivada. Me ocupaba del jardín, cortaba los arbustos, podaba las ramas secas y pasaba el cortacésped. También cocinaba. Platos complicados, a veces exóticos, pero que Anna y los niños se tragaban siempre a toda velocidad, dedicando muy poco tiempo e interés a los alimentos terrenales. De vez en cuando pensaba con nostalgia en las nalgas danzantes de Laure. O en el intimidante cuerpo de Marie. Una tarde la llamé a la consulta de Hoover. Seguía trabajando con él, pero vivía en su apartamento. Le dije que me gustaría volver a verla, pero, muy amablemente, ella rechazó mi oferta diciéndome que ya no le apetecía complicarse la vida con relaciones «no esenciales». Esta expresión, nueva para mí, me sorprendió. ¿A partir de cuándo y según qué criterios una relación podía ser clasificada como «no esencial», y sobre la base de qué se podía, por el contrario, decretar que otra era primordial? Podía pasarme horas estrujándome los sesos con estos pensamientos. Además, según las informaciones que me proporcionaba Spiridon cada semana, mis «árboles» no dejaban de germinar por todo el mundo.

En la primavera de 1989, gracias a nuevos productos a mejor precio fabricados en el sudeste asiático, los pedidos de *jacuzzis* volvieron a burbujear de nuevo. Sin embargo, Anna no contrató a

ningún otro asalariado con el pretexto de que las cargas eran demasiado pesadas y el estado de salud de la empresa seguía siendo frágil. Mi mujer recuperó su autoridad. Viendo cómo actuaba, parecía que no hubiera sucedido nada, que la crisis era un artefacto del mercado y que, pocos meses antes, no hubiera despedido a un tercio de la plantilla. Incluso estaba convencido de que aquel mal trago la había reforzado en sus convicciones y que la actual recuperación era, para ella, la prueba de que su decisión había sido la adecuada. Así era, repetía, un jefe de empresa responsable: alguien que, en el momento justo, tiene el valor de cortar un miembro para preservar la integridad del resto del cuerpo. No estaba muy seguro de que todos aquellos de los que ella se había deshecho admirasen hasta tal punto su habilidad en el manejo de la sierra.

Entre Martine y Jean Villandreux las cosas también habían cambiado. Harta de su amigo —a menos que sucediera al revés—, finalmente mi suegra había vuelto a acercarse a su marido, quien empezó a hacer régimen y se sometió a diario a ejercicios de musculación. Además, gracias al poder cubriente de sólidos tintes discretos y progresivos, un experto en tratamientos capilares volvía a dar a su vieja cabellera patinada por el tiempo los colores de otros tiempos. Una vez al mes, Jean Villandreux invitaba a su mujer a pasar un fin de semana en una gran ciudad europea. Venecia, Londres, Génova, Madrid, Florencia, Estocolmo, Viena, Copenhague, Amsterdam.

Villandreux ya no era el mismo hombre. Se parecía a esos que han sobrevivido después de que una bala de cañón les haya pasado rozando, que aprecian cada segundo de su vida como si se tratara del último.

Imperceptiblemente, las cosas se iban arreglando. Menos para mí y Salman Rushdie. Ambos vivíamos recluidos. Yo, en mi prisión mental, asediado por el aburrimiento y la depresión, él, de forma más prosaica, en un apartamento contiguo a una *fatwa*. Por muy sorprendente que pueda parecer, en aquella época a menudo envidié su posición de fugitivo, a menudo soñé con la clandestinidad, con una falsa barba, con guardaespaldas, con rumores, con pistolas P38,

con cambios de domicilio repentinos, con chicas estupendas en los pasillos, con artículos de prensa a mi favor alabando mi arte y mi valor, con amenazas, con huidas en coche con los cristales ahumados, en resumen, con aquella existencia absurdamente viril mezclada con un olor a sudor y a adrenalina. De todos modos, existía un problema en todo aquel asunto: el rostro de Salman Rushdie. Era imposible que él pudiera hacer el papel del bueno. Rushdie tenía los rasgos del mercenario, las características del hipócrita malhechor. Con esos ojos de faquir, siempre medio cerrados y vagamente amenazadores, esa mandíbula ligeramente saliente, y esa frente y esas cejas que parecían siempre estar urdiendo y disimulando el más oscuro de los proyectos, Rushdie era el hindú traidor de *Los cigarros del faraón*.

Al final, la ociosidad y la soledad me hacían hacer tonterías. Podía asirme a cualquier historia, que en realidad me importaba un pepino —Rushdie, por ejemplo—, y darle vueltas durante días, combinándola hasta el infinito como un cubo de Rubik monocromo.

Poco antes de Navidad, creo que estaba metido de lleno en una de estas monomanías que te debilitan la mente cuando el timbre del teléfono me arrancó de una de esas siestas no deseadas que, generalmente, acompañan a los largos naufragios neurasténicos. Era Michel Campion. Había algo desagradablemente católico, una especie de vitalidad afectada, en las expresiones irritantes que le gustaba utilizar.

—Hola, amigo, ¿qué tal te va la vida?

—Normal.

—¿Te he despertado? Tienes voz de sueño.

—Bromeas…

—Mira, te llamo para proponerte que nos vayamos juntos en misión.

—¿En misión de qué?

—Para Médicos del Mundo, a Rumania.

Los primeros disparos de la revolución habían sonado dos o tres días antes y la organización humanitaria iba a enviar cajas de

medicamentos y un equipo de médicos para estudiar las necesidades reales del hospital de Timisoara. Michel trabajaba desde hacía tiempo para esta ONG y ya había participado en varias operaciones humanitarias, sobre todo con ocasión de los seísmos de Turquía, Armenia y de otros países centroeuropeos.

—¿Qué haría yo en una misión de este tipo?

—Nada, me acompañas, eso es todo. Y, si es necesario, haces fotos.

—¿Fotos de qué?

—Y yo qué sé. Fotos. Despegamos de Blagnac hacia las seis de la tarde en un avión especial. Seremos cuatro, dos médicos, una enfermera y tú, si vienes.

El cielo, la luna y todos los asteroides vagabundos se me cayeron encima. Chapoteaba en el complaciente fango de una depresión de lujo y, de repente, un médico de familia me enviaba a la primera línea de un conflicto que él mismo creía que acabaría en sangre.

—No entiendo por qué me propones algo así.

—Pensaba que era una experiencia que podía interesarte. ¿No te acuerdas? Una vez me dijiste que te gustaría saber en qué consiste una misión.

No recordaba en absoluto haber dicho, ni siquiera pensado, una cosa tan absurda. Mi trabajo consistía en recorrer el mundo como si fuera de paseo, fotografiando almeces a la luz del atardecer, y no en correr bajo las balas de los transilvanos excitados y de otros valacos histéricos. Mientras mi lado sensato y razonable rechazaba en bloque la oferta de Michel, me oí contestar que sí, de acuerdo, estaría en el aeropuerto a la hora fijada, con mi pasaporte.

Habían quitado del viejo Boeing casi todos los asientos y lo habían llenado de varias toneladas de apósitos de guerra y medicamentos de primera necesidad. En la parte posterior del avión viajaba una decena de pasajeros de aspecto poco atractivo y que parecían cortados todos por el mismo patrón. Cuerpos de porteadores, estatura de comandos de la marina, cortes de pelo

militar.

El avión aterrizó en Hungría, en el aeropuerto de Budapest, en el que dos camiones con los colores de Médicos del Mundo esperaban sobre la pista de asfalto. Los diez samuráis participaron activamente en la descarga del flete médico antes de desaparecer como por arte de magia.

Teníamos que llevar los dos vehículos hasta Szeged, ciudad situada en la frontera de Rumania, antes de descender hacia las llanuras heladas de Timisoara. Conducía uno de aquellos vehículos junto a Michel, mientras que el otro furgón le había sido confiado a Dominique Pérez, el segundo médico, al que acompañaba Françoise Duras, la enfermera del grupo. En la aduana de Szeged, unos oficiales húngaros de modales muy poco diplomáticos nos aconsejaron que renunciáramos al viaje y diésemos media vuelta. Según ellos, Rumania estaba a fuego y sangre, en manos de la ira de los amotinados y de la salvaje represión de la Securitate de Ceausescu.

En cuanto cruzamos la línea de demarcación y antes de entregarnos una dudosa «autorización para transitar» por su país —el documento estaba escrito a mano—, los militares rumanos, todavía fieles al dictador, inspeccionaron ambos camiones y nos obligaron a comprar unos visados absolutamente estrambóticos, pagaderos en dólares y cuyo precio debía de corresponder a tres o cuatro veces su sueldo mensual.

El alba tenía tintes de crepúsculo. La nieve cubría los campos y las cunetas. Continuamente teníamos que pararnos en controles realizados por hombres armados, vestidos con uniformes dispares en los que chaquetas Adidas gastadas se combinaban con chaquetones de cazador embarrados. La mayoría de aquellos milicianos parecían ladrones de perros. Eran tan antipáticos que daban miedo. Se notaba que desconfiaban y que encerraban una peligrosidad muy real. Traumatizado por los avisos de los húngaros, Michel Campion iba acurrucado en el asiento del pasajero. Cada vez que nos controlaban, levantaba la mano, blandiendo un estetoscopio en la otra, y gritaba a quien quisiera escucharle: «French doctors! French

doctors!». Cacheados, palpados, casi olfateados por todas partes por aquellos turbios soldados, de los que desconocíamos qué causa defendían, empleamos buena parte del día para llegar al hospital de Timisoara.

El edificio parecía un cuartel abandonado. Algunas ventanas de la planta baja estaban rotas, puertas sin cerradura dejaban entrar el frío por todas partes, había camillas volcadas y abandonadas en el patio, pero todo aquel desorden parecía ser más la consecuencia de un abandono general que el resultado de un saqueo reciente. Algunos enfermeros ociosos se calentaban y fumaban alrededor de una estufa de leña.

«French doctors!» seguía diciendo Michel agitando su estetoscopio. Antes de entrar en la ciudad, nos había hecho parar junto a la carretera para colocarnos en la espalda, en el añórale, los enormes distintivos de la ONG. Eran círculos azules de unos cuarenta centímetros de diámetro. Al ponerme uno de ellos en mi chaqueta de Goretex, pensé en lo tentadora que resultaría aquella diana circular tan vistosa para un francotirador.

Un joven médico del hospital salió de su despacho, con aire desconfiado, y vino hacia nosotros.

—French doctors, French doctors!

—Román Podilescu. Entiendo el francés perfectamente, estudié medicina en Montpellier. ¿Quiénes son ustedes?

Cuando Michel dijo quién era y cuál era la meta de su misión, Podilescu pareció caer de las nubes, pero nos acompañó respetuosamente hasta los camiones. Con gestos de prestidigitador, listo para hacer salir palomas de su chistera, Michel Campion abrió las puertas de los furgones. Entonces hizo ese ridículo gesto con la mano que suelen realizar las ayudantes de mago. Podilescu se quedó plantado frente a aquellos paquetes de apósitos, de vendas Velpeau, de desinfectantes y de Dios sabe qué otros condimentos que se usan generalmente para aliñar a los combatientes.

—Es muy amable por su parte, agradecemos la solidaridad de su país, pero todo esto no nos hade falta.

—Pero claro que sí, para las curas de urgencia de los heridos…

—No tenemos heridos.

Michel recibió aquella respuesta como una bofetada. Se quedó sin voz y por su boca entreabierta sólo salía el soplo empañado de su respiración.

—Los suizos y los alemanes pasaron antes que ustedes esta mañana. Ellos traían un bloque operatorio y una unidad móvil de reanimación. Les he dicho lo mismo que a ustedes: gracias, pero no tenemos víctimas. Ni siquiera cadáveres. Los pocos cuerpos que guardábamos en la morgue se los llevaron los soldados para enterrarlos en un suburbio de la ciudad simulando una fosa común.

Michel Campion miró a Dominique Pérez, que le ofreció fuego a Françoise Duras, que, a su vez, exhaló una verdadera nube de humo que se elevó directa al cielo como una oración inflada con helio.

«De todos modos tengo que entregarle todo esto», dijo Michel con una voz casi implorante. Podilescu reagrupó a la pandilla de enfermeros que, arremangándose, se pusieron manos a la obra a descargar como si se tratara de un verdadero botín de guerra.

—Supongo que mi trabajo de evaluación de sus necesidades ya no tiene sentido…

—Si se trata de una ayuda relacionada directamente con los desórdenes de la revolución, no. Por el contrario, si su organización quiere hacer algo aquí a largo plazo, prestarnos apoyo en nuestro trabajo diario, entonces sí, nuestras necesidades son inmensas. Carecemos de muchas cosas, aparatos, material radiológico, instrumentos quirúrgicos… Esto mismo les expliqué a los alemanes esta mañana.

Michel se tomaba como una humillación añadida el hecho de que los germanos se le hubiesen adelantado en la tierra sagrada de la urgencia. Aquella misión era para él un fiasco total.

—Pero entonces todo lo que dicen de los muertos en la televisión, todo eso…

Podilescu esbozó una sonrisa evasiva.

—Quizá en Bucarest… Aquí se oyen disparos sobre todo por la noche. Desde ayer corre el rumor de que vamos a ser atacados por

los agentes de la Securitate que en teoría vienen para rematar a los heridos, pero, prácticamente, no tenemos heridos… Así que no sé… Muchas de esas noticias las dan agencias de prensa yugoeslavas, y, ya sabe, los yugoeslavos…

Jamás en mi vida había visto un edificio tan siniestro y angustioso. Los viejos globos de cristal esmerilado que iluminaban los pasillos daban un resplandor sucio que parecía chorrear por las paredes tapizadas con la grasa del tiempo. Mientras Michel y sus amigos se hacían explicar cuál era la situación en la ciudad, fui a visitar las plantas. A lo lejos se oía el sonido de disparos esporádicos.

El director del hospital, nombrado en la era Ceausescu, había abandonado su puesto, y sin duda también Timisoara, para huir de los ajustes de cuentas que presumiblemente convulsionarían todas las administraciones. Su despacho reunía los accesorios y el mobiliario característicos de los *apparatchiks* de provincia. En las paredes todavía quedaba la marca de los retratos del conducator, que habían sido descolgados prudentemente en el momento de las primeras revueltas, y apilados encima de la biblioteca. Tras las puertas laterales de aquel imponente mueble, no había ni un libro pero sí un centenar de botellas de grandes vinos de Burdeos clasificados por cosechas y por castillos. Se amontonaban también conservas de paloma torcaz, de civet, de magret y de *foie gras*.

La mesa de despacho, de vulgar madera administrativa, tenía proporciones dictatoriales. Sentado detrás de un mueble como aquél, uno tenía que sentirse legítimamente protegido, a salvo de muchas cosas. Tres viejos teléfonos, una lámpara con pantalla de aluminio, un abrecartas con el mango forrado de cuero y nada más, ni siquiera un informe, ni la más mínima nota.

En cuanto me senté en el trono de aquel pequeño reino, entraron sin llamar dos hombres armados que llevaban unos brazaletes indefinibles. Al verme, repantigado en el sillón del jefe, se sobresaltaron literalmente aterrados. Por un instante permanecieron inmóviles en su ridícula postura, luego, recobrándose del susto, me saludaron con un gesto convencional acompañado de lo que me pareció ser un grito de guerra y se volatilizaron por el pasillo en el

que, durante un buen rato, se oyó retumbar su carrera.

En la planta baja, Podilescu multiplicaba las muestras de cortesía para honrar a sus huéspedes.

—Pueden quedarse a dormir en el hospital. Aquí no servirán de blanco a los francotiradores. Tenemos camas vacías.

Estaba dispuesto a cruzar un campo de minas bajo un intenso fuego antes que quedarme una hora más en aquel centro médico que traslucía angustia. Media hora después, escoltados por un auto blindado del ejército, dejábamos el hospital al volante de nuestros camiones. Durante el trayecto hasta nuestro hotel, el autoametrallador cubrió de ráfagas las fachadas de edificios y casas. Sin embargo, en ningún momento fuimos tiroteados.

La noche y un frío helador cayeron sobre Timisoara. Los salones del hotel Continental bullían de reporteros llegados aquel mismo día de toda Europa mientras que, en el vestíbulo, militares de uniforme, empuñando sus Kaláshnikov, protegían el edificio de un eventual asalto de la Securitate. Compartía la habitación 501 con Michel, mientras que Pérez y su enfermera ocupaban la 502. No teníamos calefacción ni agua caliente y el restaurante sólo servía improvisadas comidas frías ya que las cocinas no tenían gas.

En todas las mesas, los periodistas sólo hablaban de la fosa común que se acababa de descubrir, de la tierra removida recientemente, de todos aquellos cuerpos alineados que habían sido filmados por los cámaras de las televisiones. Aquella misma noche el mundo entero había cenado en compañía de las imágenes de aquella masacre atribuida a las brigadas de Ceausescu.

Si hubiera podido decirles a aquellos reporteros lo que acababa de contarnos el médico del hospital sobre el robo de cadáveres en la morgue, del subsiguiente montaje y de las alegaciones estrambóticas de los yugoeslavos, nadie me hubiera creído, ninguno hubiera aceptado retocar la impecable dramaturgia de una revolución escrita por los guionistas de la CIA, pero esto se sabría más tarde.

La comida estaba fría, no así las miradas que intercambiaban el doctor Pérez y la enfermera Duras. Cuando, hacia las diez de la noche, un insurrecto se precipitó en el hotel gritando «¡Securitate!

¡Securitate!», los militares que estaban de guardia ordenaron apagar todas las luces y empezaron a ametrallar la calle. Los comensales de todas las nacionalidades se agacharon en el suelo con más o menos gracia en cuanto empezaron las ráfagas. Pérez y Duras, ajenos al desorden circundante, sordos al estruendo valao, se besaban en la oscuridad.

Sin calefacción, la habitación estaba helada. Vestidos y envueltos en las mantas y la colcha, Michel y yo intentamos dormir a pesar de los disparos que retumbaban en la ciudad.

—Podilescu me ha dicho que son los insurrectos los que disparan de noche contra las fachadas para que la gente crea que es la Securitate, consiguiendo así atizar el odio de la población contra ella.

Michel hablaba a oscuras. Su voz era monótona, teñida de cansancio y desánimo. Era un jefe de misión que no tenía misión. Un médico del mundo que el mundo no necesitaba. En cuanto acabó su frase, empezaron a llegarnos, desde el otro lado de la pared, unos sonidos que dejaban clara la naturaleza de los retozos que allí tenían lugar. Pérez se tiraba a Duras, a menos que no fuese al revés. Copulaban en modo dodecafónico, conocido por utilizar una serie de doce sonidos. Además de aquella musiquita seriada, nos infligían también los golpes del cabezal de la cama que aporreaba la pared siguiendo el ritmo. A cada golpe de riñón, Pérez emitía gruñidos de lanzador de troncos de alerce mientras que Duras componía una corta gama de agudos. El final del primer movimiento sobrepasó en intensidad a todo lo que había escuchado hasta entonces en este ámbito. Sus estertores estaban impregnados de una jubilosa salvajería animal que, en aquel entorno helado y hostil, nos devolvía a nuestros orígenes.

—Después de nuestro fracaso en el hospital y, ahora, con esta extraña noche, me pregunto qué pensarás de nuestras misiones… Nunca me había pasado algo así…

Una serie de disparos provenientes de la calle o, quizá, del vestíbulo del hotel acallaron las reflexiones del jefe de misión, que con voz casi infantil murmuró:

—¿Has cerrado con llave la puerta de la habitación? Nunca se sabe.

Los golpes de ariete retumbaron de nuevo en la habitación vecina. Tenía prisa por que acabara aquella noche.

Al día siguiente, al encender la televisión, descubrimos, en directo y en rumano, el alucinante proceso de Nicolae y Elena Ceausescu. Había algo irreal en la imagen de aquella pareja tiránica y omnipotente, esposada y maltratada por jóvenes reclutas quienes, seguramente, estaban mucho más impresionados por la situación de lo que aparentaban. Evidentemente, no entendía nada de lo que decían, pero estaba claro que aquellos jueces, a los que nunca se veía, blandían acusaciones insoportables a los Ceausescu que las rechazaban con una agresividad canina. Ella, con su abrigo y su pañuelo, y él, con su gorra y su enorme reloj de oro, parecían una pareja de comerciantes que hubieran llegado corriendo para denunciar un intento de agresión. Demostraban la exasperación mal controlada que manifiestan las víctimas escogidas cuando, en la clínica o en la comisaría, su caso no es tratado con toda prioridad.

Al día siguiente, la televisión nacional emitió las imágenes cortadas de la ejecución de la pareja. Viendo el cadáver de Nicolae Ceausescu sólo se me ocurrió una pregunta: ¿qué había ocurrido con el reloj?

Libres de cualquier preocupación profesional, Pérez y Duras proseguían con su luna de miel. Michel parecía estar totalmente consternado con aquel idilio.

—Te das cuenta, además está casado…

—¿Además de qué? ¿Qué tiene qué ver?

—Nada, seguro que estoy anticuado.

—¿Y Duras?

—¿Duras, qué?

—¿Está casada?

—No tengo ni idea, no la conozco, es la primera vez que voy de misión con ella. En cambio, Pérez parece ser que sí sabía con quién viajaba.

Pasé la tarde paseando por Timisoara. Una ciudad tan atractiva

como un almacén de herramientas. Con sus viejos tranvías, sus raíles fuera del suelo, su arquitectura indecisa, el centro parecía un suburbio en construcción. Los impactos de bala que cubrían las fachadas acentuaban aquella sensación de inacabado. Los habitantes hacían sus compras, oponiendo un desprecio total a las escaramuzas nocturnas que tenían lugar en las calles. Al descubrir el armazón de un viejo roble en la esquina de un jardín, pensé que, desde mi llegada a aquel país, no había utilizado ni una sola vez la pequeña Nikon que me había traído. El día después de este paseo, sin comprender del todo el porqué de nuestro viaje a aquella ciudad, nos marchamos en camión hacia Szeged y después en dirección a Budapest donde la visión de un McDonald's me hizo pensar que allí también se estaba produciendo una revolución, sin duda más discreta, pero igualmente devastadora.

Antes de abandonar el hotel Continental de Timisoara, hice algo extraño que, todavía hoy, no me explico realmente. Dejé que Michel fuera a pagar la cuenta en recepción y me quedé un momento en el cuarto de baño de la habitación para tapar los desagües de la bañera y del lavabo. Luego, abrí todos los grifos a tope y esperé a que el agua desbordase. Cogí, por primera vez, la cámara y tomé varias imágenes de aquellas cascadas domésticas que se salían de los sanitarios, empapando, lentamente, las moquetas de agua helada.

Pasé varios días en Budapest antes de volver a casa. Fotografié algunos árboles aislados junto al Danubio. Hacía mucho frío, la gente se preparaba para festejar su primer año nuevo tras la caída del muro de Berlín, que había tenido lugar hacía dos meses. Mirando aquella ciudad, intenté imaginar cómo debió de ser allí la vida en tiempos del Pacto de Varsovia y qué tipo de alegrías económicas infligirían los nuevos cruzados del Oeste a Pest.

Los padres de Anna nos invitaron a comer el primer día del año y me hicieron un montón de preguntas sobre mi periplo rumano. Ellos, que habitualmente se mostraban tan distantes de los

movimientos populares, estaban, esta vez, totalmente conquistados por la escenografía de aquella revolución. Mi suegra se quedó anonadada al saber que, hallándome en el lugar de los hechos, no había tenido la sangre fría ni siquiera las ganas de hacer una sola foto: «A veces, Paul, me pregunto en qué mundo vive. ¿Y no ha traído nada de allí?». Sí. La llave de la habitación 501, un billete de *una suta leí* de la Banca Nationalá a Republicii Romana y otro de *száz forint* emitido por el Magyar Nemzeki Bank.

Lejos de compartir la decepción de su madre, Anna había disfrutado, en cambio, con el relato de aquella lamentable expedición que había concluido con los excesos nocturnos del doctor Pérez. Sus hazañas pélvicas la divertían, sobre todo porque conocía desde hacía tiempo a su mujer y la aborrecía.

Poco después, Laure parió. Evidentemente, yo era el único que conocía el nombre del verdadero padre de aquel niño. A veces, esto me ponía en una situación poco envidiable como, por ejemplo, el día que François, descendiendo un instante de su constelación Airbus, me preguntó, meciendo al niño en sus brazos: «¿No crees que se parece a mí?».

A veces me costaba entender la decisión de Laure. Tener un tercer hijo, con cuarenta años, con un rabino casado, padre de familia numerosa, y endosarle la paternidad a un esposo ausente, no me parecía que fuera una opción demasiado racional ni juiciosa. Al haber optado por esto, ya no le quedaba más alternativa que la de callarse para siempre. En aquellas circunstancias, yo me convertía en depositario de un verdadero secreto, en cómplice de una prevaricación de entrepierna. Sólo cabía esperar una cosa: que a los aduaneros de la genética no se les ocurriera comparar el cariotipo del hijo con el del supuesto padre.

Laure, por su parte, parecía ignorarlo todo de aquella situación e interpretaba a la perfección el papel de madre satisfecha y de esposa bien amada. La negación era total y la puesta en escena casi perfecta. Salvo cuando nuestras miradas se cruzaban. Entonces podía leer en

sus ojos una súplica muda y una breve amenaza. Laure nunca hacía las cosas a medias, le puso al niño el nombre del rabino: Simón. Simón Milo.

Según Laure, este detalle había conmocionado al santo hombre que, sin embargo, no había expresado en modo alguno ninguna intención de poner fin a su doble vida. Así pues, su relación iba a proseguir entre bastidores. Se verían obligados a hacer malabarismos con todos los accesorios del adulterio a largo plazo: los niños omnipresentes, el sexo improvisado, la mentira permanente, mucha religión y aviones, cada vez más aviones.

En casa, lejos de esos horarios histéricos, había vuelto a mis ritmos domésticos.

Estábamos a finales del mes de mayo de 1990 y, por teléfono, la voz había dicho: «Buenos días, le llamo de la secretaría de presidencia de la República…».

Mi interlocutor se apellidaba Auvert o Aubert y me llamaba, decía, de parte de François Mitterrand.

—… Al presidente le ha gustado mucho su último libro. Desearía que le fotografiara delante de algunos de sus árboles preferidos, en París, en Latché y en el Morvan.

—¿Qué es esta historia?

—Va en serio, señor Blick. Ya sabe cuánto le gusta al presidente la compañía de los árboles. Nunca ha ocultado esta pasión. Le gustaría que usted le retratase junto a sus árboles.

—¿Por qué recurren a mí?

—Ya se lo he dicho, debido a su libro. El presidente no se cansa de elogiarle. ¿Qué me dice?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente?

—No puedo aceptar este trabajo.

—¿Existe algún modo de hacerle cambiar de idea, algo que usted desearía…?

—No.

—Bueno. Es una respuesta… digamos… inesperada. Le transmitiré su negativa al presidente.

Aunque la voz de aquel personaje reflejaba un distanciamiento mezclado de profesionalidad que se atribuye en general a los comisionados de los niveles altos de la administración, me resultaba muy difícil tomarme en serio la propuesta que aquel Auvert/Aubert acababa de hacerme. Incluso teniendo una gran predilección por los vegetales, me costaba imaginar que el presidente de la República pudiera robar tres o cuatro días de su agenda para posar frente a unos troncos de árbol. Esta llamada me pareció tan poco seria que ni siquiera se la conté a Anna.

Tres días después, Auvert/Aubert volvió a llamarme a primera hora de la tarde. Algunos rayos de sol se deslizaban entre las hojas de los castaños y dibujaban islotes de luz sobre las anchas lamas del parqué claro de la entrada por donde yo estaba pasando el aspirador.

—¿Señor Blick? Secretaría de presidencia, le paso al señor presidente de la República…

Auvert/Aubert no me había preguntado ni cómo estaba, ni si me molestaba. No le importaba en absoluto si estaba pasando el aspirador, chorreando de sudor, o si estaba ocupado realizando una meticulosa ampliación fotográfica sobre papel brillante de 24 x 30. Ya que el presidente quería hablar conmigo, se daba por supuesto que yo debía abandonarlo todo sobre la marcha.

—Soy François Mitterrand… ¿Qué tal está señor Blick?

—Bien, gracias.

—Perfecto, perfecto. Espero que le hayan dicho cuánto admiro la belleza de las fotos de *Árboles del mundo*. Ha hecho usted un trabajo admirable… ha conseguido dar cuenta, con una mirada totalmente nueva, de la majestuosidad de un mundo eterno… ¿Sigue ahí?

—Sí, sí, naturalmente.

—Así que usted ha recorrido todos los continentes.

—Sí.

—¿Cuál de ellos es el que más le ha deslumbrado?

—Quizá Australia.

—Vaya por dónde. ¿Acaso la flora resulta allí hasta tal punto deslumbrante o es que sucumbió usted al encanto del teorema de

Coriolis?

—No sé…

—Bien. Bien. Hablemos de nuestro asunto. Seguramente usted ya conoce la pasión que siempre he tenido por los bosques y las selvas. Así que me he sentido muy contrariado cuando me comunicaron que usted no deseaba realizar mi proyecto. Sin duda se lo explicaron mal. Pues bien: tengo una cierta cantidad de árboles fetiches en París, en el Morvan y, sobre todo, en las Landas, junto a los que me gustaría ser fotografiado. Algo íntimo, muy simple, para mi colección personal… ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Sin iluminación y sin maquillaje. En total, yo diría que una treintena de imágenes. Antes del otoño. Yo fijo las citas. Para dejar las cosas claras, se trata, claro está, de un encargo privado. ¿Sigue ahí?

—Aquí estoy.

—… así es. Imágenes muy simples, en blanco y negro. Ya ve, como en su libro. Sólo un árbol y yo junto a él. Sólo usted, yo y el árbol. Estoy seguro de que lo haría usted muy bien.

—No creo.

—¿Por qué motivo?

—Nunca fotografío a seres humanos.

—Mis enemigos le dirían que cada vez lo soy menos.

—Lo siento.

—¿No le gustan los seres humanos en general o bien es que, en concreto, me aborrece usted, señor Blick? Me siento decepcionado. Esas fotos me hubieran gustado. Incluso creo que hubieran sido buenas para mí. Pero ya que usted no quiere saber nada de todo esto, no las haremos. Así de fácil.

La comunicación se cortó en cuanto acabó la frase y tardé un par de segundos en darme cuenta de que el presidente de la República acababa de colgarme el teléfono en las narices. Sus modos monárquicos, sus exigencias caprichosas me hundieron en una cólera fría y republicana. Tenía ganas de volver a llamar a Auvert/Aubert para decirle lo que pensaba de aquel socialista en polainas, educado

por los maristas, antiguo miembro de los Voluntarios Nacionales y que, durante toda su carrera, había oscilado, impulsado por sus intereses personales, entre una izquierda reblandecida y unas derechas oportunistas. No me apetecía en absoluto fotografiar a François Mitterrand. Ni a él ni a sus árboles.

Cuando aquella noche le conté a Anna el contenido de aquella conversación, hizo una pausa sorprendida:

—No sé si ha sido muy inteligente rechazar la propuesta.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, es una experiencia. Además encuentro que su idea es más bien estética, incluso conmovedora.

—Pero bueno, tengo derecho a rechazar un trabajo, aunque me lo encargue el presidente de la República pataleando.

—Tienes todos los derechos. Incluyendo el de cometer torpezas cuando te ciegan tu mal carácter y tus viejos reflejos izquierdistas.

—Con sólo dos libros he ganado dinero suficiente como para vivir tres vidas sin hacer nada, ¿y tú quieres que salga a galope tendido a satisfacer los caprichos de un antiguo miembro de los Voluntarios Nacionales?

—Son tus asuntos. Creo que has sido torpe, eso es todo. Ahora que me acuerdo: hoy me encontré con Laure. Tiene algo que hacer mañana por la tarde y pregunta si puedes cuidar del pequeño Simón.

—No.

Se lo podía dejar al rabino. A menos que, justamente, ese algo que tenía que hacer fuera con él. Me acababa de humillar el presidente de la República así que encima no le iba hacer un favor a una antigua amante que tema la cara dura de pedirle a mi mujer mis servicios para cuidar de su hijo, mientras ella se iba a la cama del padre, fariseo e hipócrita de primera, que además conseguiría darle, en menos de una hora, lo que yo había sido incapaz durante años: placer.

Creía haber puesto punto y final al «asunto» Mitterrand.

No tuve en cuenta el espíritu de tendera de mi suegra ni las fijaciones socialistas de mi propia madre.

Apenas dos días después de mi conversación con el presidente,

Martine Villandreux, sin duda puesta al corriente de su contenido por Anna, vino a verme a casa al final de la tarde. Ya no era la mujer de antes. Había envejecido mucho. Su rostro, tan radiante en el pasado, ya no poseía la más mínima gracia y sus carnes daban la impresión de flotar sobre una masa de grasa desprovista de osamenta.

—Supongo que estará satisfecho de sí mismo, Paul.

—¿Satisfecho de qué?

—De Mitterrand, claro está. ¿Se ha vuelto loco o qué? ¿Quiere que nos caiga encima un control fiscal?

—¿Pero qué dice?

—Deje de hacerse el imbécil, todo el mundo sabe esto.

—¿Sabe qué?

—¡La forma en que actúan los socialistas cuando alguien no les gusta o se niega a complacerles!

—¿Y cómo actúan?

—¡Enviándole a los inspectores de Hacienda, claro! ¿Tanto le hubiera costado hacer esas malditas fotografías, eh?

—Espere, no entiendo nada de lo que me está diciendo. Según su teoría, si alguien tiene que temer algo de Hacienda, soy yo, no usted.

—Nada más falso. La toman también con la familia. ¿Acaso debo recordarle que está casado en régimen de bienes gananciales?

—¿Y bien?

—Entonces, amigo mío, si los buitres caen sobre usted, también lo harán sobre la empresa de Anna. A veces me pregunto qué tiene usted en la cabeza. Incluso Jean, que siempre le defiende, con este asunto ya no entiende nada. Ayer mismo por la noche me decía: «Pero bueno, Paul, sin embargo, es de izquierdas, ¿no?».

Las fluctuaciones bursátiles que siguieron a la invasión de Kuwait por Irak, a principios del mes de agosto, muy pronto consiguieron centrar de nuevo las preocupaciones económicas de mi familia política.

Así pues, pensé que el asunto Mitterrand había caído en el olvido definitivamente cuando le tocó el turno a mi propia madre,

que me organizó un malintencionado proceso. Durante unos de esos agobiantes días de verano en que tuve la debilidad de ir a comer a su casa, e incluso antes de que me diera tiempo a sentarme a la mesa, ella, que de costumbre era tan tranquila y comedida, me agredió como nunca se lo había visto hacer con nadie.

—Creo que tengo un hijo loco. ¡No me mires con esa expresión de susto! ¡Hijo mío, estás loco, loco de remate!

—¿Pero qué te pasa?

—Me pasa que llevo varias semanas intentando callarme, diciéndome que no me incumbe, pero ahora, viéndote aquí, frente a mí, tengo que explotar, si no la cólera me ahogará. ¡Cómo has podido!

—Como he podido, ¿qué?

—¡Decirle que no al presidente, rechazar eso tan hermoso que te proponía!

—Ah, no, no vamos a volver a empezar con esto…

—Cuando pienso que te hicimos estudiar latín y griego…

Aquella frase la había oído a menudo en mi vida. Mi madre la utilizaba cada vez que le causaba una profunda decepción. No comprendía cómo un hombre, educado en las fuentes de la civilización, pudiese ser tan impermeable a la sabiduría de los maestros. En su cabeza, del mismo modo que el BCG (Biliado de Calmette-Guérin) me había protegido de la tuberculosis, el latín y el griego, vacuna eminentemente cultural, tendrían que haberme protegido de los errores de juicio y de las desviaciones de conducta. Al rechazar la propuesta presidencial, había demostrado su ineficacia sobre organismos y caracteres poco pulidos como el mío.

—Te has comportado como un *hooligan*. Me pregunto qué pensará ese hombre de nosotros…

—¿Pero os habéis vuelto todos locos o qué? ¡Todo esto porque he rechazado hacer unas fotos!

—¿Unas fotos? ¿Llamas a esto *unas* fotos? Pero hijo mío, eran *las* fotos de tu vida. Y ¿se puede saber qué excusa le has dado al presidente para decirle que no querías ese trabajo?

—No le di ninguna excusa, simplemente le dije que no

fotografiaba seres humanos.

—Paul, no dijiste esto… Es una grosería sin nombre… Es del todo irrespetuoso y desdeñoso…

—Escucha, mamá…

—Cuando pienso que le has contestado esto al hombre que ha abolido la pena de muerte…

—Mamá…

—Un hombre anciano, que te ha escogido entre miles de personas para que, simplemente, le retratases con los árboles de su vida, un hombre sabio, digno, que domina y respeta el lenguaje como nadie… Y tú, tú respondes: «No fotografío seres humanos»… Pero, ¡¿quién te crees que eres, Paul Blick?!

Su indignación, controlada hasta entonces, se desbordaba ahora a borbotones. Era inútil intentar contener aquella marea de recriminaciones.

—Puedo asegurarte que lo que has hecho te perseguirá toda tu vida. Y repercutirá en tu trabajo, créeme.

—Pero mamá, yo no trabajo. Prácticamente nunca he trabajado, sólo he ganado dinero por azar.

—Has tenido demasiada suerte. Esto es lo que te ha dañado el juicio y el sentido común.

Mi madre no estaba del todo equivocada. Las ventas milagrosas de mis dos libros me habían permitido vivir al borde del mundo, de mi familia y, a veces, de mí mismo. No estaba implicado en nada, no compartía ningún proyecto con los demás. A veces, tenía la impresión de ser el único representante de una casta que no interesaba a nadie y que no se interesaba por nadie. ¿Qué vida era aquélla, fotografiando árboles inmóviles y silenciosos, escrupulosamente atento a que ningún ser humano entrara en el encuadre? Había sido necesario que mis imágenes se vendieran en el mundo entero para que tomara conciencia de que prácticamente jamás había fotografiado a mis hijos, Vincent y Marie, ni tampoco a Anna o a mi madre. Los únicos retratos que mi madre tenía de mi padre habían sido hechos por desconocidos en el garaje. Recorría el globo en busca de cortezas pero ignoraba la vida familiar que crecía

a mi alrededor y junto a mi puerta. Tenía cuarenta años y la sensación de acabar de salir de la universidad. Casi no me había dado tiempo de ver cómo crecían mis niños, y mi hijo ya calzaba un treinta y nueve. Aún no había trabajado de verdad y, sin embargo, desde hacía tiempo estaba protegido de esa necesidad. Sin haberlo pretendido, a mi pesar, era el puro producto de una época sin escrúpulos, ferozmente oportunista, en la que el trabajo sólo tenía valor para aquellos que no lo tenían.

Pocos días después de aquella desagradable conversación, mi madre tuvo un accidente vascular cerebral que paralizó una parte de su cara y le dejó una mano inútil durante más de un trimestre. Tardé bastante en alejar de mí la idea de que aquel problema circulatorio había sido causado por la intensa contrariedad que había sentido por culpa de mi comportamiento con el presidente. En una de las frecuentes visitas que le hice durante su convalecencia, me hizo esta extraña petición:

—¿Sabes qué me gustaría? Que *tú* le hicieras una foto a Mitterrand. Una foto para mí.

Así, a bote pronto, la propuesta me pareció divertida, aunque de inmediato pensé en pedirle a algún fotógrafo de prensa de los que conocía que me diera un retrato del presidente. Pero la forma en que mi madre había insistido en el *tú* me impedía recurrir a dicha estratagema. Aprovechándose hábilmente de su enfermedad y de su debilidad, ejercía sobre mí su poderío. Notaba que quería ponerme a prueba, infligirme una penitencia capaz, a la vez, de borrar mi pretendida impudicia y de acercarme al caravasar social-eliseístico.

—¿Harás esto por mí?

¿Cómo decir no a una pregunta como aquella formulada por una anciana de rostro asimétrico y con la mano inmóvil? Cómo no prometerle que sí, que lo haría por ella, sin por ello saber cómo lo haría.

Tras sopesar otras opciones, por fin decidí comprar un teleobjetivo y un cuerpo de cámara pequeño con motor para intentar obtener una imagen del presidente aprovechando una de sus salidas públicas. El autista fotógrafo vegetal que yo era sentía verdaderos

accesos de pánico al pensar en aquella reconversión. De un día para otro, mi madre me había convertido en un vulgar *paparazzi*. Se acabaron las luces bonitas y las tardes de espera al pie de la Hasselblad. A partir de aquel momento tendría que vivir al ritmo del pequeño formato con motor, del acecho deshonroso y del estrés de baja estofa.

Ya que me era imposible conseguir una acreditación de prensa, tenía que acantonarme en los lugares públicos que el presidente visitaba en sus salidas oficiales y privadas. Un fotógrafo de una revista me había dado el programa presidencial establecido por el Elíseo. A principios de aquel año, 1991, había varias inauguraciones en París y dos visitas a provincias. Mi margen de maniobra era limitado. Tenía que actuar en el breve momento en que el presidente salía de su coche y desaparecía detrás de las paredes de la institución que le recibía. Tenía que arreglármelas para aislar a mi sujeto de la muchedumbre y de sus guardaespaldas, rezar para que la luz fuese buena, que el presidente sonriera y estuviera de buen humor, que mirase hacia mí y para que yo fuera capaz de reaccionar de inmediato. La calidad de la imagen, su pertinencia, dependería de si la suerte se decidía o no a deslizarse detrás del obturador de cortinilla. Estaba preparado para mi primer intento, en París, el 18 de enero de 1991, con motivo de una salida oficial del presidente.

El 17 estalló la guerra del Golfo. Naturalmente, todas las escapadas del Elíseo fueron anuladas. Como todos los demás franceses, me senté frente al televisor y miré cómo se las arreglaba América para engatusar al mundo. Alteración de la realidad. Malversaciones semánticas. Falsificación de las causas. Amplificación de los efectos. Testimonios trucados. Falsificación de las pruebas. Desvío de los fines. Disimulo del sufrimiento. Ocultación de los muertos. Aquella gente del otro lado del Atlántico encarnaba la forma civilizada de la barbarie. Manipuladores de la conciencia, exterminadores del pensamiento, inseminadores de ideas depredadoras, habían hecho de la imagen un espejo engañoso que, con la complicidad de fanfarrones asalariados, podían deformar a su antojo en función de sus necesidades. Si el día de mañana resultaba

necesario tanto la guerra como la paz podrían tener lugar en un vaso de agua.

La vida recobró su curso normal a principios de abril con el final del conflicto. La Bolsa se estabilizó y mi suegra volvió a sonreír. Yo, por mi parte, conseguí la nueva agenda presidencial y, a la primera ocasión, salí en busca de aquel personaje inaccesible que, semana tras semana, iba a convertirse en mi ballena blanca. Igual que el cetáceo que obsesionaba a Achab, Miterrand me ofuscaba, me obcecaba, se convirtió en un inaccesible blanco móvil, una especie de entidad ectoplasmática que ni siquiera dejaba su huella en las películas. Después de tres intentos en un mes, no tenía ni una sola imagen digna de aquel nombre. El presidente no aparecía en ninguna parte. O estaba escondido detrás de un miembro de su servicio de orden o una puerta se lo tragaba antes de que yo pudiera rozar siquiera el disparador. El personaje se escurría entre mis dedos. Comprobaba a mi costa la legitimidad de mis propias alegaciones: realmente no sabía fotografiar seres humanos. Algo, a medio camino entre la incompetencia y la maldición, me impedía captar el rostro de aquel hombre. Después de tres fracasos, decidí cambiar de método, descarté el teleobjetivo y la fotografía desde lejos y opté por un objetivo de 50 mm que me obligaría a mezclarme con la muchedumbre y a trabajar a pocos pasos de mi blanco. En realidad no era algo infrecuente. En cada salida presidencial, miles de franceses se apretujaban contra las barreras para fotografiar a su presidente. Pero, sin duda, yo era el único ciudadano que se había metido en la cabeza que un invisible dedo le señalaba en aquella muchedumbre como al malvado sujeto que había rechazado el encargo —encargo, por otro lado, muy inocente— del jefe del Estado. Cuando mis arrebatos paranoicos llegaban a su punto álgido, me imaginaba que, entre dos apretones de mano, Mitterrand me reconocía y se dirigía hacia mí diciendo en tono arrogante: «Mira quién está aquí, Blick, creía que usted no fotografiaba seres humanos».

Mi primera serie de rollos hechos con el 50 mm, al final de la primavera con ocasión de un viaje del jefe del Estado a provincias,

también fue decepcionante. Sin embargo aquella vez conseguí rozar a mi modelo. Había pasado a pocos pasos de mí y el motor de la Nikon se había tragado la película al ritmo de dos imágenes por segundo. Y sin embargo no tenía nada aceptable. Un perfil vago. El primer plano de un hombro. Y la nuca. Su nuca desde casi todos los ángulos. Como si, intuyendo mi presencia, el presidente hubiera girado la cabeza repentinamente hacia el otro lado para ofrecerme sólo la imagen de su occipucio desdeñoso. Aunque pueda parecer mentira, en cuanto Mitterrand aparecía en mi visor, me volvía ciego. El visor se oscurecía y ya no veía realmente lo que estaba fotografiando. A medida que pasaba el tiempo, que los viajes improductivos se sucedían, me iba dando cuenta de lo rematadamente ridículo de la situación. Me había negado a fotografiar a aquel hombre que me lo había pedido en condiciones óptimas para hacerlo y, ahora, para satisfacer un capricho materno, me veía obligado a acecharle, en cualquier momento y en cualquier lugar, como un miserable ladrón de intimidad. Al volver de aquellos periplos y revelar en el secreto del laboratorio las películas, me daba cuenta de su insigne mediocridad y debía entonces enfrentarme a dos sentimientos perfectamente complementarios: la vergüenza y la rabia.

Tuve la debilidad de explicar mi proyecto a Anna, que se había divertido mucho con mis aventuras.

—Realmente tienes problemas de lujo y pasatiempos de niño mimado.

—Ya te he contado por qué lo hago.

—Ya lo sé, pero incluso así. Si al menos esto te pudiera hacer reflexionar sobre tus inconsecuencias.

—No tiene nada que ver.

—Claro que sí. Tienes la habilidad de meterte en historias imposibles. Te pasas la vida intentando recuperar situaciones que tú mismo te has ingeniado para estropear.

—No he estropeado nada, es un encadenamiento…

—En cualquier caso incluso tus hijos te encuentran ridículo jugando a los *paparazzi*. Ayer, sin ir más lejos, Marie me decía que

no comprendía por qué no le dabas una simple foto de prensa a tu madre. De hecho, ¿por qué les has explicado esta historia a los niños? ¿Quieres que se entere todo el liceo?

No. No quería que nada parecido sucediera. Sentía tanta vergüenza por la situación en la que me había metido que estaba dispuesto a comprar el silencio de mis hijos y de todos sus amigos a cualquier precio.

Por fin, al cabo de mi séptimo viaje, obtuve lo que buscaba: una serie de retratos realizados en medio del gentío, a uno o dos metros del presidente mientras se dirigía a la pirámide del Louvre. La luz, la exposición, la nitidez, todo estaba perfecto. En la mayoría de las imágenes, François Mitterrand enarbolaba una sonrisita poco habitual de veraneante. Aquellas fotos eran técnicamente irreprochables aunque, a veces, en algunos negativos, y debido a la falta de discernimiento del motor, el presidente aparecía con los ojos cerrados, momificado en el momento mismo en que parpadeaba. En cambio había una imagen realmente única que destacaba del resto de la serie. En ella se veía a François Mitterrand darse la vuelta y mirar fijamente al objetivo con una mezcla de sorpresa y de irritación. Parecía como si, a través del juego de lentes, sus ojos intentasen clavarse en los míos. Al observar aquel rostro inamistoso, le oía decir: «¿Siete viajes para esto? Es usted ridículo, Blick». Sin duda lo era, señor presidente, pero cuando vi cómo se iluminó la cara de mi madre cuando descubrió el objeto de su pasión, enmarcado en madera clara, supe que, aunque no tuviera ningún talento para fotografiar seres humanos, podía a veces, a fuerza de obstinación, lograr aportarles un poco de felicidad enmarcada.

Mi madre se había recuperado de su incapacidad, pero la vejez se iba apoderando de ella. La atenazaba, doblegaba su cuerpo, le daba el aspecto curvado de un viejo arco aflojado. Su mente, en cambio, seguía conservando su bella prestancia y, más allá de sus accesos mitterrandianos, seguía persiguiendo desde su jubilación las faltas de lenguaje de sus compatriotas, tanto orales como escritas. No demostraba ninguna mansedumbre frente a los errores de los periodistas, de los locutores o de los ministros. En aquella época,

Édith Cresson estaba a la cabeza del gobierno. Según mi madre, con un lenguaje tan descuidado y con aquellos modos, no duraría mucho.

Unos meses antes de la destitución de la dama, el Elíseo dio a conocer a la prensa que François Mitterrand acababa de ser operado de un cáncer. Mi madre vivió aquella noticia con la misma intensidad qué si el enfermo fuera uno de los miembros de su familia y consideró escandaloso el embrión de polémica que la acompañó: teniendo en cuenta su estado, ¿era capaz el presidente de seguir ocupándose de los asuntos de la nación? Inútil decir que el nombramiento de Edouard Balladur como Primer Ministro, tras la derrota de la izquierda en las legislativas de 1993, despertó en ella, como se despiertan viejos reumatismos, el recuerdo de las horas oscuras de la primera cohabitación. Para su desgracia, además de sus posturas claramente de derechas, el pobre Balladur poseía un indiscutible perfil borbónico. Creo que fue ese pequeño buche de aristócrata satisfecho lo que mi madre nunca le perdonó.

El porvenir de mi hijo que iba a cumplir diecisiete años estaba pues en manos de aquel antiguo director de la Compañía Europea de Acumuladores que en su tiempo libre escribía pequeñas e indispensables cosas liberales como: «Creo en el hombre más que en el Estado», «Pasión y duración del tiempo», «Doce cartas a los franceses demasiado tranquilos» o «De modos y convicciones».

Diecisiete años. Parece ser que todos los hombres son así. Envejecen sin darse cuenta siquiera de que su hijo ha crecido. Hasta el día en que, en el cuarto de baño, se cruzan con un individuo de cuerpo perfecto, alguien que se les parece vagamente y cuya voz les recuerda algo. Y de repente, un mundo se rompe en ellos y un escalofrío polar les atenaza la nuca. Y no pueden creer lo que ven, no pueden aceptar lo que empiezan a comprender. Y piensan que no es posible, que debe tratarse de un error que, saben, ayer todavía levantaban a aquel magnífico niño con sus brazos. Entonces, de repente, se detiene en ellos el reloj, un resorte se afloja. En el vacío

que viene a continuación hacen un rápido cálculo mental. Y, al descubrir el resultado, comprenden que ayer era hace diecisiete años.

Como todos los otros hombres he estado ciego a ese crecimiento, sordo a los murmullos de todo ese tiempo pasado. A modo de circunstancias atenuantes, estoy tentado de esgrimir que mi hija y mi hijo han crecido como la hierba en primavera, sin problemas graves de salud ni problemas escolares especiales. Que tanto uno como el otro parecían seguir el curso de un río tranquilo, atravesar todos sus tramos según el orden de los años. Sí, podría decir esto.

En aquella época tenía la debilidad de pensar que era un padre disponible, presente, muy cercano a ellos. Estaba convencido de que les conocía íntimamente. De que compartía lo esencial de sus vidas. En realidad, veían en mí a una especie de inadaptado social, de pariente perturbador, que confundía los puntos de referencia, que vivía sin horarios, ni proyecto, ni meta, jugando a los hombres de casa, empalmando las semanas de domingos o los viajes de larga duración. Sólo mucho tiempo después comprendí que mis hijos aborrecían esa especie de indefinición excéntrica, esas existencias flotantes, esos personajes poco definidos. Marie y Vincent querían un padre normal, un individuo que fuera al despacho y volviera a las mismas horas, que siguiera el curso de su vida escolar, que mantuviera contactos con los profesores, que se llevara, de vez en cuando, a la familia de fin de semana y que en verano la reuniese durante un mes junto al mar. La única cosa que esperaban mis hijos eran algunas barandillas sólidas, fiables, colocadas siempre en el mismo lugar y a las que poder asirse en caso de necesidad. En lugar de esto, y por motivos distintos, su madre y yo habíamos puesto a su disposición balaustradas blandas, apoyos tambaleantes, sostenes inconsecuentes, un día estaban ahí y al siguiente habían desaparecido. Sin darme cuenta siquiera, mis hijos se habían alejado de mí para acercarse a la vida. Ahora se hallaban del otro lado del río. En la orilla de la gente sin historias. Allí donde viven los padres que se sientan en los consejos de padres de alumnos.

Para intentar tranquilizarme, a veces me decía a mí mismo que

yo estaba hecho para criar bebés, no para tener hijos. Sin embargo, aquellas ruines consideraciones no me libraron de mis remordimientos, ni me devolvieron la confianza de Vincent y Marie. Entonces tomé una decisión difícil: no intentar recuperar el tiempo perdido o hacer ver que recuperaba lo que no se podía. Tenía que respetar aquella distancia afectiva que Marie y Vincent habían puesto entre ellos y yo, por muy doloroso que fuera. En cuanto a todo lo demás al haber estado siempre aterrorizado por el concepto mismo de «padre de alumno», no sería bajo la era de Balladur cuando yo me convirtiera a las alegrías de las falanges asociativas.

Fue Anna quien me dio la noticia una noche al volver a casa. Sólo dijo: «¿Ya te has enterado? François ha dejado a Laure». Enseguida llegué a la conclusión de que había sospechado algo o que ella le había dicho la verdad sobre el rabino y el niño. Estaba muy lejos de la verdad. Los motivos que habían llevado al maestro de los aviones a abandonar el domicilio conyugal eran distintos pero igualmente prosaicos. Simplemente se había enamorado de una joven de veinticuatro años con la que había redescubierto los placeres de cama, olvidados desde hacía tiempo. Dio la noticia a su mujer al regresar del trabajo, hizo la maleta y, sin más explicaciones ni discursos superfluos, una hora más tarde dejó atrás todo su mundo.

—Te das cuenta, marcharse así y dejar a Laure con niños y un bebé.

Nadia era una morena bonita y sensual que daba la impresión de tener una opinión sobre cada cosa. Había heredado el color mate de su piel de una madre norteafricana y sus ojos azules de un padre luxemburgués. En cuanto a su sonrisa, amplia y abierta, sólo le pertenecía a ella. Poco después de abandonar a Laure, François me telefoneó realizando ese ritual que practican todos los hombres en circunstancias como aquélla: intentar justificarse con un amigo de la familia y sobre todo explicarle los mil y un detalles de su nueva felicidad que, para un hombre de cuarenta y cinco años, casado

desde hacía veinte años, se resume a tres actividades esenciales: hacer el amor dos veces al día, volver a hacer deporte y ver películas idiotas en compañía del ser amado.

Como sucede a menudo, François había conocido a Nadia en el trabajo. Todo se decidió en la primera mirada. Naturalmente reconsideró bajo otro punto de vista su vida de familia, a su mujer indiferente, a sus hijos molestos. Muy pronto invitó a *Miss* Veinticuatro años a comer y le pareció increíblemente madura. La joven le confesó que no se sentía a gusto con los chicos de su edad, demasiado superficiales, y que prefería la compañía de hombres experimentados, sobre todo si dirigían un despacho de estudios de aerodinámica. Conmocionado, durante días se complicó la vida inventándose una historia plausible y haciendo creer a su mujer (¿acaso ella le había escuchado?) que iba a pasar un fin de semana asistiendo a un seminario en Frankfurt, cuando en realidad se metieron en un hotel junto al mar en el que, como un titán regenerado, le había hecho el amor durante dos días. La sílfide, bien educada, había exagerado un poco para complacerle. Entonces se sintió rejuvenecer, revivir, empezar de nuevo, preguntándose al mismo tiempo cómo había podido fastidiarse la vida durante tanto tiempo. Al volver a casa, Laure le pareció sosa, mustia, ordinaria, nada interesante, y sus hijos mal educados. Sin embargo, se concedió un tiempo antes de tomar una decisión, teniendo en cuenta sobre todo las consecuencias financieras de una ruptura. Pero la *otra* estaba cada vez más atractiva, disponible, enamorada, independiente, libre, inteligente, joven, deportista, segura, estimulante. Fue la primera en enterarse del nuevo orden del mundo y mostró su gratitud tragándoselo de un sorbo. Volvió a su casa, dio la noticia a golpe de tambor como un guardia campestre y se marchó sin consideración y sin mirar a la que lloraba. Al principio de su nueva vida tuvo la sensación de rozar las puertas del paraíso, de vivir con un ángel, de poseer el manojo de llaves de la felicidad. Pasó cierto tiempo y empezó a echar de menos a sus hijos y también la presencia de su mujer. La *otra* empezó a reprocharle que no salieran más a menudo, que siempre estuvieran encerrados, que nunca vieran

a nadie. Entonces sintió que de nuevo se hacía viejo y tuvo la vaga sensación de haberse equivocado, de haber escogido mal, mientras que en él crecía la certeza de que era ya demasiado tarde para dar marcha atrás. Poco a poco, las cosas volvieron a su cauce y los sentimientos a sus conchas. Como todo el mundo, se sacrificó a las exigencias de las familias recompuestas y le hizo a su nueva y joven mujer un bebé que, esta vez, se le pareció. Entonces volvió a dibujar alas y culos de aviones, esperando la jubilación en compañía de su joven y bonita morena que, ella también, llegado el momento, se pondría a buscar un macho vigoroso.

En aquella época, cuando me encontré a François, estaba en la fase luminosa de su crisálida. Libre de los fardos familiares, se embriagaba con el vino de la juventud recobrada.

—No puedes imaginar lo que Nadia ha hecho de mí. Realmente me ha devuelto a la vida. Es la primera vez que vivo esto.

—¿Nunca habías tenido amantes antes de ella?

—Dos o tres años después de casarme con Laure conocí a una chica en una fiesta en viaje de trabajo. Ambos habíamos bebido mucho y, al final, acabamos en mi habitación. Luego no sé lo que sucedió, pero puedo decirte que a la mañana siguiente, cuando me desperté, ella ya no estaba. En cambio, había una nota en la mesilla. ¿Y sabes qué había escrito? «He conocido a algunos que se dormían antes, otros justo después, pero eres el primero que se duerme mientras». Te juro que es verdad. No sé dónde lo puse, pero guardé ese papel.

Con su nueva personalidad de amante liberado y conquistador, François me resultaba totalmente distinto. Él, que normalmente se perfumaba con la austera trigonometría, ahora olía a joven burbujeante de humor y savia. Las mujeres, aun siendo simples *Miss* Veinticuatro años, tenían ese increíble poder de transfigurar a los hombres, de volver a cargarles las pilas, de insuflarles colágenos para el alma y otros ingredientes, también misteriosos, capaces de reavivar sus glándulas.

—Sabes, había olvidado que podía ser tan bueno hacer el amor de esta forma… Con Laure hace tiempo que en este aspecto todo se

había acabado.

Al oír aquella confesión, que me hubiese podido ahorrar perfectamente, sentí una pequeña bocanada de calor provocada por un cortocircuito de culpabilidad. Pensé en las tardes en que veía resplandecer las nalgas de Laure a la luz ambarina de la iluminación inactínica. Pero, simultáneamente —y esto, en parte, atenuaba, creo, tanto mi incomodidad como mi falta—, pensé que, a pesar de nuestras actividades asiduas, había sido incapaz de hacer gozar a la señora Milo, ni siquiera una vez.

—¿Has vuelto a ver a Laure desde que me fui?

Aquella pregunta, aun siendo muy natural, sonó en mis oídos como un vaso al romperse. Detrás de aquel «vuelto a ver» había un sentido escondido demasiado fuerte. No, no había «vuelto a ver» a Laure desde hacía tiempo, pero otro papanatas la «veía» con regularidad en mi lugar. Y pensándolo bien, sólo François podía estar tan ciego ante toda aquella gente que no cesaba de ir y venir alrededor de su mujer.

—Estoy obligado a divorciarme.

—¿Por qué *obligado*?

—Nadia quiere un hijo. No enseguida, claro, pero lo desea realmente.

—¿Y tú?

—¿Yo? No tengo ni idea. Son demasiadas cosas al mismo tiempo. De momento voy a divorciarme. Y me costará una fortuna. Conozco a Laure, sabes; me chupará la sangre.

Nadia entró, sonriente. Hermosa princesita, infinitamente demasiado joven para estar en compañía de hombres de nuestra edad, me dijo que François le había hablado mucho de mí. A continuación se sentó en el sofá y se pasó más de un cuarto de hora cruzando y descruzando maquinalmente las piernas. Era evidente que la joven no podía estarse quieta, necesitaba hacer ejercicio. Al acompañarme a la entrada tuve tiempo de observar su aspecto. Sin duda poseía todos los encantos de la juventud —agilidad, brillantez y firmeza—, pero le faltaba el conocimiento, la pátina, la jugosa sensualidad de las mujeres de más de cuarenta años. No se lo dije a

François, pero abandonar la grupa de Laure por aquel pequeño trasero de exposición era una absoluta locura.

Así pues, François era feliz y sus aviones se vendían cada vez más. Por mi parte, siguiendo los consejos de Spiridon, empecé de nuevo a trabajar haciendo macrofotografías de la naturaleza, esta vez en su acepción más amplia. Musgos, líquenes, capullos, renacuajos, insectos, trabajando todas las formas de vida minúsculas, ecosistemas invisibles y de gran valor. Iba acumulando hojas de contacto sin saber realmente qué deseaba hacer con ellas. Al menos estos trabajos tenían una meta: dar un sentido infinitesimal a mis días y permitirme pasar el tiempo.

Fue en aquella época cuando Pierre Bérégovoy se suicidó. Me enteré de la noticia escuchando la radio en mi laboratorio. Aquel día estaba revelando una serie de negativos de escarabajos resorte, pequeños insectos menesterosos, coleópteros de la familia de los elatéridos. La información me dejó helado. No es que hubiese sido un admirador ferviente de aquel Primer Ministro fulgurante (fue destituido al cabo de 362 días), pero tanto del final de su vida como de las circunstancias de su desaparición emanaba una tristeza tan aplastante como el peso de un abrigo empapado sobre los hombros. Sé perfectamente por qué recuerdo tan bien este suceso.

Tiene que ver con el escarabajo resorte. Aun siendo insignificante, este insecto posee una particularidad. Cuando está del revés, incapaz de soportar esta posición y de sobrevivir así, se afloja como un muelle y se lanza a sí mismo a otro territorio, a un mundo que espera será forzosamente mejor. El suicidio de Pierre Bérégovoy me hizo pensar en el reflejo del escarabajo resorte. Humillado, doblegado, quizá había intentado, propulsándose a su manera, escapar al destino miserable que le habían asignado. Naturalmente no fue una casualidad que el antiguo obrero se suicidase el primero de mayo. En aquella época se estigmatizó la indiferencia con la que los socialistas y el propio Mitterrand habían tratado a Bérégovoy después de apartarle de su cargo. Salido de las castas bajas, portador de la derrota y del escándalo, aquel antiguo Primer Ministro ya no tenía nada que hacer en los pasillos y los

salones de la corte imperial. Así que el escarabajo resorte había sido devuelto a la oscuridad de sus túneles. En la tristeza de aquel final, en la historia de aquel abandono, se podía leer toda la crueldad del pequeño mundo de los insectos que, de vez en cuando, yo descubría en el visor, cuando, empujados por una fuerza desconocida, éstos empezaban repentinamente a despedazarse. Cuando, cinco meses después del suicidio de su Primer Ministro, François Mitterrand se encontró cara a cara con la jauría que le conminaba a que explicase su propio pasado y sus incómodos lazos con René Bousquet, me acordé de Pierre Bérégovoy y de la elevada consideración que aquel hombre tenía de su honor. A él, sí, por muy escarabajo resorte que fuera, me hubiera gustado fotografiarle de pie junto a los árboles.

Aquélla era mitterrandiana, que había empezado con la embriaguez de la esperanza y de las promesas, llena de cierta majestuosidad, acababa en una especie de deriva política y moral que impregnaba las colgaduras de la República con una mugre grasienta característica de los finales de reinado. Los escándalos financieros no cesaban de salir a la luz, responsables políticos, antiguos ministros, gente elegida acababa en la cárcel, una persona próxima a Mitterrand se suicidaba en el Elíseo y se volvía a hablar de Bousquet, del asunto de la sangre contaminada, de las escuchas telefónicas que el presidente había ordenado, de su familia secreta, de su hija escondida, del avance de su enfermedad.

Mi madre no quiso ver ni oír nada de aquella república monárquica que llevaba la cosa pública y moral a un nivel prehistórico. Conservaba intacta su fe socialista. No importaba la gravedad de los asuntos que se le reprochaban a Mitterrand, para ella seguía siendo el timonel soberano, el elegante espadachín, el último protector de las artes, las letras y las reglas gramaticales. Un día, mientras examinábamos con lupa unas macrofotografías de barrenillos, me dijo: «Tendrías que hacer un libro sobre insectos. Encontrar los más raros, los más aterradores y fotografiarlos de muy cerca, como éstos, convertirlos en verdaderos monstruos. Estoy segura de que a la gente le encantaría. La gente adora los monstruos».

La casa de mi madre se había convertido para mí en un lugar suave, hospitalario, seguro. Me sentía protegido de casi todos los sinsabores de la vida, a pesar de que el jardín y los arbustos se tomaban demasiadas confianzas.

«Tengo que decirte algo». Mi madre había mascullado esto detrás de su lupa, sin levantar los ojos de las fotos. «Acércate y siéntate». Olía a confidencia, a secreto, incluso a embarazo. Se quitó las gafas, agrupó todas las fotos, formó con ellas un montoncito ordenado, giró la cabeza hacia el jardín y dijo:

—François Mitterrand vino a verme ayer por la noche.

—¿Perdona?

—Te lo tenía que contar. Fue en sueños, claro está, pero fue tan intenso que desde entonces me siento incómoda, como cuando no se logra escapar a la influencia de una pesadilla.

—¿Era un sueño o una pesadilla?

—Ahora verás. Estaba durmiendo en mi cuarto y oigo que alguien llama al timbre desde la pequeña verja del jardín. Me levanto, voy hasta la ventana y veo entrar a Mitterrand con su sombrero, su bufanda y su abrigo. Cruza el sendero y entra en casa. En ese momento, tranquilamente, como si no pasara nada, vuelvo a acostarme. Él sube por la escalera, empuja la puerta del cuarto y sin decir nada se quita el sombrero y el loden y los deja en el sillón. Luego se da la vuelta hacia mí y, tranquilamente, se desnuda.

—¿Del todo?

—Del todo. Se acerca a la cama, aparta las sábanas, se sienta, se quita el reloj de la muñeca, lo coloca en la mesilla y se tumba a mi lado. ¿Y sabes qué le digo en ese momento?, ¿sabes lo que tu madre le dice al presidente de la República?: «Ni lo sueñe, tiene usted los pies fríos».

Tuve un ataque de risa de adolescente que mi madre compartió colocándose la mano delante de la boca como una niña que intenta disimular su embarazo.

—¿Y después?

—Después ya no recuerdo nada.

Me encantaba el sueño de mi madre. Sospechaba que no se

había detenido en aquel punto y que se acordaba perfectamente de cómo seguía, algo que le hacía sentirse tan incómoda ya que, era evidente, que por primera vez había engañado a mi difunto padre con un viejo presidente socialista fanfarrón, mentiroso, farsante, hipócrita y, además, dotado con extremidades refrigerantes.

En los días que sucedieron a la muerte del presidente, quizá a consecuencia de aquella corta noche pasada en su compañía, mi madre puso cara de viuda.

Consideró que la ceremonia de los funerales, con la presencia de las dos familias reunidas en torno al féretro, había sido de gran nobleza. Sin embargo, unos días después, tras haber dado rienda suelta a la emoción, me hizo este extraño comentario: «Me pregunto qué han debido de pensar los africanos, a los que se les dice continuamente que en Francia la bigamia está prohibida, cuando han visto al presidente de este país hacerse enterrar en público delante de sus dos mujeres y de todos sus hijos».

JACQUES CHIRAC (I)

(17 mayo 1995-5 mayo 2002)

Desde el verano de 1994, sin decírselo a nadie y a un ritmo de una vez por semana, veía a un psicoanalista. Se llamaba Jacques-André Baudoin-Lartigue. Un patronímico enorme para un hombre tan bajito que, a primera vista, te hacía comprender que hubiera cambiado todo Freud y todo Lacan por algunos centímetros más. Daba la incómoda sensación de alzarse para coger un hipotético objeto colocado sobre una estantería invisible. Llamé a la puerta de Baudoin-Lartigue empujado por un profundo sentimiento de soledad. Anna se pasaba la vida en su empresa, mis hijos se dedicaban a sus cosas, François se ocupaba de *Miss* Veinticuatro y de sus ganas de parto, Laure estaba metida de lleno en su interminable divorcio y en sus entretenimientos rabínicos, Brigitte Campion saltaba de una reunión Bottox a un seminario de colágeno, mientras que Michel, su marido, abría y volvía a cerrar el corazón de los hombres. En cuanto al de mi madre, lentamente, se debilitaba, dificultando cada vez más sus movimientos.

Todo esto me daba la sensación de estar viviendo en una península en el fin del mundo. Me pasaba días enteros sin hablar con alguien, encerrado en el mundo ansiogénico de los insectos. Sin duda Baudoin-Lartigue no era el compañero de mis sueños, pero, por el precio de dos depósitos llenos de gasolina, podía tener la esperanza de que con él conseguiría estabilizar mi estado general.

Cómo conseguir que un oyente imparcial comprenda que se está

incómodo consigo mismo, que, a fuerza de negligencia y de facilidad, ya no se sabe cómo llevar la propia vida. Baudoin-Lartigue parecía desconcertado con nuestras entrevistas. Ni de lejos podía imaginarse que yo no esperaba nada de su tratamiento sino que le visitaba y le pagaba su tiempo para poder simplemente charlar con él, intercambiar opiniones sobre deporte, política o un programa de televisión. Notaba que le hubiese gustado que le abriese otras puertas, universos íntimos que le resultasen más habituales: la muerte de mi hermano, el robo de su carroza, la discreción de mi padre, la transparencia de mi madre, los silencios de Anna, el busto de mi suegra, las nalgas de Laure, el asado de David, los árboles de Mitterrand, la parábola del escarabajo resorte, todas esas pequeñas cosas que conforman al hombre, le ayudan durante un tiempo a volver a erguirse apoyándose en sus patas posteriores y, a la vez, le obligan a volver a agacharse. A veces, Baudoin-Lartigue intentaba dar a nuestras conversaciones un giro más abstracto, más conceptual, pero, invariablemente, le devolvía a la banalidad de mis días y a la compañía de mis insectos. Hubiésemos podido charlar perfectamente de todo en un café fumando un cigarrillo. En cambio, me tumbaba en una especie de tumbona cubierta con un horrible tejido de reps mientras él se sentaba en su puesto de escucha que, desde lejos, podía parecerse a un sillón de dentista o de peluquero.

Con el paso del tiempo, Baudoin-Lartigue había aceptado el hecho de que nuestros encuentros se parecieran más a una charla terapéutica que a un tratamiento. Habíamos descubierto que compartíamos la misma pasión por el *rugby*. Normalmente nos veíamos el miércoles, día ideal situado en medio de la semana que nos permitía comentar el partido del fin de semana anterior y hablar del encuentro que jugaría el Stade de Toulouse el sábado o el domingo siguiente. Nuestro principal interrogante no era saber si el Stade ganaría sino cuántos puntos de ventaja conseguiría. Ambos coincidíamos en que este club realizaba el juego más bonito de Europa, que en él se podía ver la huella y el estilo de una escuela centenaria y que éramos afortunados por tener al alcance de la mano un espectáculo como aquel que combinaba fuerza y elegancia.

Cuando se percataba de que transgredíamos demasiado la ética psicoanalista, Baudoin-Lartigue hacía ver que daba marcha atrás y que levantaba de nuevo las vallas del tratamiento. En esos momentos, su frase empezaba siempre con «De hecho», a pesar de que en su pregunta nunca había la más mínima relación con el tema precedente.

—De hecho, señor Blick, creo que al inicio de nuestros encuentros, cuando usted vino a presentarse, habló brevemente de la muerte de su hermano mayor. ¿Desea que tratemos ese episodio de su vida?

—No creo que sea necesario.

—¿Y la muerte de su padre?

No se le podía reprochar a Baudoin-Lartigue el no ponerse cíclicamente sus enormes zuecos freudianos para realizar un *pas de deux* siniestro alrededor de algunos engaños de la profesión. Como un pescador de mosca, utilizaba a veces cebos burdos y lanzaba el anzuelo en las aguas vivas de los ríos comunes en los que abundaban las bacterias perjudiciales que hostigaban a la especie sin cesar. Tras dos o tres intentos infructuosos, Baudoin-Lartigue no insistía, guardaba sus cañas y retomaba la conversación en el punto en que la habíamos dejado, es decir, en la admiración compartida por la potencia del cinco delantero del Stade. Incluso habíamos ido juntos a Les Sept-Derniers a ver dos partidos del campeonato, cosa impensable en nuestra situación. Bick y su psicólogo. Juntos. En medio de una muchedumbre que expresa su alegría. En el olor picante de los puritos. Cara al sol. Felices y cómplices. A mil leguas de las reglas del tratamiento. Simplemente admirados ante aquellas hazañas de fuerza, aquellas carreras, aquellos momentos de arrojo. Baudoin-Lartigue llegaba a olvidarse de su baja estatura y yo de mis acres de soledad. Éramos sólo dos individuos nativos de la misma ciudad, animando con toda nuestra alma a un equipo sublime con el que secretamente esperábamos conseguir un suplemento de felicidad y vida. Casi me atrevería a decir que, durante un corto periodo, Baudoin-Lartigue fue para mí alguien cercano al que pagaba un sueldo para que fuera mi amigo. Además, hacia el final, en vista de

la naturaleza y de la evolución de nuestras relaciones, cada vez le costaba más aceptar mis pagos. Yo tenía que insistir, casi tenía que meterle los billetes en el bolsillo.

Hasta donde llega mi memoria, Baudoin-Lartigue y yo sólo intercambiamos puntos de vista contradictorios una sola vez. Fue entre los dos turnos de las elecciones presidenciales de 1995 que ganó Jacques Chirac. Enseguida comprendí que me había conchabado con el único psicoanalista de derechas de la ciudad. Apoyaba, incluso de forma descarada, la candidatura del antiguo alcalde de París atribuyéndole como mérito principal el haber regresado desde el fin del mundo para vencer a Balladur a pocos metros de la meta. Creo que lo que aplaudía ante todo Baudoin-Lartigue era esa hazaña de *outsider*, esa vuelta a la carrera. Sin embargo, me resultaba imposible comprender cómo un hombre de mi generación, que además jugueteaba con cerebros, pudiera apoyar a un hombre político rústico, sin la menor sutileza, y que ya en 1962 se encargaba de Equipamientos, Fomento, Construcción y Transportes en el gabinete Pompidou. La tesis de Baudoin-Lartigue era sencilla: votar por Chirac era romper definitivamente con la era de las actuaciones indignas, el maquiavelismo elevado al rango de las bellas artes, las prebendas, la mentira, la hipocresía y los escándalos. Votar por Chirac era poner al país en manos de un individuo que quizá no había inventado la música seriada, pero que haría progresar a Francia a bocinazos italianos, algo así como solía hacer Vittorio Gassman en el Lancia cabriolé de *Il fanfarone*. Realmente creo que la única cualidad que Baudoin-Lartigue atribuía a Chirac era el no ser de izquierdas. Resultó que la mayoría de los franceses pensaba como él y, en lugar del indiscutible espíritu letrado mitterrandiano, llegó a la cabeza del Estado el autor del inolvidable *El resplandor de la esperanza: reflexión nocturna para la mañana*.

Era ya 1995. En las escasas conversaciones que Anna me concedía, creía comprender que sus negocios funcionaban bien aunque las exportaciones a España tenían tendencia a disminuir regularmente. Mis hijos cada vez estaban menos en casa y la consideraban como un amplio hotel-restaurante-lavandería. Las

propuestas de colecciones de insectos que le había presentado a Louis Spiridon no parecieron gustarle y había pospuesto diplomáticamente el proyecto varias veces. Tenía cuarenta y cinco años y mi único amigo era mi psicoanalista. Sin duda hubiera podido amoldarme a aquella situación todavía durante algunos años, pero un acontecimiento trágico puso fin a nuestras relaciones. Cabe pensar que aquella pequeña felicidad que obteníamos de nuestros encuentros tuvo poco peso en el momento en que Jacques-André Baudoin-Lartigue se vio confrontado a la más terrible de las elecciones.

Aquello tuvo lugar un miércoles. Un miércoles del mes de noviembre. La semana anterior teníamos previsto ir juntos a Les Sept-Derniers para ver un Stade-Bourgoin o Narbona, ya no me acuerdo. Nos gustaban mucho aquellos partidos de otoño con su particular ambiente, con el frescor y la' tierra húmeda necesaria para embarrar las camisetas, añadiendo así ese algo más al encuentro. Esto no tenía mucho que ver con las fases de primavera en las que se nota que el campo nunca será lo suficientemente amplio para contener las carreras y la electricidad que cada jugador tiene en las piernas. En invierno las cosas eran distintas, se intentaba mantener el balón protegido, quedarse agrupados, entre «gordos», vivir a la defensiva, apostar por la potencia y el peso de un colectivo capaz de encontrarse con los ojos cerrados tanto en verano como en invierno. Éste era el tipo de espectáculo que teníamos previsto ver el domingo siguiente.

En cambio, aquella mañana me encontré con la policía a la entrada del edificio de Baudoin-Lartigue. Se había formado una aglomeración delante del porche y tres ambulancias con las puertas abiertas bloqueaban la bocacalle del bulevar de Strasbourg. Al ir a entrar en el vestíbulo, un cabo me preguntó si vivía en el edificio. Le contesté que iba a ver al señor Baudoin-Lartigue. Entonces, alzó ligeramente su quepis, hizo una mueca indecisa que deformó las partes grasas de su rostro y me hizo esta increíble observación: «Hoy no le verá».

No volví a ver nunca más a Jacques-André Baudoin-Lartigue.

Ni yo ni nadie. Aquel día, hacia las diez de la mañana, el psicoanalista salió de su consulta y se fue a su apartamento, situado en el mismo rellano. Allí, tras coger un arma de su habitación, había disparado un tiro en la cabeza a su mujer y a sus dos hijos. Después volvió a su despacho y se había disparado con la pistola un tiro en la boca. No había dejado ninguna explicación sobre su acto.

¿Quizá su vida personal era un desastre? ¿Acaso se había enterado de algo que no debía haber sabido? ¿Su mujer se veía con alguien? ¿Estaba enfermo o infinitamente triste? ¿Había perdido a su hermano mayor cuando era joven? ¿O acaso entre todos le habíamos envenenado, día tras día, uno tras otro, con nuestras dosis de venenos íntimos? Sin duda no había sido capaz de ver lo que resultaba evidente mientras le pedía ayuda a un hombre que, a su vez, se estaba ahogando. La desaparición de Baudoin-Lartigue me dejó tan desamparado que, al día siguiente de su muerte, sentí la necesidad de hablar con Anna. En cuanto empecé mi relato me espetó:

—¿Veías a un psicólogo desde hacía tres años y nunca me dijiste nada?

—Pero Anna, ¿por qué iba a hacerlo si nunca hablamos de nada?

—Sé bueno, no vuelvas a empezar con esto. ¿Has visto qué horarios tengo? ¿Te has dado cuenta en qué estado llego por la noche?

—Y tú, ¿te has dado cuenta en qué estado estamos desde hace años? Ya ni siquiera formamos una familia y aún menos una pareja. Compartimos una vivienda y todos nosotros estamos aterradoramente solos.

—Tú estás solo. Yo veo a gente durante todo el día, hablo con ellos, comparto algo con ellos. Vivo en el mundo real, comprendes, ¡el mundo real! Quieres culpabilizarme pero te olvidas de lo esencial: eres tú y sólo tú el que se encierra cada día en su baño turco, el que prefiere la compañía de los árboles y los insectos a la de los seres humanos.

—No se trata de esto…

—Pues claro que sí. Te complaces con ese universo fosilizado.

¿Qué es lo que esperas encontrar? Nunca has trabajado de verdad, desconoces lo que es vivir con un horario. Lo peor que te haya podido suceder ha sido vender todos esos libros.

—Anna, los libros, el trabajo, todo eso me importa un pepino. Lo que quiero decir es que me encontraba tan solo aquí, a tu lado, en esta casa, que me vi obligado a pagar a ese hombre para hablarle, comprendes, pagarle sólo para que me escuchara.

Anna no dijo nada y durante aquellos largos instantes de silencio sólo se oyó el ruido de los radiadores que aumentaban de temperatura. Debíamos de parecer dos momias glaciares prisioneras en el hielo. ¿Cómo había sido posible que nos hubiéramos descuidado hasta tal punto durante aquellos años? Ya ni siquiera nos ayudábamos el uno al otro, conformándonos con cumplir con nuestra cuota de tareas domésticas. ¿Por qué, ya que no habíamos sido capaces de amarnos, habíamos perdido incluso el reflejo de apoyarnos? ¿Por qué no me había quedado más remedio que ir a la consulta de Baudoin-Lartigue para charlar con él de temas sin importancia?

Anna se levantó y se acercó a la ventana. Con la mirada perdida en la vaguedad de la noche, ofreciéndome el dibujo de su hermoso porte, dijo:

—Los niños han llamado. No vendrán a cenar. Si tienes hambre, prepárate algo, yo estoy demasiado cansada para cocinar.

—¿Quieres que te prepare un poco de pescado?

—No, me voy a acostar.

—El psicólogo al que iba a visitar se ha suicidado esta mañana. Se ha disparado un tiro en la cabeza después de haber matado a su mujer y a sus dos hijos.

—Lo siento. Buenas noches.

Estaba sentado en la mesa de la cocina. En el otro extremo de la casa, Anna, con los ojos abiertos de par en par, estaba tumbada en su cama. Hacía una eternidad que no éramos felices, juntos o por separado. Sin embargo el hecho de pensar en lo mismo al mismo tiempo tampoco nos hacía estar más próximos. Me pasé una o dos horas en el laboratorio revelando primeros planos de los insectos

más ingratos de la creación. Era impensable esperar encontrar en ellos la más mínima parcela de fraternidad. Todos expresaban una percepción mecánica, autista, auténticamente egoísta del mundo. Entre su nacimiento y su muerte, sólo llevaban a cabo actividades de primera necesidad regidas por el instinto de supervivencia o por la ruleta del azar, desconociendo tanto el miedo como la pena o el amor.

Al observar mi vida y la de Anna, pensé que un entomólogo poco atento hubiese podido clasificarnos en la misma categoría.

Aquella noche, tarde, fui a la habitación de Anna. Al igual que Mitterrand con mi madre, me desnudé completamente y me acosté en aquella cama, fría como una tumba. Rodeé el hombro de Anna con mi brazo, que dudó un instante antes de desembarazarse de él, como al destaparse porque hace calor. Ya echaba de menos a Baudoin-Lartigue. Los meses siguientes Anna se encontró con nuevos problemas en Atoll y, prácticamente, se mudó a su empresa. Sólo volvía a casa para subir directamente a su habitación y desfallecer de cansancio. Cuando se tomaba un respiro era para ir a comer a casa de sus padres, tragarse la comida a toda velocidad y vituperar a la izquierda, a Hacienda y, sobre todo, a los sindicatos, que eran para ella verdaderas plagas sociales.

—Déjame que te diga algo: los países del sureste asiático se frotan las manos cuando ven nuestra legislación laboral.

Martine y Jean Villandreux, que ya no eran más que dos viejos desengañados, hacían ver que recogían las palabras de su hija como si fueran muestras de gran valor, pero en el fondo todo aquello no les interesaba demasiado, ya que estaban preocupados observando la evolución de su propia senectud.

—Puedes creer que sus últimos modelos de *jacuzzis*, con catorce chorros, vendidos en Francia, completos, son más baratos que los míos sin equipar. Y además, desde hace dos años la CGT y los otros grandes sindicatos piden reducir el horario laboral a treinta y cinco horas. ¿Cómo quieres que salgamos adelante? Estamos tarumba.

En *Sports illustrés*, Jean Villandreux no se quejaba de nada. Las estaciones se sucedían y las ventas del periódico fluctuaban tan poco

como el nivel del lago Lemán. El deporte en general, y el fútbol y el *rugby* en particular, poseían esa increíble capacidad de poder escapar de la inestabilidad caprichosa de los mercados y de la influencia de los conflictos. Aunque cada vez más aquellas competiciones de balones estuvieran sometidas al poder del dinero, sobrevivían a los cracs bursátiles y a las peores guerras. Fuesen los que fuesen los avatares de la geopolítica o de la coyuntura económica, los lectores de *Sports illustrés* seguían buscando su ración de músculos y hazañas en su revista. «Es un periódico que se dirige con el piloto automático puesto», solía decir Jean Villandreux. Para sus adentros, se felicitaba de haberse deshecho en el momento adecuado de la empresa de piscinas, aunque sintiera algún remordimiento al ver cómo su hija luchaba para salir de la trampa.

Millones de franceses se manifestaban en las calles contra el plan Juppé, Primer Ministro cuya presunción de alumno de la Escuela Normal Superior encandilaba a mi suegra. «No nos lo merecemos», decía una y otra vez al ver las oleadas de descontento romperse contra su intransigencia.

A pesar de no ser un ciudadano en todo el sentido de la palabra debido a mi escasa inclinación a llenar las urnas y a mi desconocimiento de lo que Anna denominaba la «vida real», mi humor lúgubre y mi ánimo polvoriento reflejaban con bastante fidelidad el abatimiento, el desencanto, el propio envejecimiento de este país en el que la prensa no cesaba de estigmatizar a sus dirigentes a consecuencia de su falta de delicadeza y de sus insuficiencias. Cada día llegaba con su cargamento de excrementos frescos: corrupción, prevaricación, abuso de bienes sociales, estafas, investigaciones, racismo, pobreza, desprecio, paro. Todos estos factores se entrelazaban, se mezclaban, creaban sus propios virus, sus propias enfermedades combinadas y resistentes a las terapias de grupo, implantando su cronicidad maligna, con fases de remisión y crisis agudas.

No veía ninguna salida, ninguna luz, ni la más mínima razón para esperar una mejora en relación a mi propia vida o al destino de este país.

Para escapar a esta neurastenia familiar, mi hijo Vincent se fue de casa al cumplir veinte años. Tras unos estudios secundarios no brillantes pero sí eficaces, se había inscrito con diecisiete años en filología para después preparar una licenciatura y un doctorado en la especialidad de inglés técnico. Siempre había estado muy próximo a su abuela, creo que le había seducido aquel estilo de trabajo discreto, llevado a cabo en la tranquilidad y el retiro del domicilio. Una vez consiguiera el título, pensaba montar un despacho de traducción tanto de documentos científicos como de textos más literarios. François Milo le había animado con este proyecto, prometiéndole la cesión de un subcontrato para Airbus Industrie de un cierto número de nomenclaturas administrativas y técnicas. Además, Vincent había empezado a estudiar japonés. Al parecer asimilaba aquel idioma sin demasiadas dificultades, ayudado por su amiga Yuko Tsuburaya.

Era dos años mayor que él y trabajaba en el CNES[18] en el marco de un intercambio de estudiantes entre la Universidad de Kioto y el Centro de Investigación Espacial. Yuko tenía un carácter tan discreto como el de Vincent. Nunca alzaban la voz. Ninguna exuberancia, jamás el más mínimo enfado. Parecía que el cursor de sus humores y de sus emociones hubiese sido ajustado de una vez para siempre. En ellos, tanto la alegría como la tristeza daban la impresión de haber sido filtrados, depurados, hasta dar sólo una gota de un extracto que irrigaba luego de forma infinitesimal todos sus sensores íntimos. Yo admiraba su serenidad y aquella relación tan poco dada a las demostraciones. Cuando venían a comer a casa, a menudo me preguntaba cómo una pareja de aquel tipo podría evolucionar con el tiempo. Pensaba que su envoltorio granítico, su aspecto mineral les protegería de la erosión de los años. ¿De quién había heredado mi hijo aquella aparente sabiduría oriental? En cualquier caso, ni de su madre ni de mí, ya que era evidente que nuestra combinatoria genética representaba sin lugar a dudas el peor regalo biológico que unos padres podían ofrecer a su descendencia.

Por el contrario Yuko sí que podía haber heredado de alguien. Era hija de Kikuzo, pero, sobre todo, era la sobrina de Kokichi Tsuburaya. ¿Quién recordaba todavía la historia de aquel hombre

que un día pasó corriendo por la pantalla del televisor sin que nosotros le prestáramos atención? La primera vez que Yuko me contó la vida de su tío, tardé varios días en deshacerme de la influencia de su relato.

A Kokichi Tsuburaya le gustaba correr. Durante la infancia y la adolescencia había recorrido todas las carreteras y todos los caminos de la prefectura de Saitama, situada al norte de Tokio. Reclutadores del club de atletismo se habían fijado en las infatigables zancadas de aquel adolescente y vieron en él a un corredor excepcional. Sometido a entrenamientos rigurosos, el joven alcanzó rápidamente un nivel muy alto. Cuando Japón organizó los Juegos Olímpicos de 1964, Tsuburaya fue seleccionado para representar a su país en la prueba de la maratón. El año anterior a aquella carrera de cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros, Kokichi escaló montañas, atravesó llanuras, galopó por el barro y la nieve, bajo la lluvia, bajo el sol y con todos los vientos. Corría de día, pero a veces también de noche, pegándose siempre al límite interior de una pista imaginaria, intercalando arrancadas tácticas sucesivas en los kilómetros catorce, veintisiete y treinta y ocho para dejar descolgados a unos competidores fantasmas, y lanzando el *sprint* en el último kilómetro con la esperanza de deshacerse del último perseguidor y así entrar solo en cabeza dentro del estadio olímpico donde le esperaba la ovación de setenta mil espectadores. Tsuburaya había hecho mentalmente aquella carrera miles de veces, aumentando en cada zancada el voltaje de su valor y de todas las conducciones eléctricas de su corazón.

Al levantarse al amanecer de aquel gran día de 1964, se tomó una taza de té y, como de costumbre, se preparó con toda tranquilidad. Unos segundos antes de la salida, comprendió que todo el país le miraba y un estremecimiento de orgullo le atravesó el pecho. Con el disparo del juez de salida, se lanzó tal como sabía hacer. Sus piernas, a menudo maltratadas, entrenadas para lo peor, corrían ahora hacía lo mejor que él les había prometido. A los demás competidores les costaba muchísimo aguantar el ritmo de aquella locomotora humana y todos, uno tras otro, iban cediendo. A mitad

de carrera, estaba Kokichi y, detrás, el resto del mundo. Diez kilómetros antes de la meta, la victoria del japonés parecía cosa hecha. Sin embargo, imperceptiblemente, un hombre recuperaba terreno, aumentaba la frecuencia y la amplitud de sus zancadas. Se llamaba Abebe Bikila y provenía del otro extremo de la tierra. A tres kilómetros del estadio, en el punto en que, en sus sueños, dejaba atrás a sus adversarios, Tsuburaya vio pasar a Bikila y, junto a él, a otro corredor. Por un instante intentó seguir sus pasos, pero, aquella vez, sus piernas, sus músculos, sus huesos, su corazón, todo aquel mecanismo que él consideraba disciplinado se negó a aquel esfuerzo suplementario.

Kokichi Tsuburaya subió al tercer peldaño del pódium. Mientras que Bikila exultaba, Tsuburaya se hundía en las tinieblas. Al final de la ceremonia de entrega de medallas, Tsuburaya fue al encuentro de los periodistas para pedir perdón a todos los japoneses por no haber ganado la carrera. Dijo que sentía profundamente la humillación infligida a su país y prometió rectificar en los próximos juegos de Ciudad de México.

Al día siguiente de la final, Kokichi volvió a calzarse sus zapatillas de carrera, su capital móvil, y volvió a recorrer las carreteras y los caminos que tantas veces había tomado. Pasaron los meses. Y otras estaciones. El hombre seguía corriendo pero las distancias que recorría iban acortándose imperceptiblemente. Como si cada día que pasara le robase un poco de fuerza y una parte de valor. Creo que pocas veces un hombre haya llegado así hasta el extremo de sus propias fuerzas y hay que pensar que lo que encontró en lo más hondo de aquella alma agotada le quitó las ganas de ir más adelante.

Una mañana Kokichi Tsuburaya no salió de su casa. Ni al día siguiente, ni al otro. Nadie se percató de aquel modesto cambio en las costumbres del barrio. ¿Acaso hay algo más anodino que un hombre corriendo? Su hermano mayor, Kikuzo, el padre de Yuko, le telefoneó varias veces sin obtener respuesta. Fue a su casa y llamó a la puerta pero nadie le abrió. Entonces llamaron a un cerrajero para desbloquear la cerradura. Dentro, los visitantes encontraron la ropa

de deporte de Tsuburaya doblada meticulosamente y colocada en el suelo junto a sus zapatillas de maratón. El corredor estaba tumbado sobre la alfombra, exangüe, frente a la bahía de Tokio. Se había seccionado la carótida con una hoja de afeitar que sostenía aún en la mano. En la mesa, una nota lapidaria escrita con tinta azul: «Estoy cansado. Ya no quiero correr».

Desde que me contó esta historia, ya no pude mirar a Yuko de la misma manera. Ya no podía disociarla del destino de aquel hombre al que nunca conocería y que, sin embargo, no dejaba de trotar en mi cabeza.

Anna, a la que yo consideraba menos maternal, vivió con mucha tristeza la marcha de su hijo. Sin duda, su melancolía se vio amplificada por la pequeña fiesta que organicé para celebrar el vuelo de Vincent, que resultó ser un desastre. Mis hijos invitaron a sus amigos, François Milo vino acompañado de *Miss* Veinticuatro y pico, y Michel Campion, de su mujer Brigitte, pintada y botoxada hasta lo indecible. En el último momento, Anna había invitado a algunos de sus conocidos con la idea de dar un cierto brillo y animación a aquella comida de más de veinte cubiertos. Me había pasado dos días preparando aquel almuerzo, compuesto básicamente de ensaladas griegas y libanesas, marisco, *sushis*, pescado y verduras salteadas en el *wok*. Sin embargo, todos mis esfuerzos resultaron vanos y la velada naufragó lentamente como un barco anegado por los golpes de mar. *Miss* Veinticuatro le montó una inexplicable escena a François reprochándole, por lo que entendí, «sus preocupaciones y gustos de viejo». Anna rompió a llorar cuando su vecina le preguntó si ahora temía sentir «el síndrome del nido vacío» (o al menos, medio lleno, ya que Marie todavía vivía con nosotros). Llamó una canguro pidiendo que una de las jóvenes parejas presentes volviera a casa porque su bebé tenía una fiebre anormal. Después, Michel Campion castigó a todos los comensales con el relato de una de sus operaciones de corazón, cuya explicación pormenorizada y algo repugnante sólo podía gustar razonablemente

al autor. Por fin, en medio de la comida, una amiga de Yuko empezó a vomitar diciendo que debía de ser por algún marisco en mal estado.

Molesto por todos aquellos acontecimientos sucesivos, me refugié en la cocina y no salí hasta que el último invitado se marchó. Encontré a Anna en su dormitorio, sentada en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas. Aquella pose masculina arqueaba su espalda y acentuaba el cansancio de su rostro. Mi mujer parecía un hombre al final de un día difícil.

—No pensaba que la marcha de Vincent te afectaría tanto.

—¿Qué pensabas entonces? ¿Que lo celebraría con júbilo?

—No sé. Me ha sorprendido, eso es todo.

—¿Qué te ha sorprendido? Has descubierto que quiero a mi hijo, ¿es esto lo que quieres decir?

—No tiene nada que ver. Te creía más dura… menos sensible a este tipo de cosas.

—Parece como si te hubiera molestado que llorase hace un momento.

—En absoluto, al contrario. He pensado que era adorable.

—Pues no es nada adorable, Paul. Es triste, simplemente triste. Vincent se va y es un momento importante para nuestra familia. Hasta ahora vivíamos todos juntos. A partir de ahora envejeceremos por separado. Y es muy distinto. Sobre todo para una mujer.

—Creo que exageras un poco. Tu hijo vivirá a diez minutos de aquí, no es como si se fuera a vivir a Japón.

—Vincent se marchará a Japón.

—Nada deja suponer que pasará toda su vida junto a Yuko.

—Pasará toda su vida con ella y se instalará en Japón. Debes saberlo. Un día, se irá. Y además esto no cambia nada. Intentas tranquilizarte diciéndote que está a dos pasos de aquí, pero no tiene sentido. Tu hijo se ha ido, comprendes, no volverá.

En cuanto terminó la frase, Anna estalló en sollozos como una madre a la que le han arrancado su único hijo. Todo lo que acababa de decirme me había golpeado de lleno, revelándome perspectivas sombrías, brumosos paisajes asiáticos que nuestro hijo cruzaba

huyendo de nosotros para siempre.

Me hubiera gustado abrazar a Anna, decirle que yo estaba allí, con Marie, que sin duda envejeceríamos pero despacio, dejando que el tiempo viniese a nosotros. Sin embargo, me callé y salí de la habitación consciente de que, cuando estaba en aquel estado, Anna Blick se transformaba en una pared lisa que no ofrecía ningún punto donde asirse, ninguna grieta.

Al día siguiente, conmocionado por aquella conversación, telefoneé a Yuko y, con un pretexto falaz, me las arreglé para que me hablara de su trabajo en el CNES. Mi pequeña investigación me sirvió para saber que estaba ligada al centro por cuatro años. Contrariamente a lo que pensaba Anna, ahora tenía la certeza de que mi hijo no estaba a punto de marcharse de Toulouse. Aquella misma noche le di la noticia con orgullo a mi mujer.

—Ya no me apetece seguir hablando de esta historia, Paul. Ya te he explicado que para mí Vincent se ha marchado. Que esté a dos pasos o en Kioto no cambia nada.

—Nunca me has dicho lo que piensas de Yuko.

—No pienso nada de Yuko, del mismo modo que estoy convencida que ella no tiene ninguna opinión sobre mí. Esta ahí, yo también. Respetamos esa distancia, eso es todo.

—¿No es un poco limitado?

—Si te sirve de ayuda, pienso exactamente lo mismo de nuestro hijo. Nunca he sabido quién era realmente, qué deseaba y hacia dónde quería dirigir su vida. Esto no me ha impedido quererle.

—Lo que dices me parece justo y al mismo tiempo muy duro.

—Paul, pronto cumpliré cincuenta años. Y la edad no me suaviza.

Aunque Anna fuera dos años mayor que yo, seguía viéndola como la joven que yo había conseguido birlarle sutilmente a Grégoire Elias. Había conservado aquella misma belleza que, en aquella época, hacía que mis ojos se llenaran de lágrimas. La vida nos había gastado, a veces maltratado, pero me parecía que salía intacta de aquella larga travesía, aunque pareciera querer decir que su corazón estaba lleno da abolladuras.

—¿Crees que Vincent es feliz?

—Paul, eres increíble. ¿Cómo quieres que conteste a esta pregunta?

—No sé, eres su madre…

—Y tú eres su padre. Has vivido veinte años bajo el mismo techo que él y tenías ojos, igual que yo, para ver. Nunca has hablado con tu hijo y esperas a que ya no esté aquí para hacerme preguntas sobre cuestiones esenciales que tendrías que haberle hecho a él.

—No me di cuenta de que el tiempo pasaba.

—Pero bueno, ¿por qué los hombres tienen que tener siempre el mismo problema con el tiempo? ¿No ves, no *sientes* que envejecemos cada día?

—Justamente, me decía a mí mismo que tú no te movías, que prácticamente no has cambiado desde que te conozco.

—Deja de decir tonterías.

Anna siempre había tenido problemas con los cumplidos. Sobre todo cuando tenían que ver con su físico. Tenía una manera un poco rústica y bastante masculina de tratar a los que la elogiaban.

—Ves, Paul, creo que no deberíamos haber tenido hijos…

—¿Por qué dices esto?

—No sé… Tengo la sensación de que no les hemos dado todo lo que se merecían, que les hemos querido desde demasiado lejos, de forma intermitente. A menudo he sentido esto. Y siempre me he dicho que recuperaría el tiempo perdido, que volvería antes del despacho para pasar un rato con ellos o que me los llevaría a algún sitio a pasar el fin de semana. Al final, por cansancio y cobardía, no hice nada de todo esto. Hoy se van y me doy cuenta de que he pasado casi toda mi vida ocupándome de filtros con diatomeas y de *jacuzzis* en lugar de aprovechar el tiempo para estar con ellos.

Entendía perfectamente lo que Anna quería decir y compartía aquella culpabilidad húmeda que me había acostumbrado a callar. Violentas ráfagas de viento de otros tiempos agitaban los árboles del jardín y hacían silbar las ramas y los troncos. De pie junto a la ventana, Anna observaba cómo aquella vegetación se doblaba con la tormenta de la noche. Me acerqué a ella y puse mis manos en sus

hombros. Estábamos solos en la inmensidad de aquella casa. Sin girarse, oí que me decía: «Hazme el amor».

Tenía una idea más o menos precisa de lo que Anna deseaba en aquel instante, un momento de tregua, uno de esos instantes birlado al formol de la costumbre, una bocanada de sexo sin modales, algo un poco instintivo. Ella sabía que el después no sería mucho mejor que el antes, que seguiríamos siendo lamentablemente lo que siempre habíamos sido. Todo esto no importaba porque Anna sólo deseaba una cosa: un simple pedazo de presente. Entre nosotros, si bien el sexo no trascendía ni rehabilitaba nada, en cambio nos permitía pararnos en seco, soportar el molesto peso de nuestros cuerpos. Amarrarnos a la trama marchita de la existencia. No es que el placer estuviera ausente de nuestros acoplamientos. Por el contrario, desembarazado de su envoltorio judeocristiano, recuperaba una cierta rudeza arcaica con la que cada uno hacíamos pagar al otro el error de no ser uno mismo.

No carece de interés remontarnos así a los orígenes de la especie para redescubrir de qué estamos hechos realmente y ese deseo de supervivencia, para volver a ver el alba, sea cual sea su promesa. Aquella noche de tormenta, bajo las ráfagas de viento, creo que Anna quería que sobreviviéramos. Y yo también. Juntos o por separado. Cuando pensaba en nosotros, me quedaba atónito por la discordancia de las vidas que llevábamos. Ella, día y noche, drogada por el trabajo, Blanca de Castilla de los *jacuzzis*, santa madre de las *pool-houses*. Yo, ex fotógrafo arborícola, retirado en no se sabe qué rama, vagando como un alma en pena por los pasillos de las horas.

Para Anna, los negocios se complicaron cada vez más a partir de 1997. Sus saltos de humor iban unidos a los del mercado y, al acentuarse las dificultades económicas, sus relaciones con el personal se hicieron execrables. Justo antes de la disolución de la Asamblea Nacional, en abril, y de la subsiguiente victoria de la izquierda, en junio, los sindicatos de Atoll iniciaron una huelga que duró más de un mes. Al ocurrir en medio de la campaña electoral, aquella huelga tuvo cierto eco en la prensa local e incluso recibió el apoyo de los futuros elegidos de la izquierda. Aquel apoyo puso a Anna fuera de

sí. Vituperaba la «irresponsabilidad» y la «demagogia» de los socialistas, pero tampoco desaprovechaba ninguna ocasión para estigmatizar la impericia del «otro gran imbécil», es decir, Jacques Chirac, al que no perdonaba el haber cambiado un orden establecido en nombre de un antojo hormonal cualquiera. En general, los negocios temen los cambios inesperados y las situaciones inestables. Y los negocios de piscinas en particular. Ya que lo he oído decir más de cien veces, diría que se sostienen en la superficie de la economía y de la coyuntura, afirmando ser los primeros en hundirse en caso de marasmo o de crisis. Para Anna, y al ocurrir en medio de un conflicto que la enfrentaba con los sindicatos, la sustitución de un Primer Ministro de derechas nacido en Mont-de-Marsan, Alain Juppé, por un socialista originario de Meudon, Lionel Jospin, era una verdadera revolución de Octubre. Rabiosa, Anna capituló completamente y concedió a los sindicatos todos los aumentos que reclamaban. La noche tras la firma de los acuerdos habló por teléfono durante más de tres horas con sus padres y con un periodista de una revista de economía. Mientras Marie y yo cenábamos en la habitación contigua pudimos escuchar el eco de todo aquel tumulto.

—… Pues claro que sí… todo ha cambiado debido a la disolución… y que lo digas, los otros se han sentido apoyados, es normal… Les he dicho: nos vamos a estrellar… la empresa no posee los medios para pagar lo que quieren… les veía, se tronchaban, llamaban a su central y se tronchaban… no, papá, ahora es distinto, las relaciones ya no son las mismas que en tu época… ya no hay nada más que discutir… y lo peor es que si escuchas a los periodistas, te cuentan que el sindicalismo está muerto y que los empresarios tienen las manos libres… qué va, el banco ahora, después de todo lo que ha sucedido, vigilará todas las cuentas… y tendremos que discutir cada descubierto… esto es demasiado… y todo por culpa de ese otro imbécil…

Marie, que tenía un carácter tan reservado como el de su hermano y cuyas simpatías por la izquierda alternativa yo conocía, parecía molesta con todas aquellas jeremiadas patronales. No le

gustaba escuchar a su propia madre reivindicar alto y fuerte tales opiniones derechistas e inequívocamente liberales. Aquella revelación originaba en Marie un conflicto que oponía a la hija cariñosa con la militante. Yo, más prosaicamente, pensaba en el «otro imbécil», en su destino burlesco, en aquella increíble impermeabilidad al ridículo que demostraba para retomar su curso, como si nada sucediese, al mando del navío almirante, después de haber hundido él mismo a su propia flota. Si no fuera por los cinco siglos que les separaban, se hubiera podido pensar que el poeta italiano Ludovico Ariosto había mantenido una larga relación con el autor de aquella fulgurante disolución y de todo lo que vino después, antes de ofrecer su propia definición de la tontería: «El vulgar imbécil siempre se siente ávido de grandes acontecimientos, sean los que sean, sin prever si le serán útiles o perjudiciales; al vulgar imbécil sólo le conmueve su propia curiosidad».

Por mi parte, la suerte me había sonreído de una vez por todas y vivía de mis rentas prosiguiendo con mis trabajos sobre los insectos y con un nuevo proyecto de libro sobre televisores. Al contrario de mi monografía sobre los arquípteros y otros himenópteros, la idea de fotografiar sobre un fondo gris y en blanco y negro la evolución histórica y estética de esas linternas mágicas entusiasmaba a Spiridon, que de inmediato me había concedido un crédito para cubrir mis gastos de investigación y de viaje. Antes de emprender periplo alguno, realizaba una recensión de las piezas más hermosas en archivos o catálogos. Era un proyecto hecho a mi medida. Además me evitaba tener que fotografiar a mis semejantes, especie móvil, que nunca estaba quieta entrando y saliendo de mi visor.

No tuve mucho tiempo para dedicarme a mis nuevas investigaciones. La víspera de la final de la Copa del Mundo de fútbol mi madre tuvo un segundo accidente vascular cerebral, esta vez importante. Aquella invisible herida en el cerebro afectó sus funciones motrices pero también su visión de la vida. Aunque casi no hablase de ello, sabía que cada noche la muerte dormía en su cama.

Cuando volvió a su casa, después de dos largos meses de

rehabilitación, entró en ella como si estuviera visitando un lujoso palacio oriental. Volvía a encontrarse con un mundo que pensaba que ya había desaparecido para siempre y con todos sus objetos familiares que la habían esperado pacientemente.

Para poder organizar aquella reinstalación, fue necesario poner en funcionamiento un verdadero dispositivo sanitario. Además de la colocación de una cama eléctrica médica, una enfermera iba mañana y noche para lavar, levantar y acostar a mi madre, un kinesioterapeuta le daba algún masaje, mientras que un servicio municipal le traía cada mañana platos cocinados que parecían preparados a base de nutrimentos.

Para alegría de mi madre, anulé rápidamente aquel tipo de entregas y me ocupé yo mismo de la preparación de sus comidas. La sensible mejora de su vida cotidiana le devolvió las ganas de vivir y mis visitas diarias se convirtieron rápidamente en algo tan habitual como indispensable. En pocos meses, mi vida cambió. Sin desearlo realmente, sin que me diera cuenta, me convertí en cocinero, contable, jardinero, intendente y confidente de mi madre. Pasaban los meses y yo transcurría más tiempo en su casa que en la mía. Algunas noches volvía extenuado, desmoralizado, envejecido.

Ya no podía dar marcha atrás. Prisionero de una trampa afectiva, tenía que seguir con lo que había empezado si no quería volver a enviar a mi madre a su universo de soledad inmóvil, si no quería romper además el contrato tácito que nos unía. Cada día me expresaba su gratitud y la alegría de poder quedarse en su casa hasta el final. Sin duda, ella veía el final al alcance de la mano y por eso hablaba de él con tanta familiaridad, con una ligereza, un distanciamiento que resultaban nuevos en ella. Ella que durante toda su vida había sido tan silenciosa y tan discreta, ahora no dudaba ya en compartir conmigo sus pensamientos y sus sentimientos. Era como si la hemorragia, al haber inundado su cerebro, se hubiese llevado por delante todos los diques de contención que habían canalizado sus emociones. A pesar de estar medio paralizada, nunca antes mi madre me había parecido tan despierta.

Durante cuatro años la acompañé por aquel largo túnel y cada

vez más aquella marcha me fue pareciendo más penosa y triste. Algunas noches salía de aquel oscuro pasillo como en otros tiempos se salía de la mina. La carga de trabajo no era muy pesada pero estaba todo lo demás, el espectáculo lancinante de la vejez y de la enfermedad manos a la obra en su tarea común de aniquilamiento. Además sentía que crecían en mí sentimientos cada vez menos nobles. Empecé por reprocharle a mi madre que me estuviera robando mi tiempo, que ejerciera una especie de chantaje afectivo, que abusara de una situación, que se acostumbrara a quejarse, que se decidiera a no hacer ningún esfuerzo. Evidentemente todas aquellas quejas eran totalmente injustas.

Aquel otoño de 1998 pospuse *sine die* mi proyecto editorial. Hacía algún tiempo que Anna, al volver a casa por la noche, parecía más tranquila, más relajada que antes. Hablaba de sus preocupaciones y de los problemas de Atoll como si se tratara de una filial lejana y turbulenta. Desde hacía meses dejaba que los sindicatos camparan por su empresa. Había dejado de luchar paso a paso con ellos, prefiriendo, decía, concentrarse en su nuevo proyecto: instalar una unidad de producción de *jacuzzis* en Cataluña y transferir los activos de Atoll a Barcelona. El plan de reubicación era ultrasecreto y los empleados de Toulouse no debían sospechar que se iba a prescindir de ellos. Para mí aquello era terriblemente desleal, pero no podía hacer nada salvo ir a denunciar la actuación de mi propia esposa a los sindicatos. Y, sinceramente, no me veía actuando de aquella manera.

Anna multiplicó sus viajes a Barcelona. Cada semana iba allí para hacer contactos y visitar polígonos industriales. Cada vez volvía más segura de sí misma y más confiada en su buena estrella. Decía que la mano de obra era más barata que en Toulouse y que el gobierno de Cataluña era increíblemente generoso a la hora de ayudar a que se instalaran nuevos empresarios.

Mientras, yo tenía la sensación de arrastrarme diariamente por los meandros de un túnel que yo mismo había excavado en parte, Anna me ofrecía en cambio la imagen de alguien que estaba resucitando, que por fin había hallado una salida, una solución, sin

duda brutal, ciertamente egoísta, pero tremendamente eficaz. Sin el más mínimo escrúpulo, seguía dirigiendo Atoll como si no pasara nada. Cuando yo volvía por la noche, la encontraba a menudo instalada en el salón, con las piernas extendidas en el sofá bebiendo una copa y charlando de todo y de nada con Marie. A veces intentaba hacerla razonar:

—¿No crees que deberías reflexionar un poco más antes de lanzarte a esa historia de Barcelona…?

—¿Ahora te interesas por mis asuntos?

—Se trata sobre todo de los asuntos de un centenar de personas que van a encontrarse en la calle de un día a otro.

—Habrán hecho todo lo que hacía falta para que sea así.

—¿Por qué no les dices la verdad?

—Pero, ¿qué verdad?

—No sé, que la empresa va mal, que tienes problemas serios. Y que más vale ganar un poco menos durante un tiempo que arriesgarse a perder de forma definitiva su empleo.

—Realmente eres un crío. A veces me pregunto en qué mundo vives. ¿Crees que los sindicalistas aceptarían este lenguaje, que lo tendrían en cuenta?

—No te hablo de los sindicalistas, sólo tienes que dirigirte a la base.

—La base me odia aún más que los sindicatos. Lo que tú no entiendes es que aquí la partida está perdida. Ya no podemos competir. En absoluto. Instalando mi unidad en Barcelona, ya gano un treinta por ciento sobre las cargas.

—¿Has hablado de esto con tu padre?

—¿Con mi padre? Puedo asegurarte que está muy lejos de todos estos asuntos. Parece ser que desde que toma Viagra no para de intentar subirse sobre mi madre.

—¿Cómo sabes esto…?

—Por mi madre, ¿quién quieres que me lo haya dicho?

—¿Hablas de esto con tu madre?

—Qué mojigato resultas a veces.

—¿Qué edad tiene tu padre?

—Setenta y ocho o setenta y nueve, no me acuerdo.

—Y, ¿qué dice tu madre?

—¡Hace dos minutos te parecía escandaloso que mi madre y yo habláramos de la sexualidad de mi padre y ahora quieres detalles sobre sus relaciones!

—En absoluto. Simplemente me preguntaba cómo reaccionaba tu madre a esta situación, nada más.

—¿Sabes qué? La llamas y se lo preguntas.

—En serio, tendrías que hablar con tu padre de toda esta historia que me parece una locura. Créeme, reflexiona un poco más.

—Ya está todo reflexionado, querido.

—¿Me has llamado «querido»?

—Sí, me ha salido así.

Para representar la espontaneidad de aquella expresión, Anna hizo con la mano un gesto circular sobre su cabeza. Ella, que de costumbre era austera y ponderada, llevaba algún tiempo adoptando un tono y unos modales que a veces me costaba reconocer. También me había dado cuenta de que elegía con cuidado la ropa, incluso para discutir con un tipo duro de la CGT. Otro cambio del que no me podía quejar era que Anna había recobrado su apetito sexual de otros tiempos. Cataluña tenía extraños poderes metabólicos, capaces de devolver simultáneamente a una mujer las ganas de amar y de matar a sus semejantes.

Así vivimos un año lleno y extraño. Durante el día, como hijo complaciente, le daba de comer a mi madre y, por la noche, como amante obediente, me deslizaba sobre el vientre satinado de una esposa repentinamente apasionada por las cosas del sexo. Además de algunas pequeñas perversidades que desconocía en ella, Anna, que durante mucho tiempo había sido una adepta de las relaciones mudas, había empezado a verbalizar. Me daba pequeñas series de órdenes claras que tintineaban en mis oídos como estímulos. Mi mujer también tenía tendencia, desde hacía un tiempo, a endurecer nuestros abrazos, a envolverlos con una película de brusquedad. Justo antes de que yo gozara, había tomado la costumbre de darme una orden imperiosa, siempre la misma: «Baja la cabeza». Y repetía

esto alzando el tono hasta que efectivamente, y sin importar cuál fuera mi postura, inclinaba mi cara hacia el suelo. Entonces me recorría una sensación extraña y era incapaz de comprender si mejoraba o si, por el contrario, degradaba la naturaleza de mi placer. De cualquier manera, el placer que parecía experimentar Anna no tenía punto de comparación con los orgasmos a los que me tenía acostumbrado durante nuestra larga vida en común. Ahora, cuando entrecerraba los ojos y tiraba un poco la cabeza hacia atrás, se adivinaba que en el interior de aquel cuerpo unas fuerzas ciegas se penetraban, se rechazaban y se entrechocaban hasta arder. Entonces, como un collar azulado, las venas esenciales sobresalían en torno a aquella garganta que parecía estrangularse a sí misma. Deliciosos horrores, groserías de alcoba, brotaban de la boca de Anna como pequeñas escorias del alma, cenizas incandescentes expulsadas en el momento de la erupción.

Confieso que durante cierto tiempo estuve intrigado por todos aquellos cambios. Incluso sospechaba que Anna sufría el mismo síntoma que Laure y que se dedicaba a simular. Pero realmente no se correspondía con su carácter prestarse a dichos engaños y preocuparse por proteger el ego que flaqueaba de un compañero que no daba la talla. Asimismo estaba convencido de que debido a aquellos cambios, Anna y yo habíamos desenterrado los restos de una antigua complicidad que el tiempo había conseguido sepultar. Hacía meses que sentía que estábamos más próximos el uno del otro tanto de cuerpo como de espíritu. Este sentimiento se había reforzado desde que Vincent nos había dicho que Yuko esperaba un bebé. Pasado el momento de sorpresa, la perspectiva de la llegada de aquel niño nos unía alrededor de un proyecto estimulante, aunque de momento fuera muy abstracto: cuidar de los niños de nuestros hijos. El de Vincent y Yuko nacería en febrero o marzo de 2000. Oyéndonos hablar de aquel futuro próximo, resultaba evidente que volvíamos a formar una pareja. Desgraciadamente, la evidencia a menudo es el tranquilizante de los imbéciles y basta con tener este tipo de certezas para que la vida, irritada, te arroje por la borda.

Faltaban unos meses para el nuevo milenio y, sumergido por sus

fiebres consumistas, el mundo occidental se permitía el lujo de algunos escalofríos de tipo tecnológico. Además de inminentes Apocalipsis bursátiles, algunos chiflados visionarios nos prometían, aquí y allá, un diluvio de plagas y castigos informáticos. Preocupado por la salud de mi madre, cada vez más desengañado por el giro que daba mi vida, sólo me interesaba de lejos por las imprecaciones diarias de aquellos charlatanes de la desgracia. Ignoraba que, con cierto adelanto, iba a comprobar la veracidad de todas aquellas malévolas profecías milenaristas.

Mi pequeño Armageddon personal empezó el jueves 25 de noviembre de 1999, al final de la tarde, con una llamada telefónica de la gendarmería de Carcassonne. No comprendí lo que el hombre me decía. Su voz sonaba nerviosa, sus explicaciones confusas, envueltas con un fuerte acento de Les Corbiéres. Ya había anochecido y fuera llovía.

—Tendría que venir a identificar el cuerpo.

Era la tercera vez que repetía aquella frase. Identificar el cuerpo de Anna Blick. Había muerto en un accidente aéreo. Por mucho que le dijera que era imposible, que Anna se había ido a Barcelona en coche aquella misma mañana, él insistía. Identificar el cuerpo. Eso es todo lo que quería. Que yo dijera que sí. Y después, colgaría.

Sin avisar a nadie, sin llamar a mis hijos, cogí el coche y me dirigía a Carcassonne. Recuerdo que hice el trayecto sin prisa y sin verdadera angustia, en un estado de gran neutralidad, dejando que flotaran en mí todo tipo de sentimientos, como sin gravedad. No sentía ni pensaba en nada. No hacía especulaciones ni reflexiones parasitarias. Las gotas de lluvia se aplastaban contra el cristal, los limpiaparabrisas las apartaban. Avanzaba al ritmo de aquellas escobillas que se esforzaban por despejar mi visión, por esclarecer la oscura visión que podía tener del mundo que me rodeaba.

Habían lavado el cuerpo pero quedaban motitas de sangre coagulada en la raíz del cabello. Largas heridas se hundían en el tórax y en la carne de las piernas. El pie izquierdo estaba seccionado a la altura del tobillo. El pecho derecho, cortado por la mitad. Aunque azulado y deformado por los hematomas, el rostro

conservaba una cierta belleza y a pesar de la magnitud del ultraje todavía era posible percibir la finura de los rasgos. Observaba todo aquello como si descubriera el fin del mundo, cuando ya no queda nada, cuando el mal ha pasado, saqueándolo todo, destruyéndolo todo. Miraba a la que había dejado aquella misma mañana, con prisas, retrasada como siempre, oliendo a energía y arrastrando las brumas de un perfume matinal. Miraba a la antigua amiga de Grégoire Elias, a la madre de Vincent y Marie, a la hija de Martine y Jean, pero no conseguía creer que aquel cadáver destrozado era también la mujer de Paul Blick.

Estaba allí y miraba. Esperaba que algo se produjera en mi interior, algo que me obligara a comprender lo que estaba viviendo y que me sobrepasaba.

—¿Reconoce a su esposa?

Bastaba con que dijese sí para que Anna muriese, para que cerraran de nuevo el cajón extraíble de la cámara frigorífica, para que su fallecimiento fuera anotado en el libro de registro de la gendarmería, para que todo fuera distinto, para que los teléfonos empezaran a sonar y unas personas, de repente, se pusieran a llorar.

—… Perdone, señor… ¿reconoce a la señora Anna Blick?

Cómo expresarlo. Era ella y al mismo tiempo era otra. Una especie de hermana mayor cuyo rostro, con el paso del tiempo, se había vuelto más ingrato, salvada de una pesadilla sangrienta, que se recuperaba lentamente sobre un sofá helado. Sí, una hermana atropellada por un mal sueño y que nunca salía sin su Brownie Flash Kodak ni su carroza de plata, preferida por los padres que siempre la habían considerado la más vivaz, la más inteligente de las dos. Una hermana que, más tarde, se había casado por error con un chico cuyo hermano había muerto, un chico que se llamaba Block o Blick, que decía haberse ganado la vida de una vez por todas y que agachaba la cabeza cuando gozaba.

—Siento tener que insistir…

Me di la vuelta hacia el gendarme. Vi un hombre cansado al final del día, que sin duda tenía prisa por reunirse con su familia y por ver borrada la marca roja que el borde de su quepis trazaba a

diario sobre su frente. Era el hombre del teléfono, el que hablaba con acento de Les Corbiéres. Sentía tener que insistir pero no dudaba en repetir su pregunta. Y la repetiría tantas veces como fuera necesario hasta obtener la respuesta y poder poner un nombre a aquella muerta.

—¿Era su esposa?

El hecho de oír al gendarme hablando de Anna en pasado hizo que rompiera a llorar. Acababa de hacerme comprender que Anna ya no era de este mundo. Contesté que sí, lo había sido durante casi veinticinco años.

El gendarme cerró su clasificador e hizo un gesto rápido al empleado de la morgue. El hombre se acercó a nosotros, cubrió a Anna con una sábana y, tras pedir subrepticiamente mi consentimiento, con un gesto cuidadoso empujó el cajón que se deslizó lentamente llevándose a Anna a la nada.

En aquel momento sólo tuve ganas de una cosa: coger a mis hijos entre mis brazos y agarrarme a ellos, no volverles a soltar, protegerles de los hombres y de los aviones, mantenerlos cerca de mí, cuidarles como había hecho cuando todavía formábamos una joven familia. El gendarme me pidió que pasara a su despacho para informarme sobre el accidente:

—Mañana… esta noche no…

—Le comprendo. Cuando usted quiera.

—¿Dónde tuvo lugar?

—En las estribaciones de la Montaña Negra.

—¿Era un avión de línea?

—Ah no, un pequeño avión de hélices, biplaza, un Jodel, creo.

El trayecto de vuelta a Toulouse duró una eternidad. Tenía la sensación de dirigir una embarcación luchando con vientos en contra y corrientes malignas. El coche atravesaba verdaderas cortinas de lluvia que, a medida que se traspasaban, daban la sensación de abrirse sobre mundos cada vez más sombríos. La furia de los aguaceros sólo se parecía a la confusión de mis sentimientos. En ciertos momentos, una especie de terror me asaltaba al pensar que ya nunca más oiría la voz de Anna. En otros, las circunstancias y la

naturaleza misma de aquel accidente aéreo acaparaban mis pensamientos. Preguntas de pura lógica se abrían paso poco a poco en mí. ¿Cómo era posible que Anna, que había salido aquella mañana en coche hacia Barcelona, hubiera muerto unas horas más tarde en un avión biplaza en pleno bosque de la Montaña Negra? ¿Qué hacía en aquel minúsculo Jodel? ¿Hacia qué destino volaba? ¿De dónde venía?

Llegué a casa hacia las diez de la noche. Tardé un poco en reunir el valor necesario para arrancarme del coche. La lluvia golpeaba la cochera y, entre los árboles, distinguí las luces del pequeño salón en el que a mi hija le gustaba estar al caer la noche cuando no salía. Debía de estar viendo la televisión, escuchando música o telefoneando a alguien. Instalada en el sofá, ignoraba que estaba sentada al borde de un precipicio al que caería en cuanto yo cruzase el umbral de la entrada.

¿Cómo puede un padre anunciar a su hija la muerte de su madre? ¿Acaso hay palabras menos dolorosas que otras, frases menos cortantes? Era la primera vez que entraba en mi propia casa acarreando un peso como aquél. Oía el parloteo familiar de la televisión, la charla intangible y torrencial de aquel mundo irreal que nunca dormía ni moría. Iba a darle la noticia a Marie y en el monitor nada cambiaría, cada uno seguiría diciendo sus banalidades de superviviente, sus réplicas de actores de reparto.

Con el cuerpo rígido y helado, con la cara cubierta de lluvia y, sin duda, con un andar de ladrón tímido, di unos pasos hacia Marie, que miraba una película subtitulada. Recuerdo perfectamente el título: *El dulce porvenir*, de Atom Egoyan. Recuerdo la imagen del padre, Ian Holm, telefoneando desde el coche a su hija que vivía a cientos de kilómetros de allí, la tristeza de su mirada, su frase llena de desencanto: «En este momento me pregunto con quién hablo».

Recuerdo la mirada de Marie dirigida hacia mí, la repentina preocupación que vi en ella, el movimiento de su mano apoyándose en el borde del sofá.

Recuerdo que bajé los ojos y, sin poder contener más las lágrimas, me oí decir: «Tu mamá ha muerto».

Marie no pidió ninguna explicación, no pronunció ni una palabra. Se acurrucó en el sofá de tal modo que daba la impresión de encogerse a ojos vistas, de querer desaparecer para así escapar de la desgracia. Lágrimas frías corrían por sus mejillas. Lloraba con los ojos abiertos de par en par.

Tuve que llamar a Vincent y decirle lo indecible. Para amortiguar su pena, su primer reflejo consistió en someterme a una riada de preguntas a las que, evidentemente, yo no podía responder. Pero él quería saberlo todo sobre la hora, el lugar, las causas, las circunstancias del accidente. No cesaba de preguntar, esperando retrasar todo lo posible el momento en que sentimientos incontrolables le sumergirían.

Llegó a casa un poco después de las once acompañado de Yuko y nos encontró, a Marie y a mí, sentados cada uno en un extremo del sofá. Debíamos parecer dos desconocidos haciendo tiempo en una sala de espera. Marie se dirigió hacia su hermano, yo la seguí, y nos encontramos los tres, abrazados los unos a los otros, asidos a aquel núcleo familiar que aún formábamos. Estaba de pie en el centro de la habitación con mis hijos entre mis brazos. Atrás, en la puerta del salón, Yuko Tsuburaya y su gran vientre esperaban un gesto de nuestra parte para unirse a nuestro círculo, pero ninguno tuvo suficiente ánimo para hacerlo.

Aquella misma noche tuve que darles la noticia a los padres de Anna. Repetirles lo poco que sabía. El Jodel. La Montaña Negra. Carcassonne. La gendarmería. Curiosamente, los Villandreux parecieron aceptar muy rápidamente la idea de que no volverían a ver nunca más a su única hija y me acosaron con un montón de preguntas relacionadas con detalles materiales y prácticos que íbamos a tener que solucionar. Sin duda ésa era su forma de negar o de rechazar la factura del dolor.

Aquella noche decidí proteger a mi madre, dejar que descansara en paz. Nada corría prisa. Quizá mañana, cuando fuese de día. Mientras tanto, ya que dormía y hasta que no se le dijera lo contrario, Anna seguía siendo de este mundo.

Por la mañana, la lluvia seguía golpeando la tierra y hacía brillar

la corteza de los plátanos. A las nueve estaba en Carcassonne, en un despacho glacial de la gendarmería que olía a lejía.

—Es demasiado pronto para afirmarlo con certeza pero creemos que el accidente fue causado por la situación meteorológica. Ayer las condiciones fueron especialmente malas encima de la Montaña Negra.

El gendarme me tendió las fotos del pequeño monomotor dislocado por el impacto. Apenas si se podía distinguir la silueta fantasmal de la carlinga.

—¿Qué hacía mi mujer en este avión…?

—Precisamente ésta es la pregunta que yo quería hacerle.

—Anna salió de casa ayer en coche para ir a Barcelona. Esto es todo lo que sé.

—¿Conocía usted al señor Xavier Girardin?

—No.

—Era el piloto y el propietario del avión.

—¿Un piloto profesional?

—En absoluto. Tenía su carné pero volaba por placer. Era abogado en Toulouse. De hecho, ¿cuál era la marca del coche de su mujer?

—Un Volvo.

—¿Un Bréale S70 gris oscuro?

—Así es.

—Lo encontramos aparcado en el aparcamiento del aeroclub de Lasbordes, en Toulouse.

—¿El avión venía de Barcelona?

—Según el plan de vuelo que nos han enviado, el Jodel hacía sólo un viaje de ida y vuelta de Toulouse a Béziers. ¿Realmente no le dice nada el apellido Girardin? ¿Puedo enseñarle una foto?

En la imagen, Xavier Girardin parecía un hombre feliz, sonriente, confiado. Tenía un rostro a la vez sólido y lleno de encanto que en cierta forma recordaba la masculinidad de un Nick Nolte suavizada. Jamás en mi vida había visto a Xavier Girardin, ni tampoco había oído hablar de él.

—¿Cuál era el motivo del viaje de su esposa a Barcelona?

—Su trabajo. Iba más o menos una vez por semana desde hacía un año. Estaba montando allí un negocio.

—¿Sabe si de vez en cuando cogía el avión para ir?

—Nunca. Siempre hacía el viaje en coche.

—Y ayer, ¿nada podía hacer pensar que había decidido ir en el Jodel con el señor Girardin?

—No.

—¿Le importa decirme cuál es su profesión?

—Hago fotos.

Salí perplejo de aquella entrevista. Lo poco que el gendarme acababa de decirme abría un abismo de preguntas que ni la más mínima respuesta racional podía llenar. Sin embargo, los días venideros iban a proporcionarme muchas más respuestas de las que hubiera deseado.

Primero hubo aquella extraña atmósfera durante el entierro de Anna. A menudo, mi mujer había mencionado el odio tenaz que la totalidad de su personal sentía por ella. Me sorprendió muchísimo saber que Atoll había cerrado sus puertas aquel día de duelo y descubrir que todos los empleados, sin excepción, se habían desplazado para asistir a la ceremonia. Lo más curioso era que toda aquella gente parecía realmente afectada. Al sondear a aquella muchedumbre sólo veía rostros entristecidos y miradas compasivas. ¿Cómo era posible aborrecer tanto a la dueña y al mismo tiempo llorar su muerte con tanta naturalidad?

Unos días más tarde fui a la empresa donde me recibió Bernard Bidault, el brazo derecho de Anna. Era un hombre reservado, infinitamente serio, que conocía cada recoveco de aquella casa. Llevaba las cuentas igual que las extravagancias o los proyectos. Conocía el nombre de todos los empleados y su función dentro de la empresa.

—Siento molestarle en este momento tan triste, pero era absolutamente necesario que le viera. He intentado ponerme en contacto con el señor Villandreux, pero su esposa me ha dicho que después de lo sucedido no está en condiciones de ocuparse de los asuntos de Atoll. Por este motivo me he permitido llamarle.

—¿Hay problemas?

—De hecho, señor Blick… creo que la empresa va a tener que… cerrar.

—¿Qué quiere decir cerrar…?

—Llevamos seis meses de atraso en el pago de las cotizaciones a la URSSAF y un año en el pago de otros impuestos. Nuestra situación bancaria es catastrófica con descubiertos en la totalidad de nuestras cuentas, créditos que ya no conseguimos devolver, Hacienda nos reclama pagos atrasados y tenemos más de dos millones de francos de salarios que debemos pagar antes de final de mes.

—Anna nunca me había hablado de todo esto.

—Tampoco a mí me lo contaba todo, señor Blick. Delegaba muy poco y solucionaba los problemas al día. A su manera, con sus métodos. Al equipo directivo nos costaba un poco comprender.

No entendía nada de lo que me explicaba Bidault. Todo iba mal, su historia, los números, las perspectivas y sobre todo la imagen de Anna, que no paraba de hacerse cada vez más borrosa.

Al volver a casa, decidí buscar en sus informes profesionales algún documento que demostrase la futura ubicación de la empresa en Barcelona y la huella de algún montaje financiero susceptible de sostener aquel proyecto. Nada. Ni la más pequeña nota, ningún informe. ¿De España? Ni rastro.

Entonces sentí algo, una especie de sentimiento compulsivo, una pulsión rabiosa que me impelía a buscar una respuesta para todas y cada una de mis preguntas. Iba a buscar en los efectos personales de una muerta, a palpar los recovecos de su vida, iba a desembalar todo, a espulgar todo, a verificar todo.

Primero Barcelona. Varias llamadas a la Cámara de Comercio de la Generalitat de Cataluña me permitieron descubrir que Anna nunca había presentado la más mínima petición para instalar allí la empresa o solicitar subvenciones, que no se había puesto en contacto con ningún representante de la provincia. Su nombre no aparecía en ningún fichero, en ninguna lista de entrevistas. Además, los extractos de su tarjeta bancaria demostraban que durante el último año no había pagado facturas en España.

Anna nunca había ido a Barcelona. Tampoco había previsto cambiar la sede de Atoll y establecerla en Cataluña. Todo aquello no era más que una extraña invención cuya utilidad y sentido yo no entendía.

Pocos días después de aquel descubrimiento, me fui en coche con Vincent para recuperar el Volvo de su madre aparcado en el aparcamiento del áeroclub. Mientras paseaba entre las avionetas, un hombre vino hacia mí. Era uno de los mecánicos del club que pensó que estaba buscando un aparato para alquilar.

—No… soy pariente de la señora que murió en el accidente…

—Perdone… Qué historia más terrible… Aquí todavía no nos hemos repuesto. Imagínese, un avión del club… Lo había revisado dos días antes. No se entiende. Ya pueden decir que fue debido al mal tiempo, a mí me cuesta creerlo… El señor Girardin era el piloto con más experiencia del club. Ese trayecto hacia Béziers podía hacerlo con los ojos cerrados. ¿Conocía usted al señor Girardin?

—Sí, un poco.

—Tenía una casa en Séte, a la orilla del mar… Quizá haya estado usted allí… Con la señora iba cada semana. Así que ya me dirá, ese plan de vuelo debía de haberlo presentado cientos de veces. No puedo creer que el parte meteorológico le haya engañado… Resulta difícil imaginárselo… ¿Usted vuela?

—Nunca.

Parecía que cada jornada se complaciera humillándome mientras que las noches se encargaban de cocer a fuego lento aquel cocido envilecedor. Mi lamentable modo de actuar, aquellas pequeñas investigaciones degradantes, me incomodaban tanto como lo que iba descubriendo. Y cuando mis hijos me instaban con sus preguntas para saber qué hacía su madre en un avión, a mitad de semana, en compañía de un abogado especializado en asuntos de bandidaje de altos vuelos, sólo podía callarme encogiéndome de hombros para hacer ver que no sabía nada e intentar convencerles de mi buena fe.

Cuando dejé de rebuscar, volví a ocuparme de mi madre, muy afectada por la muerte de Anna. Además, no pasaba ni un solo día sin que alabara su valor y su determinación.

—No se puede decir que la hayas ayudado mucho. Guiaba su barca ella sola. No ha debido de ser siempre fácil, sabes, entre los niños, tus ausencias y la empresa…

Suerte que para compensar todos aquellos cargos y paliar mis insuficiencias estaba Barcelona, el Jodel y el abogado del hampa. Sinceramente, no sentía rencor porque Anna me hubiera mentido. Simplemente estaba estupefacto por su lujosa puesta en escena y su talento de actriz. Lo que más me sorprendía no era que hubiera tenido un amante, sino que hubiera abandonado su empresa incluso sabiendo que estaba al borde de la quiebra. Anna siempre me había parecido una directora de empresa quisquillosa y me costaba imaginármela en el papel frívolo de una amante. Evidentemente, como sobre tantas otras cosas, me había equivocado. Barcelona no tenía nada que ver en la mejoría íntima que Anna y yo habíamos conocido durante aquel último año. Aquella bonanza se la debía sólo al señor Xavier Girardin, hábil pleiteante, que había sabido despertar la memoria dormida del cuerpo de mi mujer. ¿Cómo lo había hecho? ¿Había adivinado enseguida en qué lugares le gustaba a Anna que la tocasen? ¿Acaso a ella le gustaba su piel, su olor, su voz, la forma de su sexo? ¿Le decía cosas que a ella le gustaba oír, palabras licenciosas que le hacían alcanzar el cielo? ¿Sabía que después de ofrecerse a él toda una tarde, me pedía que la tomase por la noche? ¿Había sido él quien inventó la historia de Barcelona y el cántico del traslado de la empresa? ¿Era un cabrón de primera o uno del montón que simplemente prefería gozar de las mujeres de los demás?

En el fondo, todo esto no tenía importancia y aquellas preguntas inútiles sólo merecían disolverse, una a una, en el polvo del tiempo. Anna había tenido sus motivos para vivir a su manera. Simplemente la muerte la había sorprendido antes de que hubiera tenido tiempo para ordenar las alacenas de su existencia. Al levantar el velo de aquel desorden íntimo, el Jodel se había metido donde no le llamaban. Cada día que pasaba me alejaba y, a la vez, me acercaba a mi mujer. Me hubiera gustado poder hablar con ella de Béziers, de Cataluña y de Girardin. Escachar cómo me explicaba sus increíbles

historias. Verla como nunca la vi. Tener tiempo para descubrir su parte de mentira, de oscuridad y una noche sorprenderla y llevarla a cenar a Barcelona.

1999 llegaba a la meta, exangüe, desengañado, igual que mis modestas historias. A veces esposados, ministros, alcaldes, prefectos o diputados de nuestra incorregible República eran convocados para dar explicaciones delante de los jueces sobre sus mil y una villanías. Aquella Nochevieja, en que acababa el milenio y se desmoronaba mi pequeño mundo, sentado frente a mi madre adormilada, pensaba en esos innumerables casos de bribones y pillos de los que el inestimable señor Xavier Girardin hubiera podido ocuparse. Sí, el abogado de los tunantes, el porteador, el criado, el Gatsby de los truhanes había desaparecido demasiado pronto.

Desde el inicio del año los acontecimientos se precipitaron. El 2 de enero el notario, estableciendo la sucesión de Anna, me comunicó que nuestra casa estaba hipotecada hasta el cuello y podía decirse que era propiedad de los bancos.

—Si su mujer se despojó varias veces de sus bienes fue para intentar reflotar Atoll, empresa que, actualmente, puede considerarse que «ha sobrepasado la declaración de quiebra». La semana pasada tuve una reunión con uno de los gerentes, el señor Bidault, al que usted conoce, creo. Él utilizó la expresión «coma sobrepasado».

—Hablando claro, ¿en qué situación me encuentro?

—La peor posible. Hereda usted unas deudas enormes y su casa puede ponerse en venta en cualquier momento. La señora Blick ha desaparecido en el peor de los momentos.

—Dejo que usted solucione esto del mejor modo posible.

—No puede haber un modo mejor, señor Blick. Vamos hacia lo peor.

Tres días después de esta entrevista, dos inspectores de Hacienda se presentaron en los despachos de Atoll para proceder a la inspección del pago de las cotizaciones y a un análisis de la contabilidad. Bidault me avisó de su llegada y me aconsejó que pasara a verles de inmediato por los locales que había puesto a su

disposición. Dos muchachotes simpáticos, sonrientes, atléticos. De entrada me recordaron más a un par de saltadores con pértiga que a una pareja de inspectores quisquillosos con intenciones reglamentarias. Frente a ellos, extendidos por todas partes, informes de cuentas, extractos, facturas y dos ordenadores de los que no paraban de coger datos. Me habían recibido en su antro con tanta cordialidad que su actitud familiar tenía algo de desconcertante. ¿Acaso aplicaban nuevas directrices «behaviouristas» perfeccionadas por la dirección general de Impuestos o bien eran verdugos afables por naturaleza, capaces sin duda de cortarte la cabeza pero con mil miramientos? Del mismo modo que se trata a un amigo, me invitaron a sentarme a su lado, me sirvieron una taza de café que mantenían caliente en un termo y luego, casi a disgusto, empezaron a hacerme preguntas, sin duda elementales, pero a las que yo era incapaz de contestar.

—Usted no aparece en ningún lugar del organigrama de la empresa, señor Blick. ¿Podemos saber cuál era su función?

—Ninguna. Nunca puse un pie aquí.

—¿Por qué motivo?

—No trabajo aquí.

—Pero entonces, ¿a título de qué viene usted a vernos?

—La empresa pertenecía a mi esposa. Ha fallecido hace unos diez días.

—Lo sentimos mucho… no lo sabíamos… El aviso de inspección nos llegó hace un mes. No podíamos saber… Esto es una desgracia y llegamos en un mal momento.

—Les ruego que hagan lo que tienen que hacer.

—… Precisamente, señor Blick… me temo que sólo vamos a añadir más preocupaciones a las que ya tiene. La situación de Atoll es más que preocupante.

—Ya lo sé, el notario me lo contó.

—¿Le mencionó el pasivo fiscal de la sociedad?

—No, simplemente me resumió el estado general de la empresa utilizando el término «fase terminal» o «coma sobrepasado», ya no recuerdo.

—Sólo hemos dado una rápida ojeada a las cuentas pero ya aparece que los atrasos en el pago de impuestos, sin hablar siquiera de las cotizaciones impagadas a día de hoy, se elevan a varios millones de francos. Si la tesorería está en la misma situación, me temo que el análisis de su notario no sea exacto.

—¿Qué puedo hacer?

—Estamos aquí para verificar su posición fiscal y evaluar los atrasos que se deben a la administración. No estamos facultados para darle consejos.

—Comprendo. Pero en general, ¿qué sucede con las empresas que se hallan en una situación como ésta?

—¿Francamente? Liquidación judicial y declaración de quiebra.

—¿Esto significa despedir a todo el personal?

—Sí.

—¿No se puede evitar?

—Tiene que discutir este asunto con el gerente, señor Blick, no con nosotros. Es duro decirlo, pero debe usted comprender que no estamos aquí para ayudarle, sino sólo para establecer el grado de sus incumplimientos y de sus eventuales fraudes.

—¿Creen que hay fraudes?

—Sólo observando el último año, ya hemos descubierto operaciones cuanto menos extrañas.

—¿En qué sentido extrañas?

—Importantes salidas de dinero cada mes, cuando se supone que la empresa tiene problemas. Transferencias regulares a nombre de Girardin a una cuenta bancaria abierta en Hérault cuya única justificación para el pago de cheques era «consejos de gestión». No existe ni el más mínimo informe realizado por este consejero, ni notas y, aún menos, facturas. Lo sentimos mucho. Sobre todo en un momento como éste. Todo esto no le debe resultar fácil. Esperamos, sin embargo, que las cosas se arreglen.

Cómo podían arreglarse si el cometido de aquellos hombres consistía en ir desconectando una a una hasta la más modesta de las perfusiones que mantenían la empresa a flote. Sin embargo, esto no impedía que los dos saltadores de pértiga fueran acumulando

trivialidades y se dirigieran a mí con el mismo tono empalagoso que se usa generalmente con los incurables.

Después de perder a su única hija, los Villandreux veían cómo se desmoronaba ante sus ojos una parte de su vida profesional. Atoll, que durante décadas había sido el buque insignia de aquella familia, se estaba hundiendo. En aquella atmósfera de naufragio, y a pesar de las repetidas peticiones de Bidault, Jean, arquitecto del proyecto, fundador de la marca, que ahora era un hombre anciano y roto, rechazó con obstinación volver a poner los pies en lo que durante mucho tiempo fue su hogar. Ni siquiera para hablar con los empleados, explicarles la situación y prepararles para lo peor.

Lo peor sucedió, con toda lógica, a finales del mes de marzo, cuando, tras pasar por las manos expeditivas de un liquidador, la empresa fue cerrada y el personal acabó en el paro. Según las leyes, los reglamentos abstrusos y un contrato de matrimonio, al parecer mal redactado, gran parte de mis ahorros personales me fueron arrebatados por Hacienda y por el tribunal para cubrir las deudas y los créditos contratados por Anna de los que yo, según los tribunales y hasta el final, era legalmente solidario.

Rápidamente los expertos encargados de hacer la autopsia del hundimiento de Atoll comprendieron que, al parecer obligada por la necesidad, mi mujer había acumulado durante los tres últimos años enormes negligencias contables y considerables mascaradas financieras. Notaron también movimientos inexplicables de fondos que ninguna factura o ningún servicio justificaba, como aquellas transferencias de las que se había beneficiado mensualmente el abogado Girardin.

La pequeña fortuna que había conseguido con mis árboles desapareció con la misma rapidez con la que había surgido. La vida indolente que había llevado hasta entonces se terminó. Con cincuenta años iba a tener que trabajar, respetar unos horarios, pero antes iba a tener que encontrar un trabajo, yo que había recibido mi último y verdadero sueldo a mediados de los años setenta.

Curiosamente, no estaba en absoluto enfadado con Anna por ser la causante de mi revés de fortuna. Al sufragar las necesidades de la

familia, me había permitido durante mucho tiempo llevar una vida de ensueño, ver crecer a los niños e incluso, durante años, hacer el amor impunemente con su mejor amiga en sus horas de trabajo.

Había vuelto a ver a Laure en el entierro de Anna. Vino sola y, al final de la ceremonia, me había abrazado amablemente. Casi no habíamos hablado y no sabía qué tal iba su vida ni si el rabino todavía formaba parte de ella. En el momento de separamos, me prometió que me llamaría y, naturalmente, no lo hizo jamás.

Mi nieto nació durante aquel interminable seísmo financiero y familiar. Con la mayor discreción, se conformó con poner suavemente sus tres kilos cien sobre esta tierra. Desde el primer instante en que le cogí en brazos, sentí el increíble, el inestimable peso de su vida. Aquel niño fue instantáneamente el mío. ¿Cómo explicar esto? No lo sé. Le adopté con sólo mirarle, le quise sin hacerme ninguna pregunta. El hecho de que fuera hijo de mi hijo no tenía nada que ver en nuestra relación. Él y yo estábamos unidos por algo mucho más importante, algo mucho más íntimo que la sangre que compartíamos. Desde aquel momento llevaba a aquel niño en mi corazón y él me poseía. Formaba parte integrante de mi ser. Allá donde fuera yo estaría. Y le protegería. Y cuando creciera le regalaría una carroza de plata. Y una Brownie Flash Kodak. Y le haría descubrir la magia de las lámparas inactínicas y el olor a hiposulfito. Y luego iríamos a pasearnos por el mundo simplemente para aprender el nombre de los árboles y ver cómo sus ramas se extienden bajo una hermosa luz.

Louis-Toshiro y yo.

Fue Yuko quien escogió el nombre del bebé. Le llamó Louis. Louis-Toshiro Blick. Parecía una marca de electrodomésticos o un respetable consorcio de máquinas y herramientas de Katsushika. Louis-Toshiro Blick. De todos modos era un patronímico que inspiraba confianza, lealtad y prosperidad. No tenía nada que ver, naturalmente, con Girardin, pequeño yakusa de los *jacuzzis*.

Tenía prisa por que creciera un poco aquel niño y así saber si su rostro tomaría algunas características de sus orígenes japoneses. De momento, era imposible hacerse una opinión fiable, aunque su

oscuro y sedoso pelo nos permitiera pensar que acariciábamos las primicias de una cabellera nipona.

Poco después de aquel nacimiento, los tres bancos que habían realizado hipotecas sobre la casa me comunicaron que me daban un año para saldar la deuda. Pasado aquel tiempo, se pondrían de acuerdo para hacerse cargo del edificio y ponerlo en venta. Así estaban las cosas. Vista la importancia de las cantidades adeudadas, no tenía ninguna posibilidad de saldar aquel pasivo. Sólo podía esperar que se cumplieran los plazos intentando encontrar una salida honrosa. Recordaré siempre la cara de uno de los banqueros al salir de casa con una sonrisita condescendiente y diciéndome esto para animarme: «No se preocupe, señor Blick, la fortuna ya le ha sonreído así que, créame, volverá a hacerlo de nuevo».

Más o menos en aquella época, trabajando en las canteras socialistas, Lionel Jospin creía estar trazando su propia vía cuando en realidad batallaba para cavar su propia tumba, mientras que, en un extenso y detallado relato grabado antes de morir, Jean-Claude Méry acusaba principalmente al presidente de la República de ser una especie de atracador de mercados públicos. Un fullero de trastienda. Un malandrín de entresuelo. Después de los diamantes giscardianos, las prebendas mitterrandianas, había llegado el momento de los carteristas chiraquianos. Decididamente, nuestros inmodestos monarcas, moralmente reblandecidos, tenían una ética cada vez más ligera y la mano particularmente pesada.

No necesité mucho tiempo para comprender que las perspectivas que se me ofrecían no eran ni mucho menos tan ventajosas. Primero fue Spiridon que me informó que no podía sacar adelante nuestro proyecto. Había tardado demasiado, decía, en llevar la idea a la práctica. Las prioridades habían cambiado. Ya no estaba de moda.

Anna tenía razón, había vivido demasiado tiempo fuera del mundo real. No había valorado el hecho de que era necesario trabajar deprisa, estar disponible, reactivo, como decían todos. Las ganas y las modas se movían a la velocidad del rayo. No se podía dejar que los hombres y las máquinas tomaran aliento. Producir y entregar sin cesar mercancías. Acumular. Como si se tratara ante

todo de llenar un vacío ontológico, de taponar una abertura existencial.

Cuando me presenté a la ANPE[19], enseguida noté que la situación no me era favorable.

—¿En qué campo busca usted empleo?

—A ser posible en fotografía.

—¿Tiene experiencia profesional?

—Sí.

—¿Ha traído la lista de sus empleadores?

—De hecho nunca he tenido, siempre he trabajado por mi cuenta.

—¿Tenía usted un negocio?

—No, no. Hacía libros.

—¿Libros de qué?

—De fotos, ya se lo he dicho.

—¿Qué tipo de fotos?

—Árboles. He fotografiado los árboles más hermosos del mundo.

—Espere, ¿quiere decir que su único trabajo consistía en fotografiar árboles?

—Así es. También he fotografiado cortezas, vegetales e insectos.

A medida que intentaba explicar la naturaleza de mi trabajo, veía que mi interlocutor se hundía más y más en las brumas de la perplejidad. Me miraba como si fuera una concha exótica, un ánfora, un objeto singular que le recordaba vagamente unas vacaciones en el extranjero.

—Así pues, no ha tenido nunca empleadores. ¿Y qué ha hecho usted con esas fotos de árboles?

—Una editorial las ha publicado.

—¿Cuánto tiempo lleva ejerciendo?

—Veinticinco años.

—¿Y cuántos libros ha publicado?

—Dos.

—¿En veinticinco años?

—Así es.

—¿Tenía usted otros ingresos, un sueldo complementario?

—No.

—… Señor Blick… si he comprendido bien… ha publicado dos libros de árboles que le han permitido vivir sin otros ingresos durante veinticinco años… ¿Es así?

—Sí.

—Supongo que ni por asomo ha pensado usted que nosotros podamos encontrarle un empleo similar. Le confesaré que no tenemos ni una sola oferta, sea en el ámbito de la prensa, de los estudios fotográficos o de la fotografía de boda. Me temo que le costará mucho colocarse en este sector. ¿Tiene experiencia con la fotografía digital?

—No.

—Todo esto me parece muy complicado…

—¿Qué me aconseja?

—Un curso de formación. Una reconversión a sectores en los que tengamos ofertas: la construcción en general y empleos relacionados con la gastronomía. Si no pierde el tiempo, a su edad todavía puede esperar algo.

Lo que mi interlocutor intentaba decirme de aquel modo tan conmovedor era que, en vista de cómo iba el mundo y de mis aptitudes personales, estaba definitivamente acabado.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Durante estos veinticinco años, además de los árboles, ¿no ha fotografiado realmente ninguna otra cosa? ¿Acontecimientos, deportes, moda?

—No, nunca he trabajado con temas humanos.

—Me he olvidado preguntarle si tiene usted algún diploma.

—Sí, en sociología.

—Olvídelo.

Cerró su cuaderno de notas y me tendió un *dossier* que yo debía rellenar cuanto antes si deseaba beneficiarme de una ayuda y de la formación ofrecida por organismos de nombres abstrusos. Si le hubiese contado a aquel hombre que además de pasarme la vida en compañía de árboles, había estado a punto de convertirme en el fotógrafo personal de François Mitterrand, creo que su visión del

mundo, en particular, y del empleo, en general, hubiese cambiado para siempre.

Unas semanas después de esta entrevista, consciente de que mi salvación estaba lejos de aquellas instituciones de recolocación, decidí hacerme jardinero e invertir una parte de mis últimos ahorros en la compra de material para la conservación de espacios verdes: cortacésped manual y con motor, desbrozadora, soplador de hojas, tronzador, cortasetos, escarificador, trituradora de ramas y un viejo Toyota pick up para transportar todo esto. Mi pequeño negocio empezó a despegar realmente a principios de la primavera de 2001. Mi libreta de encargos estaba muy bien provista y, desde el inicio, tuve la tranquilizadora sensación de haber hecho aquella tarea toda mi vida. Aquel trabajo físico al aire libre me iba como un guante. Prácticamente no tenía contacto con los propietarios de los jardines en los que trabajaba. Podía actuar a mi manera y aplicar los preceptos que mi padre, gran Manitú de céspedes y arbustos, me había inculcado. Mi padre había decretado de una vez por todas las leyes relacionadas, sobre todo, con ciertas reglas geométricas aplicadas al corte del césped. Naturalmente mis ingresos no podían compararse con mis antiguos derechos de autor, pero ganaba el dinero suficiente para cubrir mis necesidades y las de mi hija, que seguía viviendo conmigo.

Desde la muerte de Anna, Marie ya no era la misma. De todos nosotros, fue a quien más le costó adaptarse a aquella desaparición. Mi madre estaba ocupada cada día luchando contra su enfermedad y sus incapacidades, Louis-Toshiro llenaba beneficiosamente los días y las noches de Vincent, yo tenía que concentrarme en mi nuevo trabajo cuya dureza me depuraba el cuerpo y el espíritu, pero Marie, a solas con su existencia, deambulando por unos estudios indolentes, se había quedado inmóvil en su posición de invierno, delante de aquella película glacial que, aquella noche, le había prometido irónicamente *Un dulce porvenir*.

Marie había vivido muy mal la expulsión de la casa de Anna. La mudanza se hizo en un ambiente detestable ya que los bancos no nos otorgaron ninguna demora. En las fechas previstas recibimos las

cartas de requerimiento, de embargo, antes de que la batería procesal empezara con sus redobles de tambor. Abandonar aquel caserón que nunca me había gustado supuso para mí una especie de acto de emancipación. Al cerrar tras de mí, y por última vez, la gran puerta de entrada, tuve más la sensación de recuperar parte de mi libertad que de perder un bien precioso.

En cambio, para mi hija el abandono de aquellas tierras de su infancia ratificaba la desaparición de un mundo, el desmembramiento definitivo de una familia expulsada de su capullo original. Capullo que Marie había íntimamente asociado con su madre (siempre decía «la casa de mamá») y que consideraba como una especie de monumento a su memoria desde su desaparición.

Al deteriorarse el estado de salud de mi propia madre, le propuse a Marie que nos instaláramos en un ala de su casa. Aquella iniciativa llenó de alegría a Claire Blick y, al mismo tiempo, la tranquilizó. La casa era lo bastante amplia para que pudiéramos llevar nuestras vidas sin depender los unos de los otros. Sin embargo, las limitaciones no cambiaron. Al volver del trabajo, seguía preparando las comidas maternas, mientras que enfermeras, médicos y kinesioterapeutas entraban de guardia y hacían sus rondas a horas fijas.

Al final del día, con los hombros y la espalda atenazados por el cansancio, las manos doloridas, testimonio de las batallas libradas en espantosos jardines, a veces me quedaba adormecido incluso antes de cenar. Entonces tenía la sensación de hundirme en una botella de tinta, en un foso tan profundo y opaco que ni los sueños, ni las ilusiones, ni los hombres, ni las bestias podían sobrevivir en él. Al volver a aquella casa familiar, apenas viudo, ya abuelo, anclado a la cabecera de mi madre, casi arruinado del todo y jardinero a medias, calculaba en qué punto y a qué velocidad la vida podía hacernos perder posiciones que pensábamos con ingenuidad que era imposible perder. Bastaba con que un simple avión de turismo se estrellara en las laderas de una montaña para que nosotros también cayéramos de las nubes precipitándonos al pie de nuestras quimeras y de nuestros pequeños imperios particulares. Esto era válido tanto para el destino de los hombres como para el de las naciones. Aquel

septiembre de 2001, tres aviones iban a encargarse de recordar estos principios de incertidumbre a una América hasta entonces intocable. Y diez días más tarde, las mismas leyes con las mismas consecuencias se verificarían, esta vez, en Toulouse.

Una explosión que parecía venir del centro de la tierra. La sensación de que de repente el cielo iba a partirse en dos. El suelo que empezaba a temblar y, casi de inmediato, el soplo destructor que corta los pulmones. Muertos, heridos, coches destrozados, estructuras deformadas, seccionadas, techos hundidos, paredes, ventanas y tejados arrancados. Y el estupor. Y el silencio que vino después.

Aquella noche del 21 de septiembre, Vincent, Yuko, Louis-Toshiro, Marie y yo sentimos de forma espontánea la necesidad de reunirnos en la casa familiar. Alejada del lugar de la explosión, no había sufrido ningún daño salvo alguna grieta en los techos del primer piso. En cambio la casa de Anna, ahora ya propiedad de los bancos, había recibido el huracán en toda la fachada. Saltaron todas las ventanas y, en ciertos puntos, el tejado parecía haber sido arañado por los dedos de un gigante. La casa estaba irreconocible. A pesar de mantenerse aún en pie y de que su estructura permaneciera intacta, daba la impresión de una ruina abandonada, víctima de una guerra o de los ultrajes del tiempo.

Reunidos junto a mi madre, seguíamos, en la radio y en la televisión, las noticias que explicaban aquel bombardeo invisible. También se veían imágenes de la fábrica, su agujero original, aquel cráter de volcán que aún humeaba. Aquella vez el mal no había venido del cielo, sino de las entrañas de la tierra. Sin embargo, los principios de incertidumbre y de inminencia eran los mismos. Aviones suicidas o nitrato de amonio, Manhattan o Grande-Paroisse, la sorpresa, en todas partes asesina, nos acechaba. Uno junto al otro en el sofá, a ambos extremos del mundo y de la vida, frente a las imágenes del Apocalipsis, mi madre y Louis-Toshiro se habían quedado dormidos. Se daban la mano.

Conservo de este otoño el recuerdo de una temporada en el infierno, de un periodo tempestuoso, que no nos dio tregua, en el

que los días, hostiles, ciegos y salvajes, parecían precipitarse sobre nosotros. Dos semanas después de la explosión de AZF[20], al volver al final de la tarde a casa, encontré a mi madre tumbada en el suelo, gimiendo de dolor. Había querido levantarse y había tropezado con un peldaño. Su caída había tenido lugar una o quizá dos horas antes. Clavícula y cuello de fémur rotos. Un mes de hospital y dos de rehabilitación. En su cara, viejo libro de páginas arrugadas, se podía leer la continuación de la historia: los ojos cansados, la mirada que se aleja, la tentación de no seguir adelante, de dejar que ese cuerpo roto descanse en paz. En otro lugar y de otro modo. Como un refrán omnipresente, la muerte volvía sin cesar a la boca de mi madre. No como una de esas golosinas de la senilidad que se mastica repitiendo el mundo oculto, sino como un vencimiento tan próximo que se podía escuchar su paso por poco que se prestase atención.

Durante el día, daba sablazos a la maleza y, al caer la noche, daba de comer a mi madre, que tenía el hombro y el brazo entablillados.

Al volver a casa, había intentado comer sola utilizando la mano izquierda pero su minusvalía cerebral le impedía dominar aquellos gestos elementales. Alimentar a mi madre cada día, trocear sus alimentos, llevárselos a la boca, esperar pacientemente a que masticara, que tragara, limpiarle los labios con una servilleta, darle de beber, todos gestos que reconducían a lo esencial, hacia esos orígenes lejanos y olvidados, cuando el niño sólo vivía gracias a la ayuda, a la asistencia y a la solicitud maternas. Aquellos brazos y aquellas manos, que ahora estaban impedidas, habían recorrido su camino, habían cumplido su función y, a veces incluso, habían erigido pequeñas montañas de afecto. Ahora los papeles estaban invertidos. Me tocaba a mí, no ya aportarle las fuerzas de la vida, sino conducirla suavemente hasta el límite de su agotamiento, hasta aquella frontera fatal que, por muchos motivos, nos aterraba a ambos.

JACQUES CHIRAC (II)

(5 mayo 2002-?)

En los últimos tiempos, mi madre había adelgazado tanto que me recordaba la descripción que Gérard Macé de las viejas momias incas: «… pobres cosas con sus ojos postizos y sus mejillas rellenas, que se han vuelto tan ligeras que un niño solo hubiera podido llevar a estos antiguos reyes».

A Marie cada vez le costaba más hacer compañía a su abuela. En su presencia, se ponía nerviosa, anormalmente angustiada, se agitaba. Nunca se sentaba para charlar sino que se quedaba de pie, yendo y viniendo como un perro pastor, desconfiada, con la mirada a la vez huidiza y escrutadora. Quizá presentía las señales de aviso de la nueva prueba que se precipitaba sobre nosotros.

Lionel Jospin no llegó nunca a sustituir realmente a François Mitterrand en el corazón de mi madre. No le había gustado demasiado que reclamase su famoso «derecho de inventario». Quién era aquel antiguo trotskista, aquel presuntuoso que pretendía ejercer un inventario cualquiera sobre el trabajo y la obra sin mancha del pequeño padre del pueblo y de todas las izquierdas unidas. En ello había un exceso, incluso un ultraje, que Claire Blick no podía perdonar. Sin embargo, sin poder encarnarlo, el hombre era de izquierdas. A pesar de sus debilidades cardíacas, sus edemas recurrentes, sus minusvalías de motricidad y su muy modesta esperanza de vida, mi madre siguió la campaña de 2002 con mucho más interés y atención que la mayoría de los que poseían todas las

garantías de poder ver llegar a su término aquel quinquenio.

Cada vez que la visitaba, me ofrecía un resumen exhaustivo de todo lo que había podido cosechar en las cadenas de informativos de la radio. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, con la antena erguida, su transistor siempre estaba junto a ella. Se había convertido en la última pasarela que la unía a este mundo, a esta vida que tanto había amado. Recuerdo su enfado cuando supo que su candidato había criticado la edad, el desgaste y el cansancio de su oponente. «Es una torpeza. No se debe atacar a nadie por sus debilidades físicas. Esto no se hace, no está nada bien». Había algo que no funcionaba en aquella campaña, al menos es lo que mi madre no cesaba de repetir. No le gustaba toda aquella dispersión de candidatos que, por experiencia, nunca favorecía demasiado a la izquierda. Demasiados lo, Ligue Communiste Révolutionaire, Verdes e incluso partidarios de Chevénement con los que no se sabía qué hacer, si aliarse con ellos o, por el contrario, huir de ellos a marchas forzadas.

—La izquierda necesita un verdadero jefe. Mitterrand nunca hubiera autorizado estos trocitos de candidaturas dispersas por todas partes. Migajas, más migajas, más migajas, el día de las elecciones seguirán siendo migajas.

—¿Quieres pescado?

—¿No me estás escuchando?

—Sí, sí, claro, pero quisiera darte la cena antes de que llegue la enfermera para acostarte.

—Va a suceder algo. No sé qué, pero estas elecciones no me dan buena espina.

Dejaba que mi madre hablara. Para mí estaba claro que Lionel Jospin iba a ser el futuro presidente de la República. Su adversario, del que todos sospechaban, perseguido por los jueces, despreciado incluso entre sus propias filas, ridiculizado por la prensa, no tenía ninguna posibilidad. Sin duda la edad, la enfermedad y el cansancio habían conseguido finalmente velar y disminuir la lucidez de Claire Blick. Mi madre aborrecía que se estableciera la más mínima correlación entre su minusvalía física y cualquier disminución de sus

facultades intelectuales y mentales. Durante su hospitalización y su rehabilitación, se ponía tensa cada vez que una enfermera o un cuidador le espetaban un familiar y despreciativo: «¿Qué tal estamos esta mañana, abuelita?». Todavía la oigo corrigiendo secamente a la inocente y reprendiéndola con un severo: «Me llamo Blick, Claire Blick».

Durante la última semana de la campaña, no dejó de atosigarme en cada comida para que fuera a votar el 21 de abril.

—Tu voto no sobrará. Verás lo que yo pronostico, Jospin no llegará a la segunda vuelta.

La eliminación del candidato socialista en la primera vuelta de las presidenciales se había convertido en su mantra cotidiano, en su fijación permanente. ¿Por qué camino neuronal deficiente o perverso aquella absurdidad había conseguido deslizarse en su cerebro?

—Crees que he perdido el norte, ¿no es cierto?

—No. Sencillamente pasas demasiado rato escuchando la radio, esto acaba por…

—¿Esto acaba por qué? ¿Realmente crees que desvarío porque estoy prisionera en este sillón y me tienen que alimentar con cuchara? ¿Crees realmente que mi cabeza ya no funciona, que soy incapaz de escuchar lo que dicen en la radio, de sacar informaciones y de sentir las cosas? Te repito y te afirmo que este sábado 20 de abril Jospin no llegará a la segunda vuelta.

—Mañana veremos.

—Ya está todo visto.

Cuando los periodista de la televisión, ellos también estupefactos, dieron la noticia, tuve la sensación de caerme por una interminable escalera. El Otro estaba en la segunda vuelta. Jospin, no.

Por muy extraño que parezca, para mí aquel 21 de abril no simboliza la derrota de la izquierda sino la increíble y destellante victoria de mi anciana madre moribunda. Impotente, aislada, encerrada en el último reducto de su vida, aquella mujer había conseguido captar las malas vibraciones de un país, antes incluso de

que éste se hubiera decidido a escoger entre dos formas de bajeza y de indignidad para ser representado. Claire Blick pasó la velada delante del televisor, viéndolo todo, escuchándolo todo. Se emocionó pero al mismo tiempo se sorprendió cuando Lionel Jospin anunció que abandonaba la vida política.

—Mitterrand nunca hubiera hecho esto…

El tono con que dijo esto no me permitió saber si el comentario alababa la nobleza y la elegancia del primero o la obstinación de hacer carrera del segundo.

La V República no podía caer más bajo. Aquella noche, contrariamente a lo que decían en las televisiones, había dos grandes vencedores: el Otro y, sobre todo, mi madre, mi increíble madre.

Aquel episodio me chocó. Me permitió medir la vanidad del mundo moderno, ese universo ultrajantemente activo, lleno de sensores, que se precipitaba con la cabeza baja sobre los fantasmas de sus certezas, borrando sus errores como si fueran artefactos, dejando de lado el cálculo, despreciando la lentitud, olvidadizo, amnésico y gamberro. Gamberro hasta la médula, no por gusto o inteligencia del mal, sino porque el mal era parte constitutiva de su naturaleza.

El uno, que no era gran cosa, venció al Otro, que lo era aún menos, y yo no tuve nada que ver con aquella victoria. Mi madre nunca me preguntó si había votado. Claro está que para tranquilizarla le hubiera contestado que sí. Sin duda quería evitar que su hijo descreído mintiera una vez más por cosas que realmente no valían la pena.

A finales de mayo, debilidades cardíacas y edemas cada vez más frecuentes inundaron los pulmones de mi madre. El médico pasaba prácticamente cada día para consolidar lo que aún podía ser consolidado. Decía palabras anodinas o consoladoras que permitían a trancas y barrancas pasar de un día a otro. Sin embargo, en la mirada de mi madre había cambiado algo. Parecía ver. Ver lo que ahora ocurría. Del mismo modo que había captado el desamparo francés, captaba el olor de aquel extraño animal que ya rondaba a su alrededor. Se moría vigilante. Con el oído tendido, el ojo atento,

presente, sin querer perderse nada de aquel encuentro tan esperado y tan temido.

Intentaba hablar con mi madre, escuchar, registrar, grabar en mí el sonido de su voz, conservar el destello de la ligera película verde que velaba sus grandes ojos marrones y, sobre todo, intentaba que sintiera lo muy orgulloso que estaba por ser su hijo. Veníamos desde tan lejos y ahora tendría que seguir yo solo. A pesar de la evidencia, no podía concebir que aquella mujer fuera, muy pronto, a dejar de hablar y de respirar, y de ver, y de vivir, y de amar.

La víspera del último día me pidió que simplemente quemaran su cuerpo y que depositaran las cenizas junto al ataúd de mi padre. Luego, como si estuviéramos de vacaciones a orillas del mar, con aquella dulzura y suavidad que la edad le había dado, me dijo:

—No sé si podrás comprender esto, pero en la fase terminal de mi vida no consigo admitir y aún menos concebir que soy vieja. Casi no tengo brazos, ni piernas, ni corazón, ni pulmones, ni nada de nada, y, sin embargo, cuando me veo desde dentro, me veo con dieciocho años, con prisa por descubrirlo todo y por correr hacia la vida. Es terrible morir pensando en estas cosas. Los años pasan demasiado deprisa. Tu hermano, tu padre y Anna se fueron demasiado pronto.

Entonces algo cruzó delante de sus ojos, una sombra, un pensamiento, los filamentos de un dolor y su rostro cambió. Se volvió hacia mí y, asiendo mi mano, murmuró:

—Tengo miedo, sabes, mucho miedo.

Al día siguiente, a media tarde, el líquido seroso invadió sus pulmones. Su respiración se hizo cada vez más corta y el contorno de sus labios adquirió una tonalidad cianótica. Mientras esperábamos la llegada de la ambulancia del SAMU, Claire Blick me hizo la peor, la más terrible petición que una madre puede dirigir a su hijo. Me cogió la mano y me dijo: «Paul, te lo ruego, haz algo, ayúdame a respirar».

Hasta mi propio fin me perseguirá aquel rostro aterrorizado, implorando que se le salvara de la asfixia. Cuando la ambulancia se llevó a mi madre, su estado había mejorado. Ventilada con oxígeno,

revigorizada por los espectaculares poderes de un pequeño aerosol, tranquilizada por la actitud solícita de los médicos que se hicieron cargo de ella, parecía haberse recuperado de aquella nueva crisis. Cuando llegué a la clínica una hora y media después, encontré a Claire Blick sentada en su cama, bromeando con un cardiólogo y una enfermera, pero informándose, sobre todo, de la duración de aquella hospitalización que ya no le parecía justificada.

Una vez más su rostro estaba increíblemente cambiado. Habían desaparecido las brumas de angustia o las palideces vagales. Alpinista lisiada, paralizada en la pendiente rocosa, mi madre se había agarrado de nuevo a la vida. Hablamos hasta que anocheció y, en el momento de despedirnos, me dirigió una sonrisa resplandeciente y me pidió: «Cuando vuelvas mañana, no te olvides de traerme mi transistor».

Pero no hubo un mañana. Ni transistor. Hacia las cuatro de la madrugada llamaron de la clínica a casa para comunicarme que mi madre acababa de morir de un paro cardíaco. Al entrar en la habitación en la que descansaba su cuerpo, un médico vino de inmediato para explicarme unas cuantas cosas inútiles relacionadas con su accidente cardíaco. Se notaba que el médico, sin duda cansado de haber pasado la noche intentando resucitar muertos, se obligaba a mantener aquella entrevista con la única finalidad de cumplir las normas ISO a las que la clínica había decidido adecuarse.

Pasé la mano sobre el rostro de Claire Blick. Estaba lívido y frío, ya prisionero de la muerte. En él sólo se podía leer el vacío y las marcas de la ausencia. Me quedé un buen rato en su compañía, portador de una única pregunta esencial que, sin embargo, se quedaría sin respuesta.

Mi madre tardó un cuarto de hora en consumirse y cuando me entregaron sus cenizas aún calientes, me sorprendió comprobar que una vida como aquélla, tanta inteligencia y tanta amabilidad pudieran caber en una urna tan pequeña. Claire Blick tenía la ligereza de una brisa de verano.

El pequeño Louis-Toshiro, con algo más de dos años y en cuyo rostro se mezclaba ya la esencia de dos mundos, corría por los paseos

en sombra del crematorio. Al verle ir y venir con los codos pegados al cuerpo, pensé que su antepasado olímpico le había legado quizá su corazón incansable y sus piernas de bronce. Mi madre se había conformado con ofrecer al niño la dulzura de su presencia. Louis-Toshiro acababa de perder a su compañera de siestas, aquella junto a la que tantas veces se había quedado dormido, la que acariciaba suavemente su nuca antes de deslizarse ella también en el sueño.

Al salir de la ceremonia, regresamos a casa. En cuanto entramos en el vestíbulo, Louis-Toshiro se puso a recorrer los pasillos buscando y llamando a mi madre por todas las habitaciones.

Después de que se fuera Vincent y cuando Marie, muy afectada, se metió en su habitación, salí al jardín. Los verdes follajes de los olmos, de los castaños y los del gran cedro formaban una cúpula tan densa que parecía líquida, como una enorme ola inmóvil en la curvatura de su potencia infinita. Muy lejos de aquellas tranquilizadoras ilusiones marítimas, pensé que mi familia se debatía en el centro de una tempestad que duraba ya dos años. Accidente, duelos, enfermedad, explosión, expulsión, problemas económicos, habíamos experimentado, sin mesura, los incómodos pertrechos de la condición humana. Confiaba en que las cosas se calmarían, en que cada uno de nosotros podría por fin reencontrar la parte tranquila de su vida. Unas semanas después de la desaparición de mi madre, Marie se hundió en una gran depresión que, todavía hoy, la mantiene apartada del mundo. Profundamente conmocionada por la muerte de Anna y las extrañas circunstancias en la que ésta sobrevino, Marie no pudo aceptar la agonía y el fallecimiento de su abuela. La marcha de aquellas dos mujeres la dejó sin recursos y Je arrebató lo esencial de su presencia de ánimo.

Al volver del trabajo, a menudo me la encontraba sentada en el sofá con la mirada perdida hacia los árboles del jardín. Casi no decía nada, ya no salía y había dejado la universidad. Observé que cada vez más se ponía la ropa de su madre que había querido conservar. Cuando le preguntaba el porqué de aquella elección, se encogía ligeramente de hombros con dulzura como queriendo decir que no había que darle demasiada importancia a aquel detalle ya que, en el

fondo, sólo el azar la guiaba. Sin embargo, algunas noches, al ver a mi hija, tenía la sensación de que era Anna la que cruzaba el salón. Pensaba que aquel modo de actuar era a la vez doloroso y malsano y se lo dije a mi hija:

—Qué tiene de particular… Es ropa como cualquier otra…

—Precisamente no, Marie. Son las faldas y las blusas de tu madre.

—¿Y qué?

—Tienes que ponerte tus cosas, ¿comprendes? Tienes que dejar de vivir en el pasado y de buscar refugio junto a los muertos, no es sano.

Marie me miró con una expresión reprobadora que me era desconocida y dijo simplemente: «¿Y crees que es sano a tu edad vivir en la casa de tus padres?».

No supe qué contestar a aquella observación. Estaba perfectamente fundamentada. Vivía entre el banco de trabajo de mi padre y los compendios de lengua de mi madre. Era perfectamente consciente de que no estaba en situación de dar lecciones a Marie sobre los usos del duelo, yo que, además, había conservado un puñado de las cenizas de mi madre para guardarlas en uno de sus frascos de perfume y lo había colocado en un estante de mi despacho.

Envuelta en los trapos de la muerta, Marie empezó a adelgazar, hundiéndose en un inexplicable ayuno que nada ni nadie sabía o podía cambiar. Sus palabras se hicieron cada vez más parcas y fue economizando sus gestos hasta que acabó por no salir más de su habitación. Las dos visitas que realizó el médico de familia no modificaron en nada aquel comportamiento que parecía estar cerrado con llave desde dentro. Marie había cerrado todas las persianas de su vida y realmente se había encerrado en sí misma. Ya no me atrevía a ir al trabajo y dejarla sin vigilancia en aquel estado de agotamiento y abandono. Su rostro estaba descarnado, sus brazos esqueléticos y se empezaba a distinguir el dibujo de sus mandíbulas a través de sus escuálidas mejillas.

Pedí que la llevaran a una clínica psiquiátrica en la que, incluso

antes de ocuparse de las heridas de su alma, se pusieron manos a la obra para rehabilitar su cuerpo poniéndole una perfusión. Situada a unos treinta kilómetros de Toulouse, la Residencia de los Olivos era una clínica privada bastante singular que se parecía a una gran casa de vacaciones. Como un enorme gato tumbado al sol, la masía se extendía en la cumbre ventosa de una colina del Lauragais. Aquí estaba y se mezclaba el catálogo de la psiquiatría pesada o ligera, mundana o trágica. Trabajadores descompuestos, alcohólicos desenfrenados, alzheimers atontados, suicidas crónicos, depresivos ocasionales, esquizofrénicos estructurales, anoréxicos habituales, todos deambulaban por los paseos del parque que rodeaban una piscina cuyo uso estaba estrictamente reglamentado. También existía un pabellón cerrado del que no se sabía nada salvo que de él salían gritos que a veces costaba creer que fueran emitidos por seres humanos.

Cuando salió de su primera cura de sueño, Marie parecía un pequeño animal doméstico medio paralizado por la artrosis. Daba pasos minúsculos y se movía con una lentitud increíble. En su rostro, una especie de serenidad artificial bastante desconcertante había borrado cualquier expresión de ansiedad. Durante mis visitas diarias, a menudo me encontraba a Marie tumbada boca arriba, mirando fijamente el techo. Me sentaba a su lado y acariciaba un buen rato su cara como lo hacía cuando era pequeña para que se durmiera. No modificaba en absoluto su actitud en mi presencia. A veces le hablaba de cosas sin importancia, de lo que me había sucedido durante el día o de la forma en que había arreglado una habitación de la casa. Ella nunca hablaba. Salvo una noche en la que justo cuando iba a salir de su dormitorio murmurando maquinalmente «Duérmete, cariño», oí que me respondía: «Ya estoy durmiendo, duermo siempre con los ojos abiertos». Aquellas palabras me estremecieron y tuve la sensación de que una especie de espectro se dirigía a mí a través de las tinieblas. Salí de la habitación sin responder, como si Marie no hubiera dicho nada, como si yo no hubiera oído nada.

El médico que se ocupaba de mi hija era una mujer bastante

convencional que me daba la impresión de que carecía de modestia y de agilidad intelectual. Estudiaba los casos de sus pacientes en función de criterios preestablecidos que conducían a una gama de terapias estándar. La doctora Brossard me había recibido varias veces para decirme siempre más o menos lo mismo: «Su hija sufre una patología de tipo esquizofrénico con una fuerte tendencia a la atimia». Françoise Brossard se dirigía a mí mirándome por encima de sus gafas que llevaba en equilibrio en la punta de la nariz. También me hacía muchas preguntas personales y a veces indiscretas sobre mi vida privada.

—¿Se ve con alguien desde la desaparición de su mujer?

—No.

—Así pues, no ha tenido relaciones sexuales desde hace dos años.

—¿Qué relación tiene esto con el caso de Marie?

—Todo sirve para comprender, señor Blick. A veces la luz viene justo desde donde no se espera. Prosigamos: ¿se somete usted a los usos de la viudedad o simplemente carece de oportunidades?

—No tengo respuesta.

—¿Tenía su hija un amigo antes de ser hospitalizada?

—No lo sé.

—¿Le había presentado Marie a algún novio o había traído a alguien a casa?

—No.

—Creo que tiene usted otro hijo.

—Sí, un chico.

—¿Vive con usted?

—No, está casado.

—¿Su hija le descubrió algún día teniendo relaciones sexuales con su madre?

—No. Sin embargo quiero subrayar que Marie se encuentra aquí a consecuencia de dos fallecimientos dolorosos en la familia y no por problemas de libido.

—Vaya usted a saber, querido señor. Detrás de la muerte se esconde a menudo el sexo y viceversa.

El academicismo y la torpeza de Brossard me resultaban desesperantes. Cada vez que me iba de la clínica, tenía la sensación de haber dejado a mi hija en manos de un servicio de charlatanes. Pero cuanto peor era mi opinión sobre ella, más me la recomendaban.

Vincent tampoco conseguía mejores resultados que yo. Chocaba con la mirada lejana de una extranjera enmudecida, atiborrada de medicamentos y que a veces tardaba un minuto en recorrer los pocos metros que separaban su cama del cuarto de baño. El resto del tiempo, como Marie me explicó una vez, «dormía con los ojos abiertos». Vincent me confesó que era incapaz de dormir por la noche después de aquellas visitas. No podía aceptar la idea de dejar que aquella nauseabunda enfermedad actuase en la mente de su hermana.

¿Cómo habíamos podido caer hasta tal punto de nuestras plataformas despreocupadas y acabar en los bajos fondos de las almas? ¿Cómo continuaría la historia, qué nombre venía después en la lista? Durante aquellos periodos de incertidumbre y de abatimiento estaba obsesionado por Louis-Toshiro, por su salud, su vida, su felicidad y su equilibrio. ¿Por qué Brossard nunca me preguntaba por él? ¿Acaso era un elemento sin importancia en nuestro rompecabezas familiar que parecía distraerla?

Brossard. Ella también acaparaba mis pensamientos. Era cada vez más autosuficiente y menos eficiente. Sin la más mínima razón objetiva, acabé por culpabilizarla del estado de Marie. Nuestras entrevistas se volvieron muy conflictivas. La encontraba extremadamente agresiva y poco dueña de sí misma para ser un médico. Cuando se empeñaba con sus preguntas incómodas, me recordaba a esos perros rateros incontrolables que se lanzan, con la cabeza baja, a la primera madriguera que encuentran. Para conducirla hacia un poco más de modestia y recordarle la fragilidad de ciertas apariencias, le expliqué la naturaleza de mi relación con Baudoin-Lartigue, el resultado de todo aquello y su trágico suicidio. Entonces perdió la calma y se lanzó en una larga diatriba que —lo recuerdo perfectamente— acabó con un inquietante: «¡Más o menos

hay tanta relación entre la psiquiatría y el psicoanálisis como entre un gendarme y un ladrón!».

Día tras día, Marie se alejaba de nosotros. Embarcación sin amarras, arrastrada por una corriente invisible, iba a la deriva imperceptiblemente hacia alta mar. Por mucho que dijera Brossard, era perfectamente consciente de aquella situación. Así pues, decidí cancelar mis penosas e inútiles charlas con aquella doctora. Simplemente iba a ver a mi hija cada tarde al volver del trabajo y le hablaba con la máxima naturalidad de las cosas de la vida, como lo hacen los padres cuyos hijos viven prisioneros de un interminable coma. Aprendí a evitar todas las formas interrogativas y a formular frases que no requerían ni inspiraban ninguna continuación. Intentaba hacer el papel que un tiempo atrás había hecho el famoso transistor de mi madre.

Sostenía la mano de Marie en la mía y le contaba noticias de la familia y del mundo, los magníficos progresos de Louis-Toshiro así como las ocurrencias de un tal Raffarin, regidor de Poitiers. Cuando en marzo de 2003 estalló la guerra de Irak, también intenté describirle el desorden mundial, la América colonial y cristiana, fanática y bolsista. Había momentos en los que los dedos de Marie se contraían ligeramente sobre los míos. Y cada vez pretendía leer en aquel estremecimiento una señal de conciencia, de presencia, de aprobación y quizá de afecto.

Conociendo a Marie y la fuerza de sus compromisos juveniles, sabía que, si no hubiera estado prisionera de aquel collar psiquiátrico, se hubiera unido a los millones de personas que se manifestaban por las avenidas contra la absurdidad de una cruzada petrolera, de una guerra consentida. Conseguí que Brossard permitiera que cada día le pusieran la radio a mi hija para que, aunque no la escuchara, pudiera al menos oír las noticias del mediodía y de la noche. Confiaba secretamente en que aquellos partes servirían de transmisores, o de pasarelas, entre su universo y lo que quedaba del nuestro. A Marie siempre le había interesado la cosa pública y los asuntos del mundo. Sin duda, estimulada por el socialismo extático de mi madre, muy pronto se había fabricado una

conciencia política y había encontrado con naturalidad su lugar entre los Verdes radicales y los movimientos antiglobalización. A la edad en la que la mayoría de sus amigas colgaban a las Spice Girls o a Boys Zone de las paredes de sus dormitorios, mi hija prefería poner, frente a su escritorio, un pequeño marco con la transcripción de una conversación intercambiada en 1995 ente las autoridades canadienses y la marina de los Estados Unidos. Aquel documento auténtico, que explicaba lo que era América mucho mejor que diez mil libros, le había sido enviado por uno de sus amigos cuyo padre trabajaba en un ministerio de Quebec.

«TRANSCRIPCIÓN DE UNA COMUNICACIÓN POR RADIO ENTRE UN BARCO DE LA US NAVY Y LAS AUTORIDADES CANADIENSES A LA ALTURA DE TERRANOVA.

Americanos: Rectifiquen su rumbo en 15º norte para evitar una colisión. Cambio y corto.

Canadienses: Rectifiquen ustedes SU rumbo en 15º sur para evitar una colisión. Corto y cambio.

Americanos: Aquí el capitán de un navío de las fuerzas navales americanas. Repito: rectifiquen su rumbo. Corto y cambio.

Canadienses: No, rectifiquen, USTEDES, su rumbo, por favor. Corto y cambio.

Americanos: AQUÍ EL PORTAVIONES *USS LINCOLN*, EL SEGUNDO NAVÍO EN IMPORTANCIA DE LA FLOTA NAVAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. NOS ACOMPAÑAN TRES DESTRUCTORES, TRES CRUCEROS Y UN NÚMERO IMPORTANTE DE NAVÍOS DE ESCOLTA. LES PIDO QUE RECTIFIQUEN SU RUMBO EN 15° NORTE O TOMAREMOS MEDIDAS DE FUERZA PARA ASEGURAR LA SEGURIDAD DE NUESTRO BARCO. CORTO Y CAMBIO.

Canadienses: Aquí, esto es un faro. Corto y cambio.

Americanos: Silencio».

Me sentía orgulloso por la forma en que mi hija reaccionaba ante los extravíos de este mundo y su brutalidad. Nunca se había dejado engañar por sus mecanismos y su espíritu siempre intentaba sobrepasar lo factual, apartar la ilusión de la espuma, para intentar ver y comprender «las cosas detrás de las cosas». Por todos estos

motivos le había pedido a Brossard que le pusieran la radio y que le dejaran la puerta entreabierta como se hace para tranquilizar a los niños que tienen miedo de la oscuridad. Y porque no podía concebir que mi hija permaneciera para siempre encerrada en aquella jaula mental.

Martine y Jean Villandreux no habían ido nunca a visitar a su nieta desde su hospitalización. Varias veces se habían excusado confesándome su incapacidad para soportar una prueba como aquélla. Por mi parte, tampoco iba a verles muy a menudo.

Cada año, desde la muerte de su hija, les llevaba un ramo de flores el día de su cumpleaños. A Jean aquel gesto le conmovía mucho. Durante nuestro último encuentro le vi más cansado y triste que de costumbre.

—Me siento tan desgraciado por lo que le sucede a Marie. Esta niña era tan dulce, tan cariñosa… ¿Se nota alguna mejoría?

—No, no hay ningún cambio.

—¿Se da cuenta? Todo esto empezó con el accidente… Sigo sin comprender.

—¿Qué?

—Esta vida que cambió de un día para otro… y ese individuo del avión, ese Girardin. Nunca me ha contado lo que descubrieron los de Hacienda, aquel dinero que salía, así, cada mes… Es tan impropio de mi hija.

—Olvídelo, eso es pasado.

—Mientras no sepamos la verdad, mientras la pequeña siga en ese hospital, sabe bien que será imposible olvidar. Nunca acabará…

—Pero se acabó, Jean. No hay ninguna verdad por desvelar, por saber.

—Dice esto pero sé que en el fondo piensa lo contrario, que el abogado y todas esas transferencias merodean por su cabeza. Son esos misterios, esas zonas de sombra que nadie ha aclarado las que han destrozado a Marie.

—Nadie sabe nada.

—Sí, yo. Vino a hacerme un montón de preguntas unos meses después de la muerte de su madre. Pasamos una tarde juntos

hablando de muchas cosas. Antes de marcharse, recuerdo que me abrazó y me dijo: «Sabes, abuelito, quizá no volveremos a hablarnos, tú y yo, durante mucho tiempo».

—¿No volvió nunca más?

—Nunca.

Jean se levantó del sofá, cogió mi ramo y colocó una a una las flores en un jarrón. Sus gestos eran tan delicados que hubiesen podido ser los de una anciana. Al verle actuar de aquel modo, nadie hubiera podido imaginar que era el jefe indiscutible de *Sports illustrés*, una de las revistas más masculina que haya existido nunca en la tierra.

—Paul, ya no entiendo nada de este mundo. Tengo la sensación de que alguien ha cambiado las reglas del juego sin advertirnos.

Durante el verano de 2003, interminables olas de calor se instalaron en el país. En Toulouse teníamos la sensación de vivir permanentemente sobre las rejillas ardientes de un calefactor. Las hojas secas debido al calor caían de los árboles mientras que, por la noche, una brisa agobiante mantenía la temperatura de las paredes de ladrillo que habían acumulado todo el calor. En aquel contexto, y cuando hacía meses que no habíamos vuelto a hablar, Jean Villandreux me propuso pasar con él un fin de semana en el mar. En el puerto de Séte tenía un pequeño velero que solía llevar a alta mar en cuanto empezaba el verano. Martine, que detestaba todo lo que se pareciera a un objeto flotante, le acompañaba raramente en sus salidas.

Aunque aquello no tuviera ninguna importancia, aunque quizá ella ya ni siquiera me oyera, quise pasar por la clínica para decirle a Marie que me iba dos días en barco con su abuelo. Villandreux era ya un hombre anciano. Tenía veintitrés o veinticuatro años más que yo y cada vez más sus movimientos se veían dificultados por dolores en las articulaciones. En cambio, en cuanto pisaba el puente de su monocasco, parecía un joven lanzándose a la conquista de los mares. Recobraba toda su agilidad y su flexibilidad para ir de un costado a otro ajustando cordajes o tensando una vela. En cuanto zarpaba, también sus rasgos se modificaban, el viento marino hacía

desaparecer sus arrugas, alisaba su rostro.

A medida que nos alejábamos de la costa tuve la sensación de que mi pecho se descargaba de un peso, liberándome de una angustia acumulada desde hacía años. Al timón, Jean compartía aquella ligereza que expresaba a su manera dirigiéndome pequeños signos con el mentón. La superficie del agua brillaba como el capó de un coche nuevo que el estrave del barco se esforzaba en rayar. Por primera vez desde hacía mucho, encontré en aquel aire marino el rocío y el olor característico de la felicidad. Nada había cambiado realmente y, sin embargo, de repente, todo era distinto. No me hubiera sorprendido si alguien me hubiera dicho entonces que allá, en tierra, en aquel momento, Anna iba conduciendo hacia Barcelona, mi madre escuchaba las noticias de la radio mientras que Marie, en su habitación, se vestía para salir.

Cuando el viento se debilitó un poco, Jean recogió las velas y el barco se detuvo lentamente. La luz disminuyó y vi por primera vez en mi vida anochecer en el mar. Aparte del chapoteo sibilante que se oía de vez en cuando al rozar el casco, todo era silencio. A lo lejos, en algún lugar hacia el sur, se distinguían las luces de un barco cuyo tamaño y forma resultaba imposible adivinar.

Jean, que jamás cocinaba en tierra, preparó una ensalada de calamares mientras vigilaba una enorme tortilla con gambas. Desde mi punto de vista de veraneante de playa, el barco parecía una pequeña terraza de verano a la hora de la cena, cuando en el aire se agitan olores a ajo, pescado y aceite de oliva caliente.

Durante la comida hablamos de Yuko, de Vincent y del pequeño Louis-Toshiro. Le conté a Jean que desde hacía poco sentía un amor desconsiderado tanto por los planetas del sistema solar como por los dinosaurios. Por ello, le había dicho a su madre que, más adelante, le gustaría trabajar a la vez en la tierra y en el cielo, dedicarse de algún modo a la muy improbable profesión de astro-paleontólogo. Cuando se ponía caprichoso o se comportaba de manera desagradable, inmediatamente después de que Yuko le riñera se le acercaba y le decía: «No sé lo que le pasa a mi cabeza en este momento, pero no para de obligarme a hacer tonterías».

También hacía preguntas deliciosas, como por Pascua, cuando le preguntó a su madre cómo hacían las gallinas para poner huevos de chocolate y «envolverlos en papel de aluminio».

Luego Jean se puso a hablar de Anna, de su infancia, de su juventud. Animado por unas copas de Gigondas, el padre tenía el poder de resucitar a su hija, de darle cuerpo. Y todo aquello no era triste ni nostálgico. A veces, la evocación de Jean era tan intensa que daba la sensación de estar describiendo, no tiempos pasados, sino una época límpida que todavía debía llegar.

A medida que decaían las fiebres del alcohol, aquel ardor artificial se difuminó. Luego se hizo el silencio y los ojos de Jean se cerraron. Nos quedamos un buen rato así, inmóviles, olvidando cabos y corrientes.

—Sabe, Paul, hay cosas que sólo pueden decirse en el mar, que sin duda no se pueden expresar en Toulouse. ¿Entiende lo que quiero decir?

Sí, quería creer que el mar dilataba nuestras emociones y también las hacía más navegables.

—He reflexionado mucho desde la muerte de Anna. Y el resultado es que hoy ya no tengo nada a qué asirme. Ya no tengo fe, Paul, en absoluto. La religión nunca me ha aportado nada. Al contrario, me ha hecho retroceder. Me ha enseñado a arrodillarme, eso es todo. A clavar estas jodidas rodillas en el suelo. Además durante mucho tiempo no he hecho caso del precio y de la importancia de cada día. Me he resignado a un montón de cosas, otras las he aceptado por cobardía, he envejecido y, un día, me he dado cuenta de que no había nada, ni delante, ni detrás, nada en mi vida, nada en ninguna Iglesia y de que era demasiado tarde.

Un viento cálido llegado del sur empezó a hacer cantar los obenques mientras algunas olitas golpeaban intermitentemente el casco. No comprendía dónde quería llegar Jean realmente. En cambio, comprobaba la exactitud de sus afirmaciones preliminares al hablar de esa facultad que poseía el mar para dar a luz los secretos de los hombres.

—A mi edad, no hay nada peor que encontrarse delante de un

vacío así. Ahora estoy resentido contra toda la tierra. Y ni siquiera sé por qué. Sabe, Paul, estas mamarrachadas de religiones y su miserable idea de Dios han hecho de nosotros una especie estúpida y servil, una especie de insectos genuflexibles… ¿Se dice genuflexibles?

Un aire pesado, cargado de humedad, empujaba, de vez en cuando, los flancos del barco. Se empezaba a notar el balanceo de un oleaje apretado y regular. Estábamos a medio día de la costa e insultábamos voluptuosamente a los dioses. Nos lo iban a hacer pagar.

Estaba durmiendo en la litera delantera cuando un violento ruido me despertó. Era el choque de las olas contra el casco. Con cada impacto, el velero se alzaba y al volver a caer hacía el ruido de una puerta golpeando. Era un poco antes de las cuatro de la madrugada. Jean no estaba en la cabina. Me di cuenta de que había cerrado todas las ventanillas. Cuando salí al puente, un viento de tempestad barría violentamente todo lo que emergía de la superficie del agua. Atado a un cabo de seguridad, Jean sujetaba el timón intentando mantener su barco recto sobre unos raíles invisibles. No sabía nada sobre la clasificación de las tormentas y sobre los grados de rabia de los que podían hacer alarde, pero la que estábamos atravesando me pareció más aterradora que cualquier cosa conocida hasta aquel momento. Tanto el mar como el cielo tenían la misma negrura, borrando incluso la perspectiva de un horizonte que algunos relámpagos lejanos resucitaban de vez en cuando de la nada.

—¡Creo que va a ser contundente! —me gritó Jean con una voz extrañamente impregnada de buen humor.

El futuro que sugería me intranquilizaba enormemente, ya que para mí aquello ya era enormemente «contundente». Me acerqué yo también a un cabo e intenté alcanzar una estrecha banqueta situada junto al timón. En cuanto me senté el barco se levantó casi en vertical y por poco no me caí por la borda. Al principio pensé que un cachalote o una ballena acababan de levantarnos antes de hundirse de nuevo en las profundidades. Era sólo una ola. La modesta vanguardia de los monstruos que se precipitaban hacia

nosotros. Frente a aquel desencadenamiento y a aquellos golpes, Jean parecía increíblemente sereno. Daba la impresión de conducir un pequeño descapotable por la autopista, un día de salida de vacaciones. Mientras yo me zarandeaba de un lado a otro, él, sobre sus viejas piernas, absorbía, amortiguaba, anticipaba cada golpe.

Al viento se unió la lluvia. Trombas de agua cayeron sobre nosotros. Con las velas arriadas, el velero afrontaba, de cara, muros de crestas blancas. En menos de media hora, el mundo había cambiado su esencia, el terciopelo tranquilo y apaciguador de la noche dejó paso a la histeria de las olas que no cesaban de atacar y morder el casco.

En el puente resultaba cada vez más difícil mantenerse en una posición estable debido a la amplitud de las oscilaciones y de los golpes. Más allá del miedo que me paralizaba, descubrí la verdadera naturaleza de mi suegro, su sangre fría, su capacidad para ordenar los problemas y tratarlos según su grado de urgencia. De la oscuridad completa habíamos pasado a la luz cegadora y helada de los relámpagos que se sucedían para iluminar el espectáculo de aquellas aguas embravecidas. Podíamos tomar conciencia de lo que nos rodeaba, medir la masa de los monstruos que, por todas partes, bailaban a nuestro alrededor. Olas de varios metros se precipitaban sobre el barco, rodaban por el puente, cogían velocidad propulsándose hacia la parte posterior y nos golpeaban, intentando cada vez lanzarnos por la borda. Estábamos colgados de la vida por dos cabos de nylon azul, escuálidos cordajes de seguridad estibados a nuestros arneses.

Jean me gritaba órdenes que el viento dispersaba de inmediato. El ruido del trueno, ensordecedor, rebotaba en la superficie de las aguas como en una piel de tambor. Fue entonces cuando noté que el barco subía hacia el cielo, se alzaba de forma anormal, se inclinaba de banda hasta tal punto que el mástil abofeteó la superficie del agua. Desarzonado, Jean colgaba del extremo de su cuerda, mientras yo intentaba agarrarme a lo que creía que eran las barras cromadas de la borda. Durante un inacabable momento, crujiendo todo su armazón, la embarcación pareció dudar entre la tentación del

naufragio y el instinto de flotación. Una ola sin duda mejor intencionada que las demás golpeó la quilla que afloraba a la superficie y el barco se enderezó con la misma violencia con la que se había tumbado. Bajo la presión y el impacto de las olas, dos ventanillas laterales habían estallado y ahora nos estábamos inundando. Envuelto en sus cuerdas y en su impermeable, luchando con el timón, Jean me gritó que fuera a la cabina para taponar aquellas vías de agua por las que se colaba el mar.

Dentro del barco, la situación era aún más impresionante que sobre el puente. Los objetos saltaban a babor y luego, lanzados por una mano invisible, iban a chocar del otro lado del cockpit. Cuando el casco dejaba de gemir encajaba unos golpes de inaudita violencia y el ruido de los impactos hacía temer lo peor.

Intentaba acostumbrarme a la idea de que aquellas paredes acabarían por ceder y que sucumbiríamos a aquel destripamiento. Era verano e íbamos a morir. Rellené los orificios de las ventanillas con cojines de gomaespuma que resultaron ser eficaces compresas. En cuanto coloqué aquellos vendajes de urgencia, mi estómago, a su vez, zozobró de repente. Caí de rodillas en la cabina y vomité sin comedimiento, incluso mis pensamientos más secretos.

Al reunirme de nuevo con Jean en la parte posterior del barco, era posible distinguir a nuestra izquierda los primeros resplandores del día. Nunca pensé que el Mediterráneo pudiera engendrar un caos como aquél. Creía que estas tormentas estaban reservadas para los suicidas profesionales que retaban al Atlántico en pleno invierno y transmitían, tranquilamente, por la radio sus terroríficas noticias. Si yo en aquel momento hubiese podido transmitir un mensaje cualquiera, ¿cuál hubiera sido su contenido? Sin duda, hubiera gritado que el barco estaba exhausto, las ventanillas rotas en mil pedazos, la cabina saqueada y los cofres laterales arrancados por una ola rompiente. Me pareció oír a Jean, que me decía: «Con el día debería calmarse», luego, justo en el momento en que me giraba, una ola sutil me golpeó los tobillos tumbándome en el suelo antes de cubrirme. La tibieza del agua atenuaba la desagradable sensación de inmersión y de ahogo. Me deslizaba por una pendiente que me

parecía sin fin y sin fondo y, paradójicamente, no intenté hacer nada para detenerme. En aquel desorden turbulento, a veces me golpeaba los hombros o la cabeza con obstáculos, pero aquellos choques repetidos no me provocaban ningún dolor inmediato. Cuando llegué al extremo del puente, una segunda masa de agua se abatió sobre mí y esta vez me tiró por la borda. De forma instantánea tuve una visión periférica de mi situación, imágenes panorámicas que parecían filmadas por una cámara situada a pocos metros por encima de mi cabeza: estaba en medio de las aguas, la muerte por todas partes a mi alrededor y, para huir de ella, un minúsculo cabo, aquel único cordaje de burdo nylon que me unía a Louis-Toshiro Blick. Entonces mi nieto hizo la tarea del cable de remonte. Tras una larga batalla naval conseguí subir de nuevo a bordo. Demasiado ocupado manteniendo el barco con vida, Jean me indicó que me pusiera a resguardo en un recoveco del cockpit y allí, acurrucado como un animal aterido, esperé a que acabara la tormenta.

Cuando amainó, no tenía ni idea de qué hora era. Sólo recuerdo que el sol empezaba a disgregar las nubes y que el mar, apaciguado tras la crisis, recobraba poco a poco la calma que se atribuía a los Orígenes. Aquél al que prematuramente yo había considerado como un anciano había llevado su barca con la elegante desenvoltura propia de los seres que, si bien no creen en nada, en cambio no tienen ya mucho que temer. Regresamos al puerto de Séte al empezar la tarde. El interior del velero parecía haber sufrido el saqueo de un asalto de filibusteros, y objetos heteróclitos flotaban todavía en el agua que había invadido el fondo de la cabina. Antes de abandonar el barco, Jean miró por última vez los destrozos. Apoyando su mano en mi brazo, dijo: «Creo que esta vez nos hemos librado de una buena».

A mitad de trayecto de regreso a casa Jean me pidió que le llevara a la clínica de Marie. Quería verla, le costara lo que le costara. El patio del edificio estaba ardiendo. Caía fuego del cielo. Alrededor, la campiña del Lauragais, normalmente tan verde, estaba carbonizada debido a la sequía. Hacía dos meses que no caía ni una gota de lluvia. Gracias al espesor de los muros, el interior de la casa

daba una sensación de frescor muy relativo. Marie estaba en su habitación, sentada en su sillón, de cara a la ventana. La agresiva luz del verano estaba atenuada por las ramas de un castaño que daba sombra al marco del ventanal.

Nos acercamos a Marie y la besamos por turno. Jean volvía a tener su rostro de hombre de tierra adentro y su verdadera edad. Delante de su nieta, parecía estupefacto. Mantenía el silencio y aquella postura de piedra que adoptaba para inmovilizarse. «Venimos del mar. Tenía ganas de verte. ¿Me oyes, cariño? Soy yo tu abuelo. ¿Me reconoces? ¿Marie?».

El anciano que nos había devuelto del infierno atravesando el vientre de la tormenta, el mismo que se había burlado de las olas y las ráfagas, al que ni el viento, ni el mar, ni el miedo habían podido doblegar, cayó de repente de rodillas frente a su nieta y se puso a sollozar uniendo las manos como un fiel hundiéndose en la oración. Sabía que aquella súplica no tenía ningún destinatario y que, en aquella actitud engañosa, Jean imploraba a la vida que fuera sólo un poco menos cruel. Intenté ayudarle a levantarse, pero se negó y se cogió del brazo de su nieta cubriéndolo detenidamente de lágrimas y besos.

Unas semanas después de aquella visita, la doctora Brossard me llamó a su despacho. Los preliminares de nuestra conversación me hicieron pensar que el bochorno le había ablandado sus certezas. El fallecimiento de tres pacientes ancianos, en el sector cerrado —todos imputables al calor—, no tenía nada que ver con aquel cambio. Brossard me habló de los últimos exámenes realizados a Marie, así como de los efectos esperados de un nuevo tratamiento.

—También quería hablarle de otra cosa… Hace dos o tres días, Marie volvió a hablar por primera vez desde hacía tiempo…

—¿Qué dijo?

Brossard se colocó sus pequeñas gafas en la punta de la nariz y leyó un trozo de papel en el que estaba escrito:

—«Jean vino ayer». ¿Puede decirme quién es Jean?

—Es su abuelo. En efecto, vino a verla hace dos o tres semanas. Es buena señal que haya reaccionado así, ¿no?

—El futuro nos lo dirá.

—¿Cree que habría que repetir la experiencia?

—Por qué no.

Al día siguiente, lleno de esperanza, volví acompañado de Jean. Permaneció un buen rato junto a su nieta cogiéndole de la mano. Y también al siguiente. Y al otro. Y esto se repitió durante toda la semana. Esperábamos una palabra, una señal, algo que nos permitiera recobrar la esperanza. Pasaron varios meses, pero nunca más Marie volvió a hacer alusión a Jean. Ni tampoco a nadie más.

Con la llegada del otoño y la recogida de hojas, iba de un jardín a otro, realizando tareas cansadas y gestos repetitivos. Aquel trabajo silencioso y solitario se parecía a la vida que llevaba. No veía a nadie y casi no hablaba con nadie. A veces, me asaltaba la debilidad de creer que había una inmensidad entre Marie, su locura y yo. En otros momentos, cuando reflexionaba objetivamente sobre el curso de mi vida, era forzoso reconocer que nunca había estado tan cerca de mi hija. Esta sensación me fue confirmada de modo embarazoso una noche de noviembre, creo, mientras terminaba mi jornada en el jardín de un cliente. Había aspirado y molido una gran cantidad de hojas para hacer abono, pero todavía quedaban muchas y decidí quemarlas. Mientras vigilaba y aireaba el fuego, el día cayó suavemente. Entonces aquel jardín me pareció como una parcela de armonía, un pequeño territorio fuera del mundo. No es que fuera un lugar especialmente cuidado, refinado u ordenado, sin embargo unos cuantos arbustos, que emergían de las capas de humo, daban una idea bastante exacta de lo que podía ser el esqueleto de la felicidad una vez desembarazado de las carnes superfluas de los hombres.

Estaba hasta tal punto absorto en la contemplación de aquel espectáculo lenitivo que el propietario del lugar me sorprendió inmóvil, sentado en mi caja de herramientas, fuera del tiempo de los monstruos e insensible al frío… Aquel suceso me hizo sentir muy incómodo. Al volver a casa, me duché detenidamente con agua muy caliente e intenté despojarme simbólicamente de aquel envoltorio que, de manera insidiosa, notaba que poco a poco me iba aprisionando. La psiquiatría me arrastraba a su vórtice. Tenía

tendencia a acercarme demasiado a aquel sifón misterioso que nos aspiraba al interior de otro mundo, a ese territorio de angustia en el que vivía Marie y todos aquellos que, en la clínica, se debatían en las canalizaciones de la locura.

Cuando pensaba en mi hija, me la imaginaba sentada en la paralizadora belleza del jardín en el que yo mismo me había olvidado del paso de las horas. Me gustaba pensar que estaba allí, prisionera de un encantamiento, víctima de un apaciguador estupor. Pero los gritos de cólera y de espanto que se escapaban del pabellón cerrado, me daban a entender, por desgracia, que los parajes de la locura eran aterradores.

Por la noche, para engañar mi aburrimiento, a veces me ponía a ordenar mi discoteca en la que se amontonaban un millar de discos de vinilo y unos doscientos cincuenta CD. Este ejercicio tenía a la vez tintes de ceremonia y de rompecabezas. Dudaba en clasificarlos por géneros —que hacía incómodo el encontrar rápidamente a un músico— o por orden alfabético —esta opción ofrecía la ventaja de la simplicidad pero carecía por completo de estilo—. Casi siempre me decantaba por una clasificación híbrida, irracional, en la que asociaba a los artistas siguiendo oscuros motivos personales. Si bien resultaba bastante coherente colocar juntos a Tom Waits y Rickie Lee Jones, o a Herbie Hancock, Jeff Beck y Chick Corea, hubiera entendido que se me pidieran explicaciones por emparejar a Jimi Hendrix, Johnny Guitar Watson, Stevie Ray Vanghan y a Stevie Wonder. En aquel desorden razonado, reunía en pequeños bloques a mis músicos preferidos o mis caprichos del momento: por este motivo Curtis Mayfield, Keith Jarrett, Bill Evans, Chet Baker, Miles Davis y Charlie Haden se codeaban con Chico Debarge, Tony Rich, Babyface, Maxwell y D'Angelo. Cuando una chispa de lucidez se adueñaba de mí, aquellas manías de viejo, aquellas actitudes compulsivas me asustaban y pensaba que, sin duda, me pasaba más tiempo clasificando y volviendo a clasificar aquel tesoro musical que escuchándolo.

Mi soledad no me pesaba, aunque a veces me daba cuenta de que estaba desensamblando los elementos constitutivos de mi vida.

Sentía que me desmontaba pieza por pieza, me deconstruía desde dentro, me quitaba componentes considerados inservibles. De este modo, sentimientos como la alegría, el placer, la felicidad, las ganas, el deseo, la esperanza iban siendo desacoplados uno a uno.

Desde la muerte de Anna no había tenido relaciones sexuales. No puedo decir que las echase realmente de menos. Es cierto que lamentaba aquella dichosa viudedad, pero de una manera abstracta, teórica, igual que se echa de menos el tiempo fecundo y pasado de la juventud. La idea del deseo seguía presente en mí y seguía pensando en la eventualidad de sentir atracción por una mujer, pero sin sufrir la tortura lancinante de la carencia o de la privación.

Cerca del periodo navideño, telefoneé a Laure, a la que no había vuelto a ver desde el entierro de Anna, sin duda para engañar el aburrimiento de una velada especialmente deprimente. La llamé sin esperar nada concreto. Siendo sincero diré que saber de su vida me interesaba tanto como consultar las previsiones meteorológicas de un país al que no tenía intención de ir.

Nuestra conversación empezó con toda naturalidad, como si hubiéramos hablado el día anterior.

—¿Qué edad tiene ahora tu bebé?

—¿Mi bebé? Mi bebé, como dices, acaba de cumplir ocho años.

—No puedo creerlo. ¿Cómo se llama?

—Simón. Simón Charcot. Como yo, ya sabes que François y yo nos divorciamos.

—¿Sigues viendo al padre, al famoso rabino?

—Qué va. El rabino desapareció para siempre con las primeras contracciones. Nunca había visto a nadie que sintiese tanto pánico por su reputación. El día que me dejó, me suplicó de rodillas y llorando, me oyes, que jamás hablara de aquel niño y de nuestra relación con nadie.

—¿Y François?

—Se queda con el niño un fin de semana sí y otro no y se ocupa de él durante la mitad de las vacaciones.

—¿Le contaste algo?

—¿Bromeas? Jamás tuvo ninguna duda sobre nada, por suerte,

ya que esto me permite cobrar una pensión considerable.

—¿A quién se parece el niño?

—¿A quién quieres que se parezca? Es el retrato clavado del rabino… Pero ya conoces a François, los parecidos, todo eso, son cosas que se le pasan por alto.

—¿Sigue viviendo con su amiga?

—Más que nunca. Incluso creo que vuelve a estar embarazada. Y tú, ¿sales con alguien?

—No.

—¿Con nadie, de verdad?

—Con nadie.

Aquella respuesta sorprendió a Laure, que se quedó en silencio, incómoda. Rápidamente, se repuso de aquel pequeño momento de embarazo y empezó a hablarme de su vida y de sus complicadas relaciones con un inspector de policía divorciado. Era inagotable, contaba anécdota tras anécdota, detalles, multiplicaba las digresiones. Al escucharla monologando con tanta elocuencia, ofreciéndose sin comedimiento, llegué a la conclusión de que, por mucho que dijera, debía de estar pagando un tributo a la soledad. Antes de colgar me deseó feliz Navidad. Encontré aquel detalle a la vez completamente normal y totalmente fuera de lugar.

No hay nada más terrible que un 24 de diciembre en una clínica psiquiátrica, cuando cae la noche y se encienden algunas guirnaldas que decoran la institución. Incluso las comidas de fiesta que se esfuerzan por servir esa noche a los enfermos tienen un lado trágico, irrisorio. Las bandejas, la comida, arrastran todo el olor pegajoso de cantina y hospital, en el que se mezclan el aroma de la carne y los efluvios de alcanfor o de alcohol. Marie estaba en su lugar, sentada en la oscuridad, de cara a la ventana. La radio le traía noticias del mundo que, a tumba abierta, se disponía a sentarse a la mesa. Le di un beso en la cara, cogí su mano en la mía y la retuve hasta muy entrada la noche, hasta que una enfermera entró y decretó que, Navidad o no, era hora de que mi hija se acostara.

Pasé aquella noche sentado mirando las fotos de *Árboles del mundo*, para revivir todos aquellos días durante los cuales mi única

preocupación, mi único problema había sido esperar a que una brisa y una luz bonita se posaran sobre el plumetis de un tamarindo.

La noche de la cena de fin de año, al salir de la habitación de Marie, me crucé con un enfermo al que veía cada día en los pasillos o en los paseos del jardín. Se me acercó y me estrechó cordialmente la mano deseándome un feliz año nuevo.

—Sabe, cuando usted llegó aquí, no se encontraba bien, me di cuenta enseguida. Ahora es distinto, ya no es el mismo hombre. Realmente le han vuelto a animar. A todos nos han vuelto a animar, cada vez estamos mejor.

Un poco antes de medianoche, el sonido del teléfono me despertó. Eran Vincent y Yuko, que me llamaban desde Japón donde habían ido a pasar unos días con la familia Tsuburaya. Yuko me felicitó en japonés y Louis-Toshiro, en su lengua materna, me explicó que había visto un enorme dragón con escamas que escupía fuego.

Mucho después de que colgase, seguía pensando en su antepasado Kokichi. Tenía la impresión de compartir aquel mismo cansancio que debió de sentir al final de su vida. Igual que él, ya no podía seguir corriendo detrás de un mundo pasado, de un pasado inaccesible y de unos fantasmas que sin cesar huían de mí.

Sin embargo, aquel 31 de diciembre, aquella llamada desde el otro extremo del mundo emanaba de la única familia que me quedaba. Y sentí una felicidad desmesurada.

Con la primavera volvió la época del mantenimiento del césped y el teléfono no dejó de sonar. Vivía todo el tiempo en la hierba, realizando siempre el corte siguiendo los preceptos geométricos que me había enseñado mi padre. Cada día, como un navegante obstinado, iba y venía por aquellos mares verdes, recorriendo, con el sextante, el corazón de los jardines. Tras de mí dejaba la ilusión de un mundo pacificado, de una naturaleza sometida y de una vida sin sorpresas.

En abril, un presidente desacreditado, vigilado por la justicia, y

cuyo brazo derecho acababa de recibir una grave condena en los tribunales, volvió a nombrar Primer Ministro al mismo que las elecciones habían barrido. La *impolítica* absoluta. La *ademocracia* flamante. Las maneras de aquel pequeño fascismo de proximidad tenían un lado pétainista-bananero. El país había sido entregado a unos filibusteros a los que mi padre jamás hubiera aceptado en su taller. La más insignificante zancada de Kokichi Tsuburaya inspiraba más respeto que las interminables carreras de aquellos parásitos. Con ellos, al menos, nos podíamos quedar tranquilos: al día siguiente del fracaso las hojas se mantenían dentro de las navajas.

Marie no dejaba de «dormir con los ojos abiertos». A su cabecera, cuando tenía valor y fuerza, intentaba contarle las noticias del mundo, aventuras de Raffarin 1, 2, 3, torturas en Irak, el naufragio americano. Algunas noches, ir a verla después del trabajo me resultaba muy difícil. Hasta tal punto que no era capaz de demostrarle ningún gesto de cariño. Me sentaba a su lado y, como ella, miraba, en silencio, hacia la ventana. Le reprochaba que no fuera como los demás, que no se hubiera asido, cuando fue necesario, al cabo de nylon azul, que me infligiera tanta intranquilidad y sufrimiento.

Otras veces entraba en su habitación y la estrechaba entre mis brazos como un padre que vuelve de un largo viaje. Entonces estaba convencido de que todo aquello acabaría un día, que bastaba con ser paciente, con respetar la obra del tiempo, con coger su mano y estrecharla para que supiera que estaba allí, que no la dejaría, ni entonces ni nunca.

Perder un hijo, aunque sea a trozos, es una ordalía. Una prueba diaria que sobrepasa el entendimiento de los dioses y de los seres humanos. Es un tormento que no termina, un peso que no aplasta los hombros sino que, de forma más insidiosa, pesa dentro de nosotros mismos y oprime el corazón.

A finales de mayo, Louis-Toshiro me dijo que había ganado una

medalla en el club de judo. Me sorprendió muchísimo que se pudiera enseñar los rudimentos de aquel deporte a niños tan jóvenes, pero el increíble orgullo y la felicidad con que mi nieto me mostró su modesto trofeo dispersaron mi perplejidad.

Desde hacía unos meses, cada vez que Louis y sus padres venían a verme, temía que fuera para decirme que el contrato de Yuko había concluido y que la familia se marcharía a Japón para instalarse allí. No había olvidado la solemnidad con la que Anna me había predicho aquel exilio. Para conjurar aquella profecía sólo podía contar con los numerosos contratos de traducción que Vincent había firmado con grandes empresas como Motorola y Airbus Industrie y que, de momento, le retenían en Toulouse. En cualquier caso, me negaba a hacerle preguntas sobre sus proyectos. Las noticias, buenas o malas, llegarían en su momento. Me había acostumbrado a dejar que los acontecimientos se deslizaran en las corrientes de aire y en el ruido de las puertas al cerrarse bruscamente. No sabía qué vida me esperaba ni qué le pasaría a Marie. Durante el día, cortaba la hierba y, por la noche, dormía en casa de mis padres, rodeado de sus muebles. A veces tenía la sensación de que me protegían. En otros momentos, me incomodaban, convencido de que me observaban. En un estante de mi despacho, una parte de las cenizas de mi madre estaba junto a la carroza cromada de Vincent.

En sueños, a veces me despertaba la máscara mortuoria de Anna, la visión de su rostro tumefacto. Durante mucho tiempo intenté alejar de mí aquellas imágenes, rechazarlas, hasta que comprendí que formaban parte de mí y que me acompañarían el resto de mi vida.

El 3 de julio, fecha del cumpleaños de Marie, llegué temprano al hospital. Cogí a mi hija del brazo y salimos del establecimiento por la puerta grande.

En lugar de dirigirnos hacia el jardín para dar un paseo por los senderos, instalé a Marie en el coche y nos fuimos por la carretera en dirección sur, hacia las estribaciones de los Pirineos.

Volvía a recorrer con mi hija el mismo camino que hice cuarenta años antes en compañía de mi abuelo. Volvió a aquellas montañas

unas semanas antes de morir. Me mostró sus pastizales donde todo había empezado. La majada, los picos, el silencio. Por un instante olvidó sus propias obsesiones y se dejó invadir por la belleza de aquel mundo en el que vivió tiempo atrás.

La carretera se hizo cada vez más estrecha y sinuosa y, tal como recordaba, se detuvo bruscamente un poco antes de llegar a lo alto del paso.

Mi hija, inmóvil durante todo el trayecto, miraba fijamente hacia delante. No sabía qué veía, qué sentía, qué comprendía de aquel viaje.

El aire era sorprendentemente fresco. Hice bajar a Marie del coche y la envolví en un anorak. La cogí del brazo y empezamos a andar por el sendero que conducía hacia las crestas.

El tiempo era gris y algunos racimos de nubes se quedaban a veces enganchados en la ladera de la montaña. El silencio que nos rodeaba tenía una textura tal que parecía destilado, depurado, filtrado. Se confundía con la transparencia cristalina del aire.

Sin ayuda, con una asombrosa agilidad, Marie subía la pendiente. Cuando el camino lo permitía, caminaba a mi lado. Cuando el sendero se estrechaba demasiado, ella se adelantaba. ¿Quién hubiera podido entonces adivinar su estado? Para la naturaleza que nos rodeaba era simplemente una mujer como otra cualquiera que caminaba hacia el ocaso.

Desde la cima, la vista era vertiginosa. La montaña se hundía a pico hacia España mientras algunos raquíticos pastizales y bolas de nubes se enganchaban en la vertiente francesa.

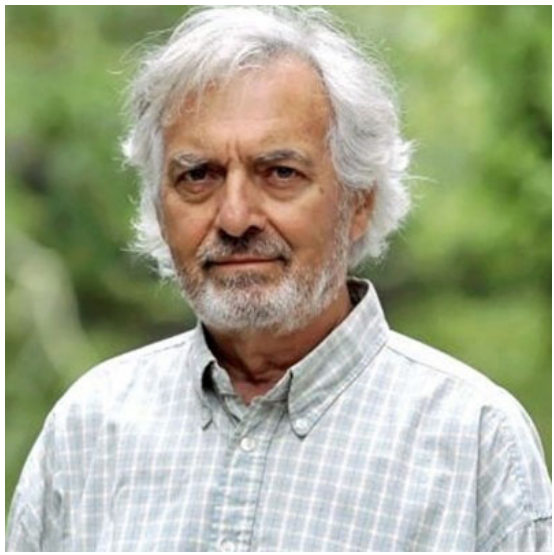
Desde el vientre del precipicio subía un aire helado que hacía flotar a veces el cabello de Marie y daba a su rostro una ilusión de vida.

Habíamos llegado al final de nuestra larga marcha.

Cogí a mi hija en brazos. Tuve la sensación de abrazar un árbol muerto. Miraba fijamente hacia delante. Estábamos al borde del vacío, en equilibrio en la cima del mundo.

Pensé en todos los míos. En aquel instante de duda, en el momento en que tantas cosas dependían de mí, no me servían de

ayuda ni de consuelo. Aquello no me sorprendía: la vida no era más que ese filamento ilusorio que nos unía a los demás y nos dejaba creer que, el tiempo que duraba una existencia que considerábamos esencial, éramos algo en lugar de nada.



JEAN-PAUL DUBOIS: (nacido en 1950 en Toulouse, Haute-Garonne) es un periodista y autor francés. Ganó el Prix Goncourt en 2019 por *Tous les hommes n'habitent pas le monde de la même façon* («Todos los hombres no habitan este mundo de la misma manera»), una novela contada desde la perspectiva de un prisionero mirando hacia atrás en la vida. El jurado comparó a Dubois con John Irving y William Boyd, quienes escribieron libros que fueron éxitos tanto populares como críticos.

Es autor de varias novelas y artículos de viajes, y es reportero de Le Nouvel Observateur. Su novela *Une vie française*, publicada en francés en 2004 y en inglés en 2007, es una saga de la generación del *baby boom* francés, desde el idealismo de los sesenta hasta el consumismo de los noventa. La versión francesa de la novela ganó el Prix Femina.

Notas

[1] Término coloquial ruso que designa a una persona perteneciente al aparato del Partido. (N. de la T.) <<

[2] Organisation Armée Secrete (Organización Armada Secreta). Creada a finales de enero de 1961, agrupaba a los franceses extremistas que luchaban por una Argelia francesa. (N. de la T.) <<

[3] Front de Libération National (Frente de Liberación Nacional). Fue proclamado el 1 de noviembre de 1954. Sus objetivos eran la independencia de Argelia y la restauración del Estado argelino soberano. (N. de la T.) <<

[4] En castellano en el original. *(N. de la T.)* <<

[5] *La reforme oui, la chienlit non!* (¡Sí a la reforma, no a la mascarada!): célebre proclama del general De Gaulle en un discurso televisado el 24 de mayo de 1968. *(N. de la T.)* <<

[6] Compagnie Republicaine de Sécurité (Compañía Republicana de Seguridad). (N. de la T.) <<

[7] Unité d'Enseignement et de Recherche (Unidad de Enseñanza e Investigación). (N. de la T.) <<

[8] Se refiere a Georges Pompidou. (N. de la T.) <<

[9] En castellano en el original. *(N. de la T.)* <<

[10] Pied-noir: francés nacido en Argelia. (N. de la T.) <<

[11] En castellano en el original. (N. de la T.) <<

[12] Union Nationale des Étudiants de France (Unión Nacional de los Estudiantes de Francia). (N. de la T.) <<

[13] Postre típico marroquí. *(N. de la T.)* <<

[14] En castellano en el original. *(N. de la T.)* <<

[15] Union pour le Recouvrement des Cotisations de Sécurité Socíale et d'Allocations Familiales: Seguridad Social francesa. (N. de la T.) <<

[16] Marca de pastillas de freno. (N. de la T.) <<

[17] Frase de Jean-Paul Sartre. (N. de la T.) <<

[18] *Centre National d'Études Spatiales (Centro Nacional de Estudios Espaciales). (N. de la T.)* <<

[19] Equivalente francés del INEM. (N. de la T.) <<

[20] Fábrica de abonos químicos de Toulouse en la que se produjo una explosión el 21 de septiembre de 2001. Murieron 30 personas y hubo miles de heridos. (N. de la T.) <<